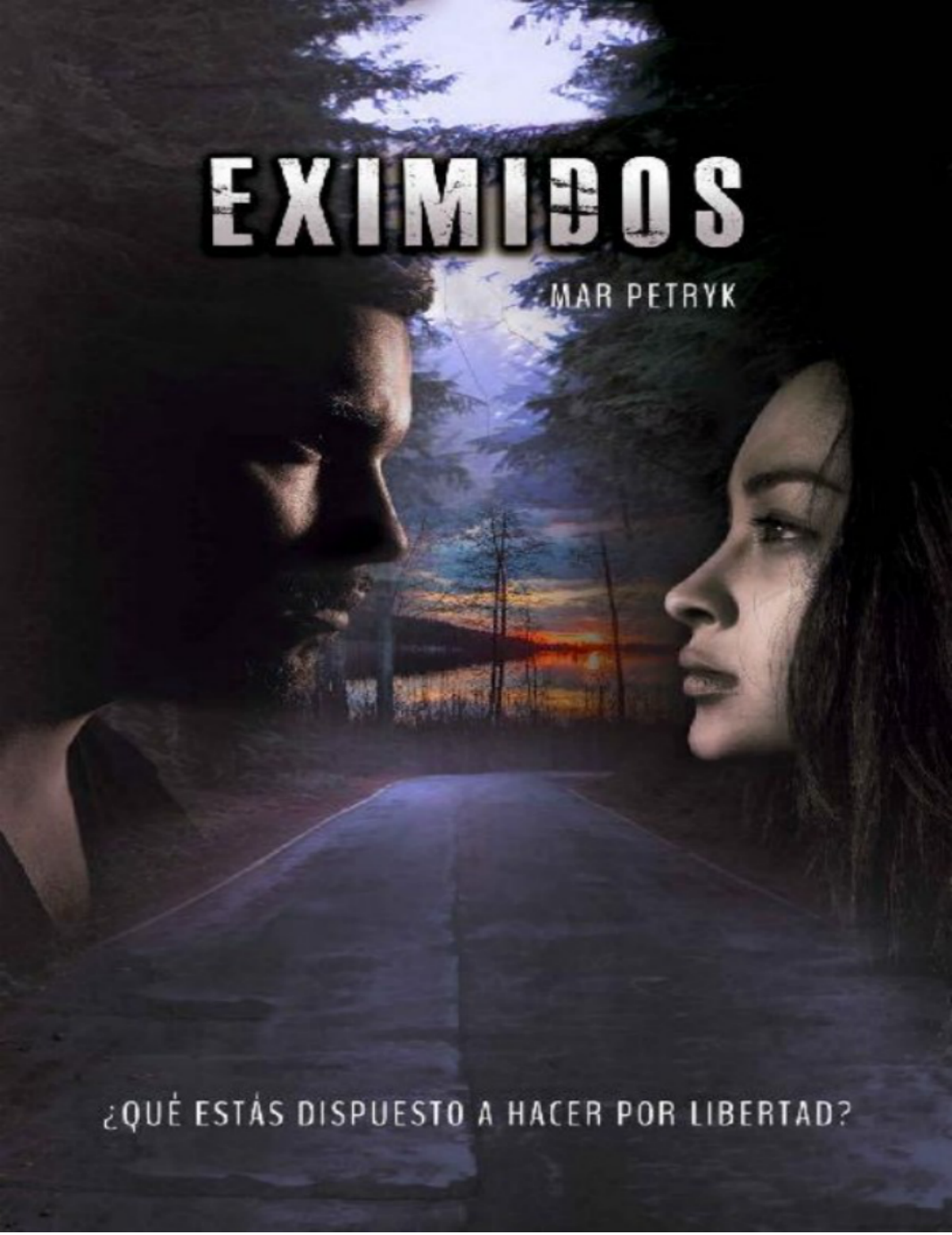
EXIMIDOS
MAR PETRYK
¿QUÉ ESTÁS DISPUESTO A HACER POR LIBERTAD?

EXIMIDOS

Eximidos / Mar Petryk - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

ISBN 978-987-86-0855-6

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© 2019, Mar Petryk

Revisión: Cel Venini, Lu Torres, Mica Nigro, Ju Del Pópolo.
Diseño de portada y diagramación: Natalia López
dg.natalialopez@gmail.com

Para los que aman, aún con el corazón en pedazos.

ANNELIE

(Ocho años)

Está sentado en el sofá de cuero marrón, rasgado. Una botella de cerveza en su mano izquierda, cuatro tiradas sobre la pequeña mesa ratona, donde apoya sus pies descalzos. La luz azulada del televisor ilumina su piel grisácea, haciendo que su barba luzca de un color extraño. Sus ojos verdes, vacíos, están fijos en la pantalla mientras los míos van del libro de matemáticas a él, una y otra vez. Intento concentrarme en las multiplicaciones y divisiones, pero es muy difícil con todos los gritos que salen del televisor. Gritos de una mujer, seguidos de la voz gruesa de un hombre. Me tapo los oídos e intento hacer los cálculos mentalmente, pero mi mente está ocupada con las imágenes de las personas desnudas que mira papá. No me gusta verlas, pero tengo que hacerlo cada vez que me pide otra cerveza.

—Annelie. —Escucho a mi madre llamarme desde la cocina.

Cierro el libro, bajo de la silla y camino, pasando por delante de mi padre lo más rápido que puedo.

—¿Qué pasa? —digo, acercándome a la mesada.

Sigue sacando pan del horno, creo que ni siquiera me escuchó. Su frente brilla por la transpiración. Sus ojos marrones lucen cansados; su pelo castaño, enmarañado, y está tan delgada que me da miedo que pueda quebrase cuando se agacha para asegurarse de que no haya ni un solo papel en el piso.

—Mamá. —Tiro de su delantal y me mira.

—Dile a tu padre que ya está la cena. —Se limpia las manos con el delantal raído—. Voy a subir a buscar a tus hermanos.

—¿No puedes avisarle tú a papá? —pregunto con la esperanza de que me libere de la tortura que supone pasar frente al televisor —. Yo voy a buscar a los chicos.

Se saca el delantal, lo dobla en cuatro partes, y lo coloca prolijamente sobre la mesada.

—Ya sabes cómo son las cosas, cariño. —Su voz suena finita, como si le faltara el aire. Miro mis pies, desesperanzada—. Ven. —Me tiende la mano, doy un paso al frente—. Sabes que no le gusta el pelo suelto —dice mientras comienza a juntar mi cabello y lo ata en una cola bien alta y tirante—. Si te lo vuelve a ver suelto, va a cortártelo como aquella navidad. ¿Recuerdas?

¿Cómo olvidarlo? Mis compañeros se burlaron de mí durante todo el año, diciéndome que parecía un varón. La maestra creyó que me lo había hecho yo y no dejó de recordarme que no debía jugar con tijeras, porque la próxima vez podría acabar lastimándome.

Ya estoy lastimada, señorita Julia. Ya lo estoy.

—Ve. —Me da un empujoncito en la cola y avanzo.

Siento un ladrillo atado a cada paso. Nunca fue tan difícil poner un pie delante del otro. Entro sigilosamente en la sala, intento no mirar la pantalla del televisor, me concentro en acercarme hasta su barbudo rostro.

—Señor —casi susurro. Mantengo la cabeza gacha, no le gusta que lo miremos directo a los ojos—, ya está la cena.

De repente, los gritos extraños se apagan. La habitación queda casi en penumbras, solo iluminada por la luz de la luna que se cuela por la persiana rota.

—¿Qué mierda tienes puesto?

Aprieto mis pequeños puños y cierro los ojos con fuerza.

—Un pantalón, Señor.

—¿Y por qué mierda tienes puesto un pantalón? —Se para, tambaleándose, y me siento un bicho bolita—. ¿Eres un niño? ¿Tengo cuatro hijos varones en lugar de tres?

—No, Señor. —Trago duro, sintiendo cómo mi corazón palpita cada vez más cerca de mi garganta—. Soy una niña.

—Entonces, ¿por qué mierda estás vestida como tus hermanos?

Aprieto los dientes con tanta fuerza, que comienzo a sentir cómo se astillan.

—Es la única ropa limpia que había, Señor.

Se agacha hasta que su rostro está cerca del mío. Siento su asqueroso aliento a alcohol y tabaco, mezclado con el sudor de sus axilas. Mantengo la cabeza gacha, como siempre.

—Las niñas usan vestidos. Sube y ponte un puto vestido. Ahora.

—Sí, Señor.

Quiero correr, pero camino. Porque si corro dentro de la casa, podría costarme un diente, y no sería por mis torpes piernas. Subo la escalera a paso lento, como si no pasara nada, como si el miedo no estuviera recorriéndome de pies a cabeza, cosquilleándome en cada extremidad.

Entro a la habitación, que comparto con mis tres hermanos, y busco en el canasto de la ropa sucia. Agarro el vestido que tiene menos manchas, uno azul con lunares blancos, y me lo pongo. Huele a humedad y a cigarro, pero es mejor que recibir una paliza.

Bajo. Todos los asientos están ocupados, menos uno.

—¿Dónde mierda está Elías? —pregunta mi padre por mi hermano mayor mientras destapa otra botella de cerveza.

—No ha vuelto a casa desde anoche, luego de que discutieran —responde mi madre sin mirarlo.

Todavía no tocamos la comida humeante que tenemos delante, nadie puede hacerlo hasta que mi padre no acabe de comer, y aún no comenzó. Mis tripas rugen, pero me concentro en mirar de reojo la expresión cabizbaja de Abel y Caín, mis dos hermanos más pequeños. Son gemelos, hiperactivos y tienen seis años. Una combinación explosiva cuando se tiene un padre como el mío.

—¡Tiene quince años! —Golpea la mesa con el puño cerrado, mis ojos se cierran de golpe—. A su edad yo mantenía a mi familia. Es hora de que empiece a dejar de ser una carga —espeta mientras revuelve las pastas—. Volverá cuando haya conseguido un trabajo, esa es la condición.

Trago duro mientras pienso cómo y dónde estará Elías. Lo extraño, no me siento tan sola cuando él está en casa. La saliva me quema cada vez que la trago, me duele la garganta hace dos días, pero no digo nada. Si me enfermo, necesito remedios. Si necesito remedios, me convierto en una carga. Como Elías.

Cierra los ojos y lo escucho murmurar, como cada día.

—Padre, agradezco los alimentos que pones en mi mesa… Amén.

Mi padre se lleva el primer bocado a la boca, y ruego que se termine el plato en minutos, como siempre, así puedo empezar a comer. Todos estamos en silencio absoluto. Así le gusta, así tiene que ser. Pero el silencio es interrumpido por un estruendo ensordecedor, que nos hace saltar sobre nuestros asientos.

El plato de papá está en el piso, roto en mil pedazos. La pasta se mezcló con los vidrios.

—No tiene sal —dice, y la tranquilidad en su voz me duele en el cuerpo. Sé lo que significa, sé lo que viene—. Sara —le dice a mi madre, quien no levanta la vista de su plato—, ¿cuántas veces te dije que no te olvidaras de la puta sal?

—Muchas —responde ella casi en un susurro.

Abel y Caín se dan la mano por debajo del mantel, puedo verlos.

—Muchas, exacto. —Se levanta y comienza a sacarse el cinturón. Lleva puesto el de cuero y hebilla de plata, el que era del abuelo—. Pero parece que no entiendes…

Comienza a enroscar el cinturón en su mano mientras avanza hacia mi madre, quien se para inmediatamente, quedándose

inmóvil como de costumbre.

—Sara —dice mi padre, colocándose detrás de ella.

Mi madre se baja el cierre del vestido, dejando su espalda al descubierto. Sus manos comienzan a temblar a los costados de su cuerpo.

No quiero verlo. No otra vez. No puedo. No.

—Señor —digo, levantándome, pero sin sacar la vista de mi plato lleno—, fue mi culpa. —Trago duro—. Olvidé echarle sal al agua antes de ponerla a hervir.

Veo la duda en su rostro.

—¿Eso es cierto? —Comienza a caminar hacia mí, hago todo lo posible por mantener las lágrimas dentro de mis ojos mientras mis dedos se aferran a mi vestido sucio.

—Tadeo, no…

—¿Es cierto? —repite mi padre y siento su presencia detrás de mí.

—Sí, Señor, es cierto. —Miento con naturalidad, no es la primera vez que lo hago. No es la primera vez que dejo descansar la espalda de mi madre o de mis hermanos.

—Al sótano. Ahora —ordena, sin un atisbo de emoción en su voz.

Cierro los puños, hasta que las uñas se me clavan en las palmas, y camino con la cabeza gacha.

Nadie dice nada. Nadie respira. Las moscas no vuelan en esta casa, saben que no les conviene.

Entro al sótano y bajo las escaleras.

La puerta se abre, sus pasos se acercan. Me concentro en el oso de peluche que está tirado en una esquina, justo al lado de una mancha de aceite. Le falta un ojo y tiene una oreja descocida. Está roto, como yo.

THEO

(Quince años)

Odio el tequila, pero siempre termino tomándolo. Odio la marihuana, pero siempre termino fumándola. Odio las putas fiestas, pero siempre termino organizándolas.

—¿Este tatuaje es nuevo? —pregunta Carla —o Carolina, no lo sé— mientras me acaricia el antebrazo.

No sé quién es, ni cuántas cervezas tomó. Solo sé que es dos años mayor que yo, trae pastillas y pasó por las sábanas de tres de mis compañeros de grado. Eso es suficiente para que la haya invitado a mi casa.

—Es nuevo —grito por encima de la música, que sale del costoso equipo de mi padre—. ¿Tienes alguno? —Enrosco mi brazo en su cintura y tiro de ella hacia mí. Su cuerpo se inclina, dándome un perfecto vistazo de sus tetas.

—Tengo, pero no donde puedas verlos. Al menos no aquí, con toda esta gente. —Sonríe seductoramente. Voy a llevarla a mi cuarto en cuanto termine esta botella—. ¿Cómo logras que te los hagan? Eres menor de edad, ¿no necesitas autorización de tus padres?

Sonrío mientras deslizo la palma de mi mano hasta su culo.

—Te sorprendería saber lo que se puede conseguir con dinero. —Le guiño un ojo y palmeo su muslo para que se levante—. ¿Vamos? —Señalo la escalera con la cabeza.

La música se apaga, los abucheos no tardan en irrumpir el silencio.

— ¡Eh, Colorado! ¿Qué mierda pasó con la música? —grito, levantando el tequila como si fuera un trofeo—. ¿Qué pasa? —Frunzo el ceño, sin entender por qué todos están como si hubieran visto un puto fantasma.

—Theo Blas, ¡¿qué significa esto?! —La voz de mi padre suena a mis espaldas—. ¡Todos fuera de mi casa!

La gente comienza a salir con desesperación, corriendo por encima de los muebles para no tener problemas con mi padre, el Director del instituto privado al que asisten la mitad de los imbéciles que estaban aquí hasta hace menos de un minuto.

—Theo, ¿qué haces con esto? —Isabella, la esposa de mi padre, me arrebata la botella de tequila de las manos y sus uñas postizas me arañan la piel.

—Te llamo, Carla —grito a la rubia, que está saliendo por el

jardín.

—Soy Carolina.

—Claro, Carolina. Lo dejamos para la próxima, muñeca.

—¡Theo! —La voz chillona e irritante de Isabella me hace cerrar los ojos sin querer.

—¿Qué hacen aquí? —Me dejo caer en el sofá blanco y apoyo los pies en la carísima mesa de vidrio que tanto adora Isabella—. Se suponía que llegaban mañana.

—Baja los pies de ahí —dice y me mira como si estuviese a punto de desmayarse por mi «inaceptable comportamiento». Sonrío, sin moverlos.

—Theo, baja los pies —insiste mi padre, pero no pienso darle el gusto. Ni a él, ni al trofeo que tiene como mujer.

—Nos vamos una noche por un viaje de negocios, ¡y conviertes mi casa en un antro! —dice, acomodándose el vestido negro y el falso cabello rubio. Comienza a caminar mientras levanta vasos y botellas del piso. El ruido de sus estúpidos tacos me saca de quicio.

—Esto no es un antro, es apenas una reunión inofensiva…

—Theo, no te pases de vivo —advierte mi padre, agarrándose el puente de la nariz.

—¿O qué? —Me levanto y comienzo a buscar las llaves del que, próximamente, será mi auto—. ¿Vas a obligarme a hacer terapia con el Doctor Ramírez, otra vez?

—Sabes que lo necesitabas, no estabas llevándolo bien. Todavía no lo haces…

Río con todo el odio que he cultivado a lo largo de mi vida.

—Perdón. Mil disculpas… —Levanto almohadones y los tiro hacia cualquier lado, sin poder dar con las malditas llaves—. Tienes razón. Ver morir a mi madre y a mi hermano, por tu puta culpa, no es algo tan difícil de superar.

—Theo…

—¡Ya no puedo con esto, Salvador! —Su mujer de plástico grita desde la cocina. Escucho sus pasos furiosos—. ¡Drogas! ¡Drogas en mi casa! —Entra al living, sosteniendo una bolsita con hierba—. Esto es demasiado, me está bajando la presión.

Mi padre se acerca a ella como si estuviera a punto de morir.

Niego con la cabeza, admirando su actuación, mientras sigo buscando la maldita llave. Quiero poner los pies fuera de este puto lugar. Ya.

—¿Por qué no puedes ser como tu hermano? Estudioso, ordenado, cariñoso —dice la Barbie bronceada, con orgullo en su voz de loro.

—Porque no es mi hermano, es tu hijo…

— ¡Theo! —Mi padre se acerca y me toma del brazo. Lo miro, ni siquiera me está apretando. Jamás me pondría un puto dedo encima, se siente demasiado culpable como para seguir lastimándome—. Te dije que odio que hables así de Tobías. Él es tu hermano.

—Es tu hijo, con esa mujer de ahí. —La señalo—. Mi hermano era Felipe. ¿Lo recuerdas? ¿O ya lo olvidaste, como a mamá?

—Theo, basta. Es suficiente. Tienes… —Sus ojos se posan en mi antebrazo—. ¿Eso es un tatuaje? ¡¿Te hiciste otro tatuaje?!

—¿Dónde están las llaves del auto? —pregunto, zafándome de su agarre.

—¡Tienes quince años! —vocifera mi padre—. Y ya tienes un brazo completamente tatuado, sin mi consentimiento.

—Por favor, ¡parece un criminal! —La voz repugnante de Isabella llega a mis oídos—. ¿Qué deben pensar los vecinos? —Se lleva las manos al pecho, como si estuviese a punto de sufrir un ataque. Ojalá. Por lo menos dejaría de escuchar su asquerosa voz—. ¿Dónde va a trabajar? Así no puede trabajar en la empresa…

Mi risa desquiciada rompe el suspiro que dejó su voz.

—¿Quién dijo que quiero trabajar en tu asquerosa empresa?

—Salvador, por favor. —Mira a mi padre con su expresión de doncella en apuros. Seguramente la misma que hizo que se fuera corriendo a sus sábanas, aún estando con mi madre—. No puedes permitir que me hable así.

—Theo, a tu habitación.

Mis ojos se clavan en su mirada gris.

«¿Me está jodiendo? No me manda a mi habitación desde que tengo ocho años».

—No te preocupes, también quiero irme de aquí. Dame las llaves y todos felices.

—No tienes edad para conducir, lo sabes.

—No tengo edad para muchas cosas, ¿y eso qué?

—Basta, Theo. —Se desploma sobre el sofá, viendo cómo su mujer sale al jardín y comienza a juntar botellas, enfurecida—. Es agotador, esto es agotador. ¿En qué momento pasó? —Niega con la cabeza, la mirada fija en la alfombra de pelo largo—. ¿En qué momento nos volvimos enemigos?

—¿Tienes tiempo? Te lo explico con gusto…

—Tengo todo el tiempo del mundo, Theo. Siempre tendré tiempo para…

—¡Salvador! ¡Hay una bombacha en la piscina! ¡¿Podrías

ayudarme a limpiar este desastre?!

—Parece que no tienes tanto tiempo…

—Hijo… —Se levanta, pasándose ambas manos por los ojos.

—Dame las putas llaves y terminemos con esto. —Desvío la mirada, me repulsa.

—No puedes manejar.

—Sabes que sé hacerlo, no voy a chocar el auto.

—No dije que no sabes, dije que no puedes. —Pone una mano en mi hombro, pero me muevo reacio.

—Vamos a hacerlo simple. —Lo miro directo a los ojos, esos que compartimos, conteniendo las ganas de escupirle la cara—. O me das las llaves, o le cuento a tu amada esposa sobre Verónica, tu secretaria.

Sus ojos se abren tanto, que parece una caricatura de los 90´s. Su boca también, mientras busca qué decir.

—¿Qué estás insinuando?

—¿Insinuando? —Levanto una ceja—. No te gastes en negarlo, los vi en tu oficina. ¿Quieres los detalles?

—No sé de qué estás hablando —susurra, mirando por encima de su hombro hacia el jardín.

—Llaves. —Extiendo la mano.

—Theo, no…

—Llaves.

Mete la mano en el bolsillo de su pantalón de traje y saca el juego de llaves del Mercedes. Lo pone en mi mano.

—Buen chico. —Palmeo su hombro y doy media vuelta.

—Theo Blas, ¡esto no va a quedar así!

—¡Claro que no! Pienso sacarle más jugo a tu secretito. —Sonrío y cierro la puerta.

La noche cae cálida, escucho el sonido de las olas romperse. Las risas y la música se escuchan cercanas, seguramente hay fiesta en la playa. Busco en el bolsillo de mi chaqueta el paquete de cigarros, saco uno y lo enciendo. Doy una pitada tras otra hasta que la punta está roja, como la sangre en el rostro de mi madre, en el pecho de mi hermano.

El celular vibra en el bolsillo de mi pantalón, lo saco mientras camino hacia el auto.

—¿Qué hay? —Abro la puerta y me siento.

—Picada en media hora, ¿te sumas? —grita, eufórico. Alejo el aparato de mi oído—. Martín preparó su auto, pero la gente apuesta por ti. ¡Lo que hiciste el sábado pasado fue una locura!

—¿Cuánto hay? —Enciendo el motor y doy marcha atrás.

—Mil y una bolsita de María.

—Hecho.

—Calienta el motor, hermano.

Corto, apago el teléfono y lo tiro en la guantera. Esta noche voy a hacer lo que mejor se me da: pisar el acelerador, fumarme unos cuantos porros y revolcarme con la primera puta que cruce por el camino.

Solo quiero apagarme. Olvidar sus rostros. Desconectar.

CAPÍTULO 1

THEO

(Actualidad)

No duermo hace treinta y dos horas. No pude hacerlo. No quise cerrar los ojos por miedo a despertar y darme cuenta de que todo fue producto de mi imaginación, otra vez. Mi puta hiperactiva imaginación. Te sorprendería saber lo creativo que puedes llegar a ser cuando tu mundo se reduce a un cuadrado de dos por dos, cuando olvidas los rostros amigos, tu vida sexual es solo un acalorado recuerdo y tus papilas gustativas son de cartón. La imaginación lo es todo cuando el mundo que conoces se ha extinguido. Puede ser tu mejor aliada, o la inyección letal que te paraliza el diafragma y los músculos torácicos hasta que respirar es un vago recuerdo.

—¿Qué sientes? —pregunta Pedro, mi compañero de celda.

Levanto la vista y lo miro mientras sigo guardando mis casi inexistentes pertenencias. Está acostado sobre su catre, mirando las fotos de sus hijos, como cada día. Es veinte años mayor que yo y enfrenta una condena de doce, de los que todavía le quedan tres. Nunca quiso contarme cómo fue que terminó acá. No soy precisamente hablador, pero cuando estás obligado a dormir, comer y cagar mirándole la cara al mismo tipo, cada día, hablar se vuelve un mecanismo de defensa para no morir.

—No lo sé. —Meto mi libreta en el bolso que me dio el guardia hace algunas horas.

—¿No lo sabes? —Deja las fotos sobre el colchón y se sienta—. Estás a punto de salir, sentir el sol enceguecíéndote, abrazar a tu familia.

¿Familia? ¿Cuál? ¿La que no vino a verme ni una sola vez desde que me trasladaron de la comisaría a la Unidad Penitenciaria de Batán?

Dejo el bolso en la punta de mi colchón y me siento, apoyando los antebrazos sobre las rodillas entumecidas. Hoy no hice mi rutina de ejercicios, los músculos me pasan factura.

—¿Qué sentirías tú?

—Miedo.

—¿A qué? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—A vivir.

Resulta extraño saber que la gente tiene miedo a morir. Pero cuando morir es fácil, vivir aterra.

—A mí me dan miedo los planes de reinserción social —digo con notable sarcasmo.

—¿Alguna vez vas a dejar de fingir que todo te importa una mierda? ¿Vas a admitir que estás cagado hasta las pelotas, porque no sabes lo que te espera ahí afuera? Porque olvidaste cómo se siente respirar sin que te digan cuánto oxígeno puedes inhalar…

—Te estás poniendo como una puta sentimental. —Me levanto, me bajo el pantalón y comienzo a mear—. Deberías decirle a Rocky que esta noche tiene mi catre libre, ya estás necesitando mano dura.

—Hijo de puta —murmura, acostándose. Lo miro por encima de mi hombro mientras me sacudo y me subo el pantalón—. No mereces salir.

—¿Y tú sí? —Me acerco a la reja, el hierro gélido me congela la frente.

—Ya no tienes que ser implacable. Lo sabes, ¿no? Vas a irte de aquí en minutos, ya no necesitas esa máscara de *Voy a arrancarte los ojos con los dientes si sigues mirando mi comida*.

—Ya no es máscara, Pedro. Se fundió con mi piel.

—No creo que sea tan tarde, hijo.

—Pídele a tu Dios que te escuche.

No puedo salir del país, al menos por un tiempo. No puedo ignorar futuras citas o visitas que el juez decida ordenar. No puedo hacer de cuenta que lo vivido detrás de las rejas, que acabo de cruzar, no forjó hasta el mínimo movimiento involuntario de mi cuerpo, hasta el pensamiento más recóndito de mi mente y cada palabra que sale de mi boca. No puedo evaporar lo que fui, lo que soy. Pero puedo negarlo. Siempre fui bueno negando, porque negar es más fácil que aceptar.

El silencio solo es interrumpido por alguna bocina que suena a lo lejos. Cierro los ojos, adaptándome a la claridad y a los sonidos de la vida. Olfateo como un sabueso, recordando cómo olía la libertad.

Aquí afuera es primavera, de olores intensos y colores vivos. Pero en mi pecho sigue haciendo frío, el invierno me reclamó como suyo aquella noche. El cielo está gris, no hay sol como en mis sueños. Supongo que era ridículo pensar que el sol brillaría en lo alto y los pájaros cantarían el día en que el monstruo quedara en libertad. No hay libertad para Asterión, aunque siempre se sintió

libre.

Me conformo con las nubes y el calor húmedo, porque es mejor que la oscuridad de la celda.

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

Tomo consciencia de los gritos al mismo tiempo que algo salta sobre mi cuerpo, aferrándose con fuerza a mis caderas. Sus brazos se enroscan alrededor de mi cuello, su pelo está por toda mi cara.

—¡Estás aquí! —grita mientras sus pies tocan el suelo otra vez—. Mierda. —Suspira y se acomoda el cabello, mucho más rubio y largo de lo que recordaba—. Estás… fuera.

—Mía. —La miro fijo, intentando comprender qué mierda hace acá.

—¿Cuál era tu puto plan? ¿Eh? —Se cruza de brazos, ya no hay rastros de su sonrisa.

—¿Qué? —No dejo de mirarla. Había olvidado cómo se sentía hablar con alguien a menos de medio metro de distancia.

—¡Hijo de puta! —Sus palmas chocan contra mis pectorales, pero no consigue moverme ni un centímetro—. ¿No pensabas avisarme que hoy te soltaban? ¿Eh? ¿Por qué no quisiste recibirme ni una sola vez? —Sigue empujándome.

—¿Cómo te enteraste? —Agarro sus muñecas y las bajo.

—En las noticias. —Me mira de reojo mientras se acomoda la cartera.

—Mierda…

Suspiro e intento calmarme. Sabía que esto podía suceder. Que iba a suceder. De hecho, me extraña no estar siendo apaleado o arrastrado a la hoguera ahora mismo.

—Ey, tranquilo. —Golpea mi hombro suavemente—. Mañana serás cosa del pasado. Encontrarán algo más morboso y retorcido que poner en primera plana.

—¿Se puede ser más morboso y retorcido que yo? —Intento sonreírle. Los músculos de mi cara se sienten extraños, es la primera vez que sonrío así en años.

—No puedo creer que estés aquí. —Sus brazos me rodean con fuerza otra vez. Levanto los míos y le devuelvo el gesto. Es raro, pero se siente bien—. Había olvidado que eres un maldito gigante. —Pega su mejilla a mi estómago mientras me apretuja.

—Tienes la estatura de un gnomo, no me culpes.

—A tu lado cualquiera es un gnomo, imbécil. —Me apretuja un poco más. Agacho la cabeza y hundo mi nariz en su pelo—. ¡Eres un maldito monstruo de un metro noventa! —Me suelta como si mi cuerpo fuese lava. Se dio cuenta de su error—. Perdón, no quise…

—Está bien. —Tiro de su brazo y su pecho choca contra mi abdomen—. Necesito un poco más de esto. —La abrazo con fuerza, apretándola más de lo debido. Es difícil controlarse cuando no abrazaste en cuatro años—. Hueles bien.

—Ni lo intentes. —Me pellizca el culo—. No vamos a acostarnos. No me importa que hayas estado cuatro años arreglándotelas con tu imaginación…

—¿No te da ni un poco de lástima? —susurro sobre su cabeza.

—Ni un poco. —Hace un chasquido con su lengua, acompañando su negación—. Es más, me alegra. ¡Ibas a terminar pescándote la peste si seguías encamándote con todo lo que se movía!

—Si fueras tú quien hace cuatro años no tiene vida sexual, con gusto te ayudaría.

Me suelta y empuja mi pecho, pero está sonriendo.

—¿Tienes tetas? —pregunta, arqueando una ceja.

Muevo mis pectorales, orgulloso, y levanto ambas cejas.

—No de esas infladas a anabólicos…

—¿Anabólicos? —Me señalo—. Esto es puro ejercicio.

—No tienes tetas y no me gusta lo que te cuelga entre las piernas. —Comienza a caminar.

La sigo. A cada paso la vida se amplifica, jugando con mis sentidos.

—¿Cómo sabes que no te gusta, si no lo probaste?

—Probé otras y, créeme, no es lo mío.

—Eso es porque no probaste a Theo el…

—No voy a acostarme contigo —me interrumpe y aprieta el paso hasta su auto.

—Sabes que eres un desperdicio de mujer, ¿verdad? Los hombres estamos de luto por tu elección. —Me paro al lado de su auto.

—Una palabra más, y voy a arrepentirme de haber venido a buscarte, Blas. —Me abre la puerta del copiloto.

Subo al auto mientras niego con la cabeza. El pulso se me dispara en cuanto la puerta se cierra y la realidad me golpea.

Estoy adentro de un auto.

Mis ojos se posan en el volante, mis dedos anhelan acariciar la palanca de cambios, pero no lo hacen. Inhalo y exhalo hasta que siento que vuelvo a la normalidad. La asquerosa normalidad en la que estoy atrapado desde que mi padre decidió destruir todo lo que podía llegar a ser.

Mía es mi mejor amiga desde que tengo uso de razón. Son

innumerables la cantidad de veces que me salvó el culo. No importa cuántas veces la cague, ella va a estar ahí para cachetearme, como ahora. Supongo que en algo soy afortunado, todos merecemos tener a alguien así.

—Cinturón.

—¿Eh?

—Cinturón. —Señala mi asiento.

—¿Me estás jodiendo? —La miro colocarse el suyo.

—No pienso arrancar, si no te lo pones.

Inhalo profundo y comienzo a abrocharme el puto cinturón de seguridad. Cierro los ojos e intento que mi mente no se pierda en lugares pantanosos.

—Toma.

Miro el sobre que sostiene frente a mis ojos.

—¿Qué es?

—Una invitación a mi casamiento —dice y mi ceño se frunce.

—¿Te vas a casar?

—Agarra el puto sobre de una vez —insiste.

La observo unos instantes antes de agarrar el sobre. Su frente brilla por el calor y sus ojos claros lucen cansados.

«¿Qué aspecto tendré? ¿Me veré por fuera como me siento por dentro? Pobres ojos los que me ven».

Abro el sobre blanco, encontrándome con un fajo de billetes.

—¿Qué es esto?

Sube una pierna al asiento y apoya el mentón en su rodilla.

—Un préstamo.

—No tengo trabajo, no puedo devolvértelo.

Gira la cabeza y me mira. Su mirada luce triste, como si todo el peso del momento hubiera caído de golpe sobre sus hombros. Ya no hay gritos, no hay euforia. Solo ella y yo, un tipo de veintidós años que está tan desnudo como un recién nacido. Solo me falta la consciencia limpia, el alma pura.

—Entonces, considéralo una inversión. —Se encoge de hombros.

—¿En qué estarías invirtiendo exactamente? —Desvío la mirada, enfocándome en el edificio titánico que terminó de corroer hasta el último vestigio del Theo que dibujaba con mamá.

—En tu nueva vida, lejos de la costa.

Giro la cabeza, volviendo a centrar mi vista en ella.

—No puedo dejar el país. No todavía.

—Lo supuse. Pero hay dinero suficiente para un pasaje al Sur.

—¿Al Sur? —Juego con los bordes del papel entre mis manos—. Mía, apenas terminé el secundario. No tengo estudios superiores, no

tengo trabajo… Solo el patético curso de electricidad que hice en la jaula. —Paso una mano por mi pelo cortado al ras—. Salí de la cárcel hace veinte minutos, Mía.

—Te conseguí las llaves de la cabaña de mi papá —casi susurra mientras baja la ventanilla. El aire cálido juega con su pelo—. No podrás quedarte permanentemente, pero sí hasta que consigas un lugar donde vivir. Está en el centro de Bariloche, repleto de turistas en cualquier época del año, vas a conseguir algo.

—¿Tú papá quiere ayudarme? —No me preocupa ocultar la sorpresa en el tono de mi voz.

Desvía la mirada hacia la ruta.

—Mi papá quiere verme feliz. Yo soy feliz ayudándote a empezar de nuevo.

Asiento con la cabeza. No voy a negarlo, estoy un poco desilusionando. Pero ¿por qué alguien, además de esta mujer que no sé por qué sigue queriéndome, querría ayudarme? ¿Por qué querrían ayudar al monstruo?

—No lo sé… —Vuelvo la vista al titán que me consumió a paso lento. Se ve extraño desde afuera.

—Vamos, Theo. —Se mueve inquieta—. ¿Qué tanto tienes que pensar? Aquí ya no tienes nada. Sabemos lo que va a pasar si te quedas. Tienes la oportunidad de hacer las cosas bien, ¡de buscarte una puta vida y vivirla!

Sé que tiene razón. Sé que no hay más que coherencia en sus palabras. Sé que no podría hacer nada mejor que subirme a un maldito micro o avión y empezar de cero en el Sur, lejos de todo y todos. Sin caras de odio, sin bocas que me escupan, sin miradas cargadas de desilusión. Pero son más de una las cosas que me atan a este lugar, y soy tan masoquista, que no sé si podré hacerlo. No sé si lo merezco.

«¿Merezco una segunda oportunidad? ¿Soy digno de empezar de cero?»

—¿La viste? —Es todo lo que quiero preguntar. Es todo lo que siempre quise preguntar, pero nunca me animé.

—No. —Sus palabras pasan como agujas por mi garganta—. Nadie la vio después de que te trasladaran. Creo que se mudó, pero nadie sabe a dónde.

—Pensé que tal vez…

—No existe tal vez, Theo. —Agarra mi mano y la aprieta con fuerza—. Existe tu libertad, ese sobre con plata y la cabaña del Sur. Eso es todo lo que existe, ¿me escuchas? —Me sacude, como si intentase hacerme reaccionar—. Villa Gesell ya no tiene nada para

ofrecerte.

Sus palabras se quedan merodeando por mi cabeza. Recuerdo cuando Gesell lo tenía todo para mí. Mi familia, mis amigos, *ella* y el boxeo. Todo era sano, la adrenalina venía en la dosis justa. Así fue hasta los quince años…

Hoy, este lugar no tiene nada de todo eso. Hoy, yo no tengo nada.

—Sabes que te quiero, ¿no? —Acaricio su mejilla con devoción —. Sé que no te lo dije mucho, pero eso no significa que no lo sienta. No sé qué haría si no estuvieras aquí ahora mismo.

—Ir al primer cabaret que encuentres y cogerte a la primera puta que veas, ¿tal vez? —Achina los ojos—. Aunque pensándolo bien, después de cuatro años, con una no sería suficiente…

—Retiro lo dicho. —Me recuesto sobre el respaldo. Está tan mullido, que mi espalda se queja extrañando las maderas del catre.

—¿Qué?

—No te quiero, te idolatro.

—Ya era hora…

Busco su mano y la aprieto sutilmente.

—Gracias. Voy a devolvértelo todo, lo prometo.

—Prefiero que me prometas que vas a darle la espalda a los problemas.

—Voy a intentarlo.

—Theo. —Me golpea el hombro—. Te queda una vida, imbécil, úsala bien.

—Voy a intentarlo, de verdad. —Pronuncio las palabras con lentitud, queriendo creérmelas—. Lo prometo.

Inhala y exhala suavemente, como si mis palabras le hubieran quitado un elefante de encima. Se pone los lentes de sol y enciende el motor.

—Quieres… —Se aclara la voz—. ¿Quieres pasar por lo de tu padre?

—¿Por qué querría hacerlo?

—Theo, sé que las cosas están jodidas entre ustedes, pero… —Sigue con las manos aferradas al volante, pero aún no nos movemos —. Acabas de salir de ese maldito agujero y estás a punto de subir a un avión. ¿No quieres decirle a dónde vas?

—No lo veo hace cuatro años y tres días.

—Theo…

—Viste las noticias y estás acá —la interrumpo—. ¿Lo ves a él por alguna parte? —Se rasca la cabeza y su mano vuelve al volante —. Arranca de una puta vez, Mía. Esto ya parece una maldita

novela.

Enciende la radio y arranca, costeando al titán de paredes blancas e infinitos alambrados. Observo cómo la imagen se va borrando a medida que avanzamos, deseando que así lo hagan los últimos cuatro años de mi vida.

CAPÍTULO 2

ANNELIE

(Actualidad)

Es la tercera vez que suena la alarma. La tercera vez que la apago y me digo a mí misma que voy a salir de la cama.

Odio dormir, porque odio levantarme.

Odio levantarme, porque odio vivir.

Con fuerzas etéreas abandono las sábanas. Dirijo mi cuerpo, pequeño y desnudo, a la ducha. El proceso rutinario y mecánico del aseo me lleva menos de diez minutos. Salgo del baño mientras anudo una bata blanca a mi cintura. El pasillo está iluminado, demasiado para mi gusto, y el aroma a pan tostado me hace sentir famélica.

—¿Todavía estás aquí? —pregunto, tirando mi cabello húmedo hacia un costado.

Martín o Facundo, no lo recuerdo, está sentado con los codos sobre mi mesa, comiendo mis tostadas, bebiendo mi café, mirando un programa de deportes en mi televisor.

—Buen día. —Me dedica una sonrisa seductora, esa que me convenció anoche.

Avanzo con los pies descalzos hasta la mesa, tomo el control remoto y apago la televisión.

—Ya puedes irte. —Le saco la tostada de la mano y la llevo a mi boca.

—¿Cómo dormiste? —pregunta, mirando desconcertado cómo mordisqueo su —mi— tostada.

—Bien. —Estiro mi mano y agarro su taza de café—. Pero habría dormido mejor, si te hubieras ido anoche. —Tomo un trago, la infusión amarga me entristece el paladar—. No me gusta compartir la cama. No para dormir.

—Estoy sorprendido. —Comienza a abrocharse los botones de la camisa, que le cae suelta a los costados de su estúpido y perfecto cuerpo—. Eres la primera mujer que se queja por amanecer conmigo.

Alzo ambas cejas mientras le echo azúcar al café.

—Presiento que no seré la última…

—¿Tienes mal humor por las mañanas? —Intenta agarrar otra tostada, pero alejo el plato lentamente.

—Es difícil no tenerlo cuando el tipo que te dio el peor sexo de tu vida se queda a dormir y, encima, se come tu desayuno…

Sus ojos celestes se achinan, como si nunca antes le hubieran dicho lo inservible que es en la cama.

«Nota mental: No volver a salir del bar con el primer imbécil atractivo que me invite un trago».

—¿Siempre eres así de perra? —Se para y se acomoda el pelo corto y rubio—. Anoche no lo parecías.

—¿Perra? —Le regalo mi sonrisa plástica—. Martín, estoy siendo gentil. —Comienzo a untar otra tostada—. Anoche estaba borracha, esa es la única razón por la que estás aquí.

—Me llamo Darío.

—Da igual cómo te llames. —Me levanto y enciendo mi celular —. Cuando cruces esa puerta, solo serás un pene inexperto.

Su sonrisa de piedra se cae a pedazos.

—Estás loca…

—Desquiciada —corrijo—. No olvides cerrar la puerta —canturreo mientras me pierdo en el pasillo, con una tostada a medio comer.

Abro el ropero y busco qué ponerme. Paso todas y cada una de las polleras y vestidos, aún con etiquetas, ordenados cromáticamente.

«Las niñas usan vestidos. Sube y ponte un puto vestido. Ahora»

Inhalo profundo y retengo el aire hasta que siento que el pecho me arde y la cabeza me da vueltas. Entonces, lo suelto. Es una pequeña técnica que aprendí en la adolescencia, cuando la realidad superaba a la ficción.

Mis pulmones se aferran a la vida con desesperación mientras agarro el primer pantalón que veo. Negro, perfectamente planchado y doblado. Me abotono la camisa blanca, me calzo los tacos negros, que tanto aborrezco, y, mientras escucho la puerta cerrarse con furia, busco un blazer. A pesar de que ya casi es octubre, la primavera no ha llegado al Sur.

Disfrazo mi resaca con maquillaje, dejo mi cabello suelto. Camino por la habitación en busca de mis carpetas y salgo a enfrentar al mundo, a dar mi mejor actuación.

Tengo el escritorio rebosante de contratos, facturaciones, invitaciones a eventos y propuestas comerciales. Abro el correo electrónico y noventa y siete mensajes nuevos me atacan. Veinte son de Caín, mi hermano menor. No sé cómo consiguió mi dirección

de correo, tampoco quiero saberlo. Los paso de largo e intento enfocarme en el trabajo. Comienzo a leer los E-mails y a tomar nota de todos los recados para el señor Olivera, mi jefe. Soy la mano derecha del dueño de una de las fábricas de chocolate más importantes de Bariloche. También soy su amante, pero, tristemente, eso no aumenta mi salario.

Un golpeteo suave hace que mi vista se desvíe del monitor.

—Entre.

—Señorita Amat, le traje el café.

Veo cómo mi asistente se acerca contoneándose descaradamente, como si entrara en la oficina de Olivera en lugar de la mía.

—Ya era hora.

Extiendo mi mano y lo agarro. El líquido inunda mi garganta y trago, conteniendo las ganas titánicas de vomitar.

—Dime, Marisa, ¿qué tan difícil es hacer un café?

—Depende de qué café, señorita Amat.

—¿Qué tan difícil es hacer este? —Me levanto y rodeo lentamente el escritorio, hasta que quedamos frente a frente.

—Es… es realmente fácil.

—Entonces tenía razón… —Me apoyo contra el escritorio mientras la miro de pies a cabeza.

—¿Sobre qué, señorita Amat? —Cambia el peso de una pierna a la otra, nerviosa.

—Te acostaste con el de recursos humanos, de otra forma no me explico cómo alguien tan incompetente puede trabajar en una empresa como esta.

Sus ojos claros se agradan mientras se acomoda el cabello detrás de la oreja. Abre y cierra la boca buscando qué decir, pero la dejé sin palabras. Es el efecto que suelo tener en las personas. Y me gusta. De hecho, me encanta.

—Creo… creo que voy a traerle otro café. —Da media vuelta, encaminándose hacia la puerta.

—No, no. —Sus pies se detienen a medio girar—. Quisiera que lo probaras, tal vez estoy equivocada.

—No creo que eso sea…

—Pruébalo, por favor —insisto, interrumpiéndola, mientras le acerco la taza.

Se lleva la infusión a los labios y la prueba.

—Está aguado y le falta azúcar —dice, luego de aclararse la voz.

—¿Te parece? —Me acerco un poco más, casi le susurro al oído —. Tal vez tendrías que beber un poco más para darme una opinión

fundamentada.

—No es necesario, ya…

—Bébelo.

—Señorita Amat, no…

—Tómalo. —Me cruzo de brazos y ladeo la cabeza, observándola de costado. Es altísima y esbelta, la falda se ajusta a sus curvas sin pudor—. A menos que quieras llevárselo al señor Olivera.

Mira las montañas a través de la ventana, luego fija su vista en mí. Debe pensar que soy una perra malparida.

Sonrío sutilmente, porque está pensando exactamente lo que quiero que piense, y meterme en la cabeza de la gente es sencillamente excitante.

Inclina su cabeza hacia atrás y bebe todo el contenido de un solo sorbo.

—Puedes retirarte, Marisa.

Me acomodo en mi silla y fijo la vista en la pantalla de la notebook, mirando de reojo cómo sale de la oficina.

Sigo pasando de un correo al otro, sin descanso, cuando un nuevo mensaje aparece en la bandeja de entrada. Es Caín, otra vez. Aparto la mirada, buscando cualquier otra cosa en la que centrarme. Mi respiración se vuelve pesada con cada recuerdo que trae su nombre. Inhalo profundo y retengo el aire hasta que el ardor en el pecho me avisa que estoy viva, que sigo viva a pesar de *él*.

Libero la presión que se ha instalado en mis pulmones. El ardor me abandona, llevándose toda emoción de la mano. Mi respiración se acompasa, y vuelvo a ser la Annelie fría, calculadora y arisca. El modelo que construí a los dieciséis años, cuando puse un pie fuera del infierno y decidí que nadie volvería a vulnerar mi cuerpo ni a jugar con mi cordura.

La gente no volverá a lastimarme nunca, porque no pueden hacerlo si no los dejo entrar. Mis puertas están cerradas, las llaves las tiré al mar. Mi corazón se ha ido petrificando con cada grito, cada mirada libidinosa, cada susurro repulsivo, cada lesión en mi piel y cada juego perverso. Hoy, está tan duro como una piedra. Esa piedra que molesta en tu zapato. Esa que pateas una y otra vez de camino a casa. Esa que ha vivido a la intemperie, que ha experimentado todos los cambios climáticos, inerte. Siempre inerte.

Faltan siete minutos para que finalice mi jornada laboral. Me quedé tres horas extra preparando todo para la degustación de la

nueva línea de chocolates, que se hará mañana. Dirijo el mouse hacia la crucecita en el margen superior derecho, pero me detengo antes de hacer clic.

El último correo de mi hermano brilla con luces de neón, llamándome, impaciente por arrastrarme al sótano oscuro. No tiene asunto, y eso alimenta mi masoquismo. Repiqueteo las uñas sobre la madera del escritorio, repitiéndome una y otra vez que puedo abrirlo, porque la Annelie que bajaba al sótano para protegerlo ya no existe.

Ese sótano ya no me domina. Él ya no me domina.

Con un solo clic el mensaje se abre. Con un solo clic el mundo que construí comienza a temblar bajo mis pies.

Ya perdí la cuenta de cuántos mensajes te envié. ¿Te acuerdas de mí? Soy Caín, tu hermano, ese que dejaste con una jauría salvaje diez años atrás. Necesito tu ayuda, está en juego mi cabeza.

Siento cómo mi boca, ligeramente abierta, se va secando. Mis ojos, fijos en las letras negras que resaltan sobre el fondo blanco, arden. Mi mente, atada al potro de tortura, es estirada por los recuerdos, dislocada por una infancia adulterada.

La alarma de mi teléfono suena, avisándome que es hora de irme. Apago la computadora con los ojos vidriosos, pero esta vez no son los recuerdos, esta vez solo es una mirada cansada frente a una pantalla brillosa. Esta vez, no es mi deber protegerlo.

El mundo cambió afuera de mis cuatro paredes. El sol se escondió, la noche cae fría. Las voces del viento me hacen sentir indefensa y el cielo está a punto de romperse, tal vez más que yo.

Me gustaría ser cielo. Me gustaría poder gritar, mostrar mi oscuridad y romperme, sabiendo que eventualmente aparecerá el sol y secará las lágrimas de mi berrinche, reconstruyéndome.

No soy cielo. No tengo un sol. Soy solo un alma de veintiséis inviernos tristes, rotos, fríos.

—¡Ann!

Escucho y aprieto el paso, ignorándolo, deseando no haber estacionado el auto tan lejos de la oficina.

—¡Ann, espera!

No giro, no me detengo. No hasta que una mano se posa en mi hombro.

—Te estaba llamando, ¿no me escuchaste? —pregunta, recuperando el aliento.

—No sé quién es Ann. —Lo esquivo y reanudo el paso.

«Ann, cariño, sabes que tu padre tiene problemas en el trabajo. Está muy nervioso, porque podemos quedarnos sin dinero, y él quiere darnos lo mejor. Sabes que quiere darnos lo mejor, ¿cierto?»

—Tú. —Trota hasta ponerse a mi lado, acompañándome.

—Mi nombre es Annelie.

—Annelie, Ann… —explica la obviedad, sin entender mi indirecta—. Es una forma más amistosa de llamarte.

—No somos amigos. —Sigo apretando el paso. Mis tacos acompañan el ritmo de los truenos, que dibujan figuras en el cielo.

—Trabajamos juntos y… nos acostamos. —Me mira como niño que perdió a su madre en el parque de diversiones.

Lo miro de reojo. Lleva la camisa desabrochada y un brillo extraño en los ojos, hasta parece un tipo normal.

Acostarme con Luca fue una de las peores decisiones que tomé desde que trabajo en esta empresa. Reconocí la gravedad de mi error dos días después, cuando comenzó a llamarme a cualquier hora, insistiendo en vernos de nuevo. El tipo es un parásito emocional. Obsesivo, infantil, dependiente. Es un tarro de azúcar, y mi dieta es muy estricta.

—¿Y? —Intento divisar mi auto, pero la neblina juega en mi contra.

—Deduje que… éramos algo.

—Parece que Sherlock necesita trabajar más en sus deducciones.

—¿Te estás burlando de mí?

—¿Qué te parece? —Niego con la cabeza, sin poder creer lo estúpido que es este hombre.

—Quiero una segunda cita. —Me sigue el paso—. Me gustaría llevarte al barrio donde crecí, hay un lago precioso donde podríamos pasear en bote y….

—No me gusta repetir el plato —lo interrumpo.

—¿Qué?

—Tuvimos sexo una vez, eso es todo. —Freno mis pasos y lo miro a los ojos. Su mirada marrón cálida comienza a enfriarse—. ¿Es tan difícil entenderlo? No me interesa el barrio de tu infancia, ni el lago, ni el ridículo paseo en bote…

—Pensé que teníamos una conexión. —Su voz muta de niño asustado a adolescente enojado, oscureciéndose varios tonos.

—La única conexión que tenemos es el wifi del patio de comidas de esa empresa. —Señalo a lo lejos.

Su mirada se endurece. Mis pies dan un paso atrás instintivamente, como soldados entrenados por el miedo.

—Te sigues burlando de mí. —Frunce el ceño, da un paso al frente.

Su tono de voz demuda. Comienzo a mirarlo con cautela.

—Vamos, Luca. —Me acomodo la cartera, intentando disimular el nerviosismo—. Ve a casa, es tarde.

Doy media vuelta, pero su mano se cierra en mi antebrazo, tirando de mí.

—¿Qué estás haciendo? —Forcejeo para zafarme, pero sus dedos se entierran en mi piel.

—Te perdono.

Miro alrededor, solo para comprobar que estamos solos en medio de la calle. Es tardísimo y la tormenta amenaza hasta a las almas más jóvenes.

—¿Qué carajo estás diciendo? —Sigo forcejeando, aferrando mis pies al suelo como raíces maduras.

—Por rechazarme. Sé que no quisiste hacerlo, solo tienes miedo de arriesgarte. —Sonríe—. Yo también lo tengo, pero podemos hacer que funcione.

El miedo comienza a mezclarse con mi sangre. Sus ojos están fijos en los míos. Por primera vez, en mucho tiempo, una mirada me transporta.

Caín está jugando con la pelota dentro de casa. Sabe que lo tiene prohibido, pero, aun así, lo hace. Se cansó de mirar por la ventana cómo los niños disfrutan la tarde, viviendo la vida con la que él sueña cada noche.

La pelota rebota contra el parquet recién encerado. Mi madre está en la ducha, mis hermanos arriba, papá en el trabajo.

—¡Caín! Vas a dejar marcas en el piso. —Mi consciencia prematuramente adulta lo reprende.

La pelota sigue picando, una y otra vez, acompañando los pasitos torpes de mi hermano.

—Si papá se entera, vas a ir al sótano —murmuro, levantando la vista del libro de cuentos que la maestra Julia nos mandó a leer.

Su risita pícara se pierde con el chillido que provocan sus zapatillas contra la madera. Me uno a su risa, compartiendo la adrenalina de su travesura.

Se escucha el agua de la ducha, la música que sale del cuarto de Elías y los dibujos animados que mira Abel. Por un momento, todo se siente bien. El aire es liviano. La picardía, dulce. Casi puedo sentirme una niña de ocho años. Pero, entonces, la puerta se abre. Es papá.

Caín, en un intento desesperado por disimular, pierde el control de la pelota. Esta rebota contra el aparador, tirando una foto. Sus pequeñas

manos la levantan, pero el marco está roto, igual que nuestra familia.

Mi padre lo mira fijo. No es la mirada de un padre, es la de un asesino. Tira a un costado su caja llena de herramientas.

—Caín —habla con el cigarrillo entre los labios.

—Señor —los ojos de mi hermano se llenan de lágrimas en cuanto escucha su voz—, fue sin querer…

Mi padre vuelve a llamarlo, esta vez sin palabras. Sigo mirando la escena, sentada en el sofá, sosteniendo el libro de cuentos entre las manos.

Caín camina, cabizbajo, hasta colocarse delante de él.

—Tú. —Me señala con la cabeza y se me para el corazón. ¿Por qué yo? Yo no hice nada—. Ven aquí.

Me levanto, apretando el librito entre los dedos, y camino hasta estar al lado de mi hermano.

—Estira las manos —le ordena.

Caín me mira, como si yo pudiera salvarlo. Pero aún la ropa se me pega a la espalda, no estoy lista para recibir más heridas.

—Separa los dedos.

Mi hermano separa sus deditos gordos, intentando retener las lágrimas y disimular el temblor que se anticipa al dolor.

—Tú —me señala—, mira lo que pasa cuando me desobedecen.

Mi corazón late con tanta fuerza, que me duele el pecho. Aprieto el librito de cuentos, sé que lo estoy arrugando. La señorita Julia va a enojarse.

Con una mano se saca el cigarrillo de la boca, con la otra sostiene la manito abierta de Caín. Apoya la punta rojiza del cigarro sobre cada uno de sus dedos. Caín grita mientras las lágrimas lavan su rostro, pero él no se detiene. Él nunca se detiene.

—¿Tienes hambre? Vayamos a cenar algo. —Una sacudida me arrastra a un nuevo infierno.

—Suéltame —tartamudeo y quiero golpearme por eso.

—Hay un restaurante a menos de diez cuadras, hacen las mejores pastas de todo Bariloche. ¿Lo conoces?

—Luca, suéltame, me estás lastimando. —Sigo tirando hacia atrás mientras intento volver a situarme en tiempo y espacio.

—Después podríamos ir a mi departamento a mirar alguna película.

—¡Suéltame! —grito, sintiendo el pánico tomarse de la mano con los recuerdos, apoderándose de la Annelie que tantos años me costó construir.

—¿Te gustan de terror o románticas? —sigue hablando, ajeno a la situación—. Una romántica…

—¡Te estoy diciendo que me sueltes de una puta vez!

—¿Por qué te resistes? —Una sonrisa desquiciada se apodera de su rostro pálido—. Los dos sabemos que quieres estar conmigo, pero tienes miedo de que Olivera lo descubra.

—¡Suéltame! Ahora. —Aprieto los dientes y lo miro con odio, pero no se inmuta.

—No voy a decir nada. No tiene por qué enterarse, seremos cuidadosos.

Sacudo mi brazo intentando zafarme de sus dedos puntiagudos. Estoy a punto de pegarle un rodillazo en la entrepierna, pero se anticipa a mis movimientos y me da vuelta, abrazándome por detrás.

—¡SUÉL-TA-ME! —grito, sin dejar de moverme.

—Creo que te dijo que la sueltes.

Mi cabeza gira, siguiendo el sonido de la voz desconocida. Luca se da vuelta, pero sus brazos siguen apretándome.

Una figura corpulenta y monstruosamente alta está parada a mitad de cuadra. Mis ojos la recorren con rapidez, intentando divisar, en la negrura de la noche, algún rasgo.

Un relámpago tiñe el cielo de plata y lo ilumina. Encapuchado, con un bolso oscuro a sus pies, y una voz tan profunda que haría temblar al mismísimo demonio.

CAPÍTULO 3

THEO

Dos horas y treinta minutos. Eso tardé en dejar atrás el mundo que conozco.

Un instante. Eso tardé en dejar atrás la persona que fui.

Aterrizo. Piso la tierra que me desconoce, que no me juzga, que está dispuesta a abrazarme sin puñales en la espalda. El viaje fue extraño. No era la primera vez que viajaba en avión —imposible con la excéntrica vida que llevamos desde que mi papá se casó con su muñeca de plástico—; sin embargo, tras cuatro años viviendo en las sombras, alimentándome de recuerdos, la sensación de libertad que me produjo estar a miles de metros de altura fue sencillamente inefable.

«Esto es con lo que sueñan todos en el penal. Esto define libertad», pensé.

Avanzo en la pequeña fila que se formó para recoger el equipaje. Espero mi bolso mientras pienso que tendría que haber avisado a mi abogado que iba a dejar la costa. Supongo que lo haré una vez que esté instalado. De todos modos, la regla era no salir del país. No le solté el brazo a la ley. No aún.

El celular que me dio Mía comienza a sonar con la canción pop más homosexual que escuché en mi vida. No tengo nada en contra de los homosexuales, de hecho, mi mejor amiga es lesbiana. Pero en este momento atenta contra la posibilidad de llevarme a la cama a la azafata de mi vuelo, que no paró de pasarme el culo por la cara ni siquiera durante las turbulencias. La hubiese llevado al baño para descargar cuatro años de tensión con todo gusto, pero soy un puto ropero y ni siquiera pude entrar a mear cómodo. Atiendo, intentando callar la melodía más gay de todos los tiempos.

—Vivo, hambriento y carente de amor —digo mientras visualizo mi bolso, minúsculo entre valijas enormes.

—¿Vivo? —Bufa y larga un suspiro dramático—. Pensé que tendría suerte y el avión se estrellaría. ¡Así me libraría de tu ego!

—¿Te dije que eres adorable, Mía? —Agarro el equipaje y busco la salida más próxima. Quiero salir de aquí. Había olvidado cuánto me fastidian los trámites.

—Lo sé, sudo azúcar y vomito arcoíris. ¿Cómo estuvo el viaje? ¿Pudiste descansar un poco? Fuiste inteligente al elegir el avión, no hubieras soportado veinte horas de viaje en micro. ¡Ni siquiera

entrarías en el asiento!

Sonrío, imaginando mi metro noventa en un coche semicama. Definitivamente no.

—La verdad es que, desde que me dejaste en el aeropuerto, estoy hecho una puta madeja de nervios. —Me arrastro en dirección a la salida, mirándole el culo a cada azafata que pasa contoneándose. ¿Por qué esas faldas tan apretadas? ¿Es a propósito? —. En realidad soy una bomba a punto de explotar. Espera —susurro—, ¿puedo decir bomba en un aeropuerto?

Escucho su risa y mis labios intentan imitar el sonido, por simple empatía.

—No si quieres disfrutar tu libertad, ¡idiota!

—Tranquila. —Salgo y la noche me recibe. Inhalo el aire frío, puro, liviano—. Planeo hacer las cosas bien.

Lo digo en serio. Planeo intentar intentarlo. Conseguir un trabajo, un hogar, volver a practicar boxeo, alejarme de las carreras, del dinero fácil, de las drogas, encontrar a una mujer fuerte, decidida y sin complicaciones, que pueda hacerme feliz y ser feliz a mi lado. ¿Quién sabe? Tal vez hasta tener uno o dos niños tirándome de la camiseta. Enterrar al Theo adicto, ese que cede a las tentaciones y es dinamita. Ver nacer al Theo que hubiera sido, si no fuera porque el hijo de puta de mi padre me arrebató el futuro y la cordura.

—Me alegra escuchar eso. —Su voz me arrastra de mis cavilaciones oscuras—. ¿Terminaste con el papeleo? ¿Cómo está el clima?

—Acabo de salir. Está bastante frío para ser primavera. —Comienzo a avanzar en dirección a no sé dónde.

—¡Es el Sur! Al chico de playa le costará acostumbrarse —dice con sorna—. No podrás andar como exhibicionista…

—Una lástima para la población femenina de Bariloche…

Miro hacia todos lados antes de cruzar la calle. Me siento incómodo y no dejo de repetirme que acá nadie me conoce. Nadie vendrá a escupirme la cara ni arrojarme piedras.

—¡Uf! ¡Qué catástrofe! —Suspira. Sé que está rodando los ojos.

—Te llamaré cuando haya llegado a la cabaña, ¿sí?

—Está bien.

—Gracias por todo, enana —lo digo con el alma. No sé qué haría sin ella.

«En realidad sí lo sé, pero no quiero pensarlo.»

—Theo.

—¿Qué?

—No la cagues.

Trago y se me endurece el pecho. Miro las sombras que dibujan las montañas mientras sostengo el aparato con una mano, el bolso con la otra y el corazón en la garganta.

—No lo haré.

Mi nuevo yo acaba de tomar la primera mala decisión. No tomar un taxi para ahorrar dinero. Estoy caminando desde hace veinte minutos y no tengo ni puta idea de dónde estoy. ¿Puedo ser más imbécil? ¿Aventurarme por las calles de un lugar que desconozco? Una parte de mi sostiene que fue por la plata, la otra sabe que quería saborear la libertad. Ser un Don nadie. Ser quien mierda quiera ser. Poder caminar con la frente en alto.

Está lloviznando y el cielo amenaza con romperse. Me puse la capucha de la única campera que tengo, una de cuero gastada. La misma con la que llegué a la comisaría aquel veintitrés de septiembre. Apenas me entra y el cierre está roto.

Los músculos de mis piernas se quejan por las calles empinadas. Necesito llegar. Necesito pensar cómo voy a empezar de cero. Sigo caminando cuesta arriba. Me encantaría perderme en la noche, mezclarme entre la gente, sentirme uno más. Pero la acera está tan silenciosa y vacía que, por un momento, siento que estoy solo en el mundo.

Mierda. Quiero encender un cigarrillo, pero se mojaría y tengo que cuidar el último paquete que me queda.

Los truenos comienzan a cobrar fuerza, imperantes. El cielo va a explotar pronto y no quiero mojarme. No me queda más que una muda de ropa. Intento trotar, pero las zapatillas sin cordones se escapan de mis talones.

«Hijos de puta. ¿No podían darme un par de cordones antes de salir?»

Tendría que haber parado a comprar unos, pero una vez que Mía me convenció sobre lo del sur, solo podía pensar en estar sentado en el avión.

Piso una baldosa suelta y la zapatilla se me llena de agua.

—¡Carajo! —mascullo en el silencio de la noche.

Me detengo para limpiarme el pantalón embarrado, sintiendo cómo mi humor va mutando. Es entonces cuando lo escucho.

—Suéltame.

Es una mujer. Su voz suena fina, débil.

—Luca, suéltame. Me estás lastimando.

Me quedo petrificado, escuchando el forcejeo de aquella voz. Otra se suma, es masculina.

«¿Están discutiendo? ¿Serán problemas de pareja?»

Avanzo. Me digo a mí mismo que no tengo que meterme en problemas ajenos, pero entonces la voz de la mujer se astilla otra vez.

—¡Suéltame! —grita y puedo sentir el esfuerzo de sus cuerdas vocales.

Freno mis pasos. Los pensamientos colisionan en mi mente y mi pulso se vuelve irregular.

«¡No lo hagas! Tienes que mantenerte alejado de los problemas. Que se arreglen, no es asunto tuyo. ¡Sigue tu puto camino! Estás solo. Eres tú y solo tú.»

«¿Vas a dejar que le hagan daño, cuando puedes impedirlo? ¡¿Qué clase de ser humano eres?! ¿Eres humano siquiera? ¿No estás intentando redimirte, eximirte de culpas? ¡Es tu oportunidad para empezar a hacer las cosas bien!»

—¡Te estoy diciendo que me sueltes de una puta vez!

Otro grito rebosante de desesperación me eriza la piel. Las lágrimas abrazan el tono de su voz.

—Carajo —susurro mientras avanzo en dirección a las voces—. Voy a arrepentirme de esto.

—¡Suéltame! Ahora.

Aprieto el paso, luchando con las zapatillas que se me salen.

—No voy a decir nada. No tiene por qué enterarse, seremos cuidadosos.

Visualizo dos figuras en medio de la noche. Los cuerpos enredados parecen uno debajo de la luz tenue de la farola. Tiro el bolso a un costado y me preparo para lo que sea. No peleo hace exactamente tres años, después de que un hijo de puta se metiera conmigo por ser *la putita nueva*. Fue la única pelea que tuve en la jaula y me llevé como recuerdo una cicatriz que casi me cruza el abdomen.

—¡SUÉL-TA-ME!

—Creo que dijo que la sueltes.

El forcejo se evapora. La mujer gira en busca de la voz intrusa. Escucho su respiración angustiada. No paso por el alto el alivio en sus jadeos. Apenas puedo visualizar sus facciones, pero es diminuta en comparación a la jirafa que la apretuja entre sus brazos. La misma que gira para ver quién está interrumpiendo sus planes. Intenta inspeccionarme pero, entre la oscuridad y la capucha que me cubre, mi rostro queda entre las sombras.

—Y este, ¿quién es? —masculla, pero no suelta el brazo de la chica que sigue tironeando para liberarse.

—*Este* te va a romper la puta nariz, si no le sueltas el brazo. —Hago tronar mis dedos mientras me preparo para pasar de las palabras a los hechos. Ya que no puedo coger, tal vez partirle la cara a este hijo de puta me sirva para descargar un poco de frustración.

Me acerco a paso lento, la jirafa me inspecciona de pies a cabeza. Lo dejo, con suerte notará que soy tres veces más grande que él. No tiene chances.

—Suéltame, Luca —ordena la pequeña morena.

—¿Quién es? —La zarandea un poco más—. ¿Es tu novio? ¿Por eso no quieres volver a salir conmigo? ¿A él también lo engañas con Olivera?

La morena solloza y se retuerce bajo su agarre. Mi pecho se hincha mientras digiero la extraña sensación que se alojó en mi garganta.

—Suéltala. —Intento mantener la calma en la voz, pero estoy a punto de saltarle a la yugular si no le saca las putas manos de encima.

—Eres una puta, Amat. —Suelta su brazo y la morena trastabilla, pero se aferra al paredón descascarado—. Puta.

Me pone una bala entre ceja y ceja con una mirada fugaz, y se echa a caminar.

Quiero traer su culo a patadas de vuelta y exigirle que le pida disculpas, pero no sé quién es la morena que intenta arreglarse la ropa y se seca las lágrimas. Tal vez lo mejor es dejarlo así. Me conformo pensando que hice lo correcto y es suficiente.

—¿Estás bien? —le pregunto, manteniendo una distancia considerable. Apenas puedo ver su expresión entre la noche, la llovizna y la luz amarillenta de la farola gastada.

—Sí.

Se acomoda la cartera, pasa a mi lado y comienza a alejarse.

«¿Qué carajo? ¿Eso es todo? ¿Ni siquiera va a agradecerme por salvarle el culo?»

—Gracias, ¿no? —grito debajo de la lluvia, que pasó a ser chubasco. No responde, aprieta el paso y sigue sin mirar atrás—. Loca —murmuro y reanudo la marcha.

Parece que la estoy siguiendo, pero vamos en la misma dirección. Decido cruzar de vereda para que no se sienta intimidada. Lleva la delantera por media cuadra. Camina rapidísimo, tal vez alguien la espera. Si supiera que el tiempo no

existe…

La veo subirse a un auto y cerrar la puerta con violencia. Me paso el bolso al hombro y sigo caminando en subida. Escucho cómo le exige al motor, pero está muerto. Sale del auto, abre el capó y alumbra con una linterna.

—Mierda. —Patea un neumático—. ¡Mierda!

Sigo caminando, dejándola atrás, cuando escucho algo estrellarse contra el asfalto. Giro. ¿Qué está haciendo? ¿Está vaciando el contenido de su cartera en plena calle? Se arrodilla y empieza a buscar algo entre los objetos esparcidos. Está completamente mojada y la lluvia no da tregua.

«Sigue caminando. Ya la ayudaste, ya no es tu problema. ¡Tienes que llegar a la puta cabaña de una vez!»

«¿Vas a dejarla así? ¿No vas a darle una mano? ¿De qué sirve que la hayas ayudado, si ahora la dejas tirada en el medio de la noche?»

Un suspiro pesado y rebosante de sentimientos contradictorios me abandona.

—Puta madre —mascullo mientras comienzo a desandar el camino, acercándome a la loca.

Sigue rebuscando algo entre sus pertenencias esparcidas en el piso, apuntando cada objeto con la linterna.

Apoyo el bolso en el suelo húmedo, medio metro nos separa. Alumbra mis pies y sube hasta mi cabeza encapuchada.

—¿Necesitas una mano? —pregunto, intentando protegerme de la lluvia.

—Tengo todo bajo control. —Su voz es un témpano.

—¿En serio? —La capucha oculta mi sonrisa. Esta mujer está loca—. No lo parece…

Se levanta. Su cuerpo es tan o más pequeño que el de Mía a mi lado.

«¿Es que todas las mujeres que se cruzan en mi camino son gnomos?»

Me tomo un momento para mirarla con detenimiento. Su ropa está empapada. La camisa blanca se le pegó al cuerpo como una segunda piel, trasluciendo su corpiño negro. Es delgada y pequeña, pero, carajo, no le falta nada…

Vuelve a esconderse tras el capó y alumbra con la linterna mientras se inclina hacia adelante. Me acerco a paso lento.

—¿Es el motor? —pregunto ladeando la cabeza, intentando mirarle el culo entre las sombras.

Se da vuelta y me apunta directo a los ojos. Me cubro con las manos para no quedarme ciego.

—¿Qué mierda quieres? —suelta mientras se quita el pelo mojado de la cara. Luce diminuta e indefensa, hasta que abre la boca.

—Tranquila, Bambi. —Levanto las manos en señal de paz—. Solo quería ayudar.

—¿Cómo me dijiste? —Achina los ojos y frunce el ceño—. ¿Quién mierda piensas que eres para llamarme así?

—El tipo que acaba de salvarte el culo, ¿tal vez? —vocifero por encima de la tormenta, que amenaza con dejarnos sordos.

—¿Te pedí que me ayudaras? —Se cruza de brazos, la linterna apunta hacia cualquier lado.

—¿Me estás cargando? ¡Estabas gritando en el medio de la calle! ¿Qué esperabas que hiciera?

—Que siguieras tu camino como hace todo el mundo, ignorando lo que pasa alrededor. —Se encoge de hombros mientras intenta despegarse la camisa de la piel, sin éxito—. Podía arreglármelas sola. —Gira y vuelve a revisar el interior del auto—. No necesito que un sapo disfrazado de príncipe venga a rescatarme.

Abro la boca, incrédulo. ¿Qué?

—¿Acabas de llamarme sapo?

—¿Acabas de llamarme Bambi?

Me rindo. Esta mujer es imposible. ¡Qué se joda!

—Estás loca. —Agarro mi bolso.

—Qué noticia… —espeta mientras revuelve los cables. ¿Al menos sabe lo que está tocando?

Doy un paso al frente, pero se me ocurre una manera de torcer la situación a mi favor.

—Hagamos un trato.

—¿Por qué debería hacer un trato contigo? No tienes nada que yo quiera…

«Eso es porque nunca me tuviste entre tus piernas…»

—Te equivocas, Bambi. —Me acerco y le saco la linterna. Comienzo a inspeccionar entre los cables en busca del problema.

—¿Qué mierda estás haciendo? —intenta empujarme, pero sus esfuerzos son nulos. No me mueve ni un milímetro.

—Yo arreglo el auto y tú me llevas a casa.

Me incorporo y le apunto directamente al rostro mientras me apoyo en el vehículo. Su piel blanca brilla por la humedad. Su boca es grande y carnosa y sus ojos rasgados, pero no logro ver el color.

«¿Cuántos años tendrá? Está buenísima, pero loca como una cabra.»

—Di en el blanco —dice mientras sonríe.

—¿Eh? —Frunzo el ceño.

—Eres más imbécil de lo que pareces. —Se cruza de brazos, ya ni siquiera intenta cubrirse de la lluvia—. ¿Crees que voy a subir a un desconocido a mi auto?

—Vamos, Bambi. —Extiendo los brazos—. No tengo intenciones de hacerte daño. Te salvé el culo hace minutos…

—¿Y? ¡No te conozco!

Un relámpago nos ilumina.

—¡Y yo tampoco! Solo sé que estás loca como una cabra. —Me acomodo la capucha, que ya está completamente mojada.

Parece meditarlo unos instantes. Sus ojos son lupas que me examinan minuciosamente.

—¿Y? ¿Tenemos un trato? —Extiendo mi mano. La morena la observa con cautela.

—Hecho. —Extiende su pequeña mano, que se pierde en la mía, y sellamos el pacto.

—Bien, Bambi. —Vuelvo a observar el cablerío, tiene mala pinta y todo el interior está muy sucio—. Ponte al volante y arranca cuando yo te diga, ¿entendido?

—Deja de decirme Bambi.

Abre la puerta y se sienta.

—¡Entonces dime tu nombre! —grito por encima del capó.

—¡No tengo!

—Entonces serás Bambi…

Doy con el problema rápidamente, se aflojó el borne.

—¿Tienes una llave de tuercas de doce milímetros? —pregunto, bajando un poco el capó.

—¿Me ves cara de mecánico? ¡No!

—¿Una pinza?

Saca la mano por la ventilla, sosteniendo la herramienta. La tomo y ajusto la tuerca.

—Arranca —ordeno, deseando que funcione.

—¿Qué? —chilla desde el interior.

—¡Que arranques!

El motor ronronea y se apaga. Suspiro y me seco el rostro mojado con las manos, también mojadas. Estoy cansado. La nueva vida no está empezando exactamente como esperaba.

—¡Intenta de nuevo!

Ronronea, ronronea y… ¡arranca!

—Bien. ¡Carajo! —Cierro el capó, lleno de satisfacción.

La morena sube la ventanilla y se abrocha el cinturón. Me acerco del lado del acompañante e intento abrir, pero está cerrado.

—Vamos, Bambi. —Doy golpecitos en el vidrio—. Abre la

puerta.

Me aparto de un salto en cuanto el auto sale disparado a toda velocidad. Los neumáticos chillan contra el asfalto mojado mientras se pierde en la noche.

—¡Eh! —grito, intentando alcanzarla. Es imposible, salió como corredor de TC.

Me quedo parado en medio de la calle, completamente mojado y desorientado.

Bambi acaba de cagarme.

CAPÍTULO 4

ANNELIE

Hace muchos años que no pierdo el control de una situación. Simplemente no supe cómo reaccionar. Puedo controlar todo. Tengo el control de todo lo que me rodea y yo decido cuándo, cómo y cuánto lastimarme. Liberarme. Hoy, Luca sacudió mis esquemas. Hoy, un imbécil con problemas de personalidad me hizo bajar al sótano. Me hizo sentir la Annelie débil, rota.

—Bien, Bambi. —Su voz gruesa me hace parpadear—. Ponte al volante y arranca cuando yo te diga, ¿entendido?

—Deja de decirme Bambi. —Abro la puerta, me siento y la cierro con furia.

«¿Bambi? ¿En serio? ¿Quién se cree que es? ¿El cazador? Imbécil.»

—¡Entonces dime tu nombre! —grita entre trueno y trueno.

«Sí, claro. En tus mejores fantasías…»

—¡No tengo!

—Entonces serás Bambi…

Ahí está, escondido tras el capó, manoseando mi auto. Es una montaña con voz grave y mirada que la noche no me deja ver. Quiero salir corriendo, pero mi maldito auto se quedó otra vez. Apoyo la espalda en el asiento y cierro los ojos. Todavía no logro calmar el temblor de mi cuerpo.

«¿Por qué se empeña en ayudarme? ¿Debería cumplir con mi parte del trato y llevarlo hasta su casa?»

Dudo que quiera hacerme daño, teniendo en cuenta que se interpuso entre el psicópata de Luca y yo, sabiendo que podía involucrarse en una pelea. Pero llevarlo significa tener que hablar. Hablar significa conocerlo. Conocerlo, o dejar que me conozca, significa romper las reglas. Mis reglas.

—¿Tienes una llave de tuercas de doce milímetros? —grita. Su cabeza sobresale y puedo verlo, está empapado.

—¿Me ves cara de mecánico? ¡No! —respondo, acomodándome en el asiento que estoy humedeciendo.

Insulta por lo bajo. Apenas entiendo lo que dice.

—¿Una pinza?

Me agacho y busco entre los asientos, estoy segura de que tenía una por algún lado. Es la única herramienta que tengo. La conservo por si tengo que partírsela en la cabeza a algún imbécil pretencioso. La encuentro debajo del asiento del copiloto. Me incorporo, me está

mirando a través del parabrisas. Saco la mano por la ventanilla y muevo la pinza hasta que la agarra.

Agacha la cabeza y lo pierdo de vista. Vuelvo a dejarme caer sobre el respaldo, pensando por qué mierda sigo dándole vueltas al asunto. Es fácil: en cuanto logre arreglar el auto, pongo primera y me olvido de esta noche.

¿Por qué estoy dudando? Yo no le pedí ayuda, ni con Luca ni con este asqueroso vehículo. No le debo nada. No tengo por qué llevarlo. No lo conozco, tampoco quiero hacerlo. No es nadie. No es nada.

—Arranca. —Creo escuchar, pero la tormenta me hace dudar.

—¿Qué? —me veo obligada a gritar. Detesto gritar.

—¡Que arranques!

Giro la llave, el motor ruge y se ahoga.

«¡Carajo! Quiero desaparecer.»

—¡Intenta de nuevo!

Desprecio ese vestigio autoritario que percibo en su voz. Inhalo profundo y obedezco, repitiéndome que, en realidad, no me está dando órdenes, porque soy yo quien lo está usando.

El auto arranca y la ansiedad me adormece las manos.

—Bien. ¡Carajo!

Lo escucho mientras pongo el seguro en las puertas y me abrocho el cinturón. Un golpecito en el vidrio me estremece.

«¿Por qué mierda estoy tan sensible? ¿Qué carajo me pasa?»

—Vamos, Bambi. —Sigue golpeando el vidrio suavemente—. Abre la puerta.

Mi pecho sube y baja con violencia mientras lo observo. Continúa golpeando, su otra mano forma una visera para intentar vislumbrar a través del polarizado.

Miro al frente. Vuelvo a mirarlo.

«¡A la mierda!»

Arranco como una desquiciada, haciendo chillar los neumáticos. Miro por el espejo retrovisor. Agita los brazos mientras vocifera cosas que no logro escuchar.

Diría que lo siento, pero no me gusta mentir si no es necesario. Con suerte, aprenderá a hacer oídos sordos. Quizá comprenda que solo actuamos por beneficio propio. Quizá la próxima vez ignore al mundo que lo rodea y se enfoque en sí mismo. Quizás, algún día me lo agradezca.

Abro la puerta y enciendo la luz. La inmensidad y el silencio me

reciben, inmutables, como cada noche. Me desvisto en la entrada para no mojar el piso de camino a mi habitación. Doblo la ropa empapada y la coloco prolijamente al lado de la puerta. Camino desnuda por el pasillo, me detengo en el ventanal que da al parque y observo cómo la lluvia forma ondas concéntricas en la piscina. Miro entre los árboles la pequeña cabaña que añade valor a esta propiedad. Pienso que tal vez debería alquilarla. O tal vez debería vender toda la maldita casa y mudarme a un departamento minúsculo, donde la soledad haga menos ruido.

¿Para qué quiero todo este espacio? No tengo familia, no tengo amigos… Soy solo yo y los recuerdos que ocupan el lado izquierdo de la cama cada puesta de sol.

Cierro las cortinas y avanzo hasta mi habitación. Me doy un baño caliente y eterno. Intento no pensar en la locura de esta noche, pero resulta imposible. La manera en la que perdí el control de la situación es inaceptable.

«¿Y si no aparecía el encapuchado? ¿Qué iba a pasar? ¿Iba a permitir que alguien me hiciera daño otra vez? ¿Cómo iba a recuperar el control? ¿Dónde mierda estaba la Annelie que se lleva al mundo por delante?»

Me sumerjo, conteniendo la respiración hasta que mis pulmones se prenden fuego. Siento la presión en los ojos y el pitido incesante en los oídos. Salgo. La vida lucha por aferrarse a mi cuerpo. El oxígeno arde, quema. Y si quema, es real. Si es real, sigo viva.

Sé que estoy soñando, sé que no es real. Sin embargo, el miedo pesa sobre mis pequeños hombros. La oscuridad arde en mis ojos. El silencio anticipa el dolor.

El foco titila sobre mi cabeza hasta que se enciende, temblando de miedo, igual que yo.

Escucho sus pasos erráticos.

Retuerzo el final de mi vestido de flores mientras abro los ojos poco a poco, como si estuviera viendo una película de terror. Pero hay una única diferencia: la estoy viviendo.

Se queda parado al costado de la destartalada escalera. Los brazos y las piernas separadas, la barba de semanas, la respiración animal y el aliento rancio.

—¿Qué pasa? —Su voz suena endulzada por el alcohol—. ¿Le tienes miedo a papá?

Niego con la cabeza, porque mi voz me traicionaría.

Hoy no sé qué papá es. Cada vez me cuesta más distinguirlos, puede ser uno u otro en cualquier momento.

—Contesta. —Su voz me raspa como lija nueva.

Aprieto el vestido dentro de mi puño, mis uñas traspasan la tela.

—No —susurro.

—¿No qué? —Da un paso al frente, su cuerpo se tambalea y tiene que apoyarse en la pared.

Quiero retroceder. Quiero acurrucarme en una esquina hasta desaparecer.

—No… —El miedo juega con mi voz, haciéndome tartamudear—. No le tengo miedo, Señor.

Un paso, luego otro. Su aliento golpea mi nariz, la leche con chocolate que acabo de tomar sube a mi garganta.

—¿Por qué estás llorando? —Arrastra su pulgar gordo y sucio por mi cara—. ¿No estás feliz por pasar tiempo con papi? —Bajo la mirada, contengo la respiración como cuando jugamos con Caín a ver quién aguanta más tiempo debajo del agua—. Hoy te elegí a ti, Ann. —Acaricia mi pelo recogido en una cola de caballo alta y tirante, justo como le gusta—. Podría haber elegido a cualquiera de tus hermanos, pero te elegí a ti, porque eres especial.

No quiero ser especial. Quiero ir a armar rompecabezas y leer el cuento que nos mandó la señorita Julia.

Se aleja y suelto todo el aire de golpe, sin hacer ruido, conozco las reglas. Se sienta frente al televisor viejo y me indica que me siente a su lado. Obligo a mis pies descalzos a llegar hasta el centro del sótano. Un televisor, una silla, un foco amarillento y miedo. Eso es todo lo que hay aquí abajo.

La luz de la pantalla me enceguece, ahí están las personas desnudas otra vez. Aprieto los ojos con tanta fuerza que me duelen. Sé lo que están haciendo, no quiero verlos. Los gritos y palabras, que la señorita Julia nos tiene prohibido decir, me ponen la piel de gallina.

—Abre los ojos —ordena y obedezco.

Me muerdo la lengua hasta que saboreo la sangre. No quiero ser especial. No quiero bajar al sótano. No quiero saber cosas que los demás niños no saben.

La pantalla ilumina mi rostro. Mis ojos parecen canicas pardas, como las que Abel le roba a Caín. Miro, pero no veo. Trato de concentrarme en la señorita Julia. Su pelo rubio, largo y suave. Sus cachetes colorados y sus ojos, siempre brillosos. Hoy me felicitó por mi lectura en voz alta. Me dijo, en secreto, que soy la que mejor lee del curso.

—¿Qué quieres ser cuando seas grande, Annelie? —preguntó la

señorita Julia, atándome los cordones.

—Invisible.

Estoy gritando, tengo el pecho mojado y peleo con las sábanas. Me levanto de un salto, hiperventilando otra vez. Miro hacia todos lados, la oscuridad me devuelve el vacío. Camino por el pasillo, abro la puerta corrediza y piso el pasto. Todavía llueve, la negrura es absoluta. Corro hasta que mi cuerpo impacta contra el agua, sumergiéndome, haciéndome tocar fondo.

Los gritos en mi cabeza se apagan, el televisor ya no me ilumina, su voz ya no me eriza la piel. Me siento ligera, vacía, libre.

Salgo cuando la piel de mis dedos está arrugada y la noche congeló mis labios. Entro, mojando el piso que evité ensuciar hace algunas horas. Me agarro de las paredes para no resbalarme de camino al baño. Me seco y me miro al espejo. Estoy perdida en mi reflejo. No reconozco a la chica ojerosa, de labios morados y mirada ausente. Nunca la reconocí. Nunca tuve lugar en mi propio cuerpo.

El piso de la cocina está helado. La luz blancuzca ilumina la isla de mármol, el resto es oscuridad y silencio. Mis amigos íntimos. Pongo a hervir agua y me siento a revisar lo mails que tendré que responder en algunas horas, cuando me pinte una sonrisa y me abotone el traje de mujer normal.

Mi vista pasea de un correo al otro, hasta toparme con dos de Caín. No los abro, voy directamente al que está debajo y no posee asunto.

Sé quién eres.

El silbido de la pava anuncia el punto de hervor. Mis ojos están fijos en la pantalla, mi cuerpo agarrotado y mi mente ahogada en tres palabras.

SÉ. QUIÉN. ERES

CAPÍTULO 5

THEO

Sus ojos brillan de deseo. Siento su piel caliente y húmeda debajo de mi cuerpo. Una embestida suave tras otra. Sus dedos aferrados a mis hombros, sus suspiros haciendo delirar a mis oídos. Mis caderas aceleran el ritmo, siguiendo el galope de mi corazón. Me concentro en su rostro aniñado, lleno de vida, y me dejo ir.

—Theo —un jadeo ahogado me hace sentir el puto rey del mundo. Tengo dieciocho años, dinero y a la chica con la que sueñan cada noche todos mis compañeros de curso.

—¿Estás bien? —Apoyo mi frente en la suya, sintiendo cómo sus músculos se rehúsan a soltarme.

—¿Que si estoy bien? —Sus dedos se pierden en mi pelo corto—. Theo Blas, me tienes.

Pego mi boca a la suya mientras me deslizo fuera de su cuerpo. Dejo caer mi espalda sobre el colchón. Sus ojos azules me queman.

—Tengo algo para ti —murmuro idiotizado por su sonrisa satisfecha. Ahora mismo, lo es todo para mí.

Me inclino y abro el cajón de mi mesa de luz. Saco una pequeña cajita azul, la abro bajo su mirada inquisitiva.

—Quiero que lo tengas. —Pongo el anillo en la palma de su mano. Lo observa con detenimiento. Su ceño fruncido me busca—. Era de mi madre.

—Theo…

—No tienes que usarlo, si no quieres. —Acaricio la curva de su cintura—. Solo quiero que lo tengas, es importante para mí.

Mira la joya plateada, estudiándola mientras esconde una sonrisa.

—No eres lo que todos piensan, Theo Blas. —Sus dedos peinan mi cabello hacia atrás, cierro los ojos.

—No cuando estamos juntos…

—Me gustaría que los demás pudieran ver al chico que veo yo. —Se aferra al anillo de mi madre y se deja caer sobre mi almohada—. El verdadero.

—No te confundas, también soy el Theo que amanece tirado en una plaza o puesto en un bar. —Niego con la cabeza mientras el brillo en sus ojos desaparece—. También soy el Theo que corre picadas y apuesta cada fin de semana. Soy todos ellos, y no me avergüenzo. Así soy.

—No te entiendo… ¿Qué significa esto, entonces? —Sostiene el anillo entre sus dedos.

—*Significa que hay un Theo que ya no soy.*

—*¿Cuál?*

—*El que no se acuesta con la misma chica dos veces. —Su mirada azul se expande—. Significa que voy en serio con lo nuestro, Valeria.*

El sonido irritante del despertador me roba su sonrisa. Esa que aún recuerdo después de cuatro solitarios años. Me estiro en la cama de dos plazas, a la que me está costando acostumbrarme. ¿Quién diría que extrañaría el catre? Una locura.

—Buen día, grandote.

Abro los ojos y no por su voz, sino por la mano que se aferra al bulto entre mis piernas.

—Qué…

—¿Siempre amaneces tan preparado?

Se sienta sobre mis caderas con un movimiento que me roba el aire. Busco en mi memoria los sucesos de las últimas veinticuatro horas e intento armar una línea de tiempo.

Llegué a la cabaña enfurecido por no encontrar un puto trabajo por quinto día consecutivo. Me senté en el piso, apoyé la espalda en la cama y comí choclo enlatado mientras mis dedos aplastaban la cuarta lata de cerveza. Ignoré por primera vez las llamadas de Mía, no estaba de humor para su *¿Cómo estuvo tu día?*

Una mierda. Así estuvo.

Decidí salir a dar una vuelta, sin importar que fuera lunes por la noche. Me encerré en un bar y me gasté el dinero que no tengo en birras.

¿Qué tan imbécil puedo ser?

La respuesta está sentada a horcajadas sobre mis piernas, moviendo su cadera en círculos.

—Muñeca —giro y quedo sobre su voluptuoso cuerpo. Ni siquiera recuerdo su nombre, pero fue una buena elección—, tengo que irme. Vístete.

Me levanto y camino en pelotas por la diminuta habitación, buscando mi tercer y último calzoncillo limpio.

—Son las seis de la mañana…

—Tengo que trabajar. —*Tengo que buscar trabajo.*

Sus ojos pasean por mi cuerpo mientras se muerde el labio inferior.

—Nunca había estado con un hombre tan tatuado. —Se retuerce entre las sábanas.

—Parece que siempre hay una primera vez.

—Lo de anoche fue alucinante. —Se para mientras se coloca el cabello castaño sobre un hombro. Observo su figura con

detenimiento, está más buena que la del viernes y la del sábado. ¡Cómo necesitaba una mujer! Me siento renovado—. ¿Crees que podemos repetir?

—Lo lamento, muñeca. —Me subo el bóxer y saco del bolso una camiseta negra—. No me acuesto dos veces con la misma mujer.

Su sonrisa seductora se convierte en una línea recta.

—¿Y eso?

—Reglas. —Subo el cierre de mi pantalón.

—¿Y para qué sirve esa regla? —Se sienta al pie de la cama.

—Para evitar involucrarme emocionalmente. —Me calzo las zapatillas, que ahora tienen cordones—. Sexo que no se repite, corazón que no siente.

—¿Ese es tu lema?

—Así es. —Me acomodo el pelo con las manos.

—Es ridículo. —Cubre su desnudez con la sábana, abrazándose.

—Es práctico. —Abro la puerta del baño—. Fue un placer, muñeca.

—Me llamo Marlene…

Cuando salgo del baño, la castaña curvilínea ya no está. Respiro extrañamente aliviado. Camino por la habitación levantando latas de cerveza y colillas de cigarrillos.

¿Alcohol y una mujer distinta cada noche? Es increíble cómo se puede volver tan fácilmente a los viejos hábitos.

Me acerco a la mesa de luz, agarro unos billetes, el paquete de cigarros y el celular. Mis ojos quedan atrapados por el brillo refulgente de la pequeña pulsera de plata que se le cayó a Bambi aquella noche. La noche en la que aprendí a no dejarme cautivar por una mirada débil y un buen culo. Acaricio la gruesa cadena y la giro entre mis dedos. Leo por décima vez la inscripción grabada en el dorso.

Libertad

Intento no darle vueltas a la coincidencia. Solo es eso, una retorcida coincidencia.

Tal vez la venda. Es plata pura y pesa bastante. De todos modos, no tengo forma ni intenciones de devolvérsela. No después de que me haya dejado tirado en medio de la nada.

Giro la pieza brillante mientras me pierdo en los recuerdos de esa noche. Sus ojos. El vacío en sus ojos. Eso es algo que conozco bien. Pequeña, débil, frágil, rota. Así lucía su mirada. Eso gritaban sus ojos.

La necesidad irrefrenable de protegerla se evaporó en cuanto me

dejó parado en el medio de la calle, empapado y gritando como el rey de los idiotas. Terminé tomando un taxi, gastando el dinero que intenté ahorrar.

El teléfono vibra en mi mano. Es un mensaje de Mía.

¿Por qué carajo estás ignorando mis llamadas? No me decepciones, Theo.

Tecleo rápidamente:

Voy camino a una entrevista de trabajo. Te escribo más tarde.

Miento. Otra vez.

Me encamino hacia la puerta y encuentro una tanga de encaje rojo colgando del picaporte. Un pedazo de papel rasgado, escrito con lápiz labial, está pegado en la puerta con un chicle.

Hay platos que vale la pena repetir. 1544758439

Sonrío. Es atrevida y eso me gusta, por eso mismo no puedo repetir. Agarro la bombacha y despego el papel. Ambos terminan en el tacho de basura, ahogándose entre latas de cerveza y colillas quemadas.

Reglas claras, corazón ileso.

De vuelta al campo de batalla, con cordones, un currículum vacío como mi pecho y cien pesos en el bolsillo. Así voy, dispuesto a recibir las balas de una sociedad herida. Herida por gente como yo. Monstruos como yo.

¿Cómo puedo venderme? ¿Qué tengo para ofrecerle al mercado laboral? Soy un Don nadie que acaba de cumplir una condena de cuatro años por…

—¡Cuidado!

La voz me sacude. La sujeto justo, un segundo más y estaría de espaldas en el piso.

—¡Estos jóvenes de hoy! Todos con la cabeza en cualquier lado…

Observo a la señora con cabello de nieve quejarse mientras se sacude la ropa.

—Perdón, venía distraído —me disculpo, levantando las bolsas de supermercado que terminaron desperdigadas a nuestro alrededor.

—Espero que no cruces así la calle. —Acepta mis disculpas, observándome con cautela—. ¡Quedarás hecho puré!

Sonrío, a pesar de que el comentario no me causa gracia. Ninguna gracia.

—¿Necesita que la acompañe? —Miro a la anciana sin poder creer que esas palabras salieron de mi boca—. Le llevo las bolsas, si quiere.

Me escudriña con desconfianza. Toda la que alguien de la década del cuarenta puede tenerle a un metro noventa y dos cubierto de tatuajes.

—Creo que podría usar esos brazos. —Palmea lentamente mis bíceps—. Mi espalda estará agradecida.

Asiento. Tomo todas las bolsas con una sola mano y flexiono el otro brazo, inventándola a sujetarse.

—¿A qué te dedicas, hijo? —curiosea mientras caminamos a paso de tortuga en silla de ruedas.

¿A qué me dedico? A cagarme la vida. A mí y a todos los que me rodean.

—Estoy desempleado, por el momento. —Nunca, en mi puta vida, tuve un empleo. No tuve la oportunidad.

—¿Tienes hijos? —Frena sus pasos, inhala y exhala profundamente. La espero, impacientándome más rápido de lo que esperaba.

—No.

Se agarra de mi brazo y reanuda la marcha.

—Pareces joven, pero tienes cuerpo de hombre fornido. —Intenta mirarme a los ojos, pero necesita una escalera—. ¿Qué son todos esos dibujos que tienes en la piel?

Ahí vamos de nuevo. ¿Me va a preguntar por sus significados? Detesto esa maldita pregunta. ¿Es que a uno no le puede gustar el arte? ¿Por qué todo tiene que significar algo? La vida no lo hace…

—¿Estamos muy lejos de su casa? —Desvío el tema antes de sudar la última gota de paciencia.

—Una cuadra, hijo. —Señala con el dedo una vieja casa de alto. Sus pasos disminuyen al subir la calle empedrada—. ¿Cómo te llamas, amor?

—Theo.

Aprieto el plástico de las bolsas, intentando sofocar la incomodidad que trepa por mis piernas.

—Fuerte.

—¿Disculpe?

—Un nombre fuerte para un hombre fuerte.

No emito sonido. ¿Qué sabe si soy fuerte? Odio a la gente que habla por hablar. Definitivamente, no volveré a ofrecerme a acompañar a nadie de la tercera edad.

—Aquí es.

Observo la casa de alto. Es bella, pero le falta una buena mano de pintura.

—Gracias por la compañía. —Sonríe y me acaricia fugazmente la mejilla. Su mano huele a masa para galletitas.

—Perdón por chocarla. —Apoyo las bolsas en la entrada—. Que siga bien, señora…

—…Rosario.

Asiento y mi boca hace algo parecido a una sonrisa. Doy media vuelta y comienzo a desandar el camino, esperando no haber desperdiciado demasiado tiempo.

—¡Theo!

La voz de la abuelita frena mis pasos.

«¿Y ahora qué?» Giro, me acerco.

—¿Qué tipo de trabajo estás buscando? —Está apoyada contra la reja. Su mirada cálida me descoloca.

—Lo que sea. —Levanta una ceja, casi calva—. Mientras esté en el marco de la ley…

Sí, ese fui yo. Eso acabo de decir. ¡Theo Blas hablando de leyes!

—Mi hijo tiene un gimnasio, no está muy lejos de aquí. Está buscando a alguien que se encargue de la limpieza —explica y el oxígeno se atora en mi garganta—. Antes lo hacía él, es muy mañoso. Pero ahora se está encargando de la recepción. Es un lugar grande.

No encuentro las palabras. Me hormiguean las puntas de los dedos, se me seca la garganta.

«¿Es en serio? ¿Estoy frente a la oportunidad que buscaba?»

—¿Theo? —Me observa de costado—. ¿Te gustaría que lo llamara y le dijera que vas de camino?

—Si… ¡Sí! —Un monosílabo desesperado. Eso es todo lo que logro articular.

—Pasa, Theo. —Abre la puerta. Mis pies están pegados al suelo—. Voy a preparar té mientras lo llamo. Tengo galletitas de chocolate recién hechas.

—Señora Rosario, ¿no sería mejor que esperara afuera? No sabe quién soy. No me parece…

—Hijo —me interrumpe—, estas arrugas no están solo por mi edad. —Abre aún más la puerta. Observo el interior cálidamente iluminado—. Sé en qué par de ojos puedo confiar.

Lo medito. Lo hago, porque realmente no quiero problemas. Termino cediendo ante la presión de su sonrisa postiza, y entro.

—Además, ¿qué te hace pensar que yo no podría hacerte daño? Soy pequeña, pero no me subestimes.

Ríe con ternura mientras se pierde en la cocina.

Estoy en la puerta de *Tiburones*, el gimnasio del hijo de Rosario. Con unas cuantas galletitas en el estómago, dos tazas de té y dos álbumes de fotos de tortas en la memoria, me abro paso entre la gente.

El lugar es enorme. Las luces pálidas y brillantes me enceguecen al instante. *System Of A Down* suena a un volumen altísimo. Un grupo de mujeres hace *spinning* enfundadas en unas calzas que se adhieren a sus piernas como una segunda piel.

Este lugar ya me encanta.

Me distraigo con las indicaciones del entrenador de un grupo de boxeo. Cómo extraño calzarme los guantes. Descargarme. Tener disciplina, aunque solo sea entre las cuerdas.

—¿Theo?

La voz llega amortiguada por el metal que ruge en los altavoces. Me doy vuelta y me topo con quien, supongo, es el hijo de Rosario.

—Theo. —Extiendo mi mano.

Cuarentón, musculoso y calvo. Me examina con detenimiento.

—Ismael. —Acompaña sus palabras con un fuerte apretón de manos—. No fue difícil reconocerte con la descripción que me dio mi mamá.

—¿Puedo saber cuál fue?

—¡Es un oso y tiene dibujos hasta el cuello! —dice en una bastante lograda imitación de la voz de la ancianita.

—Supongo que ese soy yo… —Levanto una ceja y sonrío de costado. Hoy tengo la sonrisa fácil.

—Bien, Theo. —Me lleva de paseo por el lugar mientras tenemos la entrevista más informal de todos los tiempos—. Antes de que te explique de qué va esto, necesito saber cuál es tu disponibilidad horaria.

—Completa —respondo con cierta tristeza—. Me mudé hace algunos días, no tengo compromisos.

—Excelente. —Se para justo delante del ring donde dos tipos de peso ligero practican la defensa. Observo extasiado—. ¿Te gusta boxear? Estás en buena forma.

—Boxeaba. —La nostalgia se escapa en el flaqueo de mi voz—. Pero no de manera profesional.

—Puedes anotarte acá, si tienes ganas. —Saboreo la oferta—. Sabueso es una bestia. —Señala al entrenador de mirada de Rottweiler—. Si vas a trabajar acá, tienes la membresía con

descuento.

Es tentador, pero es algo con lo que puedo soñar mañana.

—¿Qué tengo que hacer exactamente? —Me enfoco en Ismael, no quiero distraerme del objetivo del destino.

—Limpiar todos los aparatos, el ring, las bolsas y los baños. Trabajarías de lunes a viernes en el turno de la mañana. —Se rasca la cabeza sin dejar de mirar las indicaciones de Sabueso—. Podemos acomodar el horario.

—Eso sería… increíble. —Intento no sonar tan entusiasmado, tan desesperado—. ¿Cuándo puedo empezar?

—¿Puedes quedarte ahora mismo? Hay suciedad de tres días, el lugar no da más.

—Claro —respondo con seguridad. No pienso poner objeciones cuando acabo de conseguir el trabajo.

Me extiende la mano y la estrecho nuevamente, sellando un pacto que aún no tiene cifra.

—Ven. —Me hace señas con la cabeza—. Cerremos números y te muestro las instalaciones. —Señala la moderna recepción.

Asiento y le sigo los pasos.

—Solo tengo una regla. —Se sienta en un taburete, me indica el otro libre.

—Escucho.

—Nada de llegadas tarde. Me gusta la puntualidad.

—Hecho.

Levantarse temprano no es problema para alguien que ha vivido cuatro años encerrado en una habitación donde las luces se encienden antes de que amanezca.

—Mi madre tenía razón…

—¿Sobre qué?

—Eres hombre de pocas palabras.

No. Soy hombre de palabras muertas.

CAPÍTULO 6

ANNELIE

Di vuelta toda la casa. Busqué debajo de cada uno de los almohadones del sofá, bajo la cama, en el cajón de los cubiertos, la ducha, la piscina. Nada. Vacié el ropero dos veces, hasta metí la mano en el inodoro. No está. Mi pulsera de plata no está.

—¡Mierda! —mascullo al silencio.

¿Cómo puede ser? La llevo puesta todos los malditos días. Durante el fin de semana no noté su ausencia, estuve arrancándome los pelos mientras intentaba averiguar quién está detrás de ese correo.

«SÉ. QUIÉN. ERES.»

El remitente es una cuenta fantasma. No tengo más que tres palabras que amenazan con derrumbar lo que construí. A mí.

Vacío la cartera por tercera vez en menos de cinco minutos. Esparzo todo el contenido sobre la cama. No está. La puta pulsera no está. La necesito tanto como respirar. Ese metal forma parte de mí, me recuerda quién soy. Me susurra cada día que soy libre.

Maldigo por décima vez mientras guardo la billetera, la agenda, el maquillaje y el resto de las porquerías que una lleva en la cartera, cuando el foco se enciende sobre mi cabeza. Esa noche. Fue esa noche a la salida del trabajo, cuando el sapo tatuado me ayudó con el auto después de haberme sacado al infradotado de Luca de encima. Lo recuerdo, ¡tiene que haber sido cuando vacié mi bolso en el asfalto mientras buscaba la tarjeta de la grúa! Carajo, la perdí. La perdí para siempre.

Me siento en la cama, mis dedos aprietan las sábanas blancas. Mi pecho sube y baja a un ritmo bestial. Estoy perdiendo el control. Estoy *sintiendo*.

¡Qué estúpida fui! ¡Qué descuidada!

Cierro los puños y golpeo el colchón mientras los gritos queman en mi garganta, incinerando mi voz. El escozor comienza a trepar por mis pies. Para cuando llega a mi cuello, me estoy rascando hasta que la piel me arde y la sangre se cuela debajo de mis uñas.

—No. No, no, no…

Mamá no está, salió a buscar trabajo. Ella no trabajaba, pero ahora que a papá lo echaron de la fábrica tiene que hacerlo. Elías tendrá que hacerlo pronto también, papá dice que es un hombre. No me parece que lo sea, ve los dibujos animados conmigo y va a la escuela. Tiene quince

años. ¿Ya es un hombre? Se lo preguntaré a la señorita Julia.

—Pueden empezar —dice papá, dejando sus cubiertos al lado de su plato vacío.

Asentimos sin hablar, como debe ser. No hay que hablar si a uno no le preguntan algo. No en esta casa.

Mis pastas están frías y no tienen salsa ni queso. Elías dice que estamos ahorrando, pero no sé lo que significa. También debo preguntárselo a la señorita Julia, ella sabe todo. Peleo con los fideos pegados mientras Caín y Abel ponen cara de asco. Caras que espero que papá no vea. Elías se termina su plato sin respirar. Mamá siempre dice que come rápido porque está creciendo, pero yo creo que es porque no le gusta sentarse a la mesa. A él siempre le toca al lado de papá.

La comida sabe al plástico de mi regla, el hambre deja de hacer ruido en mi panza.

—¿No van a comer?

Su voz baja nuestras miradas. Me concentro en la pasta blanca.

—No tengo hambre, Señor —respondo sin mirarlo. No se le puede mirar directo a los ojos, excepto lo pida.

—¿Caín? ¿Abel?

Mis hermanos niegan con la cabeza, sus flequillos rubios se sacuden con el movimiento. Me gustaría tener el pelo como ellos, Elías también lo tiene así. Pero el mío es negro. Negro como el sótano y el ojo que le falta a mi oso de peluche.

—Annelie, junta la mesa —ordena.

Me pongo de pie antes de que tenga que decir una palabra más. Llevo primero los platos.

—Guarda las sobras en la heladera, las comerán mañana. ¡No pienso tirar comida!

Mis hombros se encogen cuando grita y el último plato que llevo en las manos cae. Lo observo estrellarse y romperse en pedacitos. Parece cámara lenta, como en las películas de pelea que mira Elías.

—Estúpida.

Su voz me duele, y todavía no se paró. Siento la silla correrse, sus pasos se acercan. Cierro los ojos y retengo el aire mientras cuento hasta el número más alto que nos enseñó la Señorita.

Escucho el agua correr, abro los ojos. Puso el tapón y la pileta de la cocina se está llenando.

—Ustedes tres —señala a mis hermanos—, en fila.

Elías se levanta y apoya la espalda en la pared sin dejar de mirarme, puedo ver las lágrimas en sus ojos. Caín y Abel trotan hasta ponerse bajo los brazos de su hermano mayor.

Inhalo profundo cuando los ojos pardos de mi padre me observan. Se

abalanza sobre mí, siento su brazo aplastando mi panza y el otro enroscándose en la cola de caballo que mamá me hizo esta mañana.

—Vas a aprender a no ser tan descuidada. ¡¿Entendiste?!

No me da tiempo a responder, sumerge mi cabeza y mi garganta se llena de agua. Intento pegarle patadas, grito debajo del agua hasta que mis ojos arden. El llanto no me deja respirar cuando tira de mi pelo mojado hacia atrás, liberándome.

—¿Lo entendiste?

No hay emoción en su voz.

Lo entendí. Entendí que no tendría que haber nacido.

El sollozo cesa. Ni siquiera sé en qué momento me encerré en el baño. Observo la sangre que se desliza por mi muslo mientras la parsimonia acaricia mi respiración. Suelto la navaja. El rojo escarlata me abraza. Todo está bien. Tengo el control de todo, otra vez.

Llego a la empresa y me recibe la mirada asesina de Luca, quien milagrosamente solo se limitó a incinerarme con sus ojos de piedra. Sorteo los pasillos con rapidez, ansiando la seguridad de mi oficina. Troto para acelerar los últimos pasos que me separan de la puerta blanca. La grieta húmeda en mi muslo arde. No debí hacerlo. No cuando todavía pican las heridas viejas. Entro cabizbaja, tratando de no pensar. Tiro la cartera y apoyo la espalda en la puerta. Cierro los ojos, inhalo profundo y aprieto la tela de mi camisa.

«Tengo el control. Estoy viva. Soy libre.»

—Igual que cuando éramos chicos…

La voz me abre los ojos y me rodea la garganta. No la conozco, pero el filo perverso en su comentario me es repugnantemente familiar.

—Parece que el tiempo no nos cambió demasiado.

Los músculos de mis piernas se vuelven gelatina con cada palabra. Una infancia putrefacta se derrumba sobre mi pecho, robándome el aire. Robándomelo todo.

—¿No vas a decirme nada?

Mi pecho se infla. La angustia abrasadora se mezcla con el susurro bestial de mi respiración.

—No soy papá, hermanita. No tengo que darte permiso para que puedas hablarme.

Catatónica. Perdí toda capacidad de habla, de razonamiento, de juicio.

Se mueve por mi oficina, acaricia la tecnología cara que

descansa sobre el escritorio.

—¿Cómo lo hiciste? —Señala a nuestro alrededor—. Todo esto. ¿Cómo llegaste hasta aquí? —Se sienta en el sillón individual de terciopelo negro, toma una lapicera con el logo de la empresa y la inspecciona—. Tú y yo, dos ratas salidas del mismo agujero. Tan iguales, tan diferentes…

Mi espalda sigue pegada a la puerta, no me moví ni un milímetro. La madera podría esfumarse y yo seguiría igual de tiesa. Lo observo. Su cabello rubio oscurecido por los años, su ropa desprolija, el odio en sus ojos claros y las manchas blancas de las quemaduras en sus manos. Es él.

—No te habría reconocido, si no hubiera visto el ataque de ansiedad que acabas de tener. —Apoya la lapicera en el escritorio. Me escanea de pies a cabeza—. Estás… diferente.

—¿Qué mierda estás haciendo aquí?

Las palabras arañan mi garganta.

—¿Eso es lo que tienes para decirme después de diez años?

Se levanta. Su estatura cambió drásticamente, pero está tan delgado que parece enfermo. Me pregunto si lo estará, pero las ojeras debajo de sus ojos, sus labios agrietados y sus pupilas dilatadas me dicen otra cosa. Está consumiendo otra vez. O tal vez nunca dejó de hacerlo.

—¿Quién te dejó pasar? Cómo…

—Una rubia que dice ser tu secretaria. —No deja de repiquetear los dedos contra su pierna—. Por cierto, me rechazó. Y eso que le dije que era tu hermano…

No. Tengo que despertar. Este es otro de esos sueños vívidos, otra extraña forma de parálisis del sueño. No está aquí. No está poniendo en jaque mi juego.

—¿Qué?

Mi susurro ahogado forma una sonrisa en su curtido rostro.

—Lo deduje. Nos mataste a todos. ¿O nunca existimos? —Se acerca al ventanal y contempla la mañana de sol—. Respira, le dije que era un amigo.

Mis pulmones se desinflan.

—¿Qué quieres?

Se da vuelta, señala los sillones individuales junto al escritorio.

—¿Puedes sentarte un minuto? Necesito que hablemos.

—¿Hablar? —Entierro las uñas en la carne blanda de mis palmas. Saboreo el dolor—. No tenemos de qué hablar.

—Necesito que me ayudes. —Se acerca, me aprieto más contra la puerta.

—No puedo. Tienes que irte.

—¿No puedes o no quieres?

Se rasca las manos, el cuerpo le tiembla notablemente. ¿Hace cuántas horas no consume? Se está viniendo abajo.

—No quiero y no puedo.

—¿Así? —Ríe. Percibo la angustia y la desesperación en su voz —. ¿Así de simple apartas la mirada? Estoy en problemas, Ann. Problemas de los grandes.

«Ann» El estómago se me retuerce.

—No es asunto mío. —Aprieto los dientes—. Te dejé claro aquella noche que sería la última vez que te ayudaría.

—Increíble…

—¿Que no crezcas y te vuelvas un hombre responsable? Sí, increíble…

—Que te hayas vuelto una puta sin sentimientos.

Sus palabras se atragantan en mi garganta.

«Puta»

—Te quiero afuera, ahora mismo. Un minuto más y llamo a seguridad.

—¡Soy Caín! Carajo. ¡Tu hermano! —Acorta la distancia que nos separa y me empuja contra la puerta.

—Suéltame —ordeno, intentando zafarme de sus dedos finos y puntiagudos, que se clavan en la piel de mis hombros.

—¿Vas a darme la espalda ahora? —Me sacude, aprieto los ojos regresando en el tiempo—. ¡¿Tú?! La que pagaba mis platos rotos, la que iba al sótano por mí… Soy Caín, Ann. Tu hermano pequeño, tu protegido.

Su nariz está a un centímetro de la mía. Huelo su aliento a cerveza, el sudor de sus axilas y el mar en sus ojos. No es Caín. Ya no es mi hermano pequeño, mi protegido. Ya no soy Ann, su heroína. Ya no daré mi espalda por la suya, ni por nadie más.

—Ya no eres mi Caín. Ya no soy Ann. Ya no somos nada. —Respira como un animal herido—. Te quiero afuera. Ahora.

—Voy a morir.

Huelo el miedo. Absorbo la desesperación de sus ojos.

—Algunos ya estamos muertos.

—¿Qué mierda te pasó, Ann?

Su mirada perdida me debilita, me transporta, me hace sentir indefensa. Minúscula. No respondo, cierro los ojos deseando que desaparezca.

—Voy a pedir que te manden mi cabeza.

Me suelta. Me corro hacia un costado, despejando la salida.

Aprieto los ojos y no los abro hasta que escucho el portazo. Estoy completamente desestabilizada. Cedo al temblor de mis piernas y caigo. Caigo una vez más, rota.

Las lágrimas caen pesadas, calientes. Surcan mis mejillas, como sus palabras surcaron mi pecho.

«Quiero hacerlo. Necesito hacerlo».

Primero el imbécil de Luca y la montaña de tatuajes, ahora esto. ¿Qué mierda les pasa a todos? ¡¿Por qué todos quieren joderme la puta existencia?!

Me bajo los pantalones sin levantarme y sin poner el cerrojo en la puerta.

«Quiero hacerlo. Necesito hacerlo».

Mis uñas rasgan la herida que la navaja dibujó en mi piel hace menos de una hora. Mis dedos se tiñen de vida, mi respiración se endulza.

Quema, arde, duele. Si duele, es real. Si duele, estoy viva.

Todo sucede a velocidad supersónica. Estoy saliendo a tropezones de la empresa, yéndome sin excusarme, sin haber cumplido con mi jornada. Siento la humedad de mi muslo pegarse a mi pantalón negro. Sé que mi pelo es un desastre y mis ojos están rojos de tanto llorar. Sangrar. Camino por las calles del Centro Cívico bajo la mirada de la gente. Pena, lástima, preocupación, horror. Eso veo en sus ojos.

La brisa primaveral me despierta, suaviza el oxígeno que inhalo con desespero, calmándome. Quiero fumar. Necesito fumar, pero dejé todo en la oficina. Tengo dinero en el bolsillo, pero no palabras para pedir lo que quiero. Sigo caminando. La angustia es reemplazada poco a poco por otro sentimiento igual de desgarrador: la ira.

Quiero golpearlo. Necesito golpearlo. A *él*, a cualquiera o a cualquier cosa. Necesito dejar de sentirme tan indefensa cuando el pasado me sacude, me visita. No quiero que un par de brazos vuelvan a dominarme nunca más. Ni *él*, ni Luca, ni Caín. Nadie. Necesito…

Aprenda a defenderse

Curso femenino de defensa personal

•Medidas de autoprotección

•Herramientas para afrontar una agresión

•Objetos cotidianos como arma de defensa

“Es importante que la mujer tenga consciencia no solo de que DEBE defenderse, sino de que PUEDE”

Leo el cartel mientras mi pecho sube y baja de manera antinatural. Levanto la vista hacia el escaparate.

Gimnasio unisex TIBURONES

Entro.

La música es rebelde y suena altísima. El espacio es amplio y moderno, la cuota mensual no debe ser nada económica.

—Hola, soy Ismael. ¿En qué puedo ayudarte?

Cierra la notebook, me observa fijamente. Su mirada es la definición de amigable.

—¿Estás bien? Te ves un poco… pálida. —Se levanta del taburete—. ¿Quieres agua?

Miro al hombre calvo y musculoso que se acerca. Decido hablar antes de que dé un paso más.

—El cartel —suelto y lleno mis pulmones de aire en un gesto doloroso—. Las clases de defensa personal…

—Ah, ¡sí! —me interrumpe y le agradezco en mi fuero interno—. ¿Quieres un folleto con más información? Se dictan los…

—Quiero anotarme.

Sus ojos marrones me sonríen con amabilidad.

—Claro.

Vuelve a esconderse detrás del escritorio de la recepción, revuelve unos papeles. Desvío mi vista hacia un grupo de mujeres que practican yoga. Pienso que tal vez debería anotarme en eso también, podría calmarme después de saciar mi necesidad de patear unos cuantos culos.

—Acá está. —Me extiende un formulario—. Puedes tomar asiento para llenarlo.

Niego con la cabeza, agarro la lapicera que me dejó al lado del papel y comienzo a escribir mis datos. Al cabo de unos minutos le devuelvo la ficha completa. La inspecciona con detenimiento mientras yo repiqueteo las uñas sobre la fórmica, inquieta.

—Sin enfermedades ni lesiones… —Da otro vistazo—. Perfecto. De todas formas, vas a necesitar el apto físico. La cuota mensual es de cuatrocientos cincuenta pesos, la primera clase es gratis. Puedes venir y sentarte a mirar, a ver si te gusta.

—¿Cuándo? —La ansiedad se escapa por mi voz.

—Déjame ver… —Revisa una cartelera a sus espaldas—. Hay una clase en quince minutos. ¿Quieres quedarte?

—Sí.

Busco dinero en el bolsillo de mi pantalón. Mis manos temblorosas intentan contar los billetes. Dejo cinco de cien en el

mostrador.

—¿No quieres esperar a ver si te gusta? —Observa el dinero, pero no lo toma. Niego con la cabeza—. ¿Estás segura de que estás bien?

Trago el ovillo de angustia que araña mi garganta y me acomodo un poco el pelo.

—Sí. ¿Puedo pasar al baño?

—Claro. —Se inclina sobre la barra para enseñarme el camino —. Justo frente al ring, la segunda puerta.

Asiento mientras intento sonreír. No quiero tener que responderle por tercera vez que estoy bien. Me aliso la camisa celeste a rayas mientras camino con la cabeza gacha. Abro la puerta, la cierro y apoyo la espalda en ella. Cierro los ojos un instante y contengo la respiración hasta que mis pulmones amenazan con explotar, entonces la suelto. Me acerco al espejo, observo mi reflejo, aquel que no siento mío. Me acomodo el pelo otra vez, llevándolo todo hacia un costado. Abro la canilla, el agua gélida moja mis manos. Escucho la puerta de uno de los baños abrirse. Cierro los ojos y apoyo mis palmas húmedas y frías en mi frente. El agua corre como la vida.

—¿Bambi?

CAPÍTULO 7

THEO

Luce como si acabara de ver un fantasma, pero quien está viendo uno soy yo. Su rostro, pálido e inexpresivo, me observa a través del espejo. Su pecho sube y baja con desesperación. El agua sigue corriendo.

—Parece que el destino nos quiere juntos…

No parpadea, no se mueve. Ni siquiera reacciona a mi fatal intento de coqueteo. Tengo que volver al ruedo cuanto antes, estoy perdiendo mi *sex appeal*. Jamás tuve que rogar por sexo, las mujeres solían ofrecérmelo. Mis amigos me odiaban porque siempre salía del boliche con la chica más deseada.

«¿Qué mierda le pasa a esta?»

—Te salvo el culo, no me agradeces. —Me acerco y cierro la canilla. El agua se extingue y su mirada sigue tiesa, al frente—. Te arreglo el auto, me dejas tirado en medio de la noche, debajo de una tormenta de puta madre. —Apoyo la mano en la pileta de acero, acercándome mientras doy un repaso descarado a sus piernas. La naturaleza jugó a su favor—. Te encuentro en un baño, ni siquiera me saludas… ¿Qué pasa con tus modales?

El ruido de su respiración se funde con las indicaciones del entrenador de box.

—Sé que soy un dios griego y mi presencia revoluciona tu cuerpo, pero ¿es para quedarte sin palabras?

Su respiración se convierte en una infinita bocanada de ahogado. Sus manos se aferran al lavatorio, agacha la cabeza y la esconde entre sus brazos.

—¿Bambi? —Llevo la mano hasta su espalda, es instintivo—. ¿Estás bien?

Un temblor amargo se apodera de su pequeño cuerpo y mis alarmas se disparan.

«¿Qué hago?»

—Ey, Bambi. —Mi mano se mueve sobre su espalda, sintiendo los músculos agarrotados. La tela de la camisa se pegó a su piel—. ¿Qué pasa?

No me responde. No deja de respirar como si el oxígeno fuera un sueño y ella viviera presa de los brazos del insomnio. Estoy a punto de salir a buscar ayuda, pero su cuerpo se derrumba. Sentada, la espalda contra la pared, la boca abierta, el rostro incoloro, el llanto

a la vuelta de la esquina.

Sudor, temblor, falta de oxígeno, aceleración de la frecuencia cardíaca. Todas las piezas se unen.

—Bambi —me arrodillo frente a sus piernas—, estás teniendo un ataque de pánico —digo mientras intento encontrar sus ojos, pero su mirada está perdida en algún lugar—. Tienes que concentrarte en respirar, eso es todo.

El grito ahogado de sus pulmones me desespera. Sus uñas se entierran en la carne de sus piernas con tanta fuerza que, podría jurar, traspasaron la tela del pantalón.

—Bambi, mírame. —Sujeto su rostro con ambas manos mientras le ordeno a sus ojos que me encuentren—. Respira. —Inhalo y exhalo exageradamente, enseñándole cómo se hace—. Solo respira.

Pardos. Sus ojos son de un verde pardo, apagado, peligroso. Nuestras miradas se buscan, se conectan, se sostienen, se indagan.

Perdido. Así me siento mientras devoro con ansias la oscuridad en sus ojos.

Su boca se abre, inhala profundo, imitándome sin dejar de mirarme. Una y otra vez.

—Eso es, Bambi. —Tomo sus manos sin romper el contacto visual. Sus uñas dejan de rasgar la tela que protege su carne—. Sigue respirando así.

Una, dos, tres bocanadas desesperadas y su respiración se acompasa a paso de borracho. Su cuerpo deja de temblar, sus pestañas se mueven atolondradas con cada parpadeo.

—¿Mejor?

Sus ojos aterrizan en su regazo.

—Sácame las manos de encima.

Sigo su mirada, mis manos se aferran a las suyas con fuerza. Juraría que la había soltado.

—¿Estás segura? —Levanto una ceja, regalándole mi mejor cara de fanfarrón—. De todas las que probaron estas manos, ninguna tuvo quejas. Al contrario, todas quisieron repetir…

Dejo el coqueteo en el aire, esperando alivianar el ambiente y, tal vez, conocer su sonrisa. ¿Es que no tiene dientes?

—Sácame las putas manos de encima. —Me incinera con sus ojos pardos—. Ahora.

Arrodillado en el piso que, se supone, debería estar limpiando; ayudando por tercera vez a la morocha que, estoy seguro, se escapó del psiquiátrico. ¿Quién me manda?

—Tranquila, Bambi. —Suelto su piel húmeda y me levanto—. Qué carácter —murmuro mientras guardo las manos en los bolsillos

del vaquero, observando cómo se levanta y se sacude con histeria—. Solo estaba ayudan…

Pone su índice delante de mi cara, callándome.

—Que sea la última vez que me tocas.

—¿Por qué? ¿Piensas seguir cruzándote en mi camino?

Mis labios se curvan.

—¿Yo? ¿Quién es el retorcido que está en un baño de mujeres?

Abre la canilla y comienza a restregarse las manos con jabón. Se lava tan fuerte que creo que se está lastimando.

—Este retorcido trabaja aquí, por eso está en el baño de mujeres.

Mira mi reflejo a través del espejo, la euforia con la que limpiaba su piel se ahoga.

—No…

—Sí…

Agarro el trapo y el vaporizador con desinfectante, que está debajo de la mesada, y comienzo a hacer lo que debería estar haciendo; limpiar la grifería y los espejos.

—Es la tercera vez que te ayudo y, considerando cómo me cagaste la última, estás en deuda conmigo —suelto mientras empiezo la lucha contra el sarro—. ¿No te parece?

El agua deja de correr. La observo a través del espejo mientras intento continuar con mi tarea.

—¿Qué puedo pedirte? Un favor grande o tres favores pequeños. —Se exactamente qué favores le pediría—. Qué…

—No vas a pedirme nada, porque no te debo una mierda —me interrumpe, acortando la distancia. De repente ya no es un ciervito asustado, ahora es el cazador sin alma—. No te pedí ayuda antes, tampoco lo hice ahora. De hecho, aprovechaste la ocasión para tirarme los perros. Ya puedes dejar de mostrarme tu sonrisita de galán, no voy a terminar entre tus sábanas.

—¿Ya estamos hablando de sexo? —Apoyo el trapo y me cruzo de brazos. Su mentón se eleva mientras sus ojos enfurecidos me queman—. Bambi, ¿no te parece que deberíamos ir más despacio?

Su rostro se desfigura, el mío se retuerce de la risa. Esta mujer es una caja de sorpresas.

—Insufrible —murmura.

—¿Cómo? —Doy un paso al frente. Para mi asombro, no retrocede.

—Eres insufrible.

—Gracias.

—¿Gracias? Te estoy insultando, imbécil. ¿Lo captas o necesitas

un diccionario? —Niega con la cabeza. Un mechón de cabello oscuro no deja de caer sobre su mejilla, a pesar de sus intentos por quitarlo.

—¿Insultándome? —Mi índice coloca el cabello grueso y brillante detrás de su oreja—. Necesitas mucho más que eso para insultarme, Bambi.

Pienso que su lengua bífida va a largar veneno una vez más, pero me descoloca con una sonrisa falsa; una de esas que son mi especialidad. Se aleja dejando una estela de cinismo.

Tomo el trapo, agito el vaporizador y sigo desinfectando la grifería.

—Carajo —masculla casi en un susurro—. Puerta de mierda.

La observo a través del espejo, está forcejeando con la puerta, empujándola con su pequeño cuerpo. Tiro el trapo a la pileta y me acerco. Pego mi pecho a su espalda, al carajo su advertencia. Agacho la cabeza y susurro a su oído:

—Sería mucho más fácil si le hicieras caso al cartel que dice *tire*.

Su cuerpo se contrae, no sé si es culpa de mi voz o de mi cercanía; tal vez ambas. Pienso en desistir. Pienso que es una loca, una loca que está buenísima y que no deja de cruzarse en mi camino desde que puse un pie en este lugar. Pero, al parecer, no voy a llevármela a la cama. ¿Por qué seguir gastando mis energías intentándolo?

—Te dije que no me tocaras —susurra, todavía de espaldas.

—Todavía no te puse un dedo encima, Bambi —susurro a su oído.

—¿Todavía?

Gira. Su nariz roza la mía y tengo una perfecta vista de su escote. Excelente.

—Solo tienes que pedirlo…

Apoyo una mano en la puerta, al costado de su cabeza. Sus cejas se levantan en un gesto sugerente. Lo sabía, es de las que se hacen las difíciles. Una marquita más para el cabecero de la cama…

—Gracias.

La sorpresa me aturde, mis ojos se abren. ¿Acaba de agradecerme? ¡Ya era hora!

—¿Por qué? ¿Por salvarte el culo la otra noche o por enseñarte a respirar?

La observo de costado, sus ojos no me dicen nada. No pienso preguntarle a qué se debió el episodio que la dejó temblando como una niña perdida. Eso no es asunto mío. Su cuerpo, tal vez…

—Por darme una enorme satisfacción…

—¿Satisfacción? Todavía no te di…

Estrellas. Estrellas y todo tipo de figuras en negativo oscilan en mi campo de visión mientras me agacho para sostener lo que queda de mis huevos. El aire se atora en mi pecho, el grito araña las paredes de mi garganta. Es una lucha a mano limpia contra el dolor.

Acaba de… ¡Mierda! ¡¿Acaba de pegarme un rodillazo en las pelotas?!

—Qué carajo pasa con…

Las palabras no salen, apenas puedo respirar sin que me vibre todo el cuerpo. Me quedo tendido en el suelo, retorciéndome, mientras la puerta se cierra.

Llamó mi abogado, me comí un sermón de veinte minutos por no haberle avisado antes que me iba. Me excusé diciendo que seguía estando dentro del país, pero los dos sabemos que seguiré bajo el radar un buen tiempo.

No drogas, no alcohol, no carreras, no juego, no peleas. Esas son las condiciones. En otras palabras, no al viejo Theo.

Qué fácil…

Sigo intentando sacar el chicle que se pegó a una de las cintas para correr. ¿Quién mierda come chicle mientras hace ejercicio? Mi entrepierna se reciente cada vez que me agacho. Es un recordatorio constante de Bambi. De su mirada peligrosa, su pelo largo y oscuro, su sonrisa cínica, su escote que es un regalo del cielo.

¿Qué hacía en este lugar? De todos los putos gimnasios que debe haber en San Carlos de Bariloche, ¿tenía que venir a este?

—Eh, Theo.

Giro la cabeza, Ismael viene caminando a paso lánguido.

—¿Sí? —Continúo limpiando la última cinta.

—Terminó tu jornada hace diez minutos. —Se apoya en el ring.

—¿Ya? —Dejo la franela sobre el banco y me incorporo.

—¿Se te pasó rápido? ¿Cómo lo sentiste?

No me duele un solo músculo, al contrario, me siento rebosante de energía. Si no fuera porque casi me quedo estéril, diría que fue un buen día.

—Perdí la noción del tiempo. —Seco la transpiración de mi frente, siento la camiseta pegada al abdomen—. En realidad estuvo bien, solo me falta el ring y las bolsas. —Señalo detrás de su espalda, donde descansan los guantes y el resto del equipo de boxeo. La práctica del tercer grupo terminó hace un buen rato.

—Puedes encargarte de eso mañana. —Se acerca al minibar y

me pasa una botella de agua fría—. No esperaba que limpiaras casi todo el gimnasio en tan pocas horas. ¿De dónde sale toda esa energía?

«¿De la cárcel? ¿De cuatro años de inactividad y muerte emocional?»

—Estuve desempleado durante un tiempo —digo, la vista fija en la botella entre mis manos sucias—. Supongo que ya aprenderé a balancear la energía y manejar los tiempos.

—Ya encontrarás un ritmo. —Me tira una toalla limpia, una de esas que dejan sobre la mesita al costado del ring. Me seco la frente y el cuello—. A las ocho cerramos y vamos a tomar unas birras con Sabueso y sus chicos. —Miro el reloj, son las cuatro de la tarde—. ¿Quieres venir? Podemos pasar a buscarte, si todavía no conoces mucho el centro.

Mi celular comienza a sonar. Lo saco del bolsillo del pantalón mientras considero la invitación. Es Mía, su séptima llamada en menos de una hora. La rechazo, la llamaré en cuanto llegue a la cabaña y me dé un buen baño.

—¿Qué dices? —Levanto la vista hacia la mirada demandante de Ismael—. ¿Vienes?

Aprecio su buena predisposición, lo hago. Pero ir significa conocerlos y dejarme conocer. Ir significa responder preguntas que no quiero escuchar y hacer otras cuyas respuestas no me interesa saber…

—En realidad… —*«¿De dónde vienes? ¿A qué te dedicas? ¿Tu familia? ¿Estás saliendo con alguien? ¿Por qué tantos tatuajes?»* Me ahogo de solo pensarlo— no sé. Mañana hay que trabajar, y a mi jefe le gusta la puntualidad.

El teléfono ahora vibra en mi mano. ¿Qué carajo pasa con Mía? Ismael sonríe de costado mientras niega con la cabeza.

—Está bien. —Me da un pedazo de papel con su número personal escrito en tinta roja. No será maricón, ¿no?—. Para tu suerte, no heredé la insistencia de mi madre. A partir de mañana puedes traerte algo de ropa y usar la ducha de los vestuarios al terminar, si quieres.

—Gracias. —*Mierda, eso sería genial. Apesto en este momento.*

—Hasta mañana, entonces, Theo.

Saludo con la cabeza y cruzo las puertas de vidrio, las mismas que esta mañana crucé siendo un marginado. Para la sociedad, ya no lo soy. Para mi pecho, ¿cuándo dejaré de serlo?

Los músculos de mis piernas se calientan con la calle empinada. Así es Bariloche, una eterna cuesta arriba. El sol pega fuerte en lo alto, el aire es tan puro que arde dentro del pecho. Alemanes, franceses, chilenos, el lugar explota de turistas tanto en verano como en invierno. Montañas, lagos, pureza, chocolate y mujeres hermosas. Carajo. ¿Quién no quisiera vacacionar en estos lados?

El sol se refleja sobre las gélidas aguas del Nahuel Huapi. Los más chicos tiran piedritas, formando perfectas ondas concéntricas. Observo la vida de esta ciudad que me acuna mientras subo el último tramo hasta la cabaña. Llevo el celular a mi oreja, llamo a Mía. No dejo de pensar que desearía chocarme con viejitas más seguido. Tal vez, la próxima tenga una nieta que esté buenísima para presentarme…

—¡¿Dónde mierda estabas?! —grita y mi brazo aleja el teléfono como mecanismo de defensa.

—Escuchando gritos de placer y dolor, sudando y mojándome. —Hago una visera para protegerme del sol, subo los últimos escalones de piedra.

—¿Me estás jodiendo? Te llamé más de diez veces y no me atendiste porque estabas cog…

—¡Epa! ¿Con esa boquita dices mamá?

Bufa como animal enjaulado. La estoy sacando de quicio mucho más rápido de lo normal.

—Estaba trabajando.

—¿Trabajando? —Puedo palpar la incredulidad en su voz.

—No me tenías fe, ¿verdad? —Vamos, ni yo me tenía fe.

—Theo, eso es genial. —Suena atolondrada—. Pero ahora necesito que me escuches. Te llamé para decirte que Alejo está…

—… acá.

El celular sigue pegado a mi oreja, pero las palabras de Mía ya no forman parte de mi vocabulario. La adrenalina eriza hasta el último vello de mi cuerpo, helándome la sangre.

—¿Qué mierda estás haciendo acá?

CAPÍTULO 8

ANNELIE

Me tropiezo con el tipo de la recepción cuando salgo como una tromba del baño. Escucho que me habla, pero estoy demasiado ocupada combatiendo la electricidad que me recorre de punta a punta.

El fuego se extingue cuando el gimnasio es una acuarela amorfa, un cuadro mal pintado.

El taxista me pregunta si estoy bien. Todos lo hacen. Siempre lo hacen, pero no quieren saber la verdadera respuesta. Nadie quiere escuchar la verdad.

Bajo del auto sin esperar mi vuelto, las manos me tiemblan mientras intento meter la llave en la cerradura.

«¿Por qué? ¿Por qué tuvo que pasar justo ahí? ¿Por qué tuvo que verme en mi estado más vulnerable? ¿Por qué tiene que saber que soy frágil?»

«No eres frágil, solo estás rota.»

La cabeza me da vueltas cuando pongo un pie en el living. Las llaves se me resbalan de las manos en un estúpido intento por cerrar la puerta, entonces lo veo. Un papel. Un papel perfectamente doblado en el piso.

Me agacho. Mis ojos bucean por toda la habitación mientras mi pulso se acelera y mis dedos tocan el papel.

Lo abro casi en cámara lenta.

SÉ QUIÉN ERES

—¡¿Dónde está mi puta cerveza?! —Su grito retumba en la oscuridad de la sala.

Cierro la puerta de la heladera, aprieto en puños la tela de mi vestido mientras camino.

—No hay más, Señor —digo en voz baja, la cabeza gacha.

—¿Cómo?

Alzo la vista. Solo veo su rostro iluminado por la luz violácea del televisor.

—Acaba de tomarse la última lata, Señor.

La luz de la televisión desaparece, la oscuridad nos deja ciegos. Su aliento agrio me eriza la piel.

—¿Dónde mierda está la puta de tu madre?

No me gusta que le diga puta a mami. Es malo. La Señorita Julia me dijo que es una mala palabra y no debía repetirla.

—Está trabajando, Señor. —Cierro los ojos con fuerza, aunque no veo nada—. Dijo que traería la comida.

Su risa suena en cada esquina, en cada sombra.

—Así que la puta está trabajando…

—¡Mi mami no es ninguna puta! —grito con valentía, pero el miedo no tarda en abrazarme.

—¿Me gritaste? —La tranquilidad en su voz arde en mi cuerpo—. Engendro asqueroso, ¿me gritaste?

El sillón chilla cuando se levanta. Aprieto mi vestido, mis ojos, mi garganta.

—Perdón, Señor, no quería…

Un golpe impacta contra mi mandíbula. Siento que soy una pluma mientras mi cabeza rebota contra el parquet que mamá enceró hoy. Todo es oscuro.

Todo siempre fue oscuro.

Mis ojos se abren y un grito me desgarra la garganta. Estoy bañada en sudor, en lágrimas. La oscuridad me absorbe mientras mis manos desesperadas buscan el velador. La luz se hace presente y encierra a los demonios que, una noche más, me acarician la espalda.

Una última embestida incolora, un último gemido amorfo. Me subo el pantalón, aliso las arrugas y me retoco el lápiz labial.

—Sería más fácil si te pusieras faldas. —Se acomoda la corbata y junta los lápices que cayeron del escritorio—. Muero por ver tu culo en una de esas polleras tubo.

«Las niñas usan vestidos. Sube y ponte un puto vestido. Ahora.»

—¿Como las que usa Marisa? —murmuro con malicia, abriendo las cortinas de la oficina.

—¿No crees que te quedarían bien? —Se acerca y me abraza por detrás—. Sería más práctico cogerte si llevaras pollera.

Mis ojos se pierden entre las montañas, mi mente se sumerge en el oleaje del Lago Nahuel Huapi. Se hunde. Se ahoga.

«Las niñas usan vestidos. Sube y ponte un puto vestido. Ahora.»

Su boca se pega a mi cuello; sus manos, a mi cadera. Siento su respiración acelerarse, su erección crecer de nuevo.

Mi piel no se eriza. Su boca no me seduce. Mi pulso no se acelera. Mi corazón no ruge.

Siento todo lo que siente, mientras yo no siento nada.
—Va a llegar tarde a la reunión, señor Olivera.

CAPÍTULO 9

THEO

La sangre zumba detrás de mis oídos. Todo pierde color, excepto él.

—¿Qué mierda estás haciendo en mi puta casa? —suelto, apretando el celular entre mis dedos.

—Hijo de puta, ¡estás gigante! ¿Qué les dan de comer en la cárcel?

Una palabra de su boca, y todo mi cuerpo se pone alerta.

—Me siento generoso hoy, te doy la oportunidad de irte en una sola pieza —mascullo y escupo hacia un costado.

—¡Vamos! —Abre los brazos y sonríe como un niño—. ¿Ya olvidaste cómo tratar a un amigo?

Hierve. Burbujea. La ira corre espesa por mis venas.

—¿Amigos? —Achino los ojos y ladeo la cabeza.

—¡Vamos, Theo! —Tira su bolso sobre el pasto. ¿Por qué mierda trae un bolso?—. ¿Me vas a decir que olvidaste todo? —Su voz suena inofensiva, pero su mirada esconde un desafío implícito—. ¿Las fiestas, la coca, las carreras, los billetes, las mujeres?

Cierro los ojos, trago las apuestas, los gritos, el alcohol, la hierba, las putas y su sonrisa. Su maldita sonrisa. Trago esa noche.

—Te recomiendo que saques tu culo de mi casa, antes de que pierda la paciencia.

—Estoy en problemas —dice, acercándose a paso desgarbado—. No tengo a dónde ir.

—Me importa una mierda. —Lo esquivo y busco las llaves en mi bolsillo—. Gracias por la visita, Alejo.

Intento poner la llave en la cerradura, pero todo mi puto cuerpo tiembla.

—¿Me vas a dejar en la calle?

Pruebo con la segunda llave, pero no entra.

—¿Volviste a verla? —pregunta y mi estómago se revuelve, mi pulso desaparece.

Mudo. El mundo es mudo. Solo escucho el sonido de mi respiración, solo siento la sed de sangre.

—Pero, ¿qué…? —Se agarra el labio partido.

Miro mis nudillos, su sangre hidrata mi piel.

«¿En qué momento lo golpeé?»

—¡¿Qué mierda estás haciendo?! —grita mientras se limpia con

el puño de la camiseta.

Mi cuerpo reacciona cuando el suyo se estampa contra la pared.

—No vuelvas a mencionarla, ¿lo entendiste? —Lo sacudo, hago puños su remera—. Ni siquiera pienses en ella.

—Está bien. ¡Está bien! —Lo estampo una vez más antes de soltarlo—. Si no quieres saberlo, no hablaremos de ella. Pero, hermano, déjame pasar la noche. No tengo dónde caer y…

—¿Saberlo? —Mi pecho sube y baja, es un movimiento bestial —. ¿Qué mierda tengo que saber?

—¿Podemos entrar y te lo cuento todo? —Saliva rosado y vuelve a limpiarse—. Me gustaría limpiarme el puto labio. Carajo, me diste un buen derechazo.

Tiene una cerveza en la mano, una bolsa con hielo pegada al labio.

—Habla —ordeno y la birra enfría mi boca.

—Estoy… —Titubea y se queja como el maricón que siempre fue —. Estoy acá por una razón.

—¿Por qué no tienes dónde mierda caerte muerto? —Levanto una ceja—. Ya te dije que no me importa lo que le pase a tu culo. Ya no somos amigos.

Juguetea con la lata de cerveza, me dedica una mirada furtiva.

—No es eso —suelta—. Es Valeria, ella está…

No necesito esto. No necesito saber que siguió adelante, sin mí.

—Cierra la puta boca —lo interrumpo—. No quiero saberlo. — Me paro y tiro la silla de lo bruto que soy. Nunca aprendí a controlar mi cuerpo—. Va a ser mejor que…

—Está buscándote.

Mis músculos se contraen, mis nervios se despiertan.

—¿Qué dijiste?

—Que te está buscando. —Tira el hielo sobre la mesa—. Vine porque ella me lo pidió.

Tengo el corazón en la garganta.

—Cómo… ¿Cómo me encontraste? ¿Cómo supiste que salía?

—No soy imbécil, Theo. Llevo la cuenta desde… esa noche. — Mis manos se cierran en puños, es una reacción involuntaria.

Vuelvo a sentarme.

—¿Cómo supiste que estaba en Bariloche?

—Me estoy acostando con Luna, la mejor amiga de Mía. Las escuché hablar por teléfono, me enteré de que estabas parando en la cabaña de su padre.

«Hijo de puta.»

—No entiendo… —Carraspeo, el puto pánico se apodera de mi voz—. ¿Por qué me está buscando?

—Quiere verte —suelta, sin más, mirando hacia un costado.

—¿Por qué?

—No lo sé, Theo. —Se levanta, acercándose a la ventana—. No somos precisamente mejores amigos. Solo nos encontramos en una fiesta y me preguntó por ti. Sabía que… ya habías cumplido tu condena —dice, sin mirarme—. Ella quería encontrarte y yo me ofrecí a buscarte.

Algo huele mal. Muy mal.

—¿Por qué te ofreciste?

—Porque siento que te lo debo, en cierto punto… Supongo que por lo de aquella noche.

—Me debes mucho más que tomarte un micro y tocar mi puta puerta —mascullo, la sangre burbujeando en mi interior.

—Lo sé. —Me da la espalda—. Sabes que no podré disculparme lo suficiente, ¿no? Yo…

—Si no dejas de hablar, voy a partirte la cara. No me tientes.

Asiente con la cabeza.

—Voy a llamarla mañana para avisarle que te encontré —dice, pasándose los dedos por el labio partido.

Lo miro como lo miré alguna vez, pero mis ojos ya no son los mismos.

—Puedes usar el sofá.

La segunda. La segunda línea de la noche.

Mi nariz arde y la electricidad recorre mi cuerpo.

«¡Qué subidón, carajo!»

Me acerco a la fogata, las olas rompen contra la orilla y el fuego endurece sus facciones de ángel.

—¿Cómo está mi chica preferida? —susurro, pegando mis labios a su nuca.

—¿Qué mierda estás haciendo, Theo?

Su mirada reprobatoria me hace sentir el hijo de puta más grande, pero sus rostros sin vida gritan más fuerte y quiero callarlos. Necesito callarlos. Y la coca los calla.

Una línea de polvos mágicos y chau mamá, chau Felipe. Chau demonios.

—Vamos, fue solo una línea. —Me siento y la abrazo por detrás, pero su cuerpo está rígido.

—¿Solo una línea? —Gira el rostro, su mirada me incinera—. Es la segunda, y ese es tu tercer porro. —Señala el cigarro entre mis dedos.

—Val —balbuceo juguetón y algo quemado—. Estoy bien, sabes que soy duro. Necesito mucho más que…

—No quiero esto, Theo. —Se levanta. Su voz suena triste, ahogada. Sé que intenta no hacer una escena frente a nuestros amigos—. Pensé que estábamos llegando a algo.

—Lo estamos, bebé. —Tiro de su mano para que se siente en mi regazo, pero se aleja—. ¡Val! —grito mientras la veo desaparecer entre las llamas—. ¡Val! —El porro se consume en mi mano—. ¡Valeria!

—¡Eh! ¡Theo! ¡Ey!

Despierto.

El labio partido de Alejo está muy cerca de mi cara. Demasiado cerca para mi gusto.

—¿Qué carajo? —Me incorporo, apoyándome sobre los codos—. ¿Qué haces en mi habitación?

—Estabas gritando como un poseso. —Se rasca la cabeza, alejándose—. ¿Estás bien?

Mi pecho sube y baja preso de los recuerdos. Estoy cubierto en sudor frío, perdido en su nombre.

—Sí. —Me dejo caer de espaldas—. Vuelve a dormir.

—Mía, te lo digo por quinta vez, no le arranqué los ojos. ¿Tranquila?

Dejo la bolsa con mi ropa en el vestuario, apoyo la cabeza en el casillero mientras escucho su voz chillona del otro lado de la línea.

—Me cuesta creerte, Theo. —Bufa, suena hiperactiva—. ¡Ni siquiera sé cómo supo dónde estabas! No pude frenarlo. Cuando me enteré, ya estaba allí. Perdón por enloquecer, pero creí que ibas a matarlo si volvías a verlo después de…

—No voy a matarlo, por más que quiera hacerlo —la interrumpo, apoyándome de espaldas contra el metal.

—¿Lo perdonaste? —dice con voz aguda.

—No quiero volver a la cárcel, eso es todo. Acabo de salir, ¿recuerdas?

Suspira.

—¿Qué te dijo?

—Nada.

—¡Vamos! ¿Para qué mierda fue?

—Quería disculparse —miento—. Ya se fue, olvídalo —miento de nuevo.

—No quiero que te juntes con él, Theo. —Ahora suena como mi madre. *Mi madre…*—. Sabes que no te hará bien. No es bueno para tu…

—No tienes de qué preocuparte, Mía —digo, intentando ponerle fin a la puta conversación—. Tengo que ir a trabajar, hablamos después.

—Está bien. —Bufa—. Cuídate, grandulón.

—Cuídate, enana.

Hace quince minutos que estoy limpiando el espejo que tiene vista a la clase de Yoga. No es que tenga Toc por la limpieza, pero estoy disfrutando del espectáculo. En especial de las posturas de gato.

Los gritos de Sabueso cesan, los chicos bajan del ring. La gente empieza a salir de las clases, bañados en sudor, testosterona y risitas. El coqueteo se huele en el aire.

«¿Por qué vienen al gimnasio a coquetear? Vanidosos de mierda.»

Una morocha con un culo de infarto tropieza con unas mancuernas.

—¿Estás bien? —pregunto, acercándome con el trapo y el limpiador en las manos.

Sigue dándome la espalda. Maldice entre dientes mientras se agacha para juntar sus cosas.

Esa postura tensa. Esas manos torpes. Ese cabello brillante y larguísimo. Ese… culo.

—¿Bambi?

Me ignora. Apoyo los productos de limpieza sobre una de las máquinas de correr y me acerco.

—Esto se está volviendo una bonita costumbre, ¿no te parece? —Digo, levantando un cuaderno del suelo—. Tú y yo, encontrándonos…

No levanta la vista, continúa fingiendo que no existo.

Abro la libreta negra mientras ella sigue juntando el maquillaje y las otras mierdas que cayeron de su bolso.

"Este cuaderno es de Annelie" se lee en la primera página. Estudio la cursiva desgarbada.

—¿Annelie? —Saboreo su nombre en la punta de mi lengua.

Su mirada parda se eleva hasta encontrarse con mis ojos. Ahora tengo su atención.

—Así que Bambi tiene nombre…

—Dame eso —casi susurra, su voz suena demasiado aguda.

—Claro, Annelie. —Vuelvo a saborearla y extiendo mi mano. Me arrebata el cuaderno, iracunda.

Cierra su bolso, la observo mientras se ata los cordones de las zapatillas.

—Me gusta tu nombre, Bambi.

Sonrío de costado, escaneándola sin miramientos cuando se levanta. La petisa es una puta obra de arte.

—Hagámoslo fácil. —Se lleva las manos a la cintura y sonríe con superioridad, como si tuviera todo resuelto. Pero no me trago esa sonrisa. No me trago esa actitud de falso control, porque soy el autor de esa disciplina—. Mantén tus manos fuera de mis cosas y tu cara lejos de mi vista, Sapo.

Niego con la cabeza, dando un paso al frente.

—¿Sapo? —Mi sonrisa se amplía mientras sus ojos recorren mi rostro. Sí. Admírame, petisa—. ¿En serio, Bambi?

—¿Bambi? —Arquea una ceja tupida y angulosa—. ¿En serio, Sapo?

Sonrío mordiéndome el labio inferior.

«Esa actitud. ¡Esa puta actitud! Necesito llevármela a la cama.»

—Soy Theo.

Sus ojos están clavados en los míos. Cuanto más me mira, más me calienta. Calculo cuántos pasos nos separan del vestuario y cuántos besos tendría que estampar en su boca para callar sus gemidos.

¿Será de las tímidas o las salvajes? Apuesto por la segunda, Bambi no me engaña.

—No estás muy habladora hoy, Bam…

Su hombro choca contra mis costillas cuando sale disparada del gimnasio.

«Está loca. Buenísima y loca.»

Agarro el trapo y me subo al ring.

—Annelie… —Saboreo el dulce nombre una vez más—. Así que Bambi tiene nombre.

CAPÍTULO 10

ANNELIE

Me aborrezco.

¿Por qué mierda soy así? ¿Por qué siempre tengo que desafiarme? ¿Por qué tengo que probarme ante los demás?

Me repetí una y otra vez que iba a poder hacerlo, que debía hacerlo. Por mí, por ese vestigio de dignidad que sé que tengo. Porque no soy débil. Solo estoy rota, y ellos no tienen por qué saberlo.

Podía volver a pisar el gimnasio. Debía hacerlo. Matricula paga, buen instructor, horarios perfectos, la imperiosa necesidad de liberarme, de defenderme. De atacar primero.

¿Por qué iba dejarlo? ¿Porque el Sapo trabaja ahí? ¿Porque vio lo débil que soy? ¿Porque mi pulso se aceleró cuando acarició mis manos? ¿Porque es un Adonis y sé cómo vamos a terminar?

Es un imbécil. Ni siquiera debería pensar en llevármelo a la cama. Solo puede haber un arrogante, y esa soy yo. Aunque sería muy satisfactorio hacerle probar el fruto y sacárselo justo cuando quiera repetir. Porque va a querer repetir, todos lo hacen.

Sin embargo, acá estoy, abrazando mis piernas, absorbiendo la oscuridad, gritándole a las voces.

—Me gusta tu nombre, Bambi —dijo. Su mirada provocándome, incitándome.

Los recuerdos no tardaron en arañar mi garganta.

—Me gusta tu nombre, Annelie —dijo y llevó sus manos grandes a mi cabeza. Me acarició el pelo—. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho —respondí, sintiendo cómo mis piernas se volvían gelatina.

—Vas a tener que decirme la verdad, si quieres que esto funcione —añadió, acercándose a su escritorio.

—Dieciséis —murmuré. Mi voz se perdió en su sonrisa.

Encendió su computadora y acomodó su cuerpo robusto en el sillón de cuero.

—¿Tienes cuenta bancaria?

Negué con la cabeza.

—En efectivo y en mano, ¿te parece bien?

Asentí con un movimiento robótico.

Abrió un cajón sin perder la sonrisa lasciva. Los fajos de billetes comenzaron a desfilar ante mis ojos.

—¿Cincuenta mil te suena bien?

La cifra se atoró en mi garganta.

Asentí. Cincuenta mil sonaba a una nueva vida.

Treinta días desde el último email. Treinta días desde que irrumpió en mi oficina, agrietando mis muros.

«¿Por qué piensas en él? Ya no es tu Caín, ya no es tu pequeño. Ya no tienes que protegerlo. ¡¿Quién te protege a ti?!»

Dos golpes suenan en la puerta y mi cuerpo se vuelve piedra.

—Adelante.

La puerta se abre y la figura esbelta de Luca se acerca al escritorio.

—¿Qué es eso? —pregunto, señalando las carpetas que trae. Aún no abrió la boca y ya me siento a la defensiva.

—Más contratos, su Majestad —dice, dejándolos caer sobre la madera.

—¡Mierda! —Me levanto en cuanto el líquido caliente toca mi piel—. ¡Mira lo que hiciste! —Levanto la taza. La alfombra y mi camisa blanca son un desastre—. ¿Por qué mierda no tienes más cuidado? Imbécil.

Su risa lánguida hace eco en mi cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunta, pavoneándose—. ¿Una mala noche? ¿Otro que te dio el peor sexo de tu vida?

Mi sonrisa de plástico entra en acción.

—No te creía tan sensible, Luca… —murmuro y sigo pasándome la servilleta por la blusa—. ¿Di justo en tu ego? Tengo buena puntería.

—¿Herir mi ego? —Rodea el escritorio, acariciando las esquinas con los dedos. Te está acechando—. Tengo que admitir que me hiciste un favor, me saqué de encima a una puta resentida.

—La puta resentida pareces tú, ¿no?

—Puta —susurra, su nariz casi roza la mía. No me muevo, reprimo el temblor de mis piernas—. Esa palabra te sienta… demasiado bien.

Una sonrisa petulante y un portazo.

«Esa palabra te sienta… demasiado bien»

Me desplomo sobre la silla y ahogo las lágrimas.

Esta puta no piensa llorar.

Apago la computadora, agarro la carpeta con los contratos que

aún quedan por revisar, y salgo.

—¡Annelie! —grita Lily, la recepcionista, trabando la puerta del ascensor.

Lo que me faltaba, bajar seis pisos escuchándola hablar como si fuéramos íntimas amigas.

—¡Por fin viernes! —Chilla con su voz aguda, apoyándose en el espejo—. ¿Vienes esta noche?

Levanto la vista, sus ojos azules brillan de entusiasmo.

—¿Eh?

—Vamos a cenar al casino. —Aplaude como quinceañera—. Todos lo de la planta. ¿No te avisaron?

Por supuesto que no me avisaron.

—No. —Me acomodo la cartera, la vista fija en la puerta metálica—. ¿Por qué lo harían?

—¡¿Eres tonta?! —Me rompe un tímpano. Mi estómago se retuerce con su exceso de confianza—. ¡Porque vamos todos los empleados! Estamos celebrando el cierre de las paritarias.

Uff, el aumento. Qué genial. Más dinero para gastar en alcohol y cigarrillos. ¡Emocionante!

—¿Vienes? —insiste, tocándome el brazo juguetonamente.

«¿Será lesbiana? Llegas tarde, Lily. Ya no experimento.»

—¿Ir? —La miro de reojo—. ¿Con todos ustedes? —Me río por lo bajo—. ¿Por qué debería hacerlo? No hablo con nadie… No me interesa.

—Porque nadie espera que lo hagas —dice, cuando las puertas del ascensor se abren.

—¿Eh?

—Porque nadie espera verte allí, por eso mismo deberías ir. —Comienza a caminar, pero se da vuelta y sonríe con picardía—. ¿No es aburrido hacer siempre lo que todos esperan que hagas?

Miro la hora en mi reloj de muñeca, acaricio el lugar donde antes solía estar mi pulsera. Cierro los ojos, pienso en el metal, en la inscripción que acaricié durante diez años. Casi puedo sentirla.

«Libertad»

Bajo del auto. Me acomodo el cortísimo vestido de seda color beige. Parece un camisolín. Intento no pensar en lo desnuda que me siento.

El bronceado de mis piernas oculta las cicatrices, pero no la angustia que abraza mis huesos.

«Las niñas usan vestidos. Sube y ponte un puto vestido. Ahora.»

Levanto el mentón y camino.

«Sería más fácil si te pusieras faldas. Muero por ver tu culo en una de esas polleras tubo»

Mis puños aprietan la fina tela.

«—Mis empleadas usan faldas a la rodilla, señorita Amat. Es el código de vestimenta que rige en la empresa.

—Yo no uso faldas, señor Olivera. Nunca uso faldas.»

Muestro mi documento y cruzo las puertas del casino.

¿No es aburrido hacer siempre lo que todos esperan que hagas?

CAPÍTULO 11

THEO

Costeo el Nahuel Huapi hasta la cabaña, me distraigo acariciando a cada puto perro callejero que se cruza entre mis piernas.

El pasto pasa mis tobillos cuando abro la cerca, tengo que cortarlo antes de que venga Mía. También juntar las latas de cerveza, las cajas de pizza y las colillas de cigarros. Me quedan dos semanas para que este lugar vuelva a ser lo que era.

—¿Todavía estás aquí? —Cierro la puerta y tiro el bolso a un costado. Hoy no pude bañarme en el gimnasio, necesito una ducha urgente.

—Necesito… una noche más —casi susurra, jugando con los bordes de la mesa.

—Ya lo hablamos —digo, abriendo una lata de cerveza. El muy hijo de puta se bebió medio pack—. También agradecería que dejaras de tomarte mi cerveza.

—Una noche más, Theo. —Se levanta y se acerca a la venta—. Solo una.

—¿Por qué? —Me apoyo contra la mesada—. ¿Qué mierda cambia una noche más? Ella no atendió, no va a venir. No puedes quedarte, no es mi casa. Estoy de prestado, ¿no lo entiendes?

—Necesito algo de plata… para volver.

—No tengo dinero. —Me encojo de hombros—. Desde que trabajo en el gimnasio no vi un peso, no cuentes conmigo —miento.

Se acerca, percibo el ligero temblor en sus manos y el enrojecimiento en sus ojos. Está puesto.

—Voy al casino —murmura—. Si me dejas quedarme esta noche, voy al casino y gano lo suficiente para volver.

—No sé qué mierda estás consumiendo —lo señalo con la lata vacía—, pero aquí no… lo quiero. —Un cosquilleo familiar reina en mi cuerpo. Ansiedad. Deseo. Debilidad—. Ni a ti, ni a tus putas mierdas.

—Solo fue un porro, Theo. —Se frota la frente, luce cansado. Me daría lástima, si me importara—. Ni siquiera lo fumé adentro, salí al jardín.

Miro su aspecto destruido, la desesperación en sus ojos rojos.

¿Qué mierda nos pasó?

—Mañana a primera hora quiero tu culo afuera. —Aprieto la

lata y la tiro sobre la mesa—. ¿Entendido?

—Entendido. —Saca un paquete de cigarros, me ofrece uno. Niego con la cabeza—. ¿Vienes conmigo?

—¿A dónde?

—Al casino.

—¿No me escuchaste? No tengo un puto peso. Además, no somos amigos, no te confundas. Te dejé quedarte un tiempo por… la amistad que alguna vez tuvimos. Punto.

—Ven conmigo —insiste, agarrando su campera—. Déjame recompensarte por… dejarme quedarme. Déjame ganarte unas rondas de Blackjack, sabes que soy bueno. Voy a hacerte un par de billetes.

No sé por qué lo estoy pensando. No sé por qué mi cerebro está considerándolo. Es una locura. Necesito dinero y Alejo es el puto amo del juego. El puto amo de las estafas. De la trampa. Sé que puede hacerme ganar unos cuantos billetes en algunas horas.

—Vamos, solo serán unas horas —insiste el diablo—. Gano unos fajos y nos vamos a la mierda.

La ambición brilla en sus ojos y me seduce. Me seduce y soy débil. La debilidad es mi destreza.

Cierro los ojos. Casi puedo escuchar a Mía gritándome, advirtiéndome que no es buena idea.

«No drogas, no alcohol, no carreras, no juego, no peleas. Esas son las condiciones.»

Pero ¿qué daño puede causar, si no soy yo quien apuesta?

Inclino la cabeza y el Vodka me abrasa la garganta. Apoyo el vaso en la barra y escaneo el lugar una vez más. El ruido de las máquinas, las risas, los dados dictando la suerte, las fichas, los tacos altos, la ambición.

El vaso aparece lleno entre mis manos y sé que bebí más billetes de los que debía. Mi mirada busca la cabeza casi rubia de Alejo, tiene una racha hace más de dos horas y no piensa mover el culo del asiento.

Vuelvo la vista a la barra, agarro la servilleta y comienzo a doblarla. Estoy ligeramente borracho y mi mente empieza a perderse en lugares oscuros, fríos.

—Shhh. —Una risita cruza el pasillo y detengo mis pasos—. Tápate la boca o nos van a escuchar.

—¿Quién? —Una voz femenina continúa riendo mientras me acerco a la puerta entreabierta—. La recepcionista se fue hace media hora,

estamos solos… —habla bajo y noto cómo su voz cambia hasta convertirse en un gemido agudo.

Su grito llega tarde. La mochila se resbala de mi hombro mientras veo cómo mi padre embiste a su secretaria sobre el escritorio.

La imagen se tatúa en mi retina y envenena mi sangre.

Entre gemidos y traición, nace el odio.

Alguien me choca el hombro y me saca del trance. Entre risas, el tipo se disculpa y vuelve a agarrar la cintura de su acompañante, que tiene un culo moldeado por los dioses.

—Otro daiquiri.

Escucho su voz por encima del bullicio. Ladeo la cabeza y unas piernas bronceadas se cruzan, acomodándose en el taburete a mi lado. Un vestido claro y corto se ciñe sobre sus curvas, cavando mi puta fosa.

—Mierda, Bambi —susurro, perdiéndome en su escote—. ¿Cómo vamos a arreglar esto?

CAPÍTULO 12

ANNELIE

—¡Lo sabía! —chilla Lily por lo bajo mientras me siento en una punta de la infinita mesa—. Amor, haces que me sienta de entrecasa apareciéndote con ese vestido. ¡Estás hecha una bomba! —Me guiña un ojo y refuerza mi hipótesis, o es lesbiana o vomita azúcar.

—Buenas noches. —Muestro mi sonrisa más amplia y plastificada, me deleito con el desconcierto en las miradas—. ¿Llego tarde?

Manuel, el de mantenimiento, carraspea y me sonríe con genuina amabilidad antes de decir:

—No. En realidad, ni siquiera ordenamos. —Se levanta y se acerca a mí con una botella de Champagne en la mano—. ¿Una copa?

«Oh, Manuel, puedes dejar la botella.»

Asiento con gracia. Voy a necesitar mucho más que una copa.

La cena es una charla banal y sin sabor. Intento descifrar la mirada de Luca mientras juego con las pastas y la salsa rosa.

—¡Annelie! —chilla Lily, llevándose la copa a los labios—. ¡Apenas tocaste la comida!

—Había picado algo antes de venir —miento—. ¿El señor Olivera no pudo llegar? —pregunto, descuartizando un raviol.

—El señor Olivera debe estar cogiéndose a una de sus putas —interviene Luca. La palabra *puta* me incinera cuando sale de su boca —. ¿O no, Ann?

Todas las miradas están puestas en mí, en cómo intento que mi rostro no se desfigure.

—¿Estás insinuando algo? —Sostengo la copa entre mis dedos, la arrogancia baila en la comisura de mis labios—. ¿Podrías ser más claro?

No va a decirlo. Sabe que si abre la boca, cuento lo nuestro. Y en una empresa donde las relaciones afectivas entre el personal están prohibidas, Luca tiene mucho que perder.

—Tranquila, Ann… —Las miradas viajan a él, la tensión se sienta con nosotros—. Es un chiste. —Sonríe de costado—. ¿No tienes sentido del humor?

—Parece que lo perdí esta mañana, cuando me trajiste una pila de contratos. No piensas darme un respiro, ¿eh?

Sonrío y todos me siguen, pero el aire se volvió tóxico.

—Voy a probar un poco de suerte en las maquinas —digo, levantándome y alisando mi minúsculo vestido.

—Nunca te había visto con vestido… —acota Luca, justo cuando me doy vuelta. Cierro los ojos.

«Las niñas usan vestidos. Sube y ponte un puto vestido. Ahora.»

—Hay mucho de mí que no viste —murmuro y me abro paso entre las mesas.

No sé por qué mierda sigo prendiendo fuego mi dinero. ¿Cuándo tuve suerte? Ah, sí, jamás.

La maquinita se traga otro de cien, las figuras ruedan tan rápido que me siento mareada y sé que no es por el daiquiri. Casi, casi, casi… ¡Ahí está la puta cereza otra vez, cagándome el juego!

Me levanto, antes de caer en la tentación de jugar otra ronda, y voy por un trago mientras ignoro el ligero mareo que sucumbe mi cuerpo. Uno más y a casa. Ya di mi espectáculo. Mi trabajo está hecho.

—Un daiquiri —pido al barman, sentándome en el lujoso taburete.

El bullicio ambicioso me ensordece, las luces estridentes cansan mi vista. Quiero estar en casa en silencio, en ropa interior y con una pizza grasienta entre las manos.

—Mierda, Bambi. ¿Cómo vamos a arreglar esto?

Esa voz.

Apoyo el celular despacio sobre la barra, giro la cabeza casi en cámara lenta.

Grises. Sus ojos son grises y están clavados como dagas en los míos.

—Tienes que estar jodiéndome… —mascullo, volviendo la vista al excéntrico barman.

—Te lo dije. —Se regocija inclinándose sobre la barra, rozando mi hombro—. El destino nos quiere juntos, Annelie.

La cercanía me produce escalofríos. Su mirada es profunda, peligrosa, seductora. El combo que haría explotar a cualquiera.

—Cierra la boca, Sapo —escupo y recibo mi copa.

—Theo. Me llamo Theo, Annelie —me corrige, siento su mirada en mi perfil.

—Deja de decirme Annelie. —Me froto las sienes, intento no

mirarlo.

«¿Qué mierda hace en este lugar? »

—Está bien. —Sonríe extasiado—. ¿Ann te gusta más?

—Si vuelves a decirme Ann, voy a arrancarte los testículos con una tenaza y dárselos de comer al primer perro callejero que encuentre.

—Mierda… Cómo me calienta esa actitud —me susurra cerca del oído. De reojo veo esa media sonrisa…

Me tomo el daiquiri de un trago. Apoyo el vaso, me seco los labios con el dorso de la mano e inhalo profundo.

—Está bien, Bambi. —Me guiña un ojo y le hace señas al barman, quien pone manos a la orden—. ¿Cómo arreglamos esto?

—¿Arreglar qué? —murmuro, fijándome la hora en la pantalla de mi celular. Los dígitos se desdibujan, pero es tarde.

—El hecho de que sigues cruzándote en mi camino…

Apoyo la mejilla en mi mano, mis ojos recorren el torso que se esconde debajo de esa camiseta negra hasta llegar a ese gris peligroso en su mirada.

—Piérdete por ahí y asunto arreglado.

—¿Después de verte con ese vestido? —Niega con la cabeza mientras sonríe con petulancia—. Imposible, Bambi.

—¿Por qué mierda me jodes? —suelto, intentando entender su aparente obsesión conmigo.

—¿Yo te jodo? Eres tú la que no deja de perseguirme.

Una risa torpe brota de mis labios. Me cuesta parar, de repente estoy tentada. El alcohol no tardó en apoderarse del vacío en mi estómago.

—¿Qué te hace pensar que te persigo?

—Que quieres meterte entre mis sábanas, pero eres demasiado orgullosa como para pedirlo.

Mis cejas se alzan mientras me muerdo el labio, intentando contener la risa.

—Mierda… *Humildad* debería ser tu segundo nombre.

—*Frígida* debería ser el tuyo.

El fuego asciende por mis pies. Siento el ardor, la calma y, luego, la combustión espontánea.

—*¡Perra frígida!*

La sábana me cubre hasta la cabeza y la almohada me tapa los oídos, pero aun así lo escucho. Un golpe seco sacude la madera podrida del piso y el llanto de mamá traspasa la humedad de la pared.

Oigo el rechinar de la cama, aprieto los dientes y los oídos hasta que el mundo pierde sonido.

Su tacto es lluvia helada sobre mi piel.

—¿Estás bien? —Escucho y sigo su voz con la mirada—. Bambi, estás un poco pálida. ¿Cuánto tomaste?

Me levanto y el piso es lava ardiente.

—Ey, ey —Sus brazos me sostienen e intentan enderezarme.

—Suéltame, imbécil —mascullo, luchando con los malditos tacos que no me dejan andar.

«No son los tacos, son los daiquiris y el vodka que besaste antes de salir.»

—Tranquila, fiera. —Me apretuja con fuerza contra su pecho. Inhalo su perfume, sobrio y embriagador, y la Tierra gira con más prisa—. ¿Quién te trajo?

—Por qué… —Niego con la cabeza mientras mis piernas tiemblan y mi boca adormecida intenta modular—. ¿Por qué das por sentado que alguien me trajo, Cerdo machista?

—Okay, Cazador —dice y toma mi cartera, la pone bajo su axila —. Vamos a buscarte un taxi.

—¿Un taxi? —Río como posesa mientras avanzamos y la alfombra tiembla. Las luces estridentes, el ruido y las risas se baten en mi cabeza—. Vine en mi auto. ¿Lo recuerdas? El que me ayudaste a hacer arrancar aquella noche cuando…

—¿Cuando me dejaste tirado en el medio de la nada, bajo la lluvia?

Mi mirada sube por las venas de su cuello, escalan por sus labios gruesos hasta llegar a sus ojos, refulgentes de odio y diversión.

—Fue divertido —suelto y un eructo se me escapa entre la risa.

Me observa con tanto detenimiento, que ya no sé si caminamos. Su mirada gris silencia las risas, apaga las luces y detiene el mundo.

—¿Qué mierda voy a hacer contigo, Bambi?

CAPÍTULO 13

THEO

—¿Dónde lo dejaste? —pregunto por quinta vez.

—Al lado de un auto negro… —murmura sin dejar de reír.

Doy un vistazo al estacionamiento, hay autos negros de todas las marcas y modelos.

—No seas tan específica, Bambi.

Su risa contagiosa hace eco en el frío cemento. Aferro más mi brazo a su cintura, es tan pequeña que me cuesta agarrarla. Avanzamos mientras apoya su cabeza en mi estómago, casi llegando a mi pecho.

—Ahí está —soltamos al unísono. Se ríe sobre mi camiseta cuando abro su auto.

—Dónde… —Se sienta en el asiento del piloto y apoya la cabeza en el respaldo—. Necesito las llaves.

—¿Piensas que voy a dejar que manejes así?

—Dame las llaves de una puta vez, Theo…

Observo cómo el vestido se le sube con cada movimiento torpe mientras mi mente no deja de saborear mi nombre en su voz.

Niego con la cabeza.

—Entonces… agarra las malditas llaves y llévame a casa —masculla, pasándose al asiento del copiloto.

Disfruto del espectáculo de ese culo y ese par de piernas.

—¿Puedes apurarte? —insiste, rabiosa.

Apoyo el brazo en el techo y me agacho hasta poder verle la cara.

—Dame tu teléfono.

—Ya te dije que no, imbécil… —Se mueve fastidiosa—. No me interesas ni tú, ni tu amiguito de abajo.

Cierro los ojos, pero no logro contener la risa.

—El aparato, Bambi, no el número. Eso me lo darás después.

Me lanza una mirada venenosa y rebusca en la pequeña cartera que tiré sobre el asiento.

—Para… ¿Para qué lo quieres? —pregunta antes de dármelo.

—Voy a llamar a alguno de tus amigos para que venga a buscarte.

Una risa melancólica explota en su garganta.

—¿Amigos? —Me tira el teléfono, lo atajo con rapidez—. Suerte si encuentras alguno.

Mi ceño se frunce mientras reviso su lista de contactos. Uno solo: Fábrica de chocolates B&A. No sé si es un chiste o el teléfono es nuevo. ¿Dónde están los amigos? ¿Mamá? ¿Papá? ¿Hermanos? ¿Novio? ¿Exnovio?

Doy la vuelta, abro la puerta y me arrodillo frente a ella.

—Bambi, ¿a quién puedo llamar para que venga a buscarte?

Sus bellos ojos pardos me sonríen, ahogados en alcohol. Luce frágil, en nada se parece a la fiera que me crucé aquella noche en la que comencé de nuevo.

—A nadie, Sapo —casi susurra, sin dejar de mirarme—. No tengo a nadie.

Sus palabras son ladrillos que se atoran en mi garganta. Intento tragarlos mientras mi mente aturdida piensa qué hacer.

—¿Por qué no me llevas? —susurra en un tono de voz demasiado dulce para la fierecilla que conozco—. Prometo que no tendrás que verme la cara después. —Levanta su mano, sellando la promesa.

—¿Quién dijo que no quiero verte la cara después? —Alejo el cabello de sus ojos.

«¿Por qué mierda estoy hablando en susurros?»

—Vamos, sé que crees que soy una calienta piernas, y ¿sabes qué? —Sus dientes relucen mientras sonríe—. Lo soy. Me encanta jugar con los hombres… Soy una puta. Todos quieren que sea una puta. Todos quieren…

—Ey. —Agarro su mentón y la obligo a mirarme—. No pienso que seas una calienta piernas, ¿me escuchas? —Sus ojos brillan, su cerebro borracho busca la lógica en mis palabras—. Aunque no puedo negar que me calientas, Bambi, pero sé que no es tu intención.

— Entonces… —Su mirada me recorre el rostro—. ¿Entonces por qué no manejas y me llevas a casa?

Cierro los ojos, dejo que la batalla que se libra en mi interior sucumba.

—No puedo, Bambi. Yo… no puedo.

Pago el taxi y bajo. Rodeo el auto, pero Annelie ya está intentando bajar por sus propios medios. No llego a agarrarla cuando tropieza y cae sobre sus rodillas.

—Carajo, Bambi, ¿por qué eres tan cabeza dura? —mascullo mientras la ayudo a levantarse—. ¿Te lastimaste?

—Hace falta mucho más que un tropezón para lastimarme.

Sonrío mientras se aferra a mis brazos, le hago señas al taxista para que se vaya.

—Bien, Fierecilla, ¿cuál es tu casa?

Señala la esquina y comienza a caminar. El sonido de sus tacos me pone los nervios de punta. Intento concentrarme en el romper de las olas del lago.

—¿Esta? —pregunto, mirando alucinado la casona antigua que ocupa toda la esquina.

Con torpeza saca las llaves y abre la puerta, respondiéndome. Entramos y la oscuridad nos absorbe.

—La luz, Bambi —digo y la estancia se ilumina casi al instante.

—Hogar, dulce hogar.

La escucho mientras mi mirada escanea el lugar perfectamente ordenado. Tan ordenado, que es difícil creer que alguien vive aquí.

—¿Quieres algo de tomar? —pregunta, tambaleándose hasta una vitrina llena de licores y copas antiguas.

Me acerco y le quito la botella de las manos.

—Creo que será mejor que te acuestes.

—¿Contigo?

Su boca sonríe de forma seductora y me pongo duro de solo mirarla.

—Carajo, tengo que admitir que me gusta mucho más esta Annelie. —Dejo que sus manos suban por mi pecho. De repente luce más despierta—. Es mejor que la Annelie gruñona. Puede llegar a ser exasperante…

—Yo no te gusto. —Niega con la cabeza, pero su sonrisa y sus manos siguen activas—. Solo quieres acostarte conmigo —sentencia—. Igual que yo quiero acostarme contigo…

Su pequeño cuerpo se aprieta contra el mío. Siento sus pechos rozar mis costillas mientras su mano aprieta el bulto entre mis piernas. Me masajea entretanto se restriega de manera sensual contra mí.

—No juegues conmigo, Bambi —susurro y dejo escapar el aire entre mis labios—. Esto no es una novela, yo no soy un caballero. Si sigues pidiéndomelo así, no voy a negarme a cogerte porque estés borracha.

—Si quisiera un caballero no estaría metiendo la mano en tus pantalones, ¿no te parece? —murmura con esa boca carnosa que aún no tuve el placer de probar.

—¿Qué quieres? —suelto, embriagado en lujuria.

Se aleja. Sigo mirándola recorrer la sala, mi pecho sube y baja a un ritmo bestial y mi hombría duele solo con verla.

Enciende una lámpara tenue y apaga el resto de las luces. El clima cambia, el aire se espesa y el deseo irracional puede palparse entre los dos.

Lleva las manos a los tirantes de su vestido y la fina tela resbala por su cuerpo, descansando a sus pies.

—Carajo, Bambi. —Vuelvo a apoyar la espalda contra la pared, sin dejar de mirarla—. No me lo pones fácil.

Una bombacha negra de encaje, eso es todo lo que cubre su cuerpo. Paseo por sus voluptuosas curvas mientras se acerca a mí. El cabello negro le cae en ondas suaves sobre un pecho, y estoy perdiendo el puto juicio.

Se queda parada a pocos centímetros, espléndida y plena mientras la devoro con la mirada.

—¿Qué haces? —pregunto, sintiendo cómo la presión entre mis piernas me quita el aire.

—Te espero…

Demencial. No hay otra palabra para describir su cuerpo. Es mi fantasía más recóndita, el sueño más perfecto.

—Estás borracha —murmura la última gota de mi autocontrol.

—¿Y? —susurra, dejando caer su cabello sobre su espalda, robándome el oxígeno.

—Vas a arrepentirte mañana, Bambi.

—Dijiste que no eras un caballero…

Aprieto la mandíbula mientras un cosquilleo me recorre entero.

—Tal vez me equivoqué —suelta sin dejar de mirarme—. Tal vez ni siquiera te gustan las mujeres.

Una oración, y mi autocontrol desaparece.

Dos pasos. Tan solo dos pasos y mi cuerpo está pegado al suyo. La acorralo contra la pared y hundo mi lengua en su boca. La suya no tarda en encontrarme. De repente, nos estamos besando como si el oxígeno solo estuviera en los labios del otro.

Desciendo por su mandíbula, busco su cuello y lo venero con agresividad. Me agacho para enganchar mis manos en sus muslos y levantarla. Sus piernas se aferran a mi cintura y vuelvo a estamparla contra la pared. Mi boca saborea y mordisquea su pecho blando entre las sombras del deseo.

Un gimoteo extraño sale de su boca.

—Te lo dije. No soy Darcy, Bambi —susurro, mordiendo el lóbulo de su oreja.

—¿Quién te dijo que quiero un Darcy? —replica, inclinando la cabeza hacia atrás para entregarme su cuello.

—Todas quieren un Darcy…

—La caballerosidad está sobrevalorada —responde entre jadeos tibios.

Aprieto sus mejillas con mi índice y mi pulgar, haciendo resaltar su boca carnosa.

—Me gusta jugar sucio, Bambi —advierto, fijando la mirada en sus ojos pardos.

—¿Quién crees que inventó el juego?

Sonríe, pasa su lengua por mi boca, y pierdo el control.

CAPÍTULO 14

ANNELIE

Los gritos de alegría se funden con los estallidos en el cielo. Las luces de colores juegan con la ventana, pero la felicidad del año nuevo no logra filtrarse por las grietas de las paredes.

—¿Qué haces despierta, amor?

La voz de mi madre resuena en la oscuridad. Sus manos ásperas acarician mi cabello, ya no recuerdo cuándo fue la última vez que su tacto fue suave.

—Es difícil dormir con tanto ruido —hablo en un susurro, sin despegar mis ojos de la ventana, de la vida que se esconde detrás de estas paredes.

—Tienes que subir, Annelie. —Pasa sus manos por mis brazos desnudos, como si estuviera protegiéndome del frío. Su tacto me raspa, no hay calidez en su gesto—. No te conviene estar aquí cuando llegue, ve a la cama.

—¿Por qué me odia? —pregunto, enterrando las uñas en mis palmas. Es un hábito dañino que no puedo soltar, como tantos otros…

—No te odia, amor. —Intenta que su voz no suene gastada, pero sé que está muerta hace tiempo—. Simplemente está… Él…

—Me odia —afirmo mientras la angustia se acomoda en mi garganta—. Siempre supe que lo hacía, desde pequeña. Sé que Elías, Caín y Abel la pasan mal, pero yo…

—Él nunca quiso una niña —casi susurra—. Tú no haces nada mal, no puedes culparte por…

—Quiero escapar —confieso, callando sus palabras vacías—. Voy a hacerlo esta misma noche.

Sus manos sueltan mis hombros, el tiempo se ralentiza. Su boca susurra una palabra, que jamás voy a olvidar, y besa mi cabeza. Escucho crujir la escalera, sus pasos perderse.

Una música estridente y alegre comienza a sonar. La gente sale a la calle a mirar el cielo, que hoy se viste de colores.

Todo es risas. Todo es color y alegría. Todo es vida. Todo es un mundo de oportunidades. Excepto para mí, que sigo ardiendo en este infierno.

Abro los ojos y la oscuridad susurra mi nombre. Estoy bañada en sudor, la piel me arde y sé que bajé al infierno. Otra vez. Otra noche más.

Me paso las manos por el rostro, intento regularizar mi

respiración.

—¿Estás bien?

Esa voz. *Esa* voz.

Enciendo el velador y giro la cabeza como la chica de El exorcista.

—Qué… —Parpadeo mientras mis ojos se ajustan a la luz y mis neuronas a la imagen que tienen delante—. ¡¿Qué carajo estás haciendo en mi cama?!

—Tranquila, Bambi —dice con su voz amanecida, mucho más grave de lo normal—. ¿Estabas teniendo pesadillas?

Miro su torso desnudo, repleto de coloridos tatuajes hasta el cuello. Los recuerdos caen como piezas, armando un rompecabezas de gemidos y bocas ardientes.

—¿Qué mierda estás haciendo en mi cama? —repito, aunque sé la respuesta.

Su sonrisa me achicharra las neuronas.

—No me vengas con el cuentito de *¿Qué pasó anoche?* —suelta, moviéndose debajo de las sábanas—. Porque sabes perfectamente qué pasó.

Inhalo profundo, intento que mis manos dejen de temblar.

—No olvidé lo que pasó anoche. Solo que…

—Como para olvidarlo —murmura, interrumpiéndome—. Gritaste mi nombre hasta quedarte sin voz. Hay que hacerle un altar a esa pared y a…

—No es verdad —interrumpo y siento cómo la Annelie arpía se acomoda en su puesto.

—¿Necesitas que te lo recuerde? —Corre la sábana y deja su cuerpo al descubierto—. Porque estoy más que dispuesto.

—Iba a decir, imbécil egocéntrico, que no estoy acostumbrada a que se queden a dormir conmigo. Me gusta dormir sola, no comparto mi cama —digo, levantándome—. No para eso.

Siento su mirada en mi espalda mientras busco algo que ponerme, y agradezco a la oscuridad que guarda mis secretos.

—También es una novedad para mí, Bambi. Supongo que estaba muy cansado y me quedé dormido. Tienes un culo bastante cómodo para…

—Cierra la boca —escupo, tirándole un almohadón que no llega a tocar su cara—. Ya tienes lo que querías, puedes irte.

Cruza los brazos detrás de su cabeza. Su pecho es una maldita obra de arte musculada y salpicada de colores.

—¿Ya tengo lo que quería? —Entre las sombras, sigue comiéndome con los ojos mientras me pongo una camiseta

cualquiera—. ¿Tengo que recordarte que fuiste tú la que metió la mano en mi pantalón, literalmente?

—Está bien —suelto exasperada, subiéndome la ropa interior—. Ya tenemos lo que queríamos. Sabíamos que iba a terminar pasando, le dimos el gusto al maldito destino. ¿Contento?

Su mirada es indescifrable.

—Mierda, Bambi… Eres una rareza cautivadora.

— ¿De qué carajo estás hablando?

—¿Sexo y ya está? ¿Nada de lágrimas? ¿Nada de llámame para salir? —Se levanta y su cuerpo se estira majestuoso—. ¿Dónde encuentro a otras como tú?

—Mala suerte, soy edición limitada.

Tres pasos largos y lo tengo delante. Desnudo. Oliendo de maravilla. A sexo. A hombría. A mí.

—Sí que lo eres —dice y acomoda un mechón de cabello detrás de mi oreja. El gesto me resulta demasiado tierno, demasiado íntimo, y me descoloca—. ¿Tienes café?

Un nanosegundo, y reacciono.

—¿Café? ¿Piensas que esto es un hotel? —Le doy la espalda y abro las ventanas—. Vístete de una buena vez y cierra bien la puerta al salir.

—Tenías mejor humor estando borracha.

Lo veo de reojo mientras busca su ropa. ¿Cómo puede tener ese cuerpo?

—Gano el humor y pierdo el buen gusto, de otro modo no hubieras terminado en mi cama.

—Y ahí está el Cazador… —Sonríe mientras sube el cierre de su pantalón negro.

—¿El Cazador?

—Tranquila, Bambi, no voy a enamorarme de ti. —Se acerca mientras pasa la cabeza por el agujero de su camiseta—. Solo fuiste un buen polvo. —Besa mi frente y sale de la habitación.

Sus palabras hacen eco en mi cabeza, hasta que un portazo se lleva la noche.

El agua caliente afloja mis músculos, que gritan por la travesura de anoche. Cierro los ojos, limpio mi piel intentando borrar sus besos, sus manos, sus caderas moviéndose a mi ritmo.

Lo hago con todos. Es mi procedimiento después de acostarme con cualquier imbécil que tenga un cuerpo esculpido por los dioses. Pero él… él simplemente… No sé si quiero olvidar su peso.

Aprieto mis muslos, recordando la regla.

«No repetir el plato. Jamás repetir el plato»

El timbre suena cuando salgo de la ducha. Mi cuerpo entero se paraliza, no acostumbro a recibir visitas. Me aferro a la toalla mientras camino hasta la puerta. Abro, asomando solo la cabeza.

—Si sabía que me ibas a recibir así, venía antes...

—Olivera. —La sorpresa en mi voz no le hace juicio a la revolución en mi interior—. Qué…

—¿Olivera? —Da un paso al frente, me arrebata un beso y entra —. Sabes cómo me pone que me llames así, pero ahora no estamos en la empresa.

—Cómo… —Cierro la puerta, confundida y aterrada en partes iguales—. ¿Cómo tienes mi dirección?

Su sonrisa libidinosa no tarda en aparecer.

—Trabajas para mí, Annelie. Tengo la dirección de todos mis empleados.

—Claro… —digo, y ahí está mi sonrisa plástica otra vez.

Se acerca a paso lento, paso de depredador.

—No podía esperar al lunes para verte —murmura, baboseándome el cuello.

Me siento incómoda y no sé por qué, llevo años acostándome con este tipo. La única excepción a la regla, solo por la enfermiza relación que nos une. Que me une. A él. Al poder que alguna vez ejerció sobre mí. A la retorcida ayuda que alguna vez me dio.

—¿Te parece si voy a cambiarme y hacemos algo? —Intento sonar simpática, sí que lo intento.

—No hace falta que te cambies para hacer lo que quiero hacer —dice, sus ojos marrones fijos en la piel de mi clavícula.

—Me gustaría ir a desayunar primero. —Sonrío otro poco, justo como le gusta.

Me da otro repaso de pies a cabeza.

—Lo que mi chica quiera.

Ignoro lo que aquella frase produce en mí y sonrío. Sonrío como si cada célula de mi cuerpo no estuviera muriendo.

No llego a entrar a mi cuarto, su voz me detiene.

—¿Qué esto, Annelie?

Doy media vuelta y lo veo sosteniendo un pedazo de papel. Frunzo el ceño y comienza a leer:

—“No fuiste solo un buen polvo, fuiste el mejor que tuve en mucho tiempo. No soy de los que repiten, pero, carajo, ¿cómo olvido un cuerpo como el tuyo? Prometo no enamorarme, Bambi.

Llámame si te aburres.”

CAPÍTULO 15

THEO

Mi boca sobre su cuerpo. Mi lengua lamiendo su piel como si fuera a derretirse, a escurrirse entre mis labios.

Cierro los ojos, escucho a la ciudad dormir. La recuerdo otro poco. Casi puedo saborear el dulzor de sus pechos, oler los frutos rojos en su pelo, sentir como roce a roce se va abriendo, calmando mi sed.

Carajo. Nunca me sentí tan embriagado, tan sediento de piel, de carne, de gemidos y sudor. Nunca. Nunca desde… *ella.*

Fue pasión. Fue locura. Fue hambre irracional. Fue un plato que repetiría hasta el cansancio.

Subo el último escalón mientras intento alejar las imágenes de Bambi retorciéndose bajo mi cuerpo.

Busco las llaves y ruego no encontrar a Alejo durmiendo en mi cama. Espero que haya puesto su culo fuera de aquí, porque mi paciencia llegó a su límite.

La puerta está sin llave. Entro y la oscuridad me reclama. Enciendo la luz y la escena me ensordece.

Un pitido estridente estalla en mis oídos mientras mis ojos barren el lugar. Destrozada. La cabaña está destrozada.

—¡Alejo! —grito y esquivo los muebles y adornos rotos, desperdigados por el piso—. ¡Hijo de puta! ¿Dónde mierda estás?

Llego a la habitación, alejo está sentado sobre la alfombra con la espalda apoyada en la puerta del baño. Molido a golpes.

—¡¿Qué mierda pasó?! —Mi voz es un trueno en el cielo—. ¡¿Qué mierda hiciste?! ¿Por qué carajo no estás rumbo a Buenos Aires en un puto micro?

Intenta moverse, pero su cuerpo cede y cae hacia un costado. Tiene la boca reventada y los ojos son dos hendijas negras.

Me acerco, soy la cola de un tornado.

—¡Ey! —Le cacheteo la mejilla, la sangre seca no se mueve de su piel—. ¿Qué pasó? ¿Qué mierda hiciste ahora? ¡Responde! Era todo mentira, ¿no? ¡Ella nunca te llamó! ¡Nunca te pidió que me buscaras! Estás escondiéndote como una rata asquerosa.

Mueve la cabeza, sus labios intentan abrirse.

—Lo… —Jadea y sé que su expresión sería de dolor puro y agonizante, pero su cara es una masa amorfa poco interesante—. Lo… Los tipos.

—¿Los tipos? —Lo sostengo cuando amenaza con romperse la cabeza contra la mesa de luz—. ¿Qué tipos? ¿En qué mierda estás metido, Alejo?

Está a punto de hablar, pero escucho un ruido en la cocina. Levanto mi dedo y callo sus palabras. Me incorporo sigilosamente y saco la navaja que siempre llevo en el bolsillo del pantalón. Acaricio el filo y el suave peligro me transporta.

La celda. Las rejas. El hambre. El ardor. El miedo. La soledad. La supervivencia. La vigilia. La vida. La muerte.

Aferro mis dedos al metal y camino sobre algodón. La puerta está abierta, olvidé cerrarla cuando entré y encontré el caos.

Un paso, otro, y el cuchillo cae a mis pies.

—¡¿Qué mierda es esto, Theo?!

Mía está de pie, mirando absorta lo que alguna vez fue una bonita cabaña. Detrás de ella, su padre.

El aliento se escapa de mis pulmones.

—Qué… ¿Qué haces aquí, Mía? —Doy un paso al frente, errático—. No sabía que…

—¿Qué mierda hiciste? —Su mirada encuentra la mía y clavo los ojos en el piso.

«¿Cómo carajo le explico esto?»

—Mi… Mi cabaña. —El padre de Mía está en shock—. Mis vinilos de los Beatles —casi susurra mientras levanta la música en pedazos.

—Papá. —Mía intenta impregnar de calma su voz—. Tranquilo… Arreglaremos todo y…

—¡Te lo dije! —Su padre estalla—. ¡Te dije que no quería prestársela! ¡Te dije que tenías que alejarte de él! —Patea el tocadiscos hecho añicos—. ¡Te dije que destruye todo lo que toca, Mía! Pero te dije que sí… ¡porque soy un imbécil que te concede todos los caprichos! Pero ¿sabes qué? —Sonríe con demencia—. Se terminó. —Me señala y me obligo a mantenerle la mirada—. Se va.

—Pero, papá…

—¡Se va! ¡Y no te quiero ver cerca de él! Es un monstruo.

El silencio se apodera de los pedazos rotos.

«Es un monstruo». Soy un monstruo.

Alejo entra a la cocina tambaleándose.

Bingo.

—¿Tú? —El rostro de Mía palidece—. ¡¿Qué mierda hace él todavía aquí, Theo?! —Se acerca e intenta golpearme el pecho, la dejo—. ¡¿Qué mierda haces con él después de lo que te hizo?!

—No estoy con él —mascullo mientras sus puños rebotan en mi

pecho—. ¡No estoy con él! Ni siquiera sé a qué mierda vino, ni qué mierda pasó en este lugar. Recién llego.

El padre de Mía es un volcán a punto de erupción.

—Se van. Los dos. Ahora.

—Señor, yo… Déjeme reparar…

—Cierra la boca, agarra tus cosas y afuera. ¡Ya!

Aprieto los puños y asiento, tragándome el orgullo porque, carajo, ¿qué otra cosa puedo hacer?

Escucho a Mía llorar y siento el corazón en la boca.

¿Por qué? ¿Por qué tuve que cagarla así? ¿Por qué lo dejé entrar? ¿Por qué no le partí la cara y lo dejé afuera? ¿Por qué no terminé lo que empecé esa noche?

Meto todo en el bolso, tampoco es que tengo demasiado. A los pocos minutos ya estoy de vuelta en la cocina. El padre de Mía está fumando, sentado en el piso, absorto en el caos. El padre de Mía está fumando, cuando dejó de fumar hace siete años porque sufrió un preinfarto.

La culpa me corroe despacio mientras me acerco a la rubia que sorbe sus mocos y aleja las lágrimas.

—Mía… —susurro y busco su mirada, pero corre el rostro—. Mía, perdón. No sé… No sé qué pasó, hasta anoche estaba todo en orden.

—¿Por qué lo dejaste entrar? —Sus ojos definen la desilusión—. Después de todo el daño que hizo, Theo… ¿Por qué?

Acerco mi pulgar a su mejilla, en un fallido intento por robarme esa lágrima que tiene mi nombre, pero corre mi mano.

—Mía…

—Tienes que irte antes de que mi papá explote de nuevo.

Inhalo profundo y dejo escapar el aire como si respirar fuera agotador. Pero lo es. A veces respirar es agotador.

Me acerco y beso su frente caliente, no se mueve.

—Voy a hacerme cargo de los gastos de reparación —susurro y salgo.

El aire frío me golpea mientras me alejo de la cabaña.

Es la primera vez que la libertad sabe a castigo. Es la primera vez que me siento preso en el libre albedrío.

CAPÍTULO 16

ANNELIE

—Si te relajas será más fácil, dolerá menos —susurra a mi oído. Aprieto los muslos, entierro los dedos en la sábana—. Tienes que ser más receptiva, pequeña —murmura mientras intenta romperme—. Recuerda que esto es de común acuerdo, relájate. No voy a hacerte daño, Annelie. Solo voy a tomar lo que es mío.

Mis párpados se cierran con fuerza, mi mente se concentra en tararear aquella canción. ¿Cómo decía?

Cuando te sientes tan casando, pero no puedes dormir

Una presión abrumadora me invade, me llena. Arde. Es fuego.

—Eso es, pequeña. —Jadea—. Lo estás haciendo muy bien. ¿Lo ves? —Aprieta mis muñecas a los costados de mi cabeza—. Solo tomo lo que es mío. Porque eres mía, Annelie. ¿No es así?

Cuando pierdes algo que no puedes reemplazar

Embiste. Arde. Gime. Muero otro poco.

—Responde, pequeña. ¿Eres mía?

Cuando quieres a alguien pero se echa a perder

—Sí.

—¿Sí qué?

¿Podría ser peor?

—Sí, señor Olivera.

—Eso es. —Su lengua babea mi cuello—. Fuiste mi mejor compra.

Las luces te guiarán a casa

Y encenderán tus huesos

Y yo trataré de repararte.

—…eso ya lo hablamos. ¡Pensé que había quedado claro!

Su voz es el disparo que me despierta.

—No… —Me aferro a la toalla que cubre mi desnudez, intentando conectar mis neuronas—. No es…

—¿Qué? —me interrumpe, sosteniendo la nota en alto—. ¿No es lo que parece? ¿Me estás tomando por imbécil, Annelie? —Da un paso al frente, otro—. ¿Después de todo lo que hice por ti, me tomas por imbécil?

—No, Olivera… —Mi voz tiembla; mis piernas, también—. Anoche tomé de más. Yo… estaba borracha y…

—¿Y dejaste que cualquiera te cogiera? —masculla y veo cómo la ira corre por sus venas—. Le regalaste uno de los mejores polvos

en mucho tiempo —cita textual, compartiéndome su aliento.

—Fue un error —suelto, apretando en puños la toalla a la altura de mis muslos, tragando una adolescencia a sus pies—. Estaba borracha y cometí un error. Eso es todo. No volverá a pasar.

—Fui tu primero, Annelie, y no me saliste barata. —Cierro los ojos cuando su mano sube por mi cuello—. Fui tu primero y volviste a mí. Te lo di todo, siempre fuiste mi preferida. —Sus dedos se cierran alrededor de mi garganta y mis manos buscan la suya, intentando liberar la presión—. Sigues viva gracias a mí. Tienes un título gracias a mí. Tienes un puesto respetable, en una empresa de renombre, gracias a mí. No eres una puta callejera gracias a mí. —El oxígeno escasea mientras sus palabras rebotan en mi cabeza—. ¿Entiendes eso? —Intento asentir con la cabeza—. Eso es, ¿lo ves? A veces es necesario recordar quién eres. —Sigo asintiendo mientras mis dedos se aferran a los suyos, suplicando—. Y de *quién* eres… ¿De quién eres, Annelie?

Las puntas de mis pies luchan por seguir tocando el suelo, mis manos se aferran a sus muñecas.

—Suya —balbuceo y sus dedos sueltan poco a poco mi garganta.

—¿Cómo? —El marrón de sus ojos oscurece—. Creo que no escuché bien…

—Soy suya.

CAPÍTULO 17

THEO

La cabeza me estalla y decora la pared del pintoresco barcito de la peatonal. Con una seña pido la cuenta mientras mis neuronas dibujan números y mis dedos se quedan sin uñas. No tengo plata para quedarme en un hotel, ni siquiera en un telo roñoso. Puedo quedarme una noche, dos o tres. ¿Y después?

Me tiembla el pulso cuando un pensamiento agridulce juega en mi boca.

«Estaba mejor en la cárcel. Tenía un puto techo sobre mi cabeza, comida cuatro veces al día y nadie que me rompiera las pelotas. Nadie que se atreviera a mirarme de reojo, a juzgarme. Nadie que se sintiera menos lacra que yo. Me había ganado mi lugar, mi respeto, con sudor y sangre. Mucha sangre. Estaba solo, como ahora, pero con un catre donde dormir».

Pago el café más caro de mi vida y salgo. La brisa es siempre fresca en el sur, no importan los grados que marque el termómetro. Camino sin rumbo, miro vidrieras hasta que no siento los pies y el bolso me parte el hombro. Me tiro a orillas del Nahuel Huapi, sobre las piedras, esperando que salga el dichoso Nahuelito y me arranque la puta cabeza. Tal vez, así se terminen los problemas. Tal vez, así deje de doler.

Cierro los ojos, me concentro en el romper de las olas, en el viento húmedo que me eriza la piel. Y pienso. Pienso en *ella.*

Hace calor. Hace mucho calor y su piel brilla al lado de la fogata. Las olas rompen contra la arena, la noche es una promesa. La música está alta, pero su risa sigue haciendo eco en mi cabeza. La quiero. Sé que la quiero. Sé que quiero ir en serio con ella. Lo siento. Lo sé, porque es la única mujer que me pone duro con una sonrisa. La única que hace que quiera abrirle la puta puerta de cualquier lugar, solo para verla pasar y sentir el olor a vainilla que deja con cada paso. Lo sé, porque los culos y las tetas dejaron de existir. Lo sé, porque solo veo esa bikini naranja, y el resto pierde foco. Lo sé, porque la beso con los ojos abiertos para poder verla, para poder grabar a fuego cómo sus párpados tiemblan cuando acaricio su lengua. Lo sé, porque dice mi nombre y el resto es historia.

Mi teléfono suena y mi burbuja se pincha. La realidad entra como el veneno más letal.

Miro la pantalla, número desconocido.

—Diga —atiendo con voz de témpano.

—¡Hijo de puta! —Aparto el celular de mi oreja, pero la voz aguda no se da por vencida—. ¿Te llevaste mi ropa interior?

Bambi. Es Bambi.

—¿Hablamos de la tanga de encaje que me volvió loco? No.

—Mentiroso. —Jadea, suena enojada. Frustrada—. No sé ni para qué mierda te llamo…

—¿Será porque me extrañas? —Sonrío de costado, mis problemas pierden cien gramos—. Soy un tipo difícil de olvidar, lo sé.

Bufa.

—¿La tienes? Es sí o no.

—Por desgracia, no. Debería habérmela llevado de *souvenir*. Te aseguro que sería un recuerdo precioso.

—Y… ¿Y qué hay de la nota? ¿Eh?

Estiro las piernas, me acuesto sobre las piedras húmedas.

—¿Qué pasa con la nota?

—¿Cómo se te ocurre dejarme una nota así? ¿No pensaste qué podría pasar si alguien la leía? Además, ¿para qué puedo querer tu número? Te dije que no me gusta repetir.

—¿Para qué lo quieres? Para llamarme, como lo estás haciendo ahora. —Sonrío aunque no puede verlo—. Vamos, Bambi, sé que te vuelvo loca.

—Sí, loca del Borda. —Chilla con suficiencia—. Gracias por nada, Theo.

—¡Espera! Espera…

Silencio receptivo.

—¿Puedo verte esta noche? —pregunto, pensando en lo bien que me vendría poder descargar toda esta puta tensión.

—¿Tienes algún tipo de problema mental que te impida entender una palabra?

—¿Qué palabra?

—NO.

Suelto una risa involuntaria.

—Carajo. Cómo me gustas, Bambi.

—Bambi… —repite, suena incrédula—. Increíble.

—Te noto tensa —digo, relajado por primera vez en lo que va del día.

—Te noto imbécil —retruca.

—Un imbécil que te dio tres orgasmos anoche, si se me permite aclarar.

—Cerdo egocéntrico.

—¿Cómo? ¿No era un cerdo machista?

—Y egocéntrico —suelta y escucho ruido de fondo—. ¿Crees que fuiste el mejor sexo que tuve? —casi susurra y ríe. Una risa nerviosa. Falsa—. ¿Los mejores orgasmos? Existe algo que se llama fingir. Bienvenido a la cruel realidad.

—¿Fingir? —Dejo escapar el aire lentamente, sé que no dejé de sonreír. Su actitud me pone a punto—. Qué bien se te da fingir entonces, Bambi. Serías la mejor actriz por…

Me corta. Bambi me cortó.

Paso el resto del día vagando, devorando cigarros baratos, llenando el buzón de mensajes de Mía con patéticos intentos de disculpa, y preocupándome. Preocupándome porque Mía es todo lo que tengo ahora mismo, y acabo de fallarle. Acabo de embarrarla. De meter la pata hasta el fondo. Y pensándolo bien, no puedo decir que no es mi culpa, porque, en primer lugar, jamás debí dejar que Alejo pusiera un pie en la cabaña. Jamás. No después de lo que hizo. Ni siquiera sé por qué no le rompí la puta cara otra vez…

«Ah, sí, porque no quiero volver tras las rejas. ¿O tal vez sí? »

Tanteo los bolsillos de mi pantalón en busca del encendedor, cuando la encuentro. Acaricio la plata y la preciosa caligrafía.

Libertad

Leo aquel concepto que estoy conociendo, lo acaricio mientras un sentimiento de culpa y falsa moral me come la cabeza.

La guardo y, bolso al hombro, me alejo del lago.

Golpeo por tercera vez. Mozart suena a todo volumen. Sí, Mozart. Golpeo otra vez mientras escucho algo romperse. Agudizo el oído. Algo no, cosas. Muchas cosas. Pego mi dedo al timbre hasta que la puerta se abre, liberando la estridente melodía.

—Quién mierda… —Sus ojos pardos están rojos, su labio inferior tiembla—. ¿Qué carajo haces en la puerta de mi casa?

Suelta una bocanada de aire y su aliento a alcohol me ahorra las preguntas.

—Vine a traerte algo, Bambi —digo, dejando el bolso en el piso —. Y menos mal que decidí tocar el puto timbre. ¿Qué mierda te pasa? —pregunto, acomodándole el pelo enmarañado detrás de la oreja.

Suelta una carcajada histérica.

—¿Viniste a traerme algo? —Se tapa la boca cuando se le escapa

un eructo nada discreto—. ¿De casualidad viniste a traerme eso que cuelga entre tus piernas? Porque estoy necesitando que me…

—Bambi —la interrumpo, sonriendo, y levanto el bolso—. No seas cochina, ¿qué van a pensar los vecinos? —susurro y miro hacia los costados, una señora rubia de nariz respingada sigue regando las rosas. Tendrá algo jugoso que contarle a sus amigas en el té de mañana.

—¿Cochina yo? ¡Te robaste mi tanga de encaje! Te parece que yo…

Cierro los ojos y medito. ¿La dejo seguir con el papelón o me comporto como un buen ciudadano?

—Hermoso espectáculo, Bambi. —Agarro su brazo, frío y desnudo—. Sigamos la charla adentro.

Cierro la puerta y tiro el bolso a un costado del pequeño sofá gris.

—¿Qué haces? —chilla, enfurecida—. Yo no te dejé entrar. Yo no te dije que…

—Shhh. —Me acerco poco a poco—. ¿Qué pasó, Bambi? ¿Por qué estás borracha un domingo por la tarde?

Me mira con ojos grandes, llenos de aturdimiento. Llenos de… ¿pena?

—Yo no… —Se rasca la frente mientras se alisa las arrugas de la camiseta blanca y sucia que cubre su cuerpo—. Yo no estoy borracha.

—Bambi, estás… —miro a mi alrededor, entonces lo veo todo más claro— drogada.

Mis ojos están clavados en la mesa ratona. Clavados en la perfecta línea blanca, que se desdibuja al final.

—¿Consumes? —Sueno genuinamente sorprendido—. Carajo, Bambi. ¿Tú? ¿En serio?

—No… —Niega frenéticamente con la cabeza mientras sus pies se mueven rápido por el living, comenzando a levantar las botellas, limpiando la escena del crimen—. No, yo no… Eso no es…

—¿Eso no es coca? —Río y la agarro por los codos, frenando sus movimientos torpes—. Créeme, sé reconocer la coca, amor.

Su mirada se inunda. De repente luce indefensa, asustada, como un cachorro herido.

—Yo… no… —Se traba con sus propias palabras, se ata con su propia lengua—. Yo estaba… Yo necesitaba hacerlo. Era eso o… —Niega con la cabeza, esquivando mi mirada.

—¿Era eso o qué? —Su sollozo ahogado se mezcla con mis palabras—. Ey, Bambi, ¿qué pasa? —Suelto sus brazos, su pequeño

rostro se pierde entre mis manos—. ¿Alguien te hizo algo?

—¡Es tu culpa! —grita y me golpea el pecho, dejando que sus ojos lloren—. ¿Por qué me dejaste esa nota? ¡Por tu culpa él la vio! Por qué…

Mis manos se aferran a sus muñecas, frenando sus golpes.

—¿Él? —Intento mirarla, pero continúa cabizbaja—. ¿Tienes novio, Bambi? ¿Él vio la nota? ¿Por eso estás así?

—Yo no tengo novios —casi balbucea.

—¿Entonces? —Levanto su barbilla, ahí está esa mirada felina, debajo de toda la coca y el alcohol—. No estoy entendiendo, Bambi. ¿Cuál es el problema? ¿Estás así por la nota? Si te molestó tanto, te pido disc…

Me empuja. Me empuja y me toma con la guardia baja, termino intentando no perder el equilibrio.

Su cuerpo menudo echa fuego mientras camina hasta la pequeñísima vitrina de licores. Y estalla. Los cristales estallan contra el piso. El tiempo se ralentiza mientras veo cómo los vinos añejos pintan las paredes.

Mozart, sus gritos, la alfombra bañada en licor y vidrios. La burbuja se pincha cuando su cuerpo cae de rodillas entre los vidrios y el alcohol.

Un grito. Es un solo grito que brota de su garganta, y se siente como si le desgarrara el alma, como si le absorbiera la vida a sus huesos.

Me cuesta unos cuantos segundos reaccionar, responder, moverme. Me acerco con cautela, sin saber cómo mierda proceder.

«¿Llamo a la policía? ¿A una ambulancia? ¿Me voy? ¿La abrazo? ¿Es ella? ¿Son las drogas o el alcohol?»

—Annelie —susurro mientras mis zapatillas trituran el vidrio a cada paso—, dame la mano. —Extiendo el brazo, mi mano baila delante de su mirada ausente—. Estás arrodillada sobre los vidrios, te estás lastimando. Ven conmigo.

Ida. Ausente, perdida. No responde, no se mueve, solo solloza bajo.

—Bambi. —Me agacho frente a ella, alzo su rostro con delicadeza, busco en sus ojos aquello que la esclaviza de esta manera, pero solo encuentro vacío—. Bambi, ven conmigo.

La levanto en brazos. Sin saber cómo puede reaccionar, la llevo a la cama. Me sorprende que su mejilla busque mi pecho y no me esté sacando un ojo con los dientes. La deposito sobre el mullido colchón y me siento en el costado que ocupé anoche. No entiendo qué le pasa. Me siento culpable por la nota, por haber venido, por

querer irme y por no entender por qué mierda no lo hago.

Se acurruca de costado, su mirada fija en la ventana, en el vaivén de las cortinas.

—Te… —Carraspeo, suavizando mi voz—. ¿Te traigo un poco de agua?

—Le vendí mi virginidad cuando tenía dieciséis años.

Sus palabras son como tierra que tapa mi garganta, que enmudece mi voz.

—Qué… —Me paso las manos por la cara, despertándome, intentando entender—. ¿De qué estás hablando, Annelie?

—De él —susurra con voz aguada e inestable, sin mirarme—. Me pagó cincuenta mil pesos por entregarle mi virginidad. Lo hice. Acepté. Me vendí para empezar de nuevo, pero volví. Volví porque tenía miedo. Volví porque era la única persona que se interesó en mí. Volví y fui su puta durante años. Aún lo soy.

Atónito, aturdido, noqueado. El silencio me arrebata las palabras, me deja a la sombra.

—¿Theo?

—¿Sí?

—Quiero morir.

CAPÍTULO 18

ANNELIE

Un martilleo incesante dentro de mi cabeza me despierta. Mis sentidos se agudizan poco a poco. Abro los ojos y reconozco mi cuarto. La brisa fresca se cuela a través de las cortinas, que flamean como banderas de paz. Mi mirada busca la diminuta fuente de luz cálida que ilumina una esquina, y lo veo. Es él. Sentado en una silla, con un libro entre las manos, leyendo en una postura ridículamente incómoda.

—Así que sabes leer —susurro con la voz herida.

Un silencio agridulce anticipa su voz.

—¿Sorprendida? —habla en un susurro ronco, profundo.

—Un poco —admito, sin dejar de mirarlo entre las sombras, mientras los recuerdos se asientan a golpes en mi cabeza—. No pareces de los que leen.

—Me gustaría decir que no pareces de las que juzgan, pero veo que me equivoco.

Cierra el libro, lo deja sobre la silla y camina hasta la cama. Se sienta en la punta y me observa. Su mirada me grita.

«Lo hice. Lo dije. Lo sabe. Sabe lo que hice».

—¿Qué hora es? —pregunto y un pinchazo me tritura las sienes.

Mira la pantalla de su teléfono y responde:

—Las tres de la mañana. ¿Cómo te sientes?

—Como si Pie Grande hubiera jugado a la pelota con mi cabeza.

Cierro los ojos, mis dedos aprietan la sábana.

—Nada mal para haber mezclado coca y alcohol.

Silencio, que él vuelve a romper.

—No te tenía así, Bambi. —Apoya los antebrazos sobre las piernas, me mira de costado—. No pensé que eras de las que les gusta jugar con fuego.

—Te diría que no lo soy, pero ¿para qué ser hipócritas? Me gusta quemarme, si yo elijo cómo.

—¿Qué pasó, Bambi? ¿Por qué estabas así cuando llegué?

«Lo sabe. Sabe que soy una puta. Que siempre fui una puta. Sabe que me vendí. ¿Cómo pude contárselo? Ni siquiera lo conozco».

—No quiero hablar de eso.

Me incorporo un poco, apoyando la espalda en el cabecero. Al notar que estoy sin corpiño, llevo la sábana hasta mi pecho, sintiéndome demasiado expuesta.

«Imbécil. Te vio desnuda, te lamió, tocó y mordisqueó a su gusto. A tu gusto».

—¿Quién vio la nota, Bambi? ¿Hay alguien que esté molestándote?

—Mucho músculo y poca neurona. ¿Qué es lo que no entiendes? ¿Necesitas que te lo diga en otro idioma? *I don't want to talk about it.* ¿Francés también? *Je ne veux pas parler.*

—Poliglota. Qué sorpresa. —Se levanta, inmutable—. No te ponía tantas fichas.

—Imbécil —escupo con violencia.

—Veo que ya estás mejor. —Se para y agarra el libro, caminando hacia la salida—. Cierra bien la puerta.

—¡Theo! —Mi voz suena aterrada. Se da vuelta, sus ojos me buscan entre las sombras—. Podrías… —niego con la cabeza—. ¿Podrías quedarte, por favor? No quiero estar sola esta noche. Esta noche no.

—¿Por qué? —Da un paso al frente, desandando el camino—. ¿Qué pasa esta noche?

Porque hoy se cumplen diez años desde esa noche. Esa noche en la que cerré los ojos y apreté las piernas. Esa noche en la que deseé que todo terminara rápido, que todo fuera una pesadilla de la que podría despertar. Esa noche en la que tuve cincuenta mil pesos en las manos y no supe qué hacer primero, si recoger mis pedazos rotos o sacar un pasaje a ningún lugar.

—Podrías… —Me seco las lágrimas antes de que puedan tocar mis mejillas—. ¿Podrías simplemente quedarte? Aunque sea un rato…

Veo la duda en sus ojos. La ansiedad me come a paso lento.

—¿Qué te parece si te das un baño mientras preparo algo de comer? —Se apoya en el marco de la puerta—. No cené y, por lo que veo, tampoco lo hiciste.

Lucho contra una sonrisa, una de esas reales, no la que suelo vestir.

—Me parece bien.

—¿Así? ¿Tan fácil? —Ladea la cabeza, me observa—. ¿No vas a discutírmelo? ¿No vas a saltarme a la yugular, Cazador?

—Fui yo quien te pidió que te quedaras, Theo.

—Cierto.

Veo su espalda ancha desaparecer tras la puerta. La habitación queda casi en penumbras, la brisa sigue jugando con la cortina.

Me levanto y no entiendo mi semidesnudez. Tampoco por qué mi remera está manchada y apesta a muerte. Decido meterme en la

ducha sin mirarme al espejo. No creo poder soportar ver mi reflejo. No quiero verlo. No puedo hacerlo. Quisiera enterrar a esa chica menuda, asustada y perdida, que me mira con mis ojos.

El agua caliente relaja mis músculos mientras mi mente se apaga. Un sonido en la cocina hace que mis neuronas naveguen por las aguas de anoche. Aguas turbias. Aguas muertas.

¿Por qué? ¿Por qué a él? ¿Por qué contarle algo tan íntimo a alguien a quien no conozco? ¿Será por eso que la gente va al psicólogo? ¿Para sentir esta libertad?

La lluvia artificial desaparece.

Me siento extraña al saber que está en mi casa. En mi cocina. Preparándome algo.

Me visto. Intento esconder las ojeras con un poco de corrector y unos toques de rubor para parecer menos muerta.

«¿Por qué me estoy maquillando a las tres de la mañana? ¿Para qué? O para quién».

Abro la puerta del baño y el vaho me acompaña como una estela de dolor. El olor a café y tostadas me acaricia el estómago, me retuerce el corazón.

—¿Tostadas? —digo, haciendo mi entrada triunfal—. ¿No es un poco temprano para eso?

—Demasiado temprano para desayunar, tarde para cenar… —Apoya dos tazas humeantes sobre la mesa—. ¿Existe el tiempo perfecto para algo, Annelie?

—¿Ahora me dices Annelie?

—¿Prefieres que te diga Bambi? —Levanta una ceja, ligeramente divertido.

—Tal vez prefiero que no me digas nada.

—Ahí está. —Se sienta, sus ojos clavados en los míos—. Bienvenido, Cazador.

Escondo la mirada en la infusión caliente.

—Me cuesta sacarte la ficha, Bambi. —Revuelve el café con una lentitud que me desquicia—. Pasas de ser un ciervito asustado a una perra con rabia en menos de un segundo.

—No me conoces en absoluto si alguna vez pensaste en mi como un ciervito asustado. —Hago hincapié en el mote, llevándome la taza a los labios.

—Tal vez fue un error quedarme —murmura, levantándose.

Es pánico lo que viaja por mi sangre. Se va y me quedo sola. Hoy. No quiero estar sola hoy.

—¡Theo! —Frena, tarda unos segundos antes de darse vuelta—. Perdón. Siéntate.

Se cruza de brazos y se apoya contra la pared.

—¿La palabra mágica? —canturrea, ladeando la cabeza.

Mis ojos darían un giro de trescientos sesenta grados, si fuera posible.

—Por favor.

Sonríe como un hijo de puta egocéntrico y vuelve a sentarse. El corazón se me acomoda en el pecho.

—Cuéntame algo —suelto entre bocado y bocado.

—¿De qué? —Baja su mirada mientras sorbe café.

—De ti.

Sus ojos grises penetran los míos, su intensidad me eriza la piel. Huelo la tensión entre nosotros, la incomodidad.

—¿Qué quieres saber?

—Podríamos empezar con tu nombre completo. —Arranco con una trivialidad solo para hacer tiempo.

—¿No te parece que tendrías que habérmelo preguntado antes de que estuviera entre tus piernas? —Sonríe comprador, pero sigo notando la tensión en sus hombros—. Theo Acosta. ¿Tu nombre completo?

—¿No te parece que tendrías que habérmelo preguntado antes de que estuviera entre tus piernas? —Levanto una ceja, pero mi boca sigue siendo una línea recta.

—Buen punto.

—Annelie Amat.

—Doble A. —Se echa atrás en la silla, adquiriendo una postura fanfarrona—. Bonito nombre, señorita Amat. Bonito culo también, si me permite la imprudencia.

—Muy caballeroso de su parte el cumplido, señor Acosta.

—¿Cuántos años tiene, Amat? —pregunta, llevándose la tostada a la boca.

Intento concentrarme en otra cosa que no sea el asqueroso sonido que produce al masticar.

—Veintiséis. ¿Usted?

—Veintidós.

Su sonrisa podría hacer explotar implantes mamarios.

—Lo intuía.

—¿Ah, sí?

—Sí. *Inmadurez* es tu segundo nombre.

—*Enferma Arrogante* es el tuyo.

—Esos serían dos nombres. ¿Te calientan los nombres compuestos?

El cinismo en su sonrisa me gusta. Demasiado.

—*Touché.*

—¿Vives solo o con tu familia?

—¿Esto es una cita? —Sonríe de costado, su desayuno madrugador ya no existe—. ¿Te interesa conocerme a fondo?

—Lo único que me interesaba de ti ya me lo diste.

—Están muertos.

Dejo de masticar mientras nuestras miradas se encuentran. Inmutable. Su expresión es… inmutable. Trago duro antes de murmurar:

—Lo lamento.

—También yo.

—¿Qué hay de los tuyos?

La sangre se espesa y camina a paso lento. Mis dedos se aferran a la porcelana hasta que el calor hace arder mis palmas.

—No los conozco. Crecí en un hogar —miento con una naturalidad alarmante.

—Lo siento —murmura casi con ternura.

—Yo no. Si mis padres no sintieron la necesidad de amarme y cuidarme, ¿por qué tendría que sentir yo algo por ellos?

Su silencio me da espacio, hasta que es interrumpido por la excéntrica melodía de su celular.

—¿Dua Lipa? ¿Es en serio? —Levanto una ceja.

—¿Quién? —Su entrecejo se frunce, confuso.

Niego con la cabeza.

—Puedes atender en mi habitación, si quieres.

Asiente mientras se levanta y se lleva el teléfono a la oreja. Escucho cómo la puerta se cierra y me quedo a solas con mis fantasmas.

CAPÍTULO 19

THEO

—López —atiendo, dejándome caer sobre la cama.

—¿Dónde mierda tienes el teléfono, Theo? ¡Ayer te llamé durante todo el puto día!

Respiro profundo, largo el aire despacio, intentando recordar que es mi abogado y se supone que no debo mandarlo a la mismísima mierda.

—Ayer no tuve un buen día —me excuso.

—Ay, pobrecito. ¿Quieres que te dé un abrazo y te prepare una chocolatada? ¡Qué carajo me importa, Theo! Contestar el teléfono siempre, notificarme de cualquier cambio, mantenerte alejado de los problemas. —Distingo un suspiro frustrado entre el ruido del papelerío—. Tres reglas simples. No pedí nada más.

—Son casi las cuatro de la mañana —bajo la voz, temiendo que Bambi pueda escuchar—, ¿qué carajo pasa ahora?

—Tengo al asistente del juez respirándome en la nuca. Y no me gusta.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —Suena irritado hasta las bolas. Este hombre necesita dormir, o un buen polvo—. ¡Porque dentro de unos pocos días se cumplen dos meses desde tu libertad! Van a visitarte en tu domicilio para asegurarse de que no estés rompiendo las putas reglas.

—¿Mi domicilio?

—Tu domicilio, Theo. ¿Qué mierda te pasa? El domicilio de Bariloche, el que me diste semanas atrás.

—Ya no vivo ahí. —Me limpio el sudor inexistente de la cara.

—¿Te mudaste? ¡Te mudaste y no me llamaste! Lo intento, Theo. De verdad lo intento, pero no eres un cliente fácil.

—Tuve que irme a fuerza mayor, ayer, por eso no atendí el teléfono.

—¿Dónde estás quedándote ahora? —dice con su mejor tono inquisitivo.

—Estoy… —miro alrededor, las cosas de Bambi por todos lados — en lo de una amiga.

—¿Puedo mandar al comisario a lo de tu amiga?

—No.

Una puteada clásica.

—¿Entonces?

—Voy a resolverlo, necesito unos días.

—No tenemos unos días, Theo.

Cierro los ojos, cuento hacia atrás…

—No tengo una solución inmediata, López. No hago magia.

—Vuelve a la costa. Instálate por un tiempo en Villa Gesell, en la casa de tu padre, hasta que te hagan la visita.

—No.

—¿Por qué no?

—Mi padre está fuera del alcance. Siempre estuvo fuera del alcance. Punto.

—No puedo decirle al juez que no tienes dónde vivir.

—Voy a arreglarlo. Consígueme unos días —mascullo y corto.

Tiro el celular entre las sábanas, me agarro la cabeza y pienso.

¿Dónde mierda me voy a quedar? Con lo que gano en el gimnasio no me alcanza para alquilar un departamento y vivir el resto del mes, al menos no aquí. Bariloche es una ciudad cara. ¿Volver a la costa? ¿A qué? ¿A cerrar los ojos y agachar la cabeza mientras me escupen la espalda? No volvería a pisar ese lugar por nada del mundo.

—¿Theo?

Levanto la vista, la veo entrar a la habitación. Su habitación.

—¿Va todo bien? —pregunta y se queda parada frente a mí.

—Ningún problema, Bambi —miento, levantando la cabeza para buscar el verde pardo en su mirada—. ¿Ahora también te preocupas por mí? Me haces preguntas personales, me pides que me quede y me preguntas cómo va todo. ¿Tengo que asustarme? No voy a decir que sí, si te arrodillas y me propones casamiento. Aunque podría decirte que sí a otras cosas que también se hacen de rodillas.

—Theo Acosta, eres un auténtico cerdo machista egocéntrico.

Mi pulso se acelera al oír mi mentira en sus labios. No pude. No pude ni siquiera susurrar mi apellido. *Blas*. Ella es una de las pocas personas que no está al corriente de mi causa judicial, no quiero ver cómo su expresión cambia si me reconoce.

—Wow… Es el mejor título que tengo hasta el momento.

Desvía la vista, intentando ocultar su rostro, pero es tarde, ya vi la sonrisa.

—¿Quieres hablar de lo que pasó ayer? De… lo que me dijiste.

Sus ojos son témpanos que se derriten sobre los míos.

—No. No quiero hablar.

—¿Y qué quieres hacer? —La miro con picardía, sin una pizca de buenas intenciones.

—Distraerme —susurra y se saca la camiseta.

—¿Qué ideas tienes en mente, Bambi? —Logro modular, a pesar de que todas mis neuronas están decodificando la piel detrás de ese corpiño de encaje negro.

—Una en la que no es necesario hablar.

Dos pasos y se sienta a horcajadas sobre mí, rozándome la entrepierna estimulada.

—Pensé que no te gustaba repetir el plato —murmuro mientras mi boca se pierde en su cuello.

—Puedo hacer una excepción por un sapo. —Su respiración se agita en mi oído, sus dedos acarician mi pelo corto—. Me pueden los animales.

Dejo de succionar la piel de su cuello. Me levanto, giro y la suelto de espaldas sobre la cama. Miro su expresión alborotada mientras me acuesto encima, separándole las piernas con la rodilla.

—Soy un completo desconocido al que invitaste a pasar la noche para no sentirte sola —susurro mientras mi índice empieza un recorrido en su mentón, terminando en la cintura del pantaloncito —. ¿Sabes lo mal que podría acabar esto?

—Eres un completo desconocido que no para de cruzarse en mi camino y hacer que quiera repetir el plato —suelta con la voz perdida en el deseo—. ¿Sabes lo mal que podría acabar esto?

Flexiono los brazos manteniendo mi peso, la observo a contraluz.

—No te entiendo.

Niega con la cabeza, esquivando la mirada.

—No trates de entenderme, soy un caso de diván.

—Tienes suerte, soy curioso.

Sus ojos susurran plegarias en tres idiomas.

—La curiosidad mató al gato.

—Al menos murió sabiendo.

Tira de mi camiseta, acercando mi pecho al suyo.

—¿Vas a seguir hablando o vas a recordarme por qué elegí repetir?

—Me gustas cuando te pones mandona, Bambi.

—Yo no te gusto, Theo.

—Es cierto, me calientas.

—Demuéstralo.

—Ven aquí —le ordeno en un susurro—. Vamos a sacarte esto.

Arrodillados sobre el colchón, desvistiéndonos entre jadeos calientes, extendiendo el fuego por cada milímetro de piel desnuda, susurrando incoherencias libidinosas, consumando con manos

ávidas el deseo carnal, casi animal.

—Déjame encender otra luz —digo y me llevo un pezón a la boca—. Quiero verte.

—No. —Se le escapa, mitad súplica mitad gemido—. Lo prefiero así, no quiero más luz.

Sus uñas se clavan en mis omóplatos mientras saboreo su clavícula, descendiendo a cada pecho una y otra vez.

—Quiero verte —digo sobre la piel de sus costillas—. La otra noche apenas podía verte. Déjame verte entera. Tienes un cuerpo memorable, Bambi. No quiero admirarlo entre las sombras.

Dirige sus manos al bulto entre mis piernas, lo acaricia con la urgencia y la suavidad perfecta. No hay nada que se interponga entre el sudor de nuestros cuerpos. Nada más que el anhelo por la carne.

—Ca… —Intento recordar cómo se forman las palabras, pero estoy demasiado concentrado en el vaivén cálido de sus manos—. Carajo, Bambi… Hay tantas cosas que quiero hacerte.

Su boca busca mi cuello, lame y mordisquea debajo de mi oreja, sin dejar de acariciarme. Entro en ese túnel de éxtasis del que solo hay una salida, y es su boca gritando mi nombre.

—Mierda, morocha, te necesito más cerca.

Un giro brusco y su espalda choca contra mi pecho. Seguimos arrodillados entre las sábanas, perdidos en la piel del otro.

Mis manos ascienden por su vientre, trazando la circunferencia de sus pechos, subiendo por sus brazos hasta su cuello, rozando el lóbulo de su oreja. El camino me lleva hasta su espalda y su cuerpo se tensa cuando la toco.

—¿Qué es esto? —susurro, acariciando el relieve, siguiendo las líneas que cruzan su espalda.

—Nada —dice, sin moverse.

En un movimiento rápido enciendo el velador y apoyo las palmas en sus hombros, alejándola, fijando mis ojos en su espalda.

—Por Dios… —Dejo escapar el aire que ni sabía que estaba conteniendo—. Por Dios, Annelie. Qué… ¿Qué es esto? ¿Quién te hizo esto? ¿Por qué no lo vi antes?

La yema de mis dedos acaricia el relieve rosa que cruza su pequeña espalda, formando una cruz.

—No lo viste antes porque cogimos contra una pared. Porque lo único que te importaba era estar entre mis piernas. Lo mismo que debería importante ahora.

Me empuja y se levanta. Agarra lo primero que encuentra y cubre su desnudez. Yo, en cambio, sigo desnudo sobre la cama, sin

poder quitar la imagen de mi cabeza, la sensación de su cicatriz bajo mi piel.

—¿Qué te pasó? —Alzo la voz, siguiéndola con la mirada—. ¿Cómo te hiciste eso?

Me tira la ropa sin responder. Me levanto.

—Bambi —alzo las manos y me acerco despacio—, ¿quién fue el hijo de puta que te hizo eso?

—Vístete. —Comienza a abrir las cortinas, el alba se cuela por la ventana—. Te quiero afuera en menos de cinco minutos.

—¿Estás en un secta? —pregunto, intentando entender.

—Ni siquiera creo en Dios, Theo. —Sigue revolviendo cosas, ordenando cosas—. No seas ridículo. Deja la buena acción del día para otra persona. Te quiero afuera de mi puta casa.

—¿Entonces? —La persigo por la habitación—. ¿Quién te hizo una puta cruz en la espalda? —Mis manos se aferran a sus hombros, la obligo a dejar de moverse y mirarme—. Dime quién fue el hijo de puta que te quemó. Dímelo, Annelie.

—¿Por qué quieres saberlo? —Me empuja—. ¿Eh? ¡¿Qué mierda te importa?! ¡Solo nos acostamos una puta vez!

—Annelie…, si alguien está…

—¡Fuera! ¡Te quiero fuera de mi casa!

Su ataque de cólera me hace parpadear más de la cuenta.

—¡Fuera de mi puta casa! —vocifera y arroja contra la pared lo primero que encuentra.

—Bambi, tranquila. Podemos hablar de…

—Tienes diez segundos para desaparecer de mi vista, o llamo a la policía y les digo que fuiste tú quien me hizo la puta cicatriz.

CAPÍTULO 20

ANNELIE

Está ahí, de pie, desnudo, mirándome con esos ojos llenos de misterio y dudas.

Corro, a pesar de que nadie me persigue. Me encierro en el baño en busca de seguridad, a pesar de que nadie me amenaza.

Deslizo mi espalda por la puerta hasta que toco el suelo. Abrazo mis rodillas y aprieto los ojos, atenta a los ruidos, esperando que se vaya.

Nunca nadie preguntó por ella. Ni siquiera Olivera. Ninguno de los tipos con los que me acosté mencionó mi cicatriz. Porque todos lo entendían. Éramos carne disfrutando carne. Y donde hay carne, no hay sentimientos. Y donde no hay sentimientos, no hay problemas.

Minutos que parecen horas, y escucho la puerta cerrarse. Espero, armándome de valor para salir y caminar por mi propia casa.

Espero un poco más. Salgo. No está. Respiro.

Mis ojos pasean por la habitación mientras intento entender mi reacción. No me cuesta mucho en realidad. Soy un cachorro golpeado al que acarician por primera vez. Tengo derecho a mostrar los dientes. Tengo derecho a esperar la patada en lugar del mimo, la indiferencia en lugar de la compasión.

La ropa del trabajo está planchada. Estoy peinada y maquillada, mi sonrisa de plástico engrampada. Estoy lista para la sociedad.

Mi teléfono suena. Es un mensaje de Theo.

La razón por la que fui a tu casa ayer está esperándote en la mesa de la cocina. No todos somos cazadores, Bambi. O tal vez sí. Pero te aseguro, no tengo intenciones de que seas mi presa.

Tiro el celular sobre las sábanas, mis pies se desesperan por llegar a la cocina. Me acerco a la mesa y busco entre las tazas de café.

Brilla. Brilla tanto que parece un sueño. Ahí está, sobre la madera nogal, mi pulsera. Mi libertad.

Llego a la empresa con el paso seguro, sintiéndome poderosa,

temible, indestructible.

«Bambi se esfumó esta mañana», pienso.

Paso por la recepción, más de uno sigue el taconeo de mis zapatos.

—Marisa, un café *latte* en la sala de reuniones en cinco minutos.

Sigo caminando, pero, desgraciadamente, todavía la escucho.

—Hecho, señorita Amat. Le dejé el programa para las próximas pascuas, este año queremos hacer el chocolate más largo del mundo…

«¿Este año? Qué original».

Abro las puertas de la sala de reuniones, todavía no llegó nadie. Me acomodo en la delantera, ya que hoy me toca representar a Olivera, quien amaneció misteriosamente enfermo. No pienso indagar demasiado en el asunto. Esto no es blanco o negro. Esto es cocaína o éxtasis. El rey del chocolate nunca dejó de ser un adicto. Uno muy inteligente.

—Solo le falta la coronita a la reina.

Levanto la vista, mis ojos chocan con la mirada ardiente de Luca. Mi ceño se frunce automáticamente.

—¿Perdón?

—¿Qué pasó con el rey? ¿Le exigiste demasiado anoche? —Tira sus papeles en una esquina de la infinita mesa—. Cuidado con el Viagra y el corazón…

—No sé de qué estás hablando, Luca. Pero si te refieres a lo que creo que estás insinuando, deberías tener más respeto con tu jefe.

Se sienta, una media sonrisa dibujada en su cara de nene bueno.

—¿Insinuando? —Chasquea la lengua, revuelve su café—. Que te acuestas con Olivera no es una insinuación, tampoco una novedad. Lo sabe media planta.

Aprieto el informe, lo estoy arrugando.

—Luca, que no quiera volver a pasar cinco minutos de sexo insípido contigo, no te da derecho a ir desparramando habladurías.

Su expresión demuda de la seguridad a la furia.

—¿Sexo insípido?

Ah, ahí está. El orgullo de todo hombre, herido.

—Digamos que no eres precisamente un semental. —La victoria me dibuja una sonrisa—. ¿Así está mejor?

—¿Quién era el tipo?

—¿Trajiste los gráficos de las ventas de las pascuas pasadas?

—¿También te acuestas con él? ¿Por qué yo no? ¿Por qué no merezco una segunda oportunidad?

Lo ignoro, miro la hora en mi reloj de muñeca.

—¿Con cuántos tipos te acuestas, Annelie?

Jugueteo con la lapicera.

—Con cuántos tipos me acuesto no es asunto tuyo, Luca. —Sonrío mientras me acomodo seductoramente la camisa—. Lo que sí es asunto tuyo, es con cuántas mujeres no te estás acostando y por qué. —Le guiño un ojo.

—No me equivoqué cuando dije que eras una pu…

El murmullo de los socios, asistentes e inversionistas entrando a la sala da por finalizada nuestra conversación. Cruzamos una mirada cargada de desprecio, nos ponemos las caretas, y comenzamos la reunión.

Entro a mi oficina, algo está fuera de lugar. Fuera de balance. Tiro la carpeta y la cartera al sofá, avanzo hasta el escritorio con la mirada fija en las flores.

Lirios. Lirios blancos. Símbolo de pureza.

Mis dedos tocan la pequeña tarjeta como si estuvieran acariciando clavos.

"Me perteneces desde el primer día. No lo olvides.

O"

Me tiembla el pulso mientras me siento y hago desaparecer la tarjeta entre mis manos. Me concentro en respirar.

Inhalar.

Exhalar.

«Puedo con esto. Pude con Luca hace algunas horas, puedo lidiar con una tarjeta. Una estúpida tarjeta».

Un martilleo destruye mis sienes. Me pican las manos, todo el cuerpo.

«Aquí no. Aquí no. Olivera no es tu dueño. No eres de nadie. Él no te domina. Tú lo usaste. Lo usaste para construir tu futuro. Lo usaste para empezar de cero. Fue tu elección».

Mi celular suena dentro de mi cartera. Lo ignoro, la vista fija en los lirios blancos. Sigue sonando. Lo busco, me aclaro la voz y atiendo.

—Diga.

—¿Annelie?

Camino por la oficina, haciendo sonar mi cuello.

—¿Quién habla?

—Soy Clarita, tu vecina.

Suena alterada y nunca me llama. Algo pasa.

—Señora Clara, ¿qué pasa? Estoy trabajando.

—Alguien entró a tu casa, hija. Llamé a la policía, están en la puerta.

CAPÍTULO 21

THEO

Camino al costado de la angosta ruta, bajando la montaña, con la cabeza en cualquier lado y la vista en el horizonte anaranjado. La ciudad amanece, mis piernas duelen de tanto caminar. El polvo apenas se levanta cuando, eventualmente, pasa un micro lleno de turistas, un todo terreno o un ciclista entusiasta.

Es otro día tranquilo en el sur. Eso me gustaría pensar. Pero mi mente está atada a un potro de tortura. Los ojos llorosos de Mía, la cabaña destrozada, su recuerdo, el imbécil de mi abogado, la plata, Gesell y esa cicatriz. Su cicatriz.

Con los pies en el asfalto, sigo dándole vueltas a la locura de anoche. A esa confesión desesperada, ese arrebato de ira, esa necesidad de compañía, esa marca en su piel. ¿Quién pudo hacerle algo así? ¿Por qué?

Recorro el Centro Cívico. Las calles se despiertan, pero yo sigo sintiendo su piel lastimada bajo mis dedos, la vergüenza en su voz. No puedo negar que estoy impactado, nunca antes había visto nada remotamente parecido. Tampoco puedo negar que quiero llegar al fondo del asunto y saber quién fue el malnacido que la marcó para siempre.

¿Habrá sido él? ¿El tipo a quién le vendió su virginidad? ¿Hablaba en serio? ¿Por qué una chica haría algo así?

Sé que no somos nada, que apenas la conozco, que solo nos unió la carne. Pero no puedo hacer de cuenta que no escuché, que no vi. Pasé horas subiendo el cerro, intentando olvidarlo.

El teléfono vibra en mi pantalón. Lo saco y miro la pantalla esperanzado, pero no es Mía, es López, mi abogado. Rechazo la llamada y sigo andando. Pienso dejar las últimas copias de mi curriculum en bares. Necesito más dinero, tal vez consiga hacer el turno noche en algún bar.

Después de un café, cuatro llamadas a Mía y tres cigarros, estoy llegando al gimnasio.

Ismael tiene la resaca pintada en la cara y se escucha malhumorado.

—Theo —me llama, antes de que comience a limpiar el ring.

—¿Va todo bien? —pregunto, acercándome.

—Con una resaca de puta madre, pero sí. —Medio sonrío, sonándome los dedos—. El próximo mes tenemos que hacer el

papelerío para ponerte en blanco, no quiero problemas con la inspección. Voy a necesitar que me traigas alguna documentación.

La ansiedad pica en mis manos.

Documentos. Antecedentes penales. Verdad.

—Claro. —Carraspeo—. ¿Qué vas a necesitar?

Se sienta en el taburete y abre la notebook.

—Lo anoto todo y te lo doy antes de que te vayas, ¿te parece?

Asiento con la cabeza antes de dar media vuelta y subir al ring.

Cuelgo la última bolsa de box y me siento. Llevo la botella de agua helada a mis labios, me seco el sudor de la frente con la remera. Es mi descanso. Media hora para mirar la interesantísima clase de Yoga y sus posturas de infarto.

—Theo. —Ismael se acerca con una bolsa en la mano—. Te lo manda mi madre, es tu almuerzo.

Miro la bolsa que pone frente a mis ojos, saco un tupper.

—¿Tu mamá me hizo el almuerzo?

Sonríe y se encoge de hombros.

—Ya sabes cómo son las madres y las abuelas, no se les puede decir que no cuando se trata de comida.

Sonrío, pensando en la señora Rosario cocinando para mí. ¿Hace cuánto no como algo que no salga de una lata?

—Agradécele de mi parte, por favor —digo, guardando la vianda en la bolsa.

—Hecho. —Me palmea el hombro y da media vuelta—. Ah, Theo —con un movimiento de cabeza señala la clase de Yoga—, más discreción, por favor. Ya te dejaron tres números de teléfono.

No sé si me habla en serio o me está jodiendo, pero quiero esos tres números. Me siento y miro a una pelirroja que sabe lo que hace. Definitivamente sabe lo que hace. Su cuerpo, pequeño y delgado, me recuerda a Mía. Saco el teléfono para mandarle un mensaje, pero tengo una llamada entrante.

—¿Hola? —Mi voz suena dura al teléfono, no puedo evitar sonar enojado.

—Theo. —Un sollozo, la voz ahogada—. Necesito que… ¿Puedes venir?

Mi ceño se frunce.

—¿Annelie?

—Alguien entró en mi casa.

CAPÍTULO 22

ANNELIE

La escena de un crimen. Mi casa parece la escena de un crimen.

Mi corazón viaja hasta mi garganta mientras recorro la estancia, inmóvil, solo con los ojos. Siento el pulso detrás de las orejas, avisándome que la vida continúa.

—… ¿Señorita Amat? ¿Me escucha?

Me cuesta arrancar la mirada de mi sofá roto, de las paredes blancas, que ya no son inmaculadas.

—¿Señorita? ¿Se siente bien?

Siento una mano en el hombro, percibo unos ojos casi negros observándome con preocupación, pero aún me siento sorda.

—Perdón. —Parpadeo y el mundo hace foco, retomando su velocidad habitual—. ¿Podría repetirme la pregunta, Oficial?

Leo compasión en su mirada.

—¿Algún indicio de quién pudo haber entrado? —Habla, mi vista rebota por cada esquina de la habitación—. ¿Alguien más tiene llaves? ¿Algún novio o exnovio?

Niego con la cabeza antes de hablar.

—No. —La seguridad invade mi voz, a pesar de que me tiemblan las piernas—. Nadie tiene llaves. No tengo pareja, vivo sola. ¿Qué tiene que ver eso? Es un robo. Uno igual que cualquier otro.

Me escruta. Mi vista pasea por su chaleco antibalas, parece una bomba a punto de explotar. ¿Por qué casi todos los policías de este país tienen sobrepeso? ¿No tendrían que estar en forma? Fuertes, sanos…

—No es un robo como cualquier otro —señala la pared —, esto es personal.

Trago saliva, que se convirtió en ácido en mi garganta, mientras sigo la silueta de cada una de las letras pintadas con aerosol rojo.

SÉ QUIÉN ERES

—¿Hay alguien que la esté molestando? —pregunta, sin dejar de observarme, como si de pronto yo fuera la culpable.

—No —miento y se me da tan bien—. Nadie está molestándome. Insisto, es un robo más. No tengo familia, ni parejas, ni amigos. Estoy sola. —Me las arreglo para sonar convincente, pero veo la duda en sus ojos—. ¿Me entiende, Oficial? No hay nadie que esté molestándome, porque no suelo entablar relaciones con la gente.

Inhala profundo y exhala, vuelve a mirar su libretita blanca.

—¿Algo que falte? ¿Algo significativo?

Miro mi living destrozado.

—Ya se lo dije, solo plata. —Miento, no faltaba nada. No puedo obviar el escozor que empieza en la punta de mis pies. Me rasco la frente—. El dinero que guardaba en la habitación.

Asiente, lee sus notas.

—¿Cómo van a identificarlo? —pregunto mientras mi mente vuela—. En esta cuadra no tenemos cámaras…

—Su vecina vio salir a una figura encapuchada, aparentemente masculina. No pudo decir nada más, la distancia no le permitió ver rasgos. Se dio cuenta de lo que estaba pasando cuando el sospechoso salía, dejando la puerta abierta, entonces llamó al 911.

Asiento. Clarita me lo contó mil veces en menos de una hora.

—¿Se siente bien?

Cierro las manos, siento las uñas enterrándose en mi piel. Exhalo despacio, suave.

—Mi casa parece salida de una película de terror, Oficial. ¿Cómo espera que me sienta bien?

Asiente, cabizbajo.

—La denuncia ya está hecha. —Mira por detrás de mi hombro, hace señas—. Le haremos saber cualquier novedad. Trate de descansar, y llámenos si es necesario. La patrulla va a estar dando vueltas por la zona.

Asiento, me hago a un lado para que pase.

Cuando cierro la puerta, mi cuerpo y mi mente se desmoronan. La mirada ausente, perdida en los recuerdos.

«Alguien estuvo en mi casa. Alguien tocó mis cosas. Alguien que sabe quién soy. Qué hice. Qué hago».

Contengo la respiración hasta que mis pulmones arden, pero no es suficiente. Hoy no es suficiente. Sopeso la idea de encerrarme en el baño y dejar que el filo me libere, pero llamé a Theo en un patético acto de desesperación. No puedo dejar que me vea así.

El pulso me estalla en los oídos. La sangre hierve y se espesa mientras el mundo da vueltas. La habitación cobra color. Respirar es demasiado fácil. El desastre es demasiado nítido. La vida duele un poco más que ayer.

Me levanto, el cuerpo pesado, ajeno. Camino hasta el ventanal, lo abro. Solo se escucha el zumbido en mis oídos. Veo el agua de la piscina, pacífica, fría.

Salto.

El mundo se apaga. Las voces, también.

CAPÍTULO 23

THEO

Toco el timbre por sexta vez, mi puño golpea la madera. Siento los hombros tensos, el viento fresco en la nuca, la ansiedad comiéndome a paso lento.

La puerta se abre. Los ojos pardos de Bambi se derriten sobre los míos.

—¿Por qué estás mojada?

Su mirada desciende hasta el charco de agua debajo de sus pies. Como si recién despertara del letargo, se corre de la entrada y libera el paso.

Entro, sin dejar de mirarla.

—Qué… ¿Qué mierda pasó? —pregunto, sin saber qué mirar primero. La casa es un caos, todo está roto. Todo—. Bambi, qué…

Me trago las palabras, me quedo sin aliento. La mirada fija en la pared, en las tres palabras que chorrean pintura.

—Sé quién eres —leo en un susurro antes de mirarla—. ¿Sé quién eres? ¿Qué es esto?

Sigue de pie al costado de la puerta. Su ropa se deshace en agua, el pelo se le pega a las mejillas. No se mueve, su boca no habla. Solo mira la pared escrita, ignorando mi voz.

Apoyo el bolso en el piso, sobre los vidrios de los cuadros rotos. Me acerco despacio, no quiero sobresaltarla.

—Bambi. —Su mirada me ignora—. Ey, Bambi. —Levanto su mentón, agacho la cabeza hasta que me encuentro con sus ojos—. Sécate, cámbiate —sigue mirándome a través del maquillaje corrido— y hablemos de esto.

Escucho el sonido de su saliva al pasar por el conducto de su garganta, ese que debe estar lleno de palabras muertas, ahogadas en miedo.

Su pequeño cuerpo se aleja, se pierde tras la puerta de su habitación.

Largo un suspiro eterno, agridulce, y comienzo a levantar los muebles caídos. Evalúo rápidamente los daños. El sofá es irreparable, al igual que la mesa ratona. Los cuadros y adornos ya no existen, las paredes pueden volver a pintarse, la alfombra puede ser lavada.

«¿Qué es esto? ¿Quién hizo esto? ¿Por qué tengo un puto imán para los problemas? ¿Por qué me llamó a mí? ¿Realmente no tiene a nadie

más?» Las palabras orbitan en mi cabeza mientras con el dedo recorro aquellas letras.

SÉ QUIÉN ERES

—¿Quién eres, Bambi? —susurro para mí.

—Te aseguro que no quieres saberlo.

Sigo su voz.

—¿Y si me dejas decidir? —Levanto una ceja, la escaneo de pies a cabeza. Ahora lleva ropa deportiva.

—No tendría que haberte llamado —dice en voz baja, apoyándose contra la pared—. No sé por qué lo hice. Puedes irte cuando quieras.

—¿De verdad no sabes por qué me llamaste? —Ladeo la cabeza, buscando su mirada gacha.

—Estaba trabajando y me enteré de que alguien entró a mi casa. —Suspira, sus ojos me esquivan—. Supongo que me asusté y…

—¿Y? —presiono.

—Supongo que necesitaba a alguien. —Se muerde el labio, no deja las manos quietas. Siento cómo las palabras tironean de su boca—. Supongo que… necesitaba a un amigo y eres lo más parecido a un amigo que tengo.

Nos acostamos una vez, nos encontramos unas cuantas más, nos dijimos algunas verdades, muchas mentiras. ¿Eso me vuelve su amigo? ¿De verdad soy su persona de confianza? Apenas me conoce. En realidad no lo hace.

—Estoy diciendo estupideces… —Suelta, nerviosa—. Sigo alterada. Perdón por llamarte. Puedes irte, no pierdas el tiempo.

—Me gustaría poder elegir cómo perder mi tiempo, si me lo permite, señorita Amat. —Sus ojos se agrandan mientras me acerco —. Acepto, Bambi.

—¿Qué? —Su ceño se frunce ligeramente.

—Ser tu amigo. —Siento cómo mis labios se curvan—. Pero tratándose de ti, tengo mi propio concepto de amistad.

—Fui muy optimista al pensar que te funcionaban dos neuronas.

—Tranquilo, Cazador. —Soplo su cabello, metiéndoselo en los ojos—. Hablemos.

Ya no hay vidrios ni sillas rotas, destruimos el caos sin hablar. Annelie cubrió con una sábana el sillón roto mientras yo sacaba la alfombra al parque, descubriendo una enorme piscina que explicaba muchas cosas. Me quedé absorbiendo el verde brillante del césped y el nogal de la pequeña cabaña al final del terreno, hasta que

escuché su voz.

—Preparé café —dijo—. Y no le preparo café a nadie.

—¿Tengo que sentirme honrado? —Sonreí, cubriéndome del sol.

—Es mi forma de decirte gracias por… la ayuda —murmuró, apoyada en el marco del ventanal—. Se enfría.

La seguí, nos sentamos en el piso limpio y bebimos en silencio, hasta ahora.

—¿Vas a contarme quién te está molestando? —pregunto, apoyando la taza vacía al lado de mis piernas.

Acaricia los bordes de la porcelana, me regala una mirada furtiva antes de inhalar profundo.

—Supongo que no puedo hacer de cuenta que eso no significa nada, ¿no? —Señala la frase que decora su pared.

—Supongo que no, y por eso me llamaste. —Me rasco la barba incipiente—. Sé que apenas nos conocemos, pero puedes confiar en mí, Bambi.

—¿Por qué? —Su voz suena cohibida, de repente parece más pequeña.

Suelto un suspiro denso. Qué mujer complicada…

—Porque te ayudé antes con el imbécil, con tu auto, en el baño del gimnasio y porque…

—¿Por qué viniste cuando te llamé? —Me interrumpe, sus ojos grandes fijos en los míos.

Frunzo el ceño y ladeo la cabeza.

—Porque dijiste que me necesitabas.

—Nos acostamos una vez. —Apoya la taza vacía—. Solo sabes mi nombre, ni siquiera sabes de qué trabajo, cómo me gano la vida, quién soy…

—Cómo te ganes la vida no cambia el hecho de que me necesitabas y aquí estoy. —La interrumpo, parece sorprendida—. No vamos por ahí averiguando el pasado de la gente, pidiendo un análisis de sangre o sus antecedentes penales, antes de entablar una amistad. Bambi, ¿tanto te cuesta creer que la gente puede hacer algo sin querer nada a cambio?

—Te acercaste a mí para que termináramos en la cama —sentencia, la mirada imperturbable.

—No la primera vez —corrijo—. La primera vez solo quería ayudar a una mujer en problemas en el medio de la noche. Solo quería… hacer las cosas bien.

—Entonces lo hiciste por ti, no por mí.

Niego con la cabeza, se me escapa una sonrisa.

—Carajo, Bambi… Eres complicada. Lo hice por mí y lo hice por

ti. —Juego con los tablones de madera del suelo—. Podría haber seguido caminando, pero me detuve. Podría haber ignorado tu llamado, pero estoy aquí. ¿No es eso lo que importa? ¿No es suficiente para que me confíes qué significa eso? —Señalo la pared—. Y por qué estás aterrada…

—No estoy aterrada —masculla con aires de suficiencia.

—Bambi, me llamaste llorando, asustada, y te anotaste en clases de defensa personal; a las que dejaste de ir, pero eso es tema para después.

Desvía la mirada, la clava en el sol que se cuela por la ventana.

—Hace algunos meses recibí un correo electrónico. —Remoja sus labios, muerde el inferior antes de seguir—. Decía lo mismo que está escrito en la pared.

—Sé quién eres… —releo la pintura roja.

—Tiempo después recibí una carta, estaba debajo de la puerta. —Señala la entrada—. Sé quién eres.

La observo mientras habla, el labio inferior le tiembla ligeramente.

—¿Qué hiciste, Bambi?

Alza la mirada, me busca y yo no hago nada por ocultarme.

—Sobrevivir.

Mis ojos desbordan entendimiento.

—¿A qué?

Niega con la cabeza y aleja unos mechones de su rostro.

—No sé quién puede ser —continúa, ignorando mi pregunta—. No tengo amigos ni familia, no me relaciono a fondo con nadie. Nadie sabe… nada de mí.

—Yo sé algunas cosas…

Levanta una ceja, arrogante.

—¿Por ejemplo?

—Sé que te gusta el daiquiri. Sé que solo llevas una pinza en el auto. Sé que eres bastante torpe y atolondrada. Sé que tienes un lunar en el interior del muslo izquierdo y cosquillas detrás de las rodillas. Sé que eres irritante. Sé que el noventa por ciento de tus sonrisas son falsas. Sé que estás llena de secretos. Sé que…

—Basta. —Se levanta, le encanta dejarme con las palabras en la boca—. Estoy cansada, necesito dormir y olvidarme de todo lo que pasó hoy. Quiero…

Me levanto mientras se pasa las manos por la cara con frustración.

—¿Quién te está molestando, Bambi? ¿Es el imbécil con el que forcejeabas la noche que te conocí? ¿Es él? ¿Él es el que se enojó

por la nota que te dejé?

—¡No sé! —Su voz retumba en la tarde silenciosa—. Realmente no sé quién puede ser… Ya te dije que no conozco a nadie, Theo.

Me gusta cómo sus labios carnosos dicen mi nombre.

—¿No crees que puede ser él? El tipo de aquella noche —insisto—. No sé qué relación tienen, pero se lo veía enojado. Ese tipo tenía el ego herido, Annelie.

—Luca. Se llama Luca. Y no, no tenemos ninguna relación. —Camina por la sala, mira por la ventana, corriendo ligeramente la cortina—. Cometí el gravísimo error de acostarme con él una vez. Somos compañeros de trabajo. Él quiso algo más, yo lo corté.

—No lo culpo, Bambi. —Sonrío con picardía—. Eres un diez en la cama.

Una mirada que me pulveriza.

—Está obsesionado conmigo —sigue—. No pierde oportunidad de ridiculizarme, de llamarme puta e intentar ponerme nerviosa, sacarme de quicio… Pero, a su vez, no puede dejar de intentar llamar mi atención.

—¿Entonces? Todo apunta a él. —Me encojo de hombros, me acerco un poco—. Te está acosando.

—No es él —murmura, pero no suena muy convincente—. No puede ser él, no sabe nada mí. No me conoce.

—Trabajan juntos, Bambi. ¿Qué te hace pensar que no sabe nada de ti?

—Eso. —Señala la frase en la pared—. Eso no se refiere a nada que aparezca en mi informe laboral.

—¿A qué se refiere? —Me acerco otro poco, su mirada asciende por mi pecho hasta mis ojos—. Sabes qué quiere decir, ¿no, Bambi? Lo sabes.

Traga sonoramente, sus ojos cantando mil verdades.

—Creo que… —Toma aire, como si estuviera llenando sus pulmones de valentía— creo que está relacionado con lo que te conté de… mi adolescencia —termina, susurrando. Se me acelera al pulso al recordarla, drogada y vulnerable—. Pero hay solo tres personas en el mundo que lo saben.

—¿Quiénes? —No puedo ocultar el tono agridulce de mi voz.

—El comprador, tú y yo.

—No… ¿No se lo contaste a nadie más?

Su silencio habla fuerte.

—Alguien te está extorsionando, Bambi. ¿Se lo dijiste a la policía?

—No quiero hablar más.

La veo alejarse, se resguarda en la otra esquina de la habitación.

—No puedes dejarlo…

—¡Te dije que no quiero hablar más! —Su voz es un trueno—. Quiero estar sola.

—¿Por qué empezaste a tomar clases de defensa personal? ¿Fue por esto?

—Fue porque tenía muchas ganas de patear unos cuantos culos, empezando por el tuyo —suelta y comienza a arrancar el empapelado de la pared.

—¿Y por qué dejaste de ir? —sigo presionando.

—Porque me enteré de que trabajabas ahí y quería evitarte, igual que ahora.

—*Touché*, Bambi.

Me mira de costado y, con una sonrisa invisible en los labios, hace una reverencia.

—Puedo enseñarte —digo, acercándome, ayudándola a tironear del papel rasgado.

Me observa de reojo, destilando desconfianza.

—¿Enseñarme?

—A defenderte.

Sigo sacando el empapelado, la tarea resulta putamente reconfortante.

—¿Cuándo?

Suelto el papel, intento leer sus ojos.

—Podemos empezar ahora mismo.

Mira alrededor con escepticismo, su mirada rebota en aquella frase que la perturba.

—¿Confías en mí, Bambi?

CAPÍTULO 24

ANNELIE

La pregunta, el tono de su voz, la media sonrisa pintada en los labios.

¿Confiar en él? Ni siquiera confío en mí misma… ¿Cómo se puede confiar en alguien más, si no te gusta lo que ves en el espejo?

—No hay lugar —suelto una evasiva—. Y el pasto está demasiado largo como para usar el parque.

—No necesito un escenario, Bambi. —Mira alrededor—. Con correr la mesa rota es suficiente.

Estoy poniendo piedras en el camino y no sé por qué. Necesito esto. Quiero esto. Quiero saber. Quiero sentirme segura. Eso fue lo que me llevó hasta el gimnasio y él es la razón por la que dejé de ir. ¿Por qué lo estoy pensando tanto? Suena justo.

—Está bien. —Sueno resignada mientras aferro las manos a mi cintura—. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

Lo observo mientras corre la mesa ratona a medio destruir. Se pone de pie frente a mí, las piernas ligeramente separadas. Me contempla antes de responder:

—Primero, sacarte la ropa.

—¿Me estás jodiendo? —Me sulfuro en cuestión de segundos—. ¡Ves! Por esto no quería…

—Es un chiste, Bambi. —Me calla entre risas bobaliconas—. ¿Dónde está tu sentido del humor?

—Me lo extirparon al nacer, al igual que tus neuronas.

—Sin dudas te dejaron todo el sarcasmo, Cazador.

—¿Vamos a empezar o qué? —Muevo el pie hasta que lleva su mirada a mi zapatilla, entonces me detengo.

—Bien, lamentablemente, la ropa se queda. —Señala mi cabeza—. Pero tendrías que atarte el pelo, así no te molesta en los ojos.

Trago duro.

—No.

—¿No? —Su entrecejo se frunce un poco—. ¿Por qué no? Seguro te queda muy sexy.

—Nunca me ato el pelo —afirmo, intentando ignorar el cosquilleo en la palma de mis manos.

—Puedes hacer una excep…

—No.

Me mira como si intentara descifrarme, construir el incoherente rompecabezas que represento para él.

—*Okay*. —Mueve el cuello hacia ambos lados—. Vamos a empezar con algunas cosas básicas, simples. La próxima podemos incluir objetos.

—¿La próxima? —Levanto una ceja, sigo mordisqueándome las uñas.

—¿Pensaste que ibas a salir siendo una experta con una sola clase? —Niega con la cabeza al tiempo que esboza esa maldita sonrisa seductora—. Tranquila, Rocky, tiempo al tiempo.

—¿Bambi, Cazador, Rocky? —Achino los ojos—. ¿Alguno más?

—Será cuestión de tiempo. —Me guiña un ojo—. No cierres la lista.

—Ya me estoy aburriendo, Theo, y todavía ni empeza…

Un movimiento brusco, un solo giro del que ni siquiera fui consciente, y me tiene de espaldas, rodeándome con sus brazos.

—¡¿Qué mierda estás haciendo?! —grito, sintiendo la presión de sus brazos sobre mi pecho—. Suéltame.

Acerca su nariz a mi cuello, cierro los ojos e intento controlar el ritmo de mi respiración.

—Suéltate —susurra.

Inhalo profundo, parezco un toro furioso mientras pataleo con todas mis fuerzas, intentando liberarme de su agarre.

—Así solo estás gastando toda tu energía —dice en tono jocoso, sus pies aferrados como raíces—. Así no vas a soltarte, Bambi. Estoy dominando tu cuerpo, puedo hacerte lo que quiera.

—No me avisaste que ya empezábamos. —Apoyo la cabeza en su pecho, sintiendo el cuerpo cansado—. No estaba preparada.

—Un agresor no te va a avisar, linda. —Aprieta un poco más, siento cómo mis brazos hormiguean y la clavícula me duele—. Tienes que estar preparada siempre, de eso se trata esto.

—Me estás lastimando —me quejo mientras pataleo un poco más, pero apenas puedo moverme entre sus brazos.

—Se supone que esa es mi intención.

El tono calmo y frío de su voz, su aliento cálido en mi cuello, la presión de su cuerpo contra el mío, la impotencia, el cansancio, él…

Mamá está trabajando. La tarde cae tibia afuera, pero aquí dentro el frío corroe los huesos.

Elías no aparece desde anoche, cuando llegó borracho y papá lo echó después de desfigurar su cara a golpes.

Mañana es mi cumpleaños número catorce, pero nadie parece acordarse. Nadie excepto mamá, que no está. Que casi nunca está. Que

siempre está trabajando para mantenernos. Para mantenerlo a él.

Seco el último plato, lo guardo sin emitir sonido. A veces pienso que soy un fantasma. Deambulo por esta casa sin dejar huella. Solo… existiendo. Como un ente. Como… algo que no sabe si alguna vez volverá a ser alguien.

Escucho a Abel quejarse. Siento cómo se me eriza el vello de los brazos, de la nuca.

—Engendro. —La voz de mi padre me llama desde el comedor.

Engendro, esa soy yo. Mis hermanos son Elías, Caín y Abel. Yo, Engendro. Siempre fui Engendro.

Aprieto el repasador mientras camino.

Caín y Abel están parados uno frente a otro, sin camiseta. Sus cuerpos siguen siendo demasiado delgados para su edad.

—Siéntate aquí —me ordena, palmeando el asiento vacío del sofá, justo a su lado, mientras corre unas cuantas latas de cerveza.

Trago la bolsa de clavos que llevo alojada en la garganta. Me siento.

—Señor…

—Shhh. —Apoya la mano en mi rodilla desnuda. Los vestidos me quedan cada vez más cortos, no tengo ropa nueva y tampoco tengo permitido usar pantalón—. Empiecen.

Cierro las manos, siento las uñas. Me concentro en el ardor.

Caín me mira de reojo antes de dar el primer golpe, que pega de lleno en la pequeña mandíbula de Abel. Él trastabilla, intentando recomponerse, intentando adivinar el próximo ataque de su hermano. Se aleja unos pasos, ambos comienzan a dar vueltas como si estuvieran sobre un ring. Abel grita con todas sus fuerzas y embiste contra Caín, hasta que ambos caen al suelo.

Chillo y empiezan a caer las lágrimas, pero el miedo me tiene atada al sillón.

—Señor —balbuceo entre sollozos—. Basta, por favor. Hago lo que sea, pero basta.

Su mirada es hielo.

—Sangre. Solo la sangre puede detenerlo —murmura, llevándose una botella a los labios, disfrutando del espectáculo.

La nariz me arde. Estoy mareada, pero algo firme y cálido me sostiene. Mis párpados bailan mientras intento hacer foco.

—¿Bambi? —Sigo el sonido de su voz hasta encontrarme con esos ojos preocupados—. Mierda, Bambi. ¿Estás bien?

—Qué… —Intento incorporarme, pero me sostiene con vigor. Aparto de mi nariz el algodón impregnado en alcohol—. ¿Qué pasó?

—Casi me matas del puto susto, Annelie. —Apoya su espalda

contra la pared y me sienta sobre su regazo, abrazándome, sin movernos del piso—. Te desmayaste. Estábamos practicando y te desmayaste. ¿Fue mi culpa? ¿Te lastimé? ¿Te apreté demasiado?

La cabeza me da vueltas y el muy imbécil sigue bombardeándome a preguntas. Quiero decirle que sí. Quiero hacer que se sienta culpable, quiero pasarle mi malestar. Realmente quiero hacerlo. Y no me sorprende; pero si lo hace mi respuesta.

—Me salteé el almuerzo —no miento, pero sí me excuso—. No como nada desde el desayuno, seguro me bajó la presión.

—¿Estás segura? —insiste, sigue apretándome con fuerza.

—Sí —respondo, sintiendo que me pierdo en sus brazos de piedra—. ¿Vas a soltarme ahora o piensas abrazarme mucho más?

Mis palabras son un balde de agua fría. Me suelta sin sutileza.

—¿Quién es Caín?

La pregunta me saca de balance. Me aturde. Me ensordece.

—¿Caín? —repito, no necesito fingir el desconcierto.

—Murmuraste un nombre varias veces —dice, levantándose luego de verme hacerlo—. Caín. ¿Quién es?

Sacudo la cabeza mientras me paso una mano por el pelo lacio.

—No conozco a ningún Caín. ¿No es el de la biblia? —Evado como la profesional que soy.

—¿Me vas a decir que eres religiosa, Bambi? —Levanta una ceja mientras en su rostro aparece una sonrisa rebosante de arrogancia —. ¿De verdad?

—¿Tengo cara de puritana? —Achino los ojos—. ¿De devota?

—Ni un vello púbico.

—Qué delicado…

Sonríe y se despeina el cabello corto.

—Gracias.

—¿Qué sigue? —pregunto, sintiendo cómo, de repente, la energía vibra en todo mi cuerpo.

—¿Eh?

—Todavía no me enseñaste ninguna técnica. —Busco sus ojos, lo observo. El cuello me duele de tanto mirar hacia arriba—. ¿Ahora qué sigue?

—Ahora sigue tu almuerzo, Bambi. —Se acerca y me pellizca la mejilla como si fuera una criatura inocente. Inocente y pequeña—. Almuerzo, merienda o cena. Como quieras llamarlo…

—¿Y las clases?

—¿Quieres desmayarte otra vez? —Se burla—. Avísame y te acuesto en la cama, así no me das otro infarto como recién. —Lo escucho, inexpresiva—. Primero lo primero. Y lo primero siempre es

la comida, Bambi.

Estamos sentados al borde la piscina, el aire fresco de la noche juega con el agua. Tiro el último cabo de la pizza sobre la caja de cartón.

—No te entiendo —dice. Levanto la vista de mi vaso de gaseosa —. Dejas la parte más rica de la pizza.

—Es pura masa.

—Por eso mismo. —Agarra el cabito que dejé y se lo come sin dejar de mirarme.

Nos quedamos en silencio, escuchando el lejano bullicio de la ciudad casi dormida, observando cómo el manto de la noche cubre las montañas.

—¿Por qué te ofreciste a enseñarme? —suelto, metiendo los pies en el agua.

—Creo que ya respondí a eso, Bambi. —Apoya la espalda contra el cemento de la pileta, parece estar contemplando la noche estrellada.

—¿Cómo aprendiste? —Lo miro de reojo, frunce el ceño—. A defenderte.

—Estudié boxeo desde los catorce años.

—¿Todavía peleas? —curioseo. Ahora su físico tiene sentido.

—Lo dejé a los dieciocho. —Percibo un atisbo de tensión en su voz.

—¿Por qué?

Chasquea la lengua, escucho un largo suspiro.

—Caliente, Bambi.

—¿Caliente? —Ladeo la cabeza, me imita y nuestras miradas conectan—. ¿Es una especie de código para cuando me estoy acercando demasiado?

Asiente con la cabeza, vuelve la vista al cielo. Inhalo profundo, dejándolo estar.

—¿Y tú, Bambi? —Arranca un puñado de pasto—. ¿Creciste aquí?

Su pregunta hace vibrar mis huesos. Su voz cala profundo mientras el caos en mi cabeza decide la respuesta.

—No. —Salió elegida la verdad—. Nací y crecí en Buenos Aires.

Me observa en demasía.

—Me dijiste que no conociste a tus papás.

—Es la información que tiene el orfanato —miento.

—¿A qué edad te dejaron ahí? —pregunta en voz más íntima.

—No lo recuerdo —miento. Miento. Miento—. Tampoco me interesó preguntar demasiado.

—¿Cómo terminaste aquí, en Bariloche?

Una mirada. Una sola, todo está dicho.

—Caliente, Sapo.

—Entendido, Bambi.

—¿Y tú? —Mis pies siguen jugando con el agua fría—. ¿Cómo terminaste en Bariloche?

CAPÍTULO 25

THEO

Ahí está, con los pies adentro del agua, la mirada perdida entre las sombras de las montañas, una pregunta en los labios y muchas más en la cabeza.

¿Cómo terminé en Bariloche? Buena pregunta.

—Caliente, Bambi —respondo, volviendo la vista a la noche.

Larga una risita tonta, sus pies chapotean otro poco.

—¿Hay algo de lo que podamos hablar que no sea caliente? —pregunta, y vuelve a concentrarse en el agua.

—Todavía no hablamos de nada *caliente*, Bambi. —Le guiño un ojo.

—Claro, estamos dentro del horario de protección al menor. ¿O no, pequeño Theo?

—¿Pequeño Theo? —Levanto una ceja, sonrío con arrogancia—. Creo que ya te quedó claro que no hay nada pequeño en mí.

Ríe, pero calla.

—¿Ahora te ríes de mí por ser más joven? Ya quisieras tener veintidós, Bambi.

—¿La verdad? No. —Se apoya sobre sus palmas, sigue jugando con el agua—. Ya pasé la edad de la estupidez, no tengo intenciones de volver.

—Discúlpeme, señora Adulta.

—Disculpas aceptadas, pequeño Theo.

Una risa muda abre paso al silencio. Silencio cómodo. Necesario.

—Te gusta el agua, Bambi —afirmo, ladeando la cabeza para observarla mejor.

—Me calma.

Escucho su suave chapoteo.

—¿Por qué?

—Porque el agua apaga los sonidos.

—La coca también.

Gira, me observa antes de hablar.

—¿Eres adicto?

—No, pero consumí en la adolescencia. —Cierro los ojos, dejo que los recuerdos batallen—. No toco nada desde hace cuatro años.

—¿Fuiste a rehabilitación?

—Algo así…

—Algo así… —susurra.

—¿Y tú, Bambi? —Mi voz suena calma—. ¿Eres adicta?

—No. —No lo duda ni un segundo—. Lo tengo controlado, lo domino. Antes… —casi susurra y busca las palabras en el aire—. Antes era al revés, me dominaba. Era fácil… apagar las voces, ¿sabes?

—Sí, Bambi. Lo sé.

—¿Tienes hijos?

La pregunta me descoloca.

—No —respondo, incorporándome—. Tampoco quiero tenerlos, sería un padre de mierda.

Me observa mientras me siento a su lado, me saco las zapatillas y meto los pies en el agua helada.

—¿Por qué? —casi murmura.

—Porque soy un don Nadie, Bambi. ¿Qué puedo ofrecerle a un niño? —Chapoteo más fuerte que ella, hasta que se queja—. Además, no tengo paciencia. ¿Y tú?

—¿Yo? —Ríe y niega con la cabeza—. Apenas logro cuidar de mí misma. No quiero hijos, nunca. No me gustan los niños, son bastante odiosos.

—Y yo que pensé que era el malo… Bambi, eres Cruela.

Hace una reverencia y sus pies siguen jugando.

—¿Crees en el amor, Theo?

La observo, sonrío ante la seriedad de la pregunta.

—¿Qué son estas preguntas?

—Me ayudan a ver con qué clase de persona me estoy acostando, quién está metiendo los pies en mi piscina…

—Eres rara, Bambi.

—Cuéntame algo que no sepa.

—Tienes un culo de infarto, ¿sabías eso?

—Por supuesto. —La arrogancia baila en su voz.

—Me siento cómodo contigo —confieso—. Supongo que es porque sabes entender mis silencios.

Sus ojos me buscan, luchan con los míos sin hablar. Pero el entendimiento se lee, se siente.

—Esta casa es hermosa… —murmuro, observando el inmenso parque y la pequeña cabaña que se ve a lo lejos.

—Es demasiado grande para mí —dice, la mirada perdida en el horizonte—. A veces pienso que debería venderla y mudarme a un departamento minúsculo.

—¿Por qué? Sería una locura perder una propiedad así.

—Demasiado silencio.

—Siempre puedes adoptar un perro.

—No me gustan los perros —sentencia y no le creo. ¿A quién no le gustan los perros?

—¿Hay algo que sí te guste, Bambi?

—Dibujar, pintar —susurra.

La brisa comienza a ser más intensa, pienso en sacar los pies del agua.

—¿Puedo ver alguno de tus dibujos?

—No.

Sonrío, negando con la cabeza.

—Gracias.

—De nada. —Oculta su sonrisa entre las sombras de la noche—. ¿Y a ti? ¿Hay algo que te guste?

—Hay muchas cosas que me gustan…

—¿Por ejemplo?

—Tengo debilidad por los ciervitos. —Le guiño un ojo.

—Estoy hablando en serio.

—Yo también.

Me golpea el hombro en forma juguetona, pero no sonríe.

—Me gusta leer —admito, y no entiendo bien por qué siempre me da un poco de vergüenza decirlo en voz alta—. De todo, menos autoayuda.

—Así que vas en serio con eso de la lectura…

Su cara es una mueca desfigurada entre la risa y el asombro.

—¿Qué? —suelto a la defensiva, recordando las puteadas que recibía en el penal—. ¿Por qué te asombra tanto que me guste leer?

—No tienes pinta de chico lector, nada más.

—Pinta de chico lector… —repito en un susurro—. Te dejas llevar mucho por las apariencias, Bambi.

Se encoge de hombros.

—¿Quién no?

Guardo silencio, su hombro roza el mío.

—¿Quieres que me quede? —pregunto casi en voz baja.

Me observa como si tuviera un tercer ojo entre las cejas.

—¿Por qué?

—Porque sé que estás asustada por lo que pasó hoy. —Coloco un mechón de cabello negro y brillante detrás de su oreja—. Y también enojada. Pero va a quedar como antes. —Cabeceo hacia un costado, señalando la casa—. El living. Voy a ayudarte a pintar y a reparar los muebles, no te preocupes.

—¿Por qué? —susurra, luciendo casi aniñada.

—¿Por qué? ¿Por qué eres tan desconfiada, Annelie? —Saco los pies del agua, los dejo sobre el pasto—. Lo hago porque, parece, que

no tienes a nadie. Y yo tampoco. Estamos solos. Entonces, estemos solos juntos.

Sigo viendo desconfianza en el brillo de su mirada. Sigue ahí, y presiento que así será por mucho tiempo.

—¿Dónde vas a dormir? —pregunta—. El sofá está roto.

—¿Sofá, Bambi? —Achino los ojos—. Me ofrezco a quedarme para protegerte con todos estos músculos —me señalo—, ¿y pensabas dejarme el sofá? —Niego con la cabeza—. La cama o nada, Bambi.

Lo piensa. Sé que está luchando para no sonreír, veo cómo su rostro se contrae ligeramente.

—Vamos —insisto—. Tampoco es la primera vez que voy a estar entre tus sábanas. —Le guiño un ojo.

—Imbécil arrogante…

Me levanto y extiendo la mano, invitándola a pararse.

—Vamos, es tarde y está haciendo frío. Mañana tengo que ir temprano a trabajar.

Mira el agua, mira mi mano. Finalmente, sus dedos se aferran a los míos y me deja levantarla.

—Estás helada, Bambi. —Le paso las manos por los brazos gélidos.

Me observa mientras sigo pasando las manos por su piel fría. Su mano se engancha a mi cuello y tira hacia abajo hasta unir nuestras bocas. Me besa. Es un beso cálido y casi casto, casi… tierno. La dejo hacer. No intensifico el gesto, aunque quiero hacerlo.

Su boca me suelta. Me aferro a sus ojos pardos.

—¿Qué fue eso?

—Gracias —murmura y se aleja, desapareciendo en el interior de la casa.

Inhalo profundo, me paso las manos por la cara. Estoy cansado, abrumado.

Comienzo a caminar hacia el interior, pero mi teléfono suena. El nombre de mi abogado brilla en la pantalla.

Carajo. ¿Y ahora qué?

—López —atiendo.

—Theo, necesito que…

—¡Yo estoy muy bien! Gracias por preguntar. ¿Y tú, López?

—No tengo tiempo para estupideces, Theo. Es tarde y tengo una familia que me espera. —Parece que López tuvo un día de mierda.

—¿Qué pasa?

—Necesito que vuelvas a Gesell. El juez te quiere aquí en tres días.

CAPÍTULO 26

THEO

Sé que tengo el labio partido y a la camisa del uniforme le faltan varios botones. Pero también sé que ese hijo de puta tenía todos los números del sorteo y se llevó la paliza de su vida.

La puerta de la dirección se abre, la cara de mamá lo dice todo.

¿Cuál será el castigo esta vez? ¿Una semana sin playa? ¿Sin videojuegos? ¿A quién carajo le importa ya?

La directora murmura algo, mamá asiente y la puerta se cierra.

Un suspiro.

El cansancio dibujó sombras debajo de sus ojos. El cansancio y algo más… La traición. Sé que lo sabe. Sé que lo intuye. Lo siento.

—¿Por qué, Theo? —pregunta, sentándose a mi lado.

Sigo mirando el estúpido cuadro de Sarmiento.

—Era mi cara o la de Felipe. —Me seco la sangre con la manga de la camisa—. ¿Qué preferías?

—Prefería que me llamaras, Theo. —Me corre el pelo de la cara y acaricia mi oreja en el proceso. Lo hace desde que tengo uso de razón y es algo que me llena de paz—. Tienes que dejar de pelear por tu hermano.

—¿Tengo que dejar de defender a mi hermano?

—No. —Aprieta mi mano—. Siempre tienes que defender a tu hermano. Pero tienes que dejar de resolver todo a los golpes. Hay palabras, ¿lo sabías?

—Supongo que nunca se me dio bien hablar.

Tira de mí y me abraza. Me abraza como si quisiera protegerme del mundo, de esa manera cálida y asfixiante en que solo las madres saben abrazar.

Inhalo profundo, hundiendo mi nariz en su pelo rojizo, perdiéndome en la seguridad de su perfume.

—Joven. —Una voz ajena me arranca de los brazos de mi madre —. Joven…

Abro los ojos e intento levantarme, pero el cinturón me mantiene aferrado a mi asiento. Una señora canosa y de sonrisa dócil me observa desde la butaca contigua.

—Joven, vamos a aterrizar en unos minutos.

El papelerío está hecho, mi bolso está entre mis piernas, y yo de vuelta acá. Acá, donde empezó todo. Donde terminó todo. De vuelta en la ciudad que tanto daño me hizo, a la que tanto daño hice…

El sol sigue perlando mi frente mientras espero al auto que va a pasar a buscarme. Auto que mandó López, al igual que el pasaje de avión.

Solo hay una cosa en la que puedo pensar: quiero terminar con esto ahora. Quiero volver al sur. Ya.

Leo algunos mensajes que recibí durante el vuelo mientras espero. Son todos de Ismael, diciéndome que me relaje, que no va a despedirme por ausentarme solo dos días, que espera que mi abuela mejore.

Mi abuela… Soy un hijo de puta.

Escribo algo rápido para Bambi:

¿Cómo está mi ciervito preferido? No me olvido de la promesa. En cuanto me sienta mejor, voy a ayudarte a reparar la casa y vamos a retomar las clases de defensa. No te portes mal, Bambi. No sin mí.

Pd: Si no encuentras la tanga de encaje, esta vez fui yo.

Lo envío, con una sonrisa bastante estúpida en los labios, y escribo algo a Mía:

Acabo de llegar a Gesell. No sé si extrañaba este calor de mierda. Necesito verte. Por favor, enana.

Una bocina me saca de mi ensimismamiento. Es el auto. Aquí vamos.

Estoy parado frente a la puerta azul, esa que cerré con furia tantas veces. Esa de la que escapé cuando la realidad era demasiado. Sigo mirándola, sin animarme a dar ese único paso que me separa del timbre. Y de la cara de mi padre.

Cuatro años de aislamiento, de tortura, de aprendizaje. Cuatro años en los que no hicieron falta palabras, porque ya estaba todo dicho.

Los sentimientos me oprimen tanto el pecho, que apenas puedo respirar con normalidad. El mundo se agudizó desde que bajé del auto y recorrí esta entrada, que siento tan ajena.

Quiero tocar el timbre. Quiero irme. Quiero escuchar su voz. Quiero escupirle la cara.

Mi pecho es un cóctel de sensaciones sin nombre.

Escucho el timbre, pero no sé en qué momento decidí tocarlo. Siento el latido del corazón en mis oídos, la saliva espesa.

La puerta se abre, el mundo pierde color.

Ninguno de los dos dice nada, simplemente nos limitamos a observarnos. A estudiarnos como completos desconocidos.

—Theo…

Tal y como sospeché, el sonido de su voz no me produce… nada.

—Te acuerdas de mi nombre. —No puedo evitar que me tiemble la voz—. Un punto para Salvador.

—Veo que seguís teniendo el mismo humor de mierda…

—Hay cosas que ni siquiera el encierro puede cambiar…

—Estás… —me observa casi sin parpadear— enorme.

—Es impresionante lo que puede hacer un poco de agua y comida.

Su mirada pálida es opaca, no veo el brillo que solía tener, la seguridad que solía desprender.

—Pasa. —Se corre, abriéndome las puertas de lo que alguna vez fue mi hogar—. Dejé el agua en el fuego.

Apenas reconozco el lugar. Mis ojos no saben qué mirar primero, todo está absolutamente cambiado. Desde el piso hasta el color de las paredes, pasando por los muebles y el resto de la decoración.

—¿Qué carajo pasó aquí? —Apoyo el bolso en el piso—. Ni siquiera parece la misma casa.

—Isabella creyó que era tiempo de cambiar algunas cosas —dice, desde la cocina.

—¿Algunas cosas? ¿Por qué no la prendieron fuego y la hicieron de nuevo? Seguramente era más práctico.

Sigo su voz hasta encontrarme con una cocina que tampoco reconozco.

—¿Té o café? —murmura, sacando dos tazas de la lujosa alacena —. Te ofrecería mates, pero sé que no tomas.

—No sabes una mierda de mí —sentencio, sentándome en un taburete—. Prefiero una cerveza. Si voy a hacer esta mierda, voy a necesitar estimulación extra.

—Son las diez de la mañana —dice, vertiendo el agua hervida en las tazas—. Además, no tengo cervezas. Acá nadie toma.

Dejo escapar un ruido tosco, bastante parecido a una risa sin gracia.

—¿El muy maricón de Tobías ni siquiera se toma una cerveza? —pregunto, aceptando la taza de té que pone frente a mis ojos. Té. Cuándo no, siempre decidiendo por mí.

—Tu hermano está en España, fue a cerrar un negocio y decidió quedarse un tiempo. Está trabajando desde allí, haciendo crecer las relaciones públicas de la empresa. —El puto orgullo se filtra en su voz—. Y no, no toma cerveza.

—Mi hermano se llama Felipe, y está muerto.

Apoya su taza sobre la isla de mármol, casi en cámara lenta. Se sienta en el taburete opuesto, enfrentándome en silencio.

—¿A qué hora es la audiencia mañana? ¿Diste aviso de tu llegada?

—¿Dónde está Isabella? —Ignoro su pregunta—. Pensé que iba a estar esperando en primera fila para ver el espectáculo. ¡El hijastro exconvicto de nuevo en el hogar!

—Isabella me dejó —dice. Su voz es un hilo tembloroso que se esconde detrás de una taza de café—. Hace un año.

La confesión me deja atontado, como un golpe en la sien. Pero tardo poco en agarrarme de las cuerdas y levantarme, listo para atacar.

—¿Con cuál de tus secretarias te encontró? —pregunto, ladeando la cabeza, casi sonriendo.

Inhala profundo, veo cómo su mirada se llena de desprecio.

—Era cuestión de tiempo, Salvador —continúo, jugando con el borde de mi taza—. Tendrías que cambiar tu *modus operandi*, ya todos te sacamos la ficha.

—¿A qué hora mañana? —Evade el tema. Sí que tengo a quién salir.

—¿Qué pasó con la empresa? —Disfruto el momento—. Me extraña que todavía tengas casa. ¿No te sacó todo en el divorcio?

—No estamos divorciados. No le di el divorcio.

Ni siquiera es capaz de mirarme. Sé que la culpa corroe sus huesos.

—Todavía tienes esperanzas…

—La amo —susurra.

—Ojalá hubieras amado a mamá así. —Me levanto con tanta furia y torpeza, que el taburete cae—. Ojalá hubieras luchado por ella, en vez de cagarla con la primera puta que te llevaba el café a la oficina.

—No fue así, Theo. —Cierra los ojos, la falta de emoción en su voz me enloquece—. Tu mamá y yo no estábamos pasando por un buen momento y entonces…

—¡¿Y entonces la engañabas con cualquiera?! —Soy un trueno en una noche cerrada—. ¡¿Y entonces te reías en su cara?! ¡¿Y entonces destruías tu familia?!

—¡Nunca fue mi intención! —grita, estrellando su taza contra el piso—. No fue algo planeado, Theo, simplemente pasó. Y todo lo que sucedió después…

—No hables de lo que pasó después, porque no respondo de mí

—mascullo, apuntándolo con el índice y la mirada rabiosa—. Si ya no la amabas, podías decírselo. Podías dejarla en libertad. Podías permitirle que otro hombre entrara en su vida. ¡Alguien que sí la quisiera! ¡Alguien que la hiciera reír! Pero eres un jodido egoísta hijo de puta que prefirió reírse en su cara. —Respiro tanta angustia, que mi voz se agudiza—. Carajo, ni siquiera sé cómo puedes dormir por las noches sabiendo que la mataste…

No lo veo venir. No veo venir su puño, hasta que se estrella contra mi pómulo. Ambos caemos abrazados al suelo, enroscándonos en rabia y dolor.

—¡Sácate las ganas! —grito, empujándolo hacía atrás, intentando sacármelo de encima—. ¡Vamos! Siempre quisiste cagarme a trompadas. Hazlo.

Se arrastra sobre el piso blanco, inmaculado, hasta apoyarse contra la pared. Su respiración se agita con cada sollozo que sale de su boca mientras se tapa la cara con las manos y comienza a suplicar perdón.

—¿Perdón? —Me levanto, trastabillando con mis propios pasos—. ¿Por qué? ¿Por destruir todo lo que amaba? ¿Por arrebatármelo todo? ¿Por convertirme en esto? —Me paso el dorso de la mano por el corte que palpita en mi pómulo derecho—. ¿O por no haber ido a visitarme ni una puta vez en cuatro putos años? ¿Por olvidarte de que todavía tienes un hijo vivo? —Escupo y la rabia juega con mi voz—. Te odio tanto, papá, que ni siquiera me interesa saber por qué te olvidaste de mí.

Paso a su lado sin mirarlo, las piernas me tiemblan mientras me dirijo a la salida.

—¡Theo! Theo, por favor, podemos hablar…

La puerta es víctima de mi furia, otra vez. Al final, las cosas no cambiaron demasiado.

CAPÍTULO 27

ANNELIE

Llevo despierta poco más de media hora. No quiero levantarme, no tengo fuerzas para hacerlo. No tengo motivos para hacerlo.

El celular vibra sobre la mesa de luz. Lo agarro, es un mensaje.

Sapo egocéntrico:

¿Cómo está mi ciervito preferido? No me olvido de la promesa. En cuanto me sienta mejor, voy a ayudarte a reparar la casa y vamos a retomar las clases de defensa. No te portes mal, Bambi. No sin mí.

Pd: Si no encuentras la tanga de encaje, esta vez fui yo.

Se me escapa una sonrisa prematura y me reprimo en silencio.

¿Por qué me escribe? *«Porque es tu amigo. Los amigos se escriben, se preguntan cómo están, se cuidan. ¿Entiendes lo que es un amigo, Annelie?»*

Cierro los ojos, acaricio las sábanas. Las sábanas que no cambié desde la última vez que las usamos, hace dos días. Terminamos de hablar de estupideces sin sentido, nos acostamos de perfil, frente a frente, y dormimos. Solo… dormimos, sintiendo la respiración del otro, escapándonos de la vida, que a veces duele demasiado. Sin piel, sin carne, sin gemidos. Al día siguiente desayunamos entre chistes vacíos, pero… cálidos, y cada uno a su mundo.

Ayer, me mandó un mensaje para avisarme que estaba enfermo. Sigo intentando descifrar si me gusta o me molesta que me escriba, que me avise tal o cual cosa. Que me tenga en cuenta, a su manera.

Sopeso la idea de no responderle, pero mis dedos deciden por mí.

Mejórate pronto.

Pd: quiero mi tanga de vuelta.

Tiro el aparato sobre la cama. Cierro los ojos. Odio los domingos, odio no tener que trabajar, odio estar sola, odio pensar, odio recordar.

—¿Dónde mierda está? —Lo escucho desde la habitación. Cierro los ojos, mi cuerpo está hirviendo—. ¡¿Dónde estás?! ¿Tengo que bajarte de los pelos?

—Tadeo, no se siente bien. No puede…

—Es domingo —sentencia, robándose la voz de mi madre—. Los domingos vamos a la iglesia.

Cierro las manos en puños, siento las uñas. Recuerdo:

1 Corintios 6:9-11

9 ¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios?

—Tiene fiebre desde anoche, no puede ir así.

—¡Entonces, vamos! —Escucho la puerta chillar, los pasos rápidos de mis hermanos bajar la escalera—. Estamos llegando tarde.

—Tengo que quedarme a cuidarla, está volando en fiebre.

—Puede cuidarse sola, tiene catorce años. Vamos.

—No… Tadeo —su voz se hace cada vez más finita—, creo que…

—Creo que no me estás escuchando. —Su voz es hielo. Siempre es hielo—. Es una orden.

Un portazo. El silencio lo invade todo. Los párpados me arden y mi cuerpo tiembla mientras me aferro a la frazada raída y pienso que el Diablo también va a la iglesia y siempre está sentado entre nosotros.

CAPÍTULO 28

THEO

No voy a decir que esperaba que el reencuentro forzado saliera de maravilla, pero jamás imaginé que mi padre sería el autor del puto tajo que arde en mi mejilla. Supongo que, eventualmente, iba a pasar. Él odia escuchar que es el culpable, y yo adoro recordárselo. Porque lo es. La sangre de mi madre y mi hermano está en sus manos.

Sigo limpiándome el pómulo, caminando desorientado, hasta que lo entiendo. Estoy yendo a su casa. Estoy yendo a buscarla. A ella. Y no sé por qué carajo lo hago. Solo sé que es lo único que quise hacer desde que puse un pie afuera de las rejas. Pero me contuve. Me contuve por Mía, por la súplica en su mirada. Me contuve porque las cosas no terminaron bien ese día. Me contuve porque ella también tuvo cuatro años para buscarme, para hablarme. Y no lo hizo. Nadie lo hizo.

La amé tanto, que su recuerdo fue lo único que me mantuvo vivo. Pensar que ese día podía ser el día en que viniera a verme era lo único que lograba arrastrarme de la cama cada puto amanecer. Lo único que lograba que quisiera estar siempre afeitado, oliendo lo mejor que se puede oler en la cárcel. Listo, expectante. Preparado para darle las explicaciones que sé que le debía. Que le debo. Pero ese día nunca llegó. Todas las mañanas fueron iguales, frías, vacías. Todas las noches sin luna, solitarias, sordas, mudas.

Parado frente a su casa, la mirada absorta en el cartel de *Se vende*. El pasto crecido enrarece la fachada blanca y pintoresca. Llevo la vista hasta su ventana. Cierro los ojos y recuerdo las noches que logré colarme en su habitación, hacerle el amor y sentir cómo se dormía en mis brazos. Sentir cómo me entregaba poco a poco a ese sentimiento tan absoluto, que tanto me costaba descifrar, entender.

Golpeo la puerta tres veces, como solía hacerlo años atrás. No sé qué espero. ¿Verla detrás del umbral? ¿Que me regale una de esas sonrisas que me volaban la puta tapa de los sesos? ¿Que me enseñe a respirar, a salir de cada ataque de pánico que tuve desde que ellos se fueron? ¿Que me diga *Ahí viene Theo el ateo*, con esa voz insoportablemente aguda y adorable? ¿Qué espero después de cuatro años de ausencia y un cartel de *Se vende*?

No hay respuesta, ni al timbre ni a mis golpes. Me siento en el

escalón de la entrada, contemplo las calles donde alguna vez jugué y crecí, siendo un niño que lo tenía todo, y hoy no tiene nada.

Es la quinta copa, lo sé. Estoy llevando la cuenta, aunque no lo parezca. Sé que no debería estar bebiendo en este bar de mala muerte. Lo sé porque mañana tengo la audiencia y ya bastante malo es presentarme con un puto corte en la mejilla y un moretón que me abraza el párpado. Pero ¿qué le hace una mancha más al tigre? ¿No?

—¿Te sirvo otro, bombón?

Levanto la vista, la clavo en el par de tetas que me habla. Subo por ese escote hasta unos ojos color miel, rasgados y seductores.

—Por favor. —Asiento, acercándole el vaso.

—¿Un mal día? —pregunta mientras me sirve una medida de vodka.

—Una mala vida —respondo, apagando mi celular sin mirar los mensajes, incluido el de Bambi.

—Mmm. —Se muerde el labio carnoso, deslizando el trago por la barra—. No parece algo que un par de medidas de este elixir pueda solucionar —dice, sacudiendo la botella.

—No —apuro el líquido, que es ácido en mi garganta—, pero ayuda. ¿A qué hora termina tu turno?

Dejo la pregunta en el aire, no hay sorpresa en su mirada. Por favor, ya sabemos cómo es esto. No vamos a andar con sutilezas, vayamos directo al grano.

Mira su reloj de muñeca antes de decir:

—Exactamente en media hora.

Me guiña un ojo y sigue secando copas.

Intento subirme el cierre del pantalón mientras mi respiración comienza a apaciguarse.

—Tienes lápiz labial, bombón —murmura mientras se acomoda el vestido.

—¿Dónde? —Me paso las manos por el pelo, intentando acomodarlo un poco. De repente, hace demasiado calor en este baño. Quiero salir, necesito otro trago. Y tal vez un cigarro o dos.

—Aquí. —Me pasa el pulgar por el labio inferior, limpiándome —. Y aquí —susurra con una sonrisa juguetona, apretándome la entrepierna.

—Muñeca, si no estuviera tan borracho, volvería a subirte ese

vestido —articulo, trazando con mi pulgar la línea de sus labios gruesos—. Pero creo que estoy a punto de caerme muerto.

—Te dije que el elixir no iba a solucionar nada. —Se acomoda el pelo y el escote, su piel dorada es casi satinada bajo esta luz amarillenta.

—Nooooo, pero el elixir te metió entre mis piernas. —Le guiñaría un ojo, si aún supiera cómo hacerlo.

—¿Puedo dejarte mi teléfono? Para la próxima… mala vida.

—Perdón, muñeca —dibujo la línea de su mandíbula con el índice antes de abrir la puerta—, no soy de los que repiten.

«¿Y Bambi? ¿Cómo explicamos eso, Theo el ateo?»

El pasto húmedo entra en contacto con mi espalda, haciendo que la camiseta se pegue a mi piel. Las estrellas bailan sobre el lienzo negro. Bailan para mí. Es gracioso cómo se mueven, chocándose unas con otras.

—¡Mía! —grito y mis músculos se tensionan—. ¡Míaaaa! Enana, ¿dónde estás?

El cielo parece caer sobre mi cuerpo borracho y cierro los ojos, los aprieto para no verlo. Para no verlos.

—¿Theo? —Escucho un susurro. Es su voz, es la enana maldita —. Theo, ¿eres tú?

—Soy Theo el ateo —suelto y me asalta una carcajada errática.

—Theo, ¿qué carajo estás haciendo en mi jardín? —Chilla en voz baja, desde la ventana—. Vas a despertar a toda mi familia. ¡Si mi papá se despierta, estás muerto! —murmura desde lo alto.

—Ya estoy muerto, enana…

—¿Estás borracho? —dice y apenas la escucho.

—¿Yo? Para nada… —Intento pararme, pero la tierra tiembla bajo mis pies y arriba las estrellas siguen bailando—. Necesito un lugar donde pasar la… noche. La noche, sí.

—¡Theo! —Chilla, es taaaaaan graciosa—. Cállate y no te muevas, ya bajo.

¿Que no me mueva? Yo no me estoy moviendo, es la tierra la que se mueve. Y las estrellas. No, las estrellas bailan.

—¡Mierda, Theo! ¿Qué estás haciendo? —Se acerca corriendo, lleva puesto un camisón minúsculo—. ¿Estás borracho? ¿Por qué mierda estás borracho? —Tironea de mi brazo, intentando llevarme con ella.

—Estás buena, enana. —Sonrío mientras mi vista perdida se encuentra con su culo—. Siempre estuviste buena. De… ¿De verdad

no quieres probar a Theo el ateo?

—Lo único que quiero es que cierres la boca. —Me mira como pequinés rabioso—. Vamos a subir en silencio. ¿Entendido?

Asiento mientras me tapo la boca y dejo que me arrastre.

—Y sin risas —aclara y me muerdo el puño para no reír.

Subo la escalera, sintiendo que mis piernas son de cemento. Me aferro a la baranda, los escalones giran trescientos sesenta grados.

Mía camina sobre algodón, pero la suela de mis zapatillas hace ruido.

—Quieto —susurra, poniéndome la mano en el pecho, frenándome antes de abandonar el último escalón. Mira a un lado; luego, hacia otro—. Vamos, rápido.

La puerta de su dormitorio se cierra con llave mientras dejo caer mi peso muerto sobre la cama.

—Había olvidado que tu habitación parece la de *Barbie* —murmuro, absorbiendo la estresante cantidad de color rosa.

—¿Por qué mierda estás borracho? —pregunta, apoyándose contra la puerta—. ¿Y qué mierda le pasó a tu cara?

—Vi a mi padre —hablo en un susurro cansado, contando las margaritas pegadas en el techo—. Salió todo como esperaba…

El otro lado del colchón se hunde, su pelo rubio y brillante me cosquillea el brazo.

—¿Quieres contarme qué pasó? —susurra, tiene la voz suave, ya no chilla como pequinés. Sonrío mientras me corre el pelo transpirado de la frente.

—No. —Le pellizco la mejilla y se queja como siempre—. En cualquier momento entro en coma.

La alarma se dispara en sus ojos.

—¡¿Cuánto tomaste?! ¿Consumiste?

Aún en mi estado de semiinconsciencia, me jode que me acuse de caer tan bajo. Otra vez.

—Tranquila, solo vodka. El problema es que tomé con el estómago vacío y perdí la cuenta después del… séptimo.

Su voz suena débil y triste cuando dice:

—¿Por qué eres tan bestia, Theo?

—Supongo que no sé ser de otra manera…

—¿A qué hora es la audiencia de mañana? ¿Tienes ropa?

—Es… —bostezo, las margaritas también bailan en el techo— a la mañana, temprano. Tengo una camisa en el bolso. —Una lamparita titila entre la oscuridad que reina en mi cabeza—. Mierda, está en la casa de Salvador.

—No te preocupes, te llevo a buscarlo bien temprano.

Le sonrío a las tres Mías. Son todas hermosas, dulces, enanas y leales…

—¿Qué haría sin ti, enana? —susurro.

—No quiero saberlo, Theo. —Intenta incorporarse, pero logro frenarla a pesar de mi lentitud—. ¿Qué? Voy a buscarte una botella de agua, necesitas empezar a sacarlo de tu organismo. Mañana vas a tener una resaca de puta madre. ¿Piensas aparecer ante el juez con la mejilla en pedazos?

—Digamos que mi papá eligió un mal momento para intentar *educarme*.

—Tengo toneladas de maquillaje para cubrírtelo, apenas se verá.

—No voy a dejar que me maquilles…

—Vas a dejar que te ponga una puta coronita en la cabeza, si quiero, porque, querido imbécil, no estás en condiciones de exigir nada.

Suelto el aire despacio, ruedo los ojos.

—Supongo que eres la jefa hoy, enana.

—Soy la jefa siempre. —Me guiña un ojo y vuelve a ser la misma Mía. Casi no veo remordimiento en su mirada, pero sé que es solo porque traje mi culo borracho a su casa—. Ahora, quieto. Ya vuelvo.

—¡No! —Aferro mis dedos a su pequeña muñeca—. No necesito agua, quédate.

—Theo, necesitas…

—Por favor, no quiero estar solo.

Me estudia mientras algún sentimiento le cruza la cara. Finalmente, se acuesta a mi lado en la diminuta cama, donde apenas cabemos los dos.

—¿Me abrazas? —susurro, intentando que mis extremidades respondan y así poder darme vuelta.

Siento sus brazos alrededor de mi cintura, su delgado y cálido cuerpo cerca de mi espalda. Cierro los ojos, mi cabeza es un circo de antaño.

—¿Qué voy a hacer con mi vida?

CAPÍTULO 29

THEO

Siento que vuelvo a respirar. Siento que el pulso se ralentiza, volviendo a su ritmo natural. A cada paso que me alejo de la ley, mi cuerpo se llena de vida.

—¿Y? —La desesperación se filtra en su tono de voz—. ¿Sigue todo bien?

—No —digo, mirándola con el ceño fruncido.

—¿No? —susurra, confundida, mientras el pánico se apodera de su mirada.

—No. —Niego con la cabeza, acercándome—. Para que esté todo bien, tienes que sacarme el puto maquillaje de la cara.

Me sonríe antes de golpearme el hombro.

—¡Imbécil! Tendría que haberte pintado los labios también. ¿Ya podemos irnos?

Asiento con la cabeza y comienzo a caminar hasta su auto. Mi padre viene unos cuantos pasos detrás, y ni siquiera intenta mirarme antes de meterse en su Mercedes.

—Pudieron… ¿Pudieron hablar algo? —pregunta mientras arranca el motor y comenzamos a dejar el pasado atrás.

—No tenemos nada de qué hablar. —Me abrocho el cinturón antes de que me diga algo—. Se limitó a responder las preguntas del juez y a asegurar que estoy quedándome en su domicilio.

—¿Te vas a quedar aquí, en la costa?

Su mirada se desvía hacia mí más tiempo de lo conveniente.

—Este ya no es mi lugar, Mía. —Una congoja repentina me asalta y aprieta mi garganta—. Vuelvo al sur esta misma noche.

—Pero… —frena en el semáforo, me observa con esa mirada de cachorrito— ¿dónde vas a quedarte, Theo? ¿Eh? ¿Dónde estás parando? Me preocupa que…

—Deja de preocuparte por mí. —Le aprieto la rodilla—. Salí de la cárcel, ¿recuerdas? Puedo arreglarme en cualquier lado y con cualquier cosa. Sé sobrevivir, Mía. Estoy preparado. —Recuesto la cabeza en la ventanilla, mi mirada se pierde en el mar—. Además, hice una nueva amiga.

—¿Cuántas veces se acostaron? —dice, encendiendo la radio. Pop asqueroso comienza a sonar.

—¿No tienes nada de *Metallica* o *Pantera*? —pregunto, revolviendo los cd´s.

—Contesta —insiste.

—¿Por qué supones que nos acostamos? Te dije que es una amiga —suelto, poniendo un disco de *Pink Floyd.*

—Porque la única amiga con la que no te acostaste soy yo. Dale, ¿cuántas?

Bufo, dejándome caer sobre el asiento. *Money* comienza a sonar.

—Una y media.

—¿Una y media?

—Sí, y no quieres los detalles —añado, recordando la sensación de mis dedos al rozar la cicatriz que cubre la espalda de Bambi.

—No, sin detalles. —Sube el volumen, ama esta canción, por eso la puse—. ¿Puedes quedarte en su casa?

—En realidad… —hago una pausa. No es que no se me haya ocurrido, pero Bambi es muy volátil y, literalmente, somos dos desconocidos— no. No se lo pregunté, pero recién nos estamos conociendo. Ella no sabe… nada.

Estaciona en la playa, exactamente como se lo pedí.

—¿Cómo que no sabe nada? ¿Nada de nada?

—No. —Me desabrocho el cinturón, esperando el sermón—. Ni siquiera le dije mi verdadero apellido.

—Theo, ¿cuál es tu puto problema? ¿Qué clase de amistad quieres entablar si empiezas mintiendo?

—Obviando —la corrijo—. Evadiendo ciertos temas. No es lo mismo que mentir.

—No puedes ser tan negador…

—¿Podemos dejar de hablar de esto y bajar? Quiero un churro relleno y se van a ir todos los vendedores.

—Es de mañana, Theo, recién están empezando a vender. —Agarra la billetera, los lentes de sol y pregunta—: ¿Cómo se llama?

—Bambi.

—¿Bambi?

—Annelie. —Me río al recordar la furia en su mirada cada vez que le digo Bambi.

—¿Está buena?

—Como un camión, pero loca.

La brisa le revuelve el pelo mientras juega con la arena, igual que cuando éramos chicos y su castillo siempre era mejor que el mío. Mirarla me llena de paz. Sé que Mía es mi alma gemela. Si existe tal cosa, tiene que ser ella. Mía es uno de los grandes amores de mi vida, un amor trascendental y platónico, un amor espiritual y

no físico. Sé que ella también lo siente, también lo sabe. Por eso nos aferramos con uñas y dientes al otro, a pesar de los años y los errores. El hilo rojo que nos une es acero inquebrantable.

—Fuiste a verla, ¿no? —pregunta, agregando un segundo piso a su castillo—. No me mientas, sé que fuiste. Te conozco.

—La casa está en venta —hablo bajo, observándola enterrar los dedos en la arena.

—Te dije que no volvimos a verla, ni siquiera en nuestra playa. Ni siquiera en las fiestas de cumpleaños de Magui. Se esfumó y nadie sabe nada.

Miro hacia la orilla, las olas rompen furiosas. Pienso en Magui, la mejor amiga de Valeria, creo que siempre me odió. Nunca dejó de recordarme que era un drogadicto, un fumón, un indeseable. Una pérdida de tiempo para su amiga. Tampoco es que pueda culparla o decir lo contrario.

—Solo quiero entender por qué no fue a verme… —La angustia abrasa mi garganta, aunque intento mantenerla a raya—. Tuvo cuatro años, Mía. Cuatro años para venir a pedir explicaciones. Yo podía explicárselo todo… Aún puedo.

—Lo que pasó fue muy duro para todos, Theo. —Su voz pierde unos cuantos tonos—. Cada uno lo manejó como pudo. No conozco sus motivos, no puedo culparla.

—Yo sí. —Inhalo profundo, no quiero sentir esta rabia que me consume—. La amaba, Mía. Iba en serio con ella, todos lo sabían. Le di el anillo de mamá… Estábamos haciendo planes para entrar a la facultad juntos. Mía, yo le estaba hablando de compromiso. Una puta locura. No entiendo cómo pudo…

Dejo que el silencio haga lo suyo, porque las palabras fallan.

—Tengo fe en que algún día vas a poder hablar con ella. Van a poder cerrar ese capítulo. —Me sonríe dulcemente.

—No puedo cerrar un capítulo que no terminé de escribir.

Me observa de reojo, sé que está al borde de las lágrimas. Mía es de esas personas que no pueden evitar sentir tanta empatía, ponerse en tus zapatos, vivir tu sufrimiento. Por eso suele salir lastimada en las relaciones, porque Mía se entrega sin reservas.

—¿Podemos cambiar de tema? —pregunto, intentando renovar los aires—. Te estás luciendo con esa torre…

—¿Tienes ganas de una competencia? —Achina los ojos—. Como cuando éramos chicos…

—No sé… —Inspecciono el castillo desde todos los ángulos—. Ya estás muy avanzada, tendrías ventaja. ¿Qué tan resistente es?

—¡No! ¡No, no, no! ¡Theo, aléjate!

Comienza a reír como posesa mientras intenta cubrir su fuerte.

—¿Podría resistir un ataque de la bestia? —pregunto maliciosamente, esperando el momento perfecto para destruir su creación.

—Sabes que te voy a correr por toda la costa si lo destruyes —amenaza—. No me importa ser adulta.

—¿Sí? —Me levanto—. ¿Me vas a correr como cuando te encontré besándote con una chica por primera vez? —La provoco—. ¿Cuántos años teníamos? ¿Trece? ¿Catorce? Estabas como un tomate…

Comienza a levantarse y aprovecho el momento. Con una sola patada, su castillo de arena se funde con el aire.

—¡Theo Blas!

Un grito. Una carrera. Una risa contagiosa. Una vida de recuerdos que te enseñan que no todo fue dolor, que alguna vez hubo luz al final del túnel.

—¿Tienes todo? —me pregunta, abrazándome por décima vez.

—Este bolso es todo lo que tengo, Mía. Tranquila, lo tengo asegurado por unos cuantos millones. —Le guiño un ojo.

—¿Vas a estar bien?

Quiero decirle que no lo sé. Quiero contarle el centenar de preocupaciones que se baten en mi cabeza cada vez que mi cara toca la almohada. Pero detesto ver cómo su ceño se frunce, lleno de desesperación.

—Sí. —Le pellizco la mejilla, intento quitarle peso a la situación —. No quiero que te preocupes, ya te lo dije.

—Me pides algo imposible…

—¡Basta de lágrimas! Se me va a ir el micro —digo, aunque sé que falta más de media hora para comenzar a subir—. Necesito que agarres esto sin chistar, por favor —murmuro, abriendo su puño y cerrándolo con unos cuantos billetes dentro—. Es por lo que pasó en la cabaña, quiero empezar a pagar los destrozos.

—No. —Intenta metérmelo en el bolsillo del pantalón.

—Enana, va a parecer que me estás acosando en público. Saca la mano.

—Theo, no. —Bufa, ya está enojada—. Necesitas la plata. Mi papá puede reparar los daños, la plata no es un problema para él…

—Ya lo sé. —Tomo el dinero y lo guardo el bolsillito de su campera de jean—. Sé que está forrado, pero no tiene por qué pagar por las consecuencias de mis actos.

—Ni siquiera fuiste tú, fue Alejo. Theo…

—Pero yo lo dejé entrar, técnicamente es mi culpa. —Pellizco de nuevo su mejilla—. Fin de la discusión.

—¿Me vas a avisar cuando llegues? —Me observa, los ojos bien abiertos, llenos de preguntas—. ¿Me vas a decir dónde vas a parar?

—Eres la única familia que tengo, Mía. Creo que la respuesta es obvia…

—Dilo.

Niego con la cabeza, sin poder creer lo insiste que es.

—Sí. Te voy a avisar de cada paso que dé. ¿Contenta?

—Promételo.

—¡Mía!

—Dale.

—Lo prometo. —Me llevo la mano al corazón—. Tienes mi palabra.

Una promesa. Un abrazo capaz de desterrar temores sin rostro. Un chiste malo. Una sonrisa. Un adiós. Un… hasta luego.

Estoy sentado en mi butaca, deseando que las luces se apaguen y mis ojos se cierren. Necesito descansar. Necesito algunas horas de inconsciencia. Necesito dejar de ver ese maldito cartel de *Se vende* y, tal vez, olvidar su sonrisa.

Me gustaría tener auriculares, poder escuchar un poco de música e ignorar el llanto hambriento de ese bebé que apenas puede respirar.

Tengo que comprarme varias cosas, actualizarme, ver qué es lo que el mundo hizo en cuatro putos años.

¿Cómo estará Pedro? ¿Qué le habrán llevado sus hijos esta semana? ¿Quién será su nuevo compañero de celda? ¿Estará solo? ¿Seguirá con su ridícula obsesión por la biblia y esa historia tan fascinante, pero historia al fin? ¿Seguirá pensando que todos podemos recibir la absolución, que todos podemos ser eximidos de nuestras culpas?

Me revuelvo incómodo en el asiento. Quiero que se apague la puta luz y mis pensamientos. Quiero llegar. Quiero aceptar la oferta de Ismael y volver a entrenar. Necesito golpear esa bolsa tanto como el aire que llena mis pulmones. Quiero ver a Bambi, ayudarla a devolver la tranquilidad a su frío hogar. Quiero arrancarle algunas sonrisas oscuras, quiero que me llame Cerdo egoísta. Quiero volver al simulacro de vida que tengo en el sur, allí, entre las montañas, los lagos y el anonimato.

El micro se mueve, finalmente. Mis ojos devoran la oscuridad de la noche, despidiéndose una vez más de lo que alguna vez fue mi hogar. Mi mundo. Mi todo.

Mi teléfono suena. Número desconocido.

—¿Hola?

Silencio. Pero no corta, me deja escuchar su respiración. Me hace saber que está ahí, que la llamada no es un error.

—¿Quién habla? —insisto.

Unos segundos más de vacío, y la llamada finaliza.

CAPÍTULO 30

ANNELIE

Roja y espesa como la sangre, la pintura se desliza sobre el lienzo blanco, impoluto, perfecto. El rostro amorfo empieza a humanizarse con cada trazo, cada pincelada de angustia vestida de paz. Miro mis dedos escarlata, antes de acariciar la tela y perfilar aquella nariz desconocida. Dejo que la *Suite* número 1 de *Bach* se convierta en el oxígeno que riega mis pulmones, que el chelo guie mi pincel.

Cierro los ojos cuando llega mi parte favorita. El pincel reposa entre mis dedos mientras la pintura humedece mi piel y la música escucha mis plegarias mudas, callando los miedos.

Estiro el pie hasta curvarlo, mi pierna se mantiene en lo alto, el casete suena a volumen máximo. Giro por el living, imaginando que llevo un hermoso tutú rosado y un perfecto y tirante rodete me recoge el cabello. Y bailo, bailo para un teatro lleno de gente que se emociona al escuchar al violín seguir mis pasos. Disfruto de la soledad, imaginando que la habitación no huele a humedad, que mi vestido no está remendado, que aún tengo el pelo largo, que mis medias son las zapatillas de ballet más lindas de la historia de la danza. Giro. Sigo girando hasta que la panza se me llena de mariposas y la risa me asalta cuando la melodía llega a su punto más alto. Casi puedo saborear la felicidad, cuando la puerta se abre y me corta la lengua.

Las mariposas mueren dentro de mi estómago, siento cómo la sangre se vuelve espesa y camina lento por mis venas.

—¿Qué es esa mierda? —Escupe a un costado de la puerta, avanza tambaleándose—. ¿Qué mierda estás escuchando? ¿Dónde están los demás?

—Es la Suite número 1 en sol mayor de Bach, Señor. —Aprieto las uñas contra mis palmas mientras se acerca a paso borracho—. Mamá está trabajando y los chicos todavía no volvieron de la escuela.

—En sol mayor… —murmura y una sonrisa demoníaca le cruza la cara—. ¿Y tú qué mierda sabes de música?

Trago duro, mantengo la cabeza gacha, me concentro en la sombra que el sol dibuja sobre el parquet encerado y digo:

—Estudiamos música en la escuela con el maestro Sebastián. ¡Dice que soy la que más rápido estoy aprendiendo a tocar el violín! —digo, entusiasmada al recordar la clase del lunes—. Si tuviera un violín propio podría practicar y sería la mejor del…

Un golpe sordo, la radiocasetera se hace pedazos contra el suelo de madera. Bach deja de sonar y algo muy dentro de mí se rompe.

El timbre sobresalta mis nervios, el pincel cae al suelo y mis ojos se clavan en la puerta.

Agarro el trapo que cuelga del atril y me limpio las manos antes de asomar el ojo por la mirilla.

Mi pulso se dispara y siento la garganta seca mientas sopeso mis opciones. Finalmente, inhalo profundo y abro, engrampando mi mejor sonrisa.

—Olivera —digo, sonriendo a más no poder.

—Señorita Amat. —Me sigue el juego y pasa. Noto la estela amarga que deja en el aire.

—¿Ahora también tengo que trabajar en mi día libre? —Intento sonar fresca y simpática, exactamente como me conviene.

—No sería libre si estuviera aquí por temas de trabajo, Annelie. —Mira alrededor, el caos en que se convirtió mi living después de que alguien decidiera entrar a la fuerza y destruir todo lo que tengo —. ¿Qué pasó?

Poso la vista en la pared, en la gran mancha de pintura que cubre aquella frase que está tatuada en mi retina. *Sé quién eres.*

—Estoy remodelando —miento—. Quiero ponerle un poco de color a esa pared. —La señalo—. Hay demasiado blanco, es todo muy frío —digo, cómo si un poco de color pudiera darle calidez a un hogar muerto.

Sigue inspeccionando todo, sus ojos siempre fueron lupas en lo que respecta a mí. Va a sentarse en el sofá, pero le advierto que está roto, entonces se queda de pie junto a la ventana.

—¿Volviste a pintar? —pregunta lo obvio, estudiando el rojo intenso que salpica el lienzo.

—Supongo que lo hago cuando tengo tiempo libre. —*Cuando necesito callarlos y el agua o el filo no es suficiente.*

—Parece que tienes mucho tiempo libre últimamente…

Siento el ácido que desprenden sus palabras. El tono de su voz me alerta.

—No tanto como me gustaría —miento otra vez en un intento por parecer una persona normal.

—¿No? —Su ceño se frunce mientras se acerca a mí—. Yo creo lo contrario. Tienes tanto tiempo libre, que estás empezando a usarlo mal.

Sigo pegada al atril, limpiándome las manos con nerviosismo.

—No entiendo a qué se refiere.

—¿No? —Me acecha. Él siempre me acecha—. ¿Luca Alonso no

te dice nada?

Mi cuadro pierde color, el aire se oxida entre nosotros.

—¿El imbécil del departamento de Marketing? —escupo, casi con asco—. No. De hecho, no sé cómo consiguió el trabajo, es un incompetente que no puede resolver nada solo.

—Ese mismo imbécil. —Asiente, un centímetro más cerca que antes—. El mismo con el que te estás acostando delante de mi nariz.

Las palabras se extinguen a mi alrededor. El trapo se me cae torpemente de las manos. Me agacho para levantarlo, pero él lo hace por mí.

—No sé de qué…

—No te molestes en negarlo. —Niega con la cabeza. Leo la furia en su mirada—. Tengo fuentes muy confiables, Annelie… ¿De verdad pudiste ser tan estúpida? Te creía más inteligente. Meterte con alguien de la empresa… De *mi* empresa.

—Luca lleva meses acosándome, pero jamás le di esperanzas —logro articular, sabiendo que acostarme con ese imbécil fue el peor de mis errores en mucho, mucho, tiempo.

—Dime, Annelie —sus dedos me acarician el pelo, mi cuerpo se vuelve piedra—, ¿cuántas veces te lo dije?

—De verdad —insisto—. No pasó nada realmente, son todas alucinaciones suyas.

Me sonríe mientras pasa su pulgar por mi labio inferior y, por un instante, creo que picó el anzuelo. Pero un golpe ensordece el mundo y nubla mi vista.

—Mira lo que me hiciste hacer…

Las piernas me tiemblan, mi cuerpo se desliza por la pared hasta tocar el suelo. Me llevo la mano al ojo mientras sofoco un grito y mi visión es una noche estrellada.

—¡Sabes que no me gusta compartirte con nadie! —Golpea el bastidor, mi lienzo cae—. ¡Eres mía! ¡Mía! Yo pagué por ti, Annelie. ¿Por qué no lo entiendes?

Sollozo en silencio, ahogando las lágrimas, cubriéndome la cara con los brazos, aceptando la negrura que me abraza.

Siento su aliento cerca, sus caricias en mi pelo.

—Mírame —susurra con siniestra dulzura. Levanto la cabeza y lo intento, pero mi ojo derecho tiembla y apenas puedo abrirlo—. Ponte hielo y no aparezcas por la empresa hasta que se te vaya —sentencia, señalándome la cara—. Y cuando toco el timbre, abre. No me gusta insistir.

Su tacto se aleja. Hundo el rostro entre las piernas, hasta que la puerta se cierra.

Sé que llevo horas en la misma posición. Lo sé porque tengo las piernas entumecidas y la cara acartonada de tanto llorar. Me arrastro hasta lograr levantarme. El sol se oculta entre las montañas cuando cierro la ventana y me dirijo al baño. La cabeza me da vueltas y el corazón se acomodó en mi garganta. Mis manos se aferran al lavatorio, intento regularizar mi respiración y pensar con claridad. Me obligo a levantar la cabeza, a clavar la vista en el espejo.

—Hijo de puta… —susurro y ahogo un grito, que termina en arcada.

Inhalo y exhalo como una bestia mientras mis dedos recorren el azul morado que empieza a cubrir mi párpado. Me esfuerzo por abrir el ojo, ignorando los pinchazos que se disparan directo a mi sien. Veo el derrame, aprieto los puños, intento tranquilizarme. Abro la canilla y mojo una toalla con agua tibia, la paso por todo mi rostro y respiro contra la tela.

El timbre suena y mi cuerpo se paraliza. El golpeteo en la puerta hace que reaccione. Atravieso la habitación a paso mareado y desesperado, recién tomo consciencia de que *Bach* sigue sonando.

«¿Si es él otra vez? "Y cuando toco el timbre, abre. No me gusta insistir"»

Mis dedos cosquillean, dormidos, pero se aferran al picaporte y tiran.

Unos ojos grises me observan, atónitos, entre las sombras del atardecer. Theo está parado, con su campera de cuero y un pequeño gato negro entre los brazos.

CAPÍTULO 31

THEO

Cada vello de mi cuerpo se eriza, el ronroneo de Tyson pasa a un segundo plano y el filo de sus pequeñas uñas es solo un recuerdo. Mis piernas se aferran como raíces a la entrada, dejándome petrificado, con la mirada absorta en el moretón violáceo que rodea el ojo derecho de Bambi.

Abre la boca, pero mi cerebro no puede decodificar sus palabras porque que está intentando descifrar qué carajo le pasó a su rostro.

La alarma se dispara en mi interior en cuanto recuerdo los acontecimientos de la última semana.

Defensa personal. Un extraño en casa. Un mensaje. Una amenaza. Miedo.

Mi mano la hace a un lado, entro sin invitación. Los portazos suenan a mis espaldas mientras reviso la casa, aún con el gato en brazos, buscando un par de piernas que romper.

—¡No hay nadie, Theo! —grita y siento sus pasos persiguiendo los míos—. ¡Te digo que no hay nadie!

Cierro la puerta corrediza del parque, asegurándola, y retrocedo. Agarro un almohadón del sofá roto, lo pongo en el suelo y acuesto a Tyson sobre él. Apago la puta música clásica antes de volverme loco.

Annelie sigue parada cerca de la puerta, cabizbaja, cuando me acerco y tomo su rostro entre mis manos.

—¿Quién te hizo esto? —pregunto, arrepintiéndome en el acto por la dureza de mi voz.

—No es nada. —Sus ojos siguen adorando el piso de madera, no es capaz de mirarme—. Me resbalé al salir de la pileta y…

—No. —Aprieto ligeramente sus mejillas, elevando su rostro hasta que me mira. Me cuesta ignorar el derrame en su ojo—. Sin mentiras. Basta. ¿Quién mierda te hizo esto, Bambi? Contéstame. Confía en mí.

Suspira y me observa en silencio. Mi pulgar traza suaves círculos en su pómulo mientras espero una respuesta que calme mi ansiedad o haga estallar la granada en mi bolsillo.

El labio inferior le tiembla antes de gritar:

—¡No estoy mintiendo! —Arranca mis manos de su rostro—. ¿Quién eres para pedir explicaciones? ¡¿Eh?! —Se aleja—. Pasaste sin que te invitara. No estoy para recibir a nadie. Vete, Theo.

—¿Quién fue? —insisto, ignorando la forma en la que intenta evadirme—. Quiero una respuesta ahora, antes de arrastrarte hasta una comisaría y contar todo. —La desesperación en su mirada me hace saber que di en el blanco—. Sí. Noticia de última hora, Annelie, no soy estúpido. Entran a tu casa y no roban nada, solo destruyen todo. Te amenazan repetidas veces y ahora te golpean. ¿Qué tan imbécil crees que soy? ¿Realmente piensas que no veo lo que está pasando?

—No está pasando nada —sigue negando, pasándose las manos por el pelo largo—. Y sí, realmente te creo más imbécil de lo que pareces. Ni siquiera puedes entender una simple explicación… Me resbalé al salir de la pileta. Punto. Sabes que me la paso en el agua.

—¿Sí? —Avanzo, pienso acorralarla hasta que lo suelte y me importa una mierda cuánto tenga que presionar—. ¿Un resbalón? Porque para mí parece un golpe de puño. Una trompada, Annelie, y sé que tiene nombre y apellido.

—No entiendo por qué no me crees, por qué insistes, por qué te metes en mi puta vida. ¿Qué te da derecho? —Se pasa la mano por la frente en un gesto casi teatral—. Theo, necesitas parar ya con este numerito. Lo único que quiero de ti es sexo, y no puedes negar que solo buscas lo mismo.

El Cazador entra en escena y está dispuesto a tocarme las pelotas.

—¿Sabes qué es lo que más me molesta? —digo, bajando la voz, acercándome hasta la pared donde reposa su espalda—. Que creí que habíamos avanzado. Honestamente, creí que habías entendido que puedes confiar en mí. Que podemos ser amigos. Que me interesa conocerte, además de revolcarme contigo en una cama. —Apoyo las palmas de las manos en la pared, dejando su cabeza entre mis brazos—. No me estoy haciendo el príncipe, no te amo ni pienso proponerte casamiento, no estoy jugando ningún jueguito de seducción, estoy mostrándote que puedes confiar en alguien más allá de las sábanas. Creí que te lo estaba demostrando de sobra, Bambi, pero veo que me equivoco.

El silencio roba el oxígeno entre nosotros.

—Si no vas a confiar en mí, voy a cruzar esa puerta —la señalo, sus ojos siguen mi gesto— y no voy a volver.

Espero, buscando la paciencia que perdí hace algunos minutos. Sus labios siguen sellados, su mirada está perdida en algún lugar.

—Entendido, Bambi —murmuro, muy cerca de su boca, y giro para agarrar al pobre gato y no pisar más esta maldita casa.

—¡Está bien! —grita y vuelvo a dejar a Tyson sobre el

almohadón—. No te vayas. Yo… —Mantengo la distancia, dejo que acomode sus palabras—. Carajo —masculla y se desliza hasta sentarse en el piso—. Nunca dejé de verlo. Todo lo que tengo es gracias a él. Mi título, mi trabajo, esta casa, todo. No acaté las reglas y este es el puto resultado. ¿Contento? ¿Ya vas a dejar de amenazarme con sacarme tu amistad? ¿Vas a dejar de meter el dedo en la llaga?

Decido pasar por alto el pánico con que su voz se aferra a la palabra *amistad*, porque estoy demasiado aturdido para ocuparme de eso ahora.

—No… —Me aclaro la voz y el pensamiento—. No sé si estoy entendiendo. ¿Hablamos de…?

—Sí. —Su mirada parda está clavada en la mía, el estómago se me retuerce al ver la inflamación de su ojo—. Hablamos del tipo al que le vendí mi virginidad. Sí, estoy loca y soy una persona horrible. Tengo un pasado de mierda y un futuro que prende de un hilo. ¿Todavía quieres ser mi amigo?

Dejo que su risa amarga me dé un minuto para pensar.

—¿Por qué lo sigues viendo? —presiono, de pie frente a su cuerpo frágil y vapuleado—. ¿De qué reglas estamos hablando? ¿Cuántas veces pasó esto?

Esquiva mi mirada hambrienta de respuestas y sangre.

—No acostarme con nadie más mientras sea suya —dice con simpleza.

—¿Mientras seas… *suya*? —Mi ceño se frunce con asco—. ¿Estás enamorada de él o tienes alguna retorcida variante del síndrome de Estocolmo? ¡¿Por qué mierda sigues viendo a ese tipo?!

—¿Enamorada? —Ríe, sus manos sostienen su cabeza—. Sigo viéndolo porque estoy usándolo. Lo usé para empezar una nueva vida, lo usé para poder estudiar, lo usé para conseguir un respetable puesto de trabajo, lo usé para conseguir una casa, lo usé para…

—Estás tan equivocada, Bambi —la interrumpo, no puedo escuchar más. Estoy a una palabra del vómito—. Tú no lo usaste, es él quien te usó y te sigue usando. Eras menor de edad, Annelie. El tipo es un pederasta, ¿entiendes eso?

—Fui yo quien accedió —sostiene con firmeza—. Fue mi decisión, nadie me obligó. Él jamás me obligó.

—¡Por favor, no lo defiendas! —estallo, asqueado—. ¿Fue tu decisión? Bambi, eras una nena, eras vulnerable, estabas sola… ¿De qué decisión hablamos? Actuaste por pura desesperación.

—¿Y tú qué sabes? —Ahí está el Cazador, otra vez—. ¿Y si me gustó? ¿Y si por eso seguí haciéndolo?

—¿Si te gustó prostituirte? —Presiono y se hunde en el silencio—. Supongo que si te hubiera gustado la prostitución, al menos la ejercerías bajo tus propias reglas, sin que ningún viejo verde te pusiera un dedo encima.

—No entiendes… —susurra.

—Eres tú la que no entiende, Annelie. ¿No te das cuenta? —Camino dos pasos, me siento a su lado—. Estás presa de su repugnante juego. Es él quien te usa, es él quien tiene el poder. ¿No ves lo siniestro y repulsivo que es esto? Más allá de la violencia de género, que es algo injustificable, él te ve como un pedazo carne. Un pedazo de carne *suyo*, que no piensa compartir.

—Todos me ven como un pedazo de carne.

—Yo no, Bambi.

Su mirada herida batalla con la mía, y poco a poco se llena de lluvia.

—No me importan los motivos que te llevaron a hacer lo que hiciste —intento explicarme, en voz baja, mientras le acomodo el cabello detrás de la oreja—. No voy a juzgarte cuando ni siquiera puedo juzgarme a mí mismo. No tienes que pretender nada estando conmigo. Solo necesito que entiendas que esto no es normal, Bambi. —Cierra los ojos, su pómulo herido busca mi caricia tímidamente—. No eres suya, no eres de nadie. No eres algo que se pueda comprar, no tienes un precio. ¿Me escuchas? No puedes permitir que te golpee, bajo ningún punto de vista. Esto tiene que acabarse hoy mismo. Ahora.

—Lo tengo controlado, Theo. Soy yo quien lo está usando, créeme.

—¿Te miraste al espejo, Annelie? Ese ojo grita de todo menos control —insisto, perdiendo la paciencia—. Intenta mirarlo desde afuera, estás ahogándote en una relación poder-sumisión. Eres la víctima en esto. No tienes las de ganar, Bambi. No lo estás usando.

—¿Me vas a explicar qué hace ese gato sobre mi almohadón? —Me esquiva.

—¿De verdad vas a cambiar de tema? Porque yo no pienso dejar pasar ese golpe. No hay forma, ya no hay vuelta atrás.

—Theo, soy adulta. Tomo mis propias decisiones, manejo mi vida. Esto es lo que estoy eligiendo.

Niego con la cabeza. ¿Cómo puede estar tan ciega?

—Eres un títere. Su títere. —Señalo la pulsera que siempre lleva en la muñeca izquierda—. *¿Libertad?* A mis ojos, sigues presa.

—Soy libre, Theo. —Percibo la angustia jugando con su voz—. Soy libre desde los dieciséis años, créeme. No tienes idea de lo que

es ser una víctima. No sabes lo que es estar preso, sentir que cuatro paredes de mierda te comen los huesos.

La frustración se apodera de mi voz, la verdad pica en mi garganta. Quiero gritarlo. Quiero decirle que sé perfectamente de lo que habla, que nadie puede saberlo más que yo, que pasé cuatro años de mi vida buscando caras en las manchas de humedad del techo de una celda compartida. Pero callo. Callo porque no es mi momento de brillar, es el suyo. Ella es la protagonista hoy.

—¿Vas a contarme qué haces aquí y por qué trajiste a esa bola de pulgas? —Señala a Tyson.

—Esto no queda así. —Niego con la cabeza—. No voy a parar hasta que lo entiendas, y si llego a verte un solo puto golpe más, esto se va a poner feo. Lo sabes. Sabes que voy a ir a buscarlo.

Me observa, haciendo un esfuerzo descomunal por mantener abierto su pobre ojo. Abre la boca para escupir su desconfianza, pero la freno.

—No. —Levanto la mano—. Basta de cuestionarlo todo. Ya te lo dije, somos amigos, no voy a ignorar que un enfermo hijo de puta casi te arranca un ojo de la cara. No lo intentes. Basta. Tu terquedad me está rompiendo demasiado los huevos y hoy estoy cansando.

—Iba a preguntarte de donde salió Pulgoso. —Señala con la cabeza al pequeño gato negro y de ojos pardos, que duerme ajeno al caos.

—Se llama Tyson, no Pulgoso —corrijo.

—Tyson —susurra—. Interesante. ¿Nueva mascota?

—*Tu* nueva mascota.

Su rostro demuda.

—¿Estás borracho?

—Estás muy sola, la casa es demasiado grande… Necesitas compañía. —Me levanto, tomo a Tyson entre los brazos y lo acerco a Bambi—. Mira lo que es, son quince centímetros de pura ternura y uñas afiladas. Me recuerda a ti…

—¡Aléjalo! —Retrocede como si fuera un puma salvaje en lugar de un inofensivo gatito—. ¡Te dije que no me gustan los animales! No lo quiero.

—Me dijiste que no te gustaban los perros, nunca hablamos del resto de los animales…

Sigo acariciando el lomo del felino, acercándome otra vez a la morocha de tristes ojos pardos.

—Vamos, Bambi, mira cómo ronronea —insisto—. Tócale el pelo, es suave.

—No lo quiero, Theo. —Levanta la mano para que no me

acerque—. No quiero animales, no puedo cuidarlo.

—Los gatos son independientes, se cuidan solos —explico, acariciando el pelaje brilloso—. No seas tan arisca, Bambi. Te hará compañía, te dejará la casa libre de bichos y ratas.

—No tengo ratas, no me interesa. Además, ¿de dónde lo sacaste?

—Estaba tirado al costado de la ruta, dentro de una caja —explico y vuelvo a sentir el nudo en la garganta. ¿Por qué la gente es tan hija de puta?—. Con sus tres hermanitos, muertos.

—¿De verdad? —dice en voz más baja. Creo ver un atisbo de empatía en sus ojos.

—Sí. Me recordó a ti. Pelaje negro y brillante, ojos pardos, pequeño, frágil y dócil, pero también traicionero, luchador, arisco, necesitado y… solo. ¿Por qué no vas a darle una oportunidad? Necesitabas un amigo, y aquí estoy. Ahora Tyson lo necesita, ¿vas a negarle tu amistad?

Me observa, mira al gato, su boca se abre y vuelve a cerrarse, se pasa la mano por la frente en auténtico gesto de frustración y luego dice:

—No me gustan los animales. No lo quiero.

—¿Escuchaste eso, Tyson? —le hablo al gato, luego clavo los ojos en ella—. Parece que alguien ya olvidó lo que es sentirse sola.

CAPÍTULO 32

ANNELIE

¿Olvidar lo que es estar sola? ¿Yo?

—¿Puedes poner a la bola de pulgas en el suelo y darme la clase de defensa de una buena vez?

—Tyson —me corrige, la sonrisa tira de sus labios—. Se llama Tyson.

—Bueno —exagero la voz—, ¿puedes dejar a Tyson en el suelo?

—Gracias por preguntar cómo me siento —dice mientras se agacha y deja a la pelota de pelo sobre el almohadón. Mi almohadón.

—¿Para qué voy a preguntártelo? Evidentemente ya te sientes mejor, de lo contrario no estarías aquí…

Me observa y no puede ocultar esa insoportable risita con aires de superioridad.

—A veces creo que eres de otro planeta, Bambi.

—No puedo decir lo mismo, no veo la inteligencia superior…

—*Touché*.

—Un placer…

Se sacude las manos y la ropa, no deja de mirarme el ojo y me desespera. También lo hace el corte en su mejilla, pero no pienso preguntar.

—No sé si es buena idea que practiquemos con tu ojo así. Tienes un derrame, no quiero que hagas fuerza. Podemos…

—¿Y si me enseñas algo fácil, básico? —Lo interrumpo, ligeramente desesperada—. Algo que no implique movimientos demasiado bruscos.

—Puede ser… —Me analiza, dándole un repaso descarado a mi cuerpo—. Vas a necesitar ponerte en forma —dice y mi ceja se alza con vida propia—. No me malinterpretes, estás buenísima, pero eso no significa que estés fuerte y en forma. ¿Sales a correr?

—Con lo que fumo, si corro más de dos cuadras escupo un pulmón.

—Eso tiene que cambiar, Bambi. —Corre la mesa ratona, creando espacio—. Necesitas comer bien, y cuatro veces al día, además de ejercitarte para fortalecer los músculos. De lo contrario, vas a quedarte en el primer nivel. En lo básico. No digo que lo básico no sirva, pero… el conocimiento nunca sobra.

—No pienso dejar de fumar —ataco por capricho.

—No te estoy manejando la vida, es una sugerencia…

—Sugerencia aceptada. —Me acerco al centro de la habitación.

Sonríe con arrogancia y se saca la campera, que tira en una esquina.

—¿Tienes leche?

—¿Ya es hora de la chocolatada del pequeño Theo? —pregunto, ladeando la cabeza, sonriendo sin querer.

—No. —Su mirada gris se come mi sonrisa—. Es hora de la leche del pequeño Tyson. ¿Tienes?

Miro a la bola de pulgas, pequeña y… frágil. Asquerosamente frágil. Como yo.

—Ya vengo —murmuro, dirigiéndome a la cocina.

—¡Tienes que entibiarla! —grita mientras me alejo—. Para que no le haga mal a la pancita…

Niego con la cabeza, pensando cómo puede engañarte un montón de músculos y tatuajes.

—No —masculla por quinta vez—. Lo estás haciendo mal, porque no estás escuchando. No tienes que permitir que maneje tu cuerpo. No debes gastar tu energía forcejeando, Annelie.

—Ya está, basta. —Me siento en el piso, estiro las piernas. Una fina capa de sudor me cubre el rostro—. Me rindo, evidentemente no me sale.

—Si todos nos rindiéramos tan fácil, Bambi, no existiría el mundo tal y como lo conocemos.

Bebo otro sorbo de agua, ignorándolo, enfocándome en el gato que duerme sobre mi almohadón.

—Ven, vamos a intentarlo otra vez. Todo en esta vida es cuestión de ganas y práctica…

Me levanto, bufando como la niña malcriada que puedo llegar a ser.

—Repetimos —dice, poniéndome de espaldas, situándose detrás de mí—. Te sorprendo por detrás y te agarro con ambos brazos a la altura del pecho —dice, pegándose a mi espalda—. Ya te tengo, puedo levantarte y meterte en un auto o llevarte a rastras. Lo que sea. ¿Qué haces para ponérmelo difícil? —pregunta, y mi cerebro intenta recordar los movimientos—. Primero, enroscas tu pie alrededor de mi tobillo —indica, y llevo el empeine hasta su tobillo, situándolo detrás—. Esto impide que yo pueda caminar con tu cuerpo a cuestas, porque estás dominando mi pierna. Ahora, hay que intentar zafarse. ¿Cómo lo hacíamos?

—Intento llevar todo mi peso hacia abajo, agachándome, y te golpeo con la cola hacia atrás. Mientras este movimiento te desestabiliza, te agarro del tobillo y tiro hacia arriba, haciéndote caer —digo, manejando el ritmo de mi respiración, ignorando la punzada en mi ojo.

—Exacto. Vamos, hazlo —presiona.

Me impulso hacia abajo, desbalanceándolo, y mi cola golpea su entrepierna, inclinándolo hacia atrás. Tomo su tobillo derecho y lo levanto, haciendo que pierda su equilibrio y caiga.

—Perfecto —dice, incorporándose—. No importa si golpeaste hacia atrás con suficiente fuerza o no, mi centro ya perdió equilibrio, son unos segundos en donde yo caigo y tú corres por ayuda. ¿Entendido?

—Entendido.

—Repetimos dos veces más.

—Deberías descansar, fue un día largo…

Lo miro de costado, vuelvo la vista a las estrellas. La caja de la pizza sigue sobre el pasto, entre los dos. La botella de cerveza está vacía, y mil preguntas llenan el aire.

—No hay días cortos o largos. Todos tienen veinticuatro horas, pequeño Theo.

Una risa tosca es regalada al cielo, que se viste de noche.

—Sigo pensando que deberías descansar —insiste.

—¿Quieres saber qué pienso yo?

—Nada me intriga más que esa cabeza, Bambi…

—Pienso que deberíamos jugar a *La botellita*. —Sostengo la botella de cerveza vacía, la dejo acostada entre los dos.

—¿No te parece que estamos un poco pecadores para un juego tan inocente? —pregunta, achinando su mirada gris—. Además, ya te di mucho más que un par de picos.

—No me interesan los picos —aseguro, aunque no me vendría mal saborear la cerveza de su boca—. Me interesan las respuestas.

—No te sigo…

—Giramos la botella, el que sale apuntado responde una pregunta. Cualquier pregunta.

El misterio y la excitación bailan en sus ojos.

—No estoy seguro de que me guste del todo la idea, Bambi…

—Si nunca lo intentas, nunca lo sabrás…

Sus ojos me devoran con ansias, hasta que finalmente asiente con la cabeza.

La botella gira con rapidez entre los dos y deja de bailar lentamente, apuntando al monstruo cubierto de tatuajes.

—Uff… —susurro, negando con la cabeza, saboreando la prematura victoria.

—Con piedad, Bambi, por favor.

—¿Alguna vez te enamoraste? —pregunto en voz baja, como si estuviéramos hablando de algo prohibido.

—Sí —responde, haciendo girar la botella otra vez.

Asiento con la cabeza, no del todo satisfecha.

—Bueno, parece que hoy la mala suerte te acompaña. —Miro cómo el pico apunta a Theo en una perfecta línea recta—. Mmm… ¿Tienes algún secreto que quisieras llevarte a la tumba?

—No. —responde, sin pensar, y suena convincente.

La botella gira enloquecida, hasta que apunta recelosa.

—Ya era hora —dice—. ¿Alguna vez te enamoraste, Bambi?

—Qué poco original…

—No escucho la respuesta.

Me pierdo en sus ojos, ahogándome en mi oscuridad, buscando aquella luz que todos prometieron.

—No. —susurran mis labios.

El vidrio amarronado vuelve a bailar, mi mirada se pierde entre las montañas, que en la noche no parecen más que fantasmas…

—¿Algún día vas a confiar lo suficiente en mí como para contarme quién te hizo así? —dice en voz baja.

Miro la botella, el pico me apunta con rencor.

Theo suspira, mi vista reposa en el humo gris de sus ojos.

—Tal vez, cuando conozca el significado de *confianza*.

Asiente con la cabeza, se rasca la barba incipiente que sombrea los ángulos de su rostro.

—Tu turno. —Señala la botella.

Mis ojos giran, hasta que el pico me apunta.

—¿Puedo fingir inocencia y pedir el beso que me corresponde?

Su mirada refleja una fogata que no existe; la mía, un anhelo primitivo de saciar la sed de cariño.

—¿Por qué? —Su voz es suave y varonil.

—Quiero dejar de pensar y eres bueno distrayéndome.

Alza una ceja, arrogante. Se acerca, su fragancia intensa me abruma y me enceguece. Pega su boca cálida a la mía, bebo la cerveza de sus labios y le comparto un poco de mis miedos.

—Cómo me gusta esa boca, Bambi… —susurra sobre mi mentón mientras mi espalda toca el césped húmedo por el rocío nocturno.

El beso vuelve a recobrar su fuerza, su lengua sigue buscando la

mía. Mis ojos se cierran pero sigo viendo las estrellas, sintiendo el calor de su cuerpo robusto contra el mío, sintiéndome… protegida.

—¿Qué clase de amigos se comen así? —murmuro entre jadeos suaves, sintiéndome caníbal, ansiando su carne.

—Algunos se comen con la mirada; otros, con la boca. —Sus dientes atrapan mi labio inferior—. Yo prefiero comerte con las dos.

Besa suavemente el moretón que abraza mi ojo, antes de volver a mi boca. El gesto es sutil, pero encierra un sentimiento del cual fui privada toda mi vida: empatía.

Mis ojos se nublan y comienza a llover, pero sus labios parecen ser el paraguas perfecto para cubrirnos de todos mis miedos.

—¿Estás lista? —pregunta, hoy tiene la voz dulce.

—Hace frío, no quiero —digo y miro de reojo a Caín—. ¿Dónde están los demás?

El olor a humedad del sótano me da náuseas, las luces amarillentas hacen que mis ojos ardan.

—Será rápido. —Me junta con Caín, uno al lado del otro, los brazos bien pegados—. Vamos, las toallas.

Veo cómo Caín le da su toalla, su piel blanquísima queda al desnudo. Mis manos se aferran a la tela que cubre mi pequeño cuerpo.

—La toalla, Annelie —susurra. Hoy soy Annelie, no Engendro. Siempre que hay que hacer fotos soy Annelie.

Tengo la piel de gallina cuando la toalla abandona mi cuerpo. Aprieto los puños, intento no mirar a mi hermano.

—¿Por qué tenemos que hacer esto, Señor? —pregunta Caín en voz muy baja—. ¿Dónde está mamá?

—Es para registrar el cambio de sus cuerpos, están creciendo —dice, pero sé que miente. Los papás de mis compañeras de clase hacen marquitas en los marcos de las puertas a medida que van creciendo, y siempre están vestidas. Todos siempre están vestidos.

El flash de la cámara me enceguece, la mano de Caín aprieta mis dedos. Cierro los ojos y recuerdo nuestro pacto.

—Cuando bajamos no nos miramos y nunca más hablamos de esto. ¿Sí? —preguntó, sosteniendo la linterna, alumbrando el interior de nuestra cueva de sábanas—. Si no pensamos en eso, tal vez… deje de pasar —susurró, con ojos chispeantes de ilusión.

Mi boca está seca y mi pulso estalla como fuegos artificiales dentro de mi cuerpo. Abro los ojos y una bocanada muda me llena de vida. Mis manos se aferran a la sábana, llevándola hasta mi pecho.

Theo duerme a mi lado, desnudo, abrazado a Tyson, que ronronea entre sus brazos. Suspiro ante la extraña visión y, por un instante, hasta me parece… tierna. Después pienso que tendré que tirar las sábanas o regalárselas al pulgoso gato.

Me levanto, sacándole el sonido a mis movimientos, sin despertar a los dos animales que duermen en mi cama.

Las luces de la cocina se encienden, abro la heladera en busca de agua o un buen trago de cerveza helada. Paseo en ropa interior por todo el living, intentando olvidar el pánico en los ojos de Caín, intentando no pensar en dónde estará a estas horas. Cómo estará…

—Ya no le debes nada —susurro para mis voces. Que no se callan. Jamás se callan.

Sigo dando vueltas, hasta que mis ojos se topan con el bolso negro de Theo. Miro hacia la puerta de la habitación, donde duerme la bestia, miro el equipaje otra vez.

«¿Por qué siempre lo lleva a todos lados?»

Me agacho y abro el cierre muy despacio, sin hacer ruido. Ropa perfectamente doblada, cepillo dental, perfume, jabón y un cuaderno negro. Mis ojos van y vienen desde la puerta a la libreta. La ansiedad pica en mis dedos cuando la abro y leo:

Enero, 2016

Otro año, otra navidad en la que nadie vino a visitarme. No recuerdo lo que es un abrazo, un beso o un apretón de manos. Extraño a Mía, pero no puedo permitir que me vea así, que entre a un lugar como este.

Apenas puedo dormir. Quiero dejar de soñar con mamá y Felipe, quiero dejar de ver la sangre cubriendo sus ojos.

Necesito hablar con Valeria, explicarle lo que pasó, que sepa que todo fue mentira. Necesito que alguien me escuche gritar, me estoy ahogando entre estas rejas.

—¿Qué estás haciendo?

El cuaderno cae.

Sus ojos son fuego.

CAPÍTULO 33

THEO

La adrenalina viaja como un subidón de coca por todo mi cuerpo.

Sus ojos son dos faroles pardos, vibrantes, expectantes.

—¡¿Qué mierda estás haciendo con esto?! —Me acerco, intentando ignorar el hormigueo que sube por mis piernas, y le arrebato el cuaderno antes de que consiga levantarlo del suelo—. ¡¿Qué mierda haces revisando mis cosas?!

—Yo… —Su cuerpo semidesnudo trastabilla, dando un paso hacia atrás—. Yo no…

—¡¿Qué?! ¿Vas a decirme que no querías hacerlo?

La rabia me consume, me enceguece y martillea mis sienes. Me doy vuelta y golpeo la pared, agrietando mis nudillos.

—¡Carajo, Bambi! —Mi voz se sulfura—. ¿Cuánto leíste? ¿Qué leíste? Por… ¿Por qué mierda te metes donde no te llaman?

Apenas queda un vestigio de la sed que me despertó. Todo es furia bruta y visceral, palabras mudas. Silencio, que ella rompe.

—¿Estuviste preso?

Su voz prende de un hilo, igual que mi autocontrol.

Busco la respuesta en sus ojos mientras mi cabeza se llena de imágenes.

Ese día. Mía. Las lágrimas de Valeria. La furia de mi padre. El penal. Mi celda. Pedro. La soledad. La sangre. Bambi. Sus besos. Su cicatriz. El miedo en sus ojos, aquella noche de lluvia.

—No… —susurro, antes de que mi cerebro decida qué decir.

—¿Vas a decirme que no era tuyo? —Señala el cuaderno entre mis manos—. ¿Vas a mentirme? ¿Así se supone que me demuestras que puedo confiar en ti?

Sus palabras orbitan en mi pecho.

—Sí, estuve preso.

—¿Hay algo más en lo que hayas mentido?

—Mi apellido. —Aprieto el cuaderno—. Soy Theo Blas. Te mentí porque eres de las pocas personas que no me reconocieron por las noticias o los putos diarios amarillistas. Te mentí porque quería que me conocieras por quien soy, no por el apellido que llevo, ni por mi causa penal. Te mentí porque necesitaba sentirme aceptado, no juzgado.

Espero ver lástima en sus ojos, desconfianza, tal vez miedo, pero

nada me prepara para el huracán que desata su voz.

—¡Hipócrita! —grita, sacudiendo la cabeza, moviéndose por la habitación—. ¡Me pides que confíe en ti! ¡Juegas al amiguito, sabiendo… lo que me cuesta! Sabiendo que… —El tono de su voz se quiebra, dejando la frase inconclusa.

—¡¿Hipócrita yo?! —Soy dinamita—. Dime cuántas mentiras hay en tus verdades. ¿Me crees tan iluso? Sé que de cinco palabras que salen de tu boca, tres son mentira. Y ahora el hipócrita soy yo por ocultarte algo tan…

—¿Tan qué? —Me observa de reojo—. ¿Te da vergüenza decir que estuviste preso?

—No te atrevas a juzgarme, Annelie. Los dos sabemos que no eres quién.

—Vete.

Como siempre, busco emociones en su mirada. Buceo en un lago pardo, inanimado, apático.

—¿Qué? ¿No quieres saber la historia? —Alzo una ceja, tiro el cuaderno adentro del bolso—. ¿Me vas a echar así? ¿Sin poder explicarme? ¿Vas a dejar que la curiosidad te mate?

Me observa, recelosa, desde la otra punta de la habitación, cubriéndose el pecho semidesnudo con los brazos.

—¿Cuándo ibas a contármelo? Si es que ibas a hacerlo… No lo puedo creer… ¡Te la pasas en mi casa y me acuesto contigo!

—Tal vez cuando tú me contaras quién te hizo así, qué significa la puta cicatriz que te cruza la espalda, por qué tienes pesadillas cada noche, por qué alguien te amenaza, por qué te dejas golpear, por qué estás sola, por qué tienes tanto miedo…

—Vete, Theo… —casi susurra, pasándose las manos por la cara —. Era cuestión de tiempo hasta que esto pasara. Lo que sea que quisiste inventar entre nosotros estuvo bien, pero lo dos sabemos que no iba a ningún lugar. Yo no confío en nadie, soy así y no me interesa cambiar. Nunca iba a confiar en ti.

—Maté a una persona.

Sus pasos frenan, su recorrido histérico se detiene a medio camino. Podría sentir cómo su mirada me incinera en cámara lenta, si no fuera porque estoy saboreando la libertad que me produce gritar esas cuatro palabras. Confesarlo. Aceptarlo. Intentar perdonarme.

—Me gustaría poder decir que fue un accidente, pero no es verdad —hablo bajo, no ignoro la prudente distancia que nos separa —. Fue mi culpa. Siempre fui un puto inconsciente, nunca pensé en las consecuencias. Yo… vivía al límite. Vivía tentando a la muerte,

deseándola. Y alguien más terminó pagando por mis actos.

Espero su voz mientras intento ahogar la angustia que traen los recuerdos. Pero sabe nadar, siempre supo nadar.

Agarra la manta, que aún está sobre lo que queda del sillón, se cubre con ella.

—¿Qué pasó?

Pregunta lo que todos quieren saber, lo que yo quiero olvidar.

—Atropellé a una mujer, murió en el acto. Yo… —comienzo a sentirlo, la transpiración, el escozor en los brazos, el aire que se espesa. No quiero. No quiero hablar. No quiero hacerlo, pero necesito decirlo— tenía dieciocho años, era un pendejo malcriado y estaba solo. Muy solo. Consumía de todo, lo que me pusieran frente a los ojos. Me divertía, me distraía. Y eso necesitaba, distracción. No quería pensar, no quería sentir. Vivía en automático, vivía deseando despertar muerto. Era un hijo de puta inconsciente, cada día era una nueva oportunidad para probar los límites. Mis límites. Fue una noche. —Inhalo profundo y me dejo caer, semidesnudo, en el piso; sintiéndome abatido por los recuerdos y la adrenalina que produce la liberación—. Una noche como cualquiera, una picada como tantas otras, plata y *María*, que me llevaría a casa después de quemar las llantas. Porque siempre ganaba, siempre. Y eso alimentaba mi puto ego. Eso me hacía sentir invencible. Esa noche fue especial, pasó algo que me hizo enfurecer y perdí el control por completo.

—¿Qué? —La escucho, escondo la cabeza entre mis manos—. ¿Qué fue lo que pasó esa noche?

Cierro los ojos, su sonrisa se dibuja en mi mente.

—Salía con una chica. —Trago los clavos, intento seguir—. Íbamos en serio, muy en serio. Estaba enamorado, intentando no cagarlo todo. Esa noche discutimos, y yo salí de fiesta. Tomé hasta que todo me parecía divertido, todo era motivo de risas escandalosas. Me di un subidón de coca y ya no podía controlar la energía. Bailé con unas chicas ligeras de ropa y Alejo, uno de mis amigos, me sacó fotos. Fotos que subió a las redes, fotos que llegaron a sus manos. Me llamó, me gritó lo poca cosa que era para ella, me recalcó que era un inmaduro y un drogadicto, y que nunca iba a cambiar. Se terminó. Ella puso el punto final a todo, por teléfono, sin que yo pudiera entender qué carajo estaba pasando. La llamé mil veces, le dejé cientos de mensajes de voz, diciéndole que lo era todo para mí… —Se me escapa un sollozo y me siento un maricón—. Solo quería explicárselo, que me dejara prometerle que iba a cambiar, que no había hecho nada con esas chicas, que nunca

le haría algo así… —Bambi se sienta a mi lado, sin pegarse demasiado—. No pudimos hablar, jamás contestó. Yo estaba puesto de mil maneras y solo escuchaba las voces de mis amigos, diciéndome que tenía dieciocho años, que una relación seria no valía la pena, que ella pretendía demasiado, que ni siquiera estaba tan buena, y otras estupideces más. Me dejé llevar por el subidón, la furia y las malas lenguas. Tenía bronca. Muchísima bronca. Y solo conocía una manera de sacarla, iniciar una pelea o correr. Alejo, mi supuesto amigo, me vino a buscar para una picada. Eran tres autos. Era más plata de la que se puede ganar en meses. Yo no tenía auto, mi papá me lo había sacado por reprobar todas las materias. Todas. Pero Alejo me prestó el suyo. Corrí, así de puesto hasta las bolas como estaba. La furia y la adrenalina rebotaban por mi organismo, dejándome los nudillos blancos con cada curva. Era tardísimo y había poco tránsito, la gente ya dormía en sus casas. Iba a ganar, iba a llevarme el fajo de billetes a casa, y terminé llevándome una vida. —Mi voz se quiebra, mi garganta se anuda—. No la vi, Bambi. Te juro que no la vi. Venía tan puesto que apenas tenía reflejos, no me dio tiempo a nada. Bajé, el cuerpo me temblaba de pies a cabeza. Estaba solo, la mujer no se movía cuando llamé a la ambulancia, balbuceando incoherencias desesperadas. Murió en el acto, Bambi. Y yo… Yo que venía alcoholizado y drogado, corriendo picadas en una puta avenida, solo me corté con los vidrios del parabrisas. ¿Cómo la vida puede ser tan injusta? Yo deseaba morir, Annelie, y terminé matando.

Busco algo en sus ojos, cualquier cosa que me dé un respiro y me anime a seguir. Su mirada herida no tiene vida, pero su cuerpo se pega al mío y me comparte su manta. Y ese gesto es suficiente.

—Me declaré culpable.

—¿Por qué?

—Porque lo era. Lo soy. Maté a una persona, Annelie. ¿Qué otra cosa podía hacer? —Sus ojos bajan hasta la manta, se cubre más—. Homicidio simple con dolo eventual, esa fue mi carátula. Conducía a 115 km por hora y tenía el triple de lo permitido en alcohol en sangre, lo cual fue un agravante. Cinco años de prisión, que terminaron siendo cuatro por buen comportamiento. Era el recluso ejemplar. —Niego con la cabeza, recordando mis últimos días en el penal—. Me disculpé con la familia de la mujer antes de ingresar al penal, me escupieron la cara. Los dejé, merecía mucho más. Merecía estar muerto. Merezco estar muerto.

Mi deseo de muerte se roba sus palabras, pero sé que me entiende. Sé que tenemos ese *algo* en común.

—Inhabilitación para conducir por diez años.

—¿Por eso no quisiste manejar mi auto aquella noche en el casino? ¿Por eso me trajiste en un taxi? —pregunta, susurrando.

Asiento con la cabeza y me paso las manos por la cara, agotado, liberado.

—Vivía en la costa, en Villa Gesell. Cuando nos conocimos, recién llegaba a Bariloche, recién salía…

—¿Por qué te fuiste de Gesell?

—Porque ya no había nada para mí ahí, nada más que problemas y miradas de odio.

—¿Volviste a verla? —murmura, noto cierto recelo en su voz.

—¿A quién?

—A Valeria.

El piso tiembla cuando susurra su nombre.

—Cómo…

—El cuaderno. —Señala el bolso con la cabeza—. Supongo que es ella. O tal vez es Mía.

—Valeria —afirmo, su nombre aún es dulce en mi boca—. No volví a verla después de esa noche, después de esa pelea.

—¿Y Mía?

—Es mi mejor amiga, ella fue quien hizo posible que yo esté hoy aquí.

—Me dijiste que no tenías familia —dice, mirándome de costado, cautelosa pero desafiante al mismo tiempo—. Ese cuaderno dice lo contrario.

—Ya no tengo familia, y no quiero hablar de eso.

Sostengo la mirada en un punto negro, ausente, tratando de entender cómo me siento. El silencio se apodera de la estancia, coloreando nuestros miedos.

—¿Y tú? ¿En qué me mentiste, Bambi?

CAPÍTULO 34

ANNELIE

Mi pecho se endureció al escuchar su voz.

«Maté a una persona».

Mi pulso desaparecía mientras el pánico derretía mis huesos. ¿Estoy en peligro?, pensé. Este hombre, por momentos niño, tan seductor, dulce y gracioso, ¿es un asesino? ¿Puede lastimarme? ¿Puede hacerlo él, que siempre estuvo dispuesto a ayudarme?

Su boca comenzó a vomitar palabras antiguas, palabras calladas, palabras que ansiaban sonar en sus labios. Lo sé, por la forma en que hablaba sin respirar, atragantándose con los vocablos, desafiando a la angustia, esa sensación que conozco más que a mí misma.

Aún no sé qué pensar respecto a él, a su secreto no tan secreto, al dolor reflejado en el humo de sus ojos, al arrepentimiento en sus palabras.

Mató. Theo Blas mató. Se llevó una vida, y no le alcanzará la suya para arrepentirse. Tampoco para perdonarse.

Mis ojos se topan con su gris lleno de misterio.

—¿Y tú? ¿En qué me mentiste, Bambi?

Sigo su voz, paso por sus labios antes de terminar en su mirada.

«En todo», susurra mi mente.

—Yo no miento —miento.

—Tú y yo sabemos que eso es mentira, Bambi —medio susurra, aún acongojado, vulnerable. No me acostumbro a verlo así—. Acabo de confesarte una grande, podrías aflojar un poco. De eso se trata la confianza.

De repente, el tramado de la alfombra se vuelve demasiado interesante. Dibujo cada trazo con los ojos mientras pienso cuál de todas las verdades soltar, cuál ocupa menos lugar en el sarcófago que guardo en mi pecho, cuál causa menos ruido en los oídos de los otros.

—Escapé de una casa adoptiva cuando tenía dieciséis años. —La mentira se abraza a mi verdad, es inevitable—. Fue una noche de año nuevo; una noche en donde todo el mundo era feliz, menos yo. Escapé. Una mochila con un poco de ropa y cien pesos robados de un cajón. —Cierro los ojos, los recuerdos son ácido en mi garganta. La ventana, los fuegos artificiales, las luces, la música, las risas, la vida, mi madre, su voz—. Fue sencillo salir. Nadie querría

buscarme, nadie iba a extrañarme. Yo tampoco a ellos. —El odio se filtra en mi voz—. Viví en la calle los primeros meses, fue duro. Ser mujer, joven, estar sola. Tuve que saber escapar de muchas cosas, ser ágil, aprender a dormir con un ojo abierto. —Intento no mirarlo, no quiero su lástima—. Cuando los cien pesos se agotaron, comí de la basura, de la caridad de los transeúntes. Me las arreglé para que nadie supiera que estaba sola, para que nadie buscara a mi familia. Mi familia adoptiva —me apresuro a decir.

—Cómo… ¿Cómo nadie te buscó? ¿Y los asistentes sociales? ¿Nadie fue a verte? ¿A chequear cómo estabas?

—Viví con ellos desde que tuve consciencia, los asistentes sociales ya se habían olvidado de mí —miento. Siempre miento. No estoy lista, no puedo y no sé si algún día lo estaré.

—Carajo, Bambi…

—¿Querías un poco de verdad? Ahí la tienes…

Sé que sigue observándome de costado, anonadado. Hice bien en no contarle la verdadera versión. Hice bien en omitir que esa familia no era adoptiva, que eran mis verdaderos padres, que eran verdaderos monstruos. Que escapé del infierno.

Su índice me coloca el cabello detrás de la oreja y el dorso de su mano acaricia mi mejilla antes de alejarse. Es un gesto simple, empalagoso y relajante.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

Inhalo profundo antes de seguir, llenando de vida mis pulmones negros.

—Una noche me encontraron un grupo de prostitutas, resulta que yo me estaba metiendo en su zona. Sin querer —aclaro—. Recuerdo que volaba en fiebre, estaba segura, todo el cuerpo me ardía y no pensaba con claridad. Pero sé que me ayudaron, una de ellas me llevó hasta la pensión donde vivía. Estuve tres días en cama, recuperándome de lo que supuse era una gripe. Cuando pude pararme, me ofrecieron trabajar con ellas. En realidad, junto a ellas. Para su jefe, un hijo de puta que las explotaba en cada esquina. Me negué, bastante horrorizada ahora que lo recuerdo. —Sonrío, viajando a la época en la que era pura… Un ángel herido—. Les dije que era virgen y me mandaron con un tipo que me ayudaría. —Lo miro de reojo para ver si aún sigue a mi lado, escuchando—. Fui. El tipo me compró por cincuenta mil pesos, pero esa parte ya la conoces. Así empecé mi nueva vida, libre. —Se me retuerce el estómago, pero recuerdo que estoy mejor así porque yo elijo esto. Nadie me obliga, nadie me somete—. Viví un tiempo por mi cuenta, hasta que volví. Me mudé a su casa como su puta oficial. Su chica

especial, decía él. Fui la única que se quedó, con las demás nunca repitió. Supongo que algo me hizo… única. Me gustaría saber por qué mierda para todos siempre fui especial, cuando simplemente quería pasar desapercibida.

—Hay gente que no pasa desapercibida, Bambi —añade—. Tú llamas la atención en todos los sentidos.

—Siempre quise ser invisible, vivir entre las sombras, sin que nadie pueda lastimarme. Nunca quise llamar la atención, nunca quise ser una nena especial. Yo quería ser como todos, ¿sabes? Volver a casa y tener una familia que me preguntara cómo me fue en la escuela, qué había aprendido de nuevo, qué…

Cierro la boca, pero es tarde. ¿Qué fue ese vómito verbal?

—Sigue, por favor —me anima y sus ojos son ese manto cálido al salir del agua.

—Creo que fue suficiente por hoy.

—¿Cómo llegaste a Bariloche? —insiste—. Solo quiero saber eso, por ahora.

—Me trajo cuando abrió su empresa aquí, así empecé a trabajar para él.

—¿La fábrica de chocolates?

Mi ceño se frunce en cámara lenta.

—¿Cómo sabes eso?

—La noche del casino, de tu borrachera, vi el contacto en tu celular.

Me concentro en su voz, en cómo la angustia se mezcló con la curiosidad hasta disolverse.

—Sí —afirmo, levantándome—. Y ya me cansé de hablar.

—¿Hay más?

—Siempre hay más oscuridad.

—¿Puedo verla?

—Primero, que tus ojos se acostumbren.

Sus palabras suenan a silencio.

—¿Puedo preguntarte si seguimos siendo amigos? —dice y la sonrisita compradora vuelve a su boca—. ¿O estás demasiado cansada para responder?

—La respuesta es no. —Creo ver el brillo en su mirada apagarse —. No te odio por ser un asesino, si eso es lo que intentabas preguntar. Y sí, podemos seguir siendo… amigos, si cumples con tu promesa de ayudarme a arreglar toda esta mierda —mascullo, señalando mi living a medio destruir.

—Me gusta que hables sin pelos en la lengua, Bambi.

—Me gusta que no me hayas dicho *Lo lamento* o *Lo siento mucho*

o alguna otra bestialidad por el estilo. Porque no, no podemos sentir el dolor de otros, si no sabemos vestir su piel. Un *Lo siento* te hace sentir un héroe y suena lindo en tu boca, pero no tiene sabor en la mía. Así que gracias, gracias por no decir nada. Gracias por escuchar.

***

La mañana viene siendo un infierno, el teléfono no para de sonar y llueven contratos para firmar. Es el tercer café en menos de dos horas. Estoy tan histérica, que podría incinerar a cualquiera con tan solo una mirada.

Me inclino sobre el respaldo de la silla y decido cerrar los ojos tan solo un instante.

«Todo está bajo control. Tienes el control de todo y de todos. Estás bien. Eres libre».

Pienso en Theo, prometió venir mañana después del trabajo para empezar a pintar. Espero cumpla, quiero ver esa puta pared arreglada. Y puede que también quiera ver la curva de sus músculos bajo esos tatuajes.

Mi teléfono suena. Es un mensaje, número desconocido.

EL SÓTANO DEBE ESTAR MUY VACÍO SIN TI

CAPÍTULO 35

THEO

La mejor canica de Felipe rueda, alejándose, perdiéndose entre miles de pisadas. Me levanto, persiguiéndola mientras él intenta juntar las demás y mamá le pide, por segunda vez, que se quede quieto. Me alejo cada vez más, persiguiéndola mientras sigue rodando y rodando por el suelo color crema.

Un juego de gritos, mi cuerpo se estremece. El tiempo se vuelve espeso mientras me escondo detrás de una columna inmensa.

Los gritos se vuelven disparos, y todo es sangre. Todo lo que veo es sangre y la canica que sigue rodando.

Un alarido sordo me araña la garganta cuando me despierto. Mis ojos enloquecidos se ajustan a la oscuridad, buscando formas familiares que no existen. Enciendo el velador, la habitación de hotel se ilumina. Me levanto, me encierro en el baño y dejo que el agua helada me devuelva a la realidad.

Los músculos de mis piernas arden y maldigo a las malditas calles empinadas de esta ciudad. El bolso cuelga sobre mi hombro, cincuenta metros me separan del gimnasio. Me froto la nunca, dándole vueltas al asunto que anoche me mantuvo despierto hasta tarde. Necesito pedirle a Bambi que me deje quedarme con ella por unos días, hasta que pueda juntar algo más de dinero para alquilar una habitación permanentemente. Lo de ayer, lo del hotel, fue una excepción. No puedo permitirme dormir en un hotel distinto cada noche, no con el sueldo que me da Tiburones. No se me ocurre una manera sutil de preguntarlo, pero no tengo otra opción. Es testear su empatía o dormir en la calle.

Las puertas del gimnasio se sienten más pesadas con tantos problemas saltando en mi cabeza. Camino directo hacia los vestuarios, sin distracciones, pero la voz de Ismael frena mis pasos.

—Theo, tenemos que hablar.

La combinación de palabras y el tono de su voz no pueden augurar nada bueno.

Me dirijo a la recepción, pero, para mi sorpresa, me hace pasar a la oficina y cierra la puerta antes de mirarme con el rostro inexpresivo.

—¿Por qué no me dijiste que estuviste preso por homicidio?

Siento la sangre drenarse de mi cuerpo de forma dolorosa.

—¿Qué?

—Antecedentes penales, Theo. —Tira unos cuantos papeles sobre el escritorio de vidrio, poniéndolos frente a mi cara—. Te dije que iba a iniciar los trámites para ponerte en blanco, ¿pensaste que no lo averiguaría? ¿Que este pequeño detalle no saldría a la luz?

Mis datos salpican las páginas, que cuentan puntillosamente las veces que me detuvieron por conducir ebrio, por iniciar disturbios. Mis ojos releen absortos la última causa, Homicidio simple con dolo eventual.

—Yo no…

—¿Qué? —Se sienta, la inexpresividad de su rostro me preocupa. No ver furia ni compasión me preocupa—. ¿No pensabas decirlo? ¿Te olvidaste?

—Estaba desesperado por encontrar trabajo, no quería arriesgarme a perderlo por algo así —digo, alejando los papeles de mis ojos.

—Vas a estar desesperado otra vez, porque estás despedido.

El pulso me va a estallar.

—¿Qué? ¡¿Por qué?! —No puedo evitar levantar la voz—. Llego siempre puntual, el lugar está impecable. Estoy haciendo un buen trabajo, no lo entiendo. No soy peligroso para nadie, ¡simplemente quiero trabajar!

—Porque mentiste, y no solo con esto.

Estoy furioso, estoy poniendo lo mejor de mí para no estrellar mi puño contra la mesa de vidrio.

—¿De qué mierda estás hablando, Ismael?

—¿Así que abuela enferma, internada? ¿El mismo día que tenías una audiencia con el juez en Villa Gesell? Qué casualidad…

—Cómo… ¿Cómo mierda sabes eso?

—La fecha de la última audiencia está detallada en el informe completo que pedí. —Me observa sin parpadear, sin una migaja de lástima—. No puedo tolerar la mentira, Theo. Y realmente lo lamento, porque hacías un buen trabajo. Pero no es algo que puedo dejar pasar. No me mentiste por una llegada tarde o una falta sin avisar, estamos hablando de una causa penal… importante.

Deshecho. Así debo verme en este momento. Así lo miro. Así me siento.

—Necesito este trabajo, es todo lo que tengo ahora mismo.

—Tendrías que haber sido sincero desde el primer momento, y, tal vez, las cosas hubieran sido diferentes.

—Tal vez no me hubieras contratado.

—Tal vez. —Saca un fajo de dinero del cajón—. O quizá me animaba a darte una mano. Pero ya no hay forma de saberlo. —Mete los billetes en un sobre y lo desliza hacia mí—. Eso es lo que te corresponde por los últimos días trabajados. Te deseo suerte.

—¿Suerte? —No puedo evitar reír, aunque quiero morir. Tomo el sobre y me levanto.

—La verdad siempre está primero, Theo.

Mis nudillos golpean por cuarta vez la puerta de Bambi, el timbre no funciona. Apoyo la frente en la madera maciza y pienso cómo se sentiría darle un buen cabezazo. ¿Se me acomodarían las ideas?

Estoy sin techo y sin trabajo, peor que cuando llegué. ¿Qué carajo voy a hacer? El hijo de puta de Ismael ni siquiera me dio el beneficio de la duda… ¿Esto va a ser así siempre? ¿Voy a ser siempre Theo el exconvicto Blas? ¿Este puto error me va a perseguir eternamente?

—¡Annelie! —grito mientras golpeo por quinta vez.

—No está, salió muy temprano —dice una vieja, chusma por defecto, mientras riega un rosal.

Miro la hora, apenas pasa de las nueve de la mañana. Carajo, debe estar trabajando. Saco el teléfono del bolsillo y busco en Internet la dirección de la fábrica de chocolates B&A. No hay nada que no se consiga tocando un par de teclas en el puto sigo XXI.

La fachada minimalista de la fábrica es lo que esperaba, sobria pero ostentosa. Camino sobre el piso blanco e impoluto, acercándome a la recepción. No sé cuál es el puesto que ocupa Bambi, así que simplemente digo:

—Buenos días, necesito ver a Annelie Amat.

La mujer me sonríe y se acomoda sutilmente el generoso escote.

—¿Tiene cita con la señorita Amat?

«Carajo… ¿Cita? Así que Bambi pisa fuerte en este lugar».

Me concentro en la identificación que lleva sobre una de las tetas, saboreo su nombre en mi tono más seductor.

—Marisa —susurro y una sonrisa descarada juega con su boca—. Soy amigo de Annelie, vengo a traerle unos papeles importantes, me está esperando. ¿Podrías decirme cuál es su oficina, muñeca?

—Cla… Claro —tartamudea, sin dejar de mirarme y sonreírme

—. Es la primera puerta al final del pasillo. Yo… ya le aviso que está yendo. Cómo… ¿Cómo es su nombre?

—Theo —digo y le guiño un ojo a Marisa y su par de tetas.

Llego a la primera puerta y abro sin golpear.

—Marisa… ¡¿Cuántas veces te dije que no entraras sin tocar?!

—Perdón, Bambi. Lo tendré en cuenta para la próxima.

Su sillón de cuero gira lentamente, hasta que su mirada parda y peligrosa se enreda con la mía.

—Qué… —Deja una carpeta sobre el escritorio al tiempo que se quita unos lentes de marco grueso, que le quedan jodidamente atractivos—. ¿Qué mierda estás haciendo en mi oficina? ¿Quién carajo piensas que eres para venir e invadirme así?

—Buen día para ti también, belleza.

Sus ojos son un incendio dispuesto a terminar con cualquier bosque.

—No. —Se levanta bruscamente y se acerca—. No te sientes, no puedes quedarte.

—¿Por qué no? —pregunto, aún con la mano sobre el respaldo de uno de los sillones.

—Porque estoy en mi trabajo, Theo —habla bajo, muy bajo—. Qué pasa si entra mi jefe y…

—¿Tu jefe? ¿Hablamos del hijo de puta que te dejó el ojo morado? Por no mencionar que…

—¡Shh! —Tira de mi muñeca, intentando llevarme hasta la puerta—. Ya estoy bien. Vete, nos vemos más tarde en mi casa.

—¿Ya estás bien? Sigo viendo el hematoma a pesar de los kilos de maquillaje que te pusiste para intentar taparlo, Bambi. No me jodas.

—¿Cómo mierda sabes dónde queda la fábrica? —susurra.

—Internet —respondo, tirando el bolso a un costado, perdiendo la cordura en el escote que esos pequeños botones blancos apenas pueden contener.

—¿Qué es tan importante que no podías esperar hasta que estuviera en casa? —masculla, alejándome, ignorando la manera en la que intento perderme en su cuello.

—Tuve un día de mierda, Bambi, y recién empieza.

—¿Qué pasó? —Me empuja, pero su respiración me hace saber que le gusta estar acorralada entre la puerta y el capricho de mi cuerpo—. ¡Theo, basta!

—Dame un beso —susurro, acariciando su mejilla con mi nariz —. O cualquier cosa que justifique que no estés desnuda sobre ese escritorio ahora mismo.

—De verdad que no entiendo tu concepto de amistad. —Huye de mi boca, pero no de mis manos.

—A la mierda las etiquetas, ¿quién las necesita? Lo importante es sentir.

—¿Así eres con todas tus amigas? ¿Así eres con Mía?

—Mía es lesbiana, Bambi. —Inhalo el dulzor de su piel—. Nunca quiso probarme, no sabe lo que se pierde…

—Uff, pobre de ella…

—Ey, mi ego. Y mi beso.

Pego mis labios a los suyos, me hundo en su boca y buceo en café, hasta que la mañana sabe menos amarga.

—Tienes que irte —murmura sobre mi piel, intentando despegarse de mi carne.

—¿A qué hora sales?

—A las tres de la tarde —dice, acomodándose el pelo y la blusa.

—Falta un montón. ¿No puedes salir antes?

—Estoy trabajando, Theo, aunque no lo creas.

Toma distancia mientras dejo escapar un suspiro denso, agridulce.

—Tenemos que hablar, es importante. ¿De verdad no puedes salir más temprano?

Percibo la ansiedad que se dibuja en su mirada.

—Puedo intentarlo.

—¿Cómo está Tyson? —pregunto, colgándome el bolso al hombro.

—Todavía respira.

Sonrío y niego con la cabeza. ¿Por qué tiene que hacerse la dura? Sé perfectamente que *La bola de pulgas* ablandó su corazón de piedra desde el primer ronroneo.

—Mejor así. —Me acerco y le robo otro beso—. Voy a esperarte en la entrada de tu casa.

—¿No tendrías que estar en el gimnasio?

—De eso tenemos que hablar. Supongo que la cagué, para variar un poco.

El mediodía pasó como un suspiro, la tarde pesa sobre mis hombros.

—Sabía que te gustaban los animales —digo, pasando el pincel sobre las esquinas de la pared, cubriendo cada ángulo.

—Que todavía respire no significa que me guste —retruca, encintando los sócalos y los marcos de la ventana de la próxima

pared a pintar.

—¿No? —Río en voz baja—. ¿Y esa camita y el platito nuevo para la leche? También vi la rata de juguete, Bambi. ¿Eso qué significa?

—¿Qué vas a hacer ahora que te quedaste sin trabajo? —Cambia de tema.

—Intentar conseguir otro —sale de mi boca y suena tan fácil—. O recurrir al Patronato de Liberados, pero no escuché grandes cosas.

—Lo del gimnasio tampoco era algo demasiado serio.

La observo luchar con su cabello, que no deja de caer sobre su rostro. Me pregunto por qué mierda no se lo ata.

—Ya lo sé. —Me limpio el sudor de la cara con la camiseta—. Pero era lo suficientemente bueno para alguien como yo, con mi… pasado.

Mi teléfono suena, es mi padre. Al parecer, trenzarnos a golpes no le dejó muy claro que las cosas entre los dos no tienen solución. Tampoco que siga ignorando las dos o tres llamadas que me hace al día. Nada es suficiente para Salvador.

—Y… ¿cómo vas a hacer para mantenerte mientras estés desempleado? ¿Con quién estás viviendo? Creo que nunca te pregunté dónde estabas parando.

Dejo el pincel sobre el tacho de pintura, agarro un trapo y me acerco a ella mientras me limpio las manos.

—Justamente… de eso te quería hablar. Por primera vez, necesito que me ayudes tú a mí. —Deja la cinta de papel y agarra una botellita de cerveza. Bebe, sin dejar de observarme, llena de curiosidad latente—. ¿Puedo quedarme aquí durante un tiempo? Solo hasta que consiga trabajo. Prometo que me voy apenas me paguen el primer mes —me atajo ante la inexpresividad que inundó su rostro—. ¿Puedo vivir contigo, Bambi?

CAPÍTULO 36

ANNELIE

El teléfono de Theo suena y mi mente se sumerge en aguas oscuras, ahogándose en incertidumbre. Solo necesité un sonido, un sonido cualquiera bastó para arrastrarme a la oscuridad.

El mensaje.

«EL SÓTANO DEBE ESTAR MUY VACÍO SIN TI»

Vivo en automático desde que lo recibí. No puedo pensar en otra cosa.

Es Caín. Tiene que ser Caín. ¿Quién más podría saber algo así? No volví a escuchar de Elías ni Abel, por eso mi índice tembloroso apunta a él, Caín. Esta es su forma de torturarme por darle la espalda. Tiene que ser él. No… No puede ser nadie más.

—¿Bambi? —Chasquea los dedos frente a mis ojos—. Ey, te fuiste.

Abro mucho los ojos, aferrándome al presente. Su mirada es humo y me envuelve.

—Qué… ¿Qué decías?

—¿Puedo vivir contigo, Bambi?

—¿Vivir conmigo? —repito con la voz pastosa.

—Quedarme aquí… por un tiempo. Poco tiempo.

«¿Cómo vas a descargarte cuando la realidad se vuelva demasiado nítida? Necesitas estar sola. Sola eres más fuerte. Sola no tienes que llenar el vacío de nadie. Sola no tienes que cumplir las expectativas de la gente. Sola puedes liberarte cómo y cuándo quieras.»

—No… No lo necesito —mi voz me falla, mis labios susurran las palabas.

—¿Cómo? —Frunce el ceño—. ¿No lo necesitas? ¿Estás hablando de mí?

«¿No lo necesitas? Las dos sabemos que nunca pudiste resistirte al alivio del filo.»

—No.

La decepción brilla en su mirada.

—Está bien, Bambi. Lo entiendo.

—No… —Carraspeo, meneando la cabeza, intentado callarlas—. Aquí no, puedes quedarte en la cabaña del parque. Es pequeña, apenas una habitación y un baño, pero… por un tiempo estará bien. —Una sonrisa demencialmente perfecta se desliza por su boca—. Tendrías que cortar el pasto antes, está demasiado alto y cubre la

entrada. También ventilar y limpiar. Jamás la usé, solo uso la piscina. El resto…

—Entiendo, Bambi. —Se acerca, su boca busca la mía. Es un beso íntimo, casto, efímero—. Gracias. Prometo que será poco tiempo, no voy a molestarte.

Asiento con la cabeza, vuelvo a agarrar la cinta de papel.

—Después seguimos encintando —dice y señala otro pincel—. ¿Qué te parece si usas tu estatura para pintar cerca de los zócalos? —Sonríe con estúpida picardía—. Me está doliendo la espalda de tanto agacharme. ¡Dame una mano, Ciervito!

Le dedico una mirada iracunda mientras agarro el pincel y lo ahogo en pintura.

—Ya me estoy arrepintiendo de haberte dicho que sí. ¿Vas a estar así de insoportable todo el tiempo?

—¿Quieres el living pintado? —Levanta una ceja, apuntándome con la brocha cargadísima—. ¿Sí o no?

—¿Por dónde empiezo?

Señala una esquina.

—¿Tienes música?

Me pierdo en el vaivén de sus brazos, la sombra de sus músculos, el arte en su piel.

—¿Qué tipo de música escuchas? —pregunto de camino a mi tocadiscos, uno de mis pocos gustos caros.

—Rock pesado. —Su voz suena a obviedad—. También algo de lo clásico. Elvis, Pink Floyd, Nirvana…

—Tu concepto de *clásico* difiere mucho del mío. —Río suavemente, es solo un dejo de alegría, como despertarse de un sueño perfecto.

Mis dedos acarician el vinilo, *Bach* comienza a sonar. Mis ojos se cierran, la música se filtra por cada poro de mi piel.

—Carajo, había olvidado lo de Mozart…

—Es *Bach* —corrijo—. Hasta un sordo notaría la diferencia.

—Bueno, no literalmente… ¿Te dije que tienes un humor bastante mórbido?

—Gracias.

—De nada.

Pintamos en silencio, maquillando la pared. Maquillando nuestros miedos.

La melodía perfuma el oxígeno, embriagándonos de algo parecido a la… paz.

—¿Por qué estás tan seria? —pregunta, después de escuchar la Suite número 1 en sol mayor dos veces seguidas.

—Estoy concentrada —respondo en voz baja, embebiendo el pequeño pincel en pintura.

—Esto es aburrido. —Bufa y se acerca a robar pintura de mi tachito.

—Estamos pintando, no tiene por qué ser divertido.

—¿No? —Me mira de reojo, hundiendo el pincel—. Porque así podría ser más divertido —dice, pasándome la brocha por la mejilla.

Me quedo paralizada, sintiendo la pintura fresca en la cara, acariciándola con mis dedos.

—No acabas de hacer eso…

—¿No? ¿A ver? —Se acerca, agarra mi mentón y comienza a inspeccionar su obra de arte—. Sí, efectivamente acabo de hacer eso. Y esto.

Cierro los ojos cuando el pincel me cruza la nariz. Abro la boca e imploro a las palabras que salgan, furibundas, llenas de odio; sin embargo, me asalta una risa caprichosa, histérica, anhelada.

—Así está mejor. —Me pasa el pulgar manchado por la frente—. Estás más hermosa de lo que estabas, debería ser maquillador.

Soy de piedra durante unos segundos, sintiendo la pintura deslizarse por mi nariz hasta mi cuello.

—Acabas de declarar la tercera guerra mundial, Blas.

—¿Sí? —La diversión burbujea en su mirada—. Uf, qué tirano soy.

—Pensé que éramos personas adultas —digo, cargando mi pincel, sin perder de vista el objetivo.

—Así es. Por eso vamos a arreglar esto como personas adultas, Bambi. —Sonríe de costado, hundiendo la brocha en el balde casi en cámara lenta, gozándolo, sin dejar de mirarme.

—¿A la cuenta de tres? —pregunto, armada.

—¿Para qué contar?

Su cuerpo se abalanza sobre el mío, el primer brochazo me cruza el pecho. Intento alcanzar su cara entre saltos y risas eufóricas, pero sus brazos son un fuerte perfecto. Apunto a su camiseta y, cuando baja la guardia, ataco. Una pincelada gris decora su mejilla.

—Te estás pasando, Ciervito… —dice, limpiándose la cara con las manos aún más sucias.

—¿Sí? —Camino hacia atrás, apuntándolo con el pincel cargado.

—Si te alejas más, sales del campo de batalla. —Señala el plástico que cubre el piso del living.

Observo la madera protegida. Un segundo de distracción, mi pincel está en el piso, y yo también.

—Hay que seguir con las clases de defensa —dice, sentándose a horcajadas sobre mi cuerpo pegajoso.

—¿Después de la guerra?

—Podría ser…

—Me estás aplastando —murmuro.

Gira, sin soltarme. Ahora mi cuerpo domina al suyo. Muevo mis caderas en círculos lentamente, una sonrisa imposible asalta mis labios.

—Si fuera tú no haría eso, Bambi…

—¿No? —continúo—. ¿Y esto?

Aprovecho el momento de debilidad y paso mis manos llenas de pintura por su cara, esparciendo la mezcla espesa hasta su pelo.

Sus carcajadas hacen eco en cada habitación de la casa, mezclándose con la melodía que aún suena en mi tocadiscos.

Río con su risa hasta que la luz desaparece, llevándose la música.

—Parece que se acabó la fiesta —murmuro, mi voz suena agitada. Intento levantarme, pero mis manos resbalan en pintura.

—La fiesta recién empieza, Bambi —susurra, aferrando sus brazos a mi cintura, buscando mi boca en la oscuridad.

Junto los retazos de dignidad y me levanto.

—Aguafiestas —se queja, casi puedo ver su sonrisa—. ¿Tienes tu celular?

—¿Para qué?

—Para usar la linterna, Ciervito.

Tanteo los bolsillos de mi pantalón.

—Y se hizo la luz —murmura cuando lo apunto con la luz brillante. Su cara es una obra de arte—. Dámelo.

Lo medito unos segundos, solo para hacerlo enojar. Estoy empezando a conocer su paciencia y sacarlo de quicio resulta tentador.

—¡Vamos, Bambi! —Agarra el teléfono de mis manos—. ¿Tienes velas?

—En el primer cajón de la mesada.

El brillo de la linterna desaparece por el pasillo y vuelve con dos pequeñas toallas. Comienzo a limpiarme con la que puso sobre mi cabeza. Siento la cara acartonada, como si hubiera llorado vidas…

Chaikovski comienza a sonar, lejano, como si estuviera dentro de una caja.

—¿No tienes nada más que música clásica? —pregunta, estudiando la *playlist* en mi celular, pasando de un artista a otro.

—¿Puedes apagar eso? —Chillo, intentando agarrar el aparato

—. Vas a gastar toda la batería y no sabemos cuándo volverá la luz.

La melodía lo inunda todo, pero Theo sigue pasando de una a otra, inconforme.

—¿No tienes nada más romántico?

—¿Romántico? —No puedo evitar la carcajada que explota en mi garganta.

—¿Qué? Soy muy romántico, es uno de mis tantos encantos.

—¿Tú? —Sigo tentada—. Tú no puedes ser romántico.

—¿Perdón? Repítelo.

—Theo Blas no puede ser romántico.

Wait by the River de *Lord Huron* comienza a sonar. Es una de las canciones más preciosas que escuché en mi vida, una de esas que te pone la piel de gallina.

—¿Me permite demostrarle lo contrario, señorita Amat?

Su mano busca la mía, siento sus dedos aferrarse a los míos, en la oscuridad, fríos y llenos de pintura.

—¿Quieres demostrarme que eres un ridículo? —casi susurro, dejándome arrastrar por su cuerpo, que se acopla al mío.

—Un ridículo romántico me gusta más…

Una de sus manos cubre mi cintura, apretándome todo lo humanamente posible a su cuerpo. La otra, sigue perdida entre mis dedos.

I will wait by the river
In the light of the moon
At the edge of the city
I will wait for you

Comienza a moverse al ritmo de la música, suave, intensa, de un lado hacia otro, dando eternas vueltas en la oscuridad, trazando un círculo de fuego con los pies.

—Theo, suena asqueroso. Es como si saliera de adentro de una lata…

—¿Sabes cómo se escucha mejor? —Sigo su voz, intento observarlo entre las sombras—. Si apoyas tu cabeza aquí —susurra, agarrándome de la nuca, guiando mi cabeza hasta su pecho.

If I can't change the weather
Maybe I can change your mind
If we can't be together
What's the point of life

Cierro los ojos, mis manos tiemblan. Me dejo llevar por el movimiento de su cuerpo, el vaivén de sus pasos. Su mano sigue apoyada en mi nuca, perdida en mi cabello. El latido de su corazón se funde con la melodía, volviéndose un solo sonido, uniforme,

dulce.

La oscuridad. El silencio de nuestras bocas. Las palabras ajenas y lejanas. Su piel y este momento extrañamente… perfecto.

La canción terminó, pero su piel sigue jugando con la mía, bailando en silencio, hasta que su boca susurra:

—¿Te bañas conmigo? La pintura me está empezando a picar.

—No. Báñate primero —digo, la mejilla aún sobre su pecho—. Yo… Yo voy a ordenar este desastre.

—¿De qué tienes miedo, Bambi?

Busco su mirada, aunque no la encuentro.

—De nada. —La mentira castiga mis labios.

—Entonces, báñate conmigo. Voy a necesitar que alguien me saque la pintura.

—Creo que vas a poder solito.

—Pero contigo es más divertido…

—No. Es algo… demasiado… íntimo.

—¿De qué tienes miedo? —susurra cerca de mi oído y todo el vello de mi cuerpo se eriza—. Ya vi tus heridas, Bambi. No tienes que pretender ser fuerte conmigo.

—No tengo que pretender ser fuerte, soy fuerte.

—Me gustaría que realmente creyeras eso…

Y a mí me gustaría que sus ojos pudieran ver la furia que me impulsa a despojarme de mi ropa y caminar hasta el baño, pero la oscuridad sigue siendo absoluta.

Abro la canilla, la lluvia artificial comienza a caer. Unas sombras se dibujan en el techo cuando Theo entra con una vela.

Aprieto los puños, el agua me abraza, las sombras me protegen.

Inmenso y desnudo, cubierto de tinta hasta los pies, el cuerpo de Theo reduce el espacio, majestuoso, robándose el vapor y los secretos.

Nos bañamos en silencio, restregando de nuestros rostros la pintura que lucha por quedarse.

El espacio es historia.

—Te quedó pintura aquí —dice y se come mi boca de manera lenta, tortuosa—. Y aquí también —susurra, acariciando mi espalda.

Todas las células de mi cuerpo se vuelven piedra cuando sus dedos besan mi cicatriz. Mi cruz. Lo nota, sé que lo nota por la manera en que besa mi hombro, intentando relajarme de nuevo.

—No me da asco, Bambi —susurra sobre mi piel mojada—. Tampoco me da miedo. Nada de lo que puedas decirme me va a espantar. Créeme, viví demasiado en poco tiempo.

«Viví demasiado en poco tiempo.»

El agua tibia sigue cayendo sobre nosotros. Entre las sombras, sus dedos continúan dibujando mi cicatriz, como si pudiera borrarla, como si pudiera plantar flores sobre el cemento.

El gesto es tan dulce que duele, arde, quema.

¿Por qué me siento así? En… paz. ¿Qué tiene su cuerpo que logra poner de rodillas a mis demonios? ¿Será su piel? ¿Será su alma, será que también la desangran los recuerdos?

—¿Quién te hizo esto, Bambi? —Su voz es una súplica perdida en el viento—. ¿Quién te lastimó así?

Inhalo profundo, llenándome de vapor, de valor. Su piel humedece mis labios.

—Mi padre —susurro y el solo hecho de evocar su imagen enciende una fogata a mis pies.

Sus manos se aferran a mi cintura como si estuviéramos cayendo; sus dedos húmedos, a mi cruz.

—Ojalá te hubiera adoptado una familia decente, Annelie. No sé qué decir, así que prefiero no decir nada —susurra—. A veces las palabras no son suficiente.

Su boca es cálida sobre la mía; las palabras que no dijo, también.

CAPÍTULO 37

THEO

Mi cuerpo sigue besando el suyo, mi abrazo continúa venerando sus cicatrices, recorriendo su mapa de vida, hasta que el agua se vuelve fría.

Su boca tirita, helada, contra la piel de mi pecho; pero sus brazos aún son fuertes alrededor de mi cintura.

Quiero secarla, quiero que vuelvan las risas. Quiero hacer que se sienta cómoda otra vez, como cuando la pintura se deslizaba por su mejilla. Quiero llenarla de preguntas, quiero saber la verdad. Toda la verdad. Quiero descubrir lo que esconde debajo de su piel. Pero sé, por lo poco que he llegado a conocerla, que no es momento para presionar. Su boca carnosa hablará a su tiempo, lo sé. Todos lo hacemos. Son las palabras o la implosión.

—Voy a buscar una toalla —murmuro y sus brazos se alejan al instante, como si mi voz la hubiera despertado del trance.

Agarro la solitaria toalla que cuelga entre los azulejos y la enrosco en mi cintura antes de navegar por la oscuridad. Me golpeo el puto dedo chiquito del pie con la cama y maldigo entre las sombras. La luz se está haciendo desear.

Abro la cortina de la ducha, Bambi sigue parada donde la dejé, pero el agua ya no cae sobre su cuerpo helado.

—Ven aquí. —Comienzo a secar su rostro pequeño y anguloso—. Estás congelada… Tu calefón es una mierda.

—Yo puedo sola —dice, sacándome la toalla de las manos y envolviéndose en ella.

—¿Te parece si pedimos una pizza? —Observo la vela, consumida, casi deshecha.

—No tengo hambre.

—Entiendo, pero hasta los Cazadores tienen que comer…

—¿Otra vez con eso? —masculla, tomando lo que queda de la vela, dejándome en la oscuridad.

—¿Qué te pasa?

Sigo el pequeño halo que dejan sus pasos.

—Estoy cansada, necesito dormir. —Pasa una camiseta por su torso, unos pantaloncitos cortos por sus piernas—. Por hoy vas a tener que arreglarte en el piso, mañana tendrás tiempo de acondicionar la cabaña.

—Ey. —Engancho mi brazo a su cintura, frenándola, antes de

que escape de la habitación—. ¿Qué pasa? ¿Dije o hice algo que te molestó?

Agacho la cabeza, buscando su mirada entre las sombras.

—No dijiste nada.

—¿Eso te molestó?

—No. No entiendo el dramatismo que le estás poniendo a la situación. ¿Estás leyendo demasiada novela romántica?

Dejo escapar una risa anémica.

—Eres rara, Bambi.

—Deberías llamar al diario local para que lo pongan en los titulares de primera plana.

—¿Pizza con o sin morrón? —pregunto, ignorando su sarcasmo.

—Sin morrón y sin pizza, no tengo hambre.

—*Okay*, Ciervito… —susurro mientras me pongo un bóxer y unos pantalones. No tengo camisetas limpias y no pienso ponerme la que está hasta las bolas de pintura, así que camino medio desnudo por la casa, buscando mi celular.

Acaricio el pelaje suave y brillante de Tyson, que está acurrucado en su nueva camita, mientras pido la comida.

Annelie deja unas mantas y almohadones sobre el sofá roto y corre el plástico que protege el suelo de madera, al parecer, mi estupenda cama por esta noche.

—Yo puedo hacerlo, Bambi…

—No pensaba armarte la cama, no te ilusiones.

Sonrío, negando con la cabeza, acariciando la panza del afortunado gato.

Mi teléfono comienza a sonar con esa irritante canción que a Mía tanto le fascina. Y hablando de Roma…

—No puedes vivir sin mi voz, rubia… —digo y noto la mirada de Bambi clavada como dagas en mis ojos.

—¡¿Dónde mierda tienes el celular, Theo?! —Suena histérica—. Te estoy llamando desde la mañana, tu padre se cansó de intentar rastrearte.

—¿Qué mierda pasa? —La risa se evapora de mi voz—. ¿Qué pasa con Salvador?

—Te está llamando desde hace días. —Escucho ruido de fondo, voces casi robóticas mezclándose con la suya—. Necesitamos… Necesitamos hablar.

—Me estás asustando, Mía. —Me levanto—. ¿Qué pasa?

—¿Dónde estás ahora? —pregunta y el barullo cesa.

—En la casa de Annelie.

—¿Annelie?

—Bambi, mi amiga —especifico, bajando la voz—. Te hablé de ella, ¿recuerdas?

—La morocha que está como un camión, ya recuerdo. —Suelta un suspiro frustrado—. Bien, mándame su dirección por mensaje. Estoy saliendo del aeropuerto.

—¿Qué?

Mi tono de voz llama la atención de la mirada escurridiza de Bambi.

—Que estoy en Bariloche, Theo. Pásame la dirección, es urgente.

—Mía, si no me dices ya qué carajo pasa…

El vacío de la línea se come el resto de mis palabras. Me cortó.

—¿Qué pasa? —pregunta, ordenando los últimos trastos que usamos para pintar hace algunas horas—. ¿Por qué tienes esa cara?

Termino de teclear la dirección y enviarla, seguido de una buena puteada en agradecimiento por dejarme hablando solo.

—Es Mía, mi amiga —explico, pasándome la mano por el pelo húmedo y la cara.

—¿La lesbiana?

—Sí, y agradecería que obviaras ese detalle cuando la veas. Yo no me refiero a ti como *la heterosexual*.

—¿Quién te dijo que soy heterosexual?

Decido pasar por alto su jueguito, pediré los detalles luego.

—No sé qué pasa —murmuro, dejándome caer sobre una silla, preocupado—. Pero parece urgente. Le di tu dirección, está viniendo. Espero que no te moleste.

—Da igual, ya está hecho.

Observo sus movimientos a la luz de las velas, que dibujan sombras anaranjadas, acentuando sus sensuales labios.

Un golpeteo en la puerta me alerta.

—Atiende tú, debe ser tu amiguita.

Me levanto y camino hacia la puerta, sintiendo la tensión que se apoderó de la oscuridad.

—No lo creo, recién estaba saliendo del aeropuerto. Puede ser la pizza.

Abro la puerta, pero no es la pizza, no. Es un hombre. Un hombre cincuentón, de traje y aspecto engreído.

—¿Sí? —pregunto mientras me inspecciona de pies a cabeza, deteniéndose en los tatuajes que cubren mi pecho.

—¿Está Annelie?

Lo observo, y la ecuación es simple. Demasiado simple. Es *él*.

—Está ocupada. —No me muevo un solo paso, bloqueo por completo la entrada—. ¿Quién la busca?

Intenta mirar a través de mi carne, por encima de mis hombros.

—Discúlpame —extiende su mano robusta—, no me presenté. Soy Olivera, su jefe.

Es ácido. La sangre es ácido en mis venas y corre despacio. Densamente se apodera de mi cordura, de mis pocos pensamientos sensatos.

Su mano sigue tendida en el aire, no la estrecho. No pienso hacerlo.

Los huesos de mis dedos son truenos cuando aprieto los puños y pienso qué rasgo de su cara voy a deformar primero.

—Theo, ¿qué pasa? ¿Quién es?

La voz de Annelie suena detrás de mí, demasiado cerca.

—Olivera —susurra y percibo el terror en cada sílaba.

—Buenas noches, Annelie —dice el canoso—. Estaba presentándome a tu…

—…primo —se apresura a completar la frase.

«¿Primo? ¿Qué carajo? Si ni siquiera tiene familia. ¿Sabrá él que no tiene familia?»

—No sabía que tenías primos —dice, sonriendo de un modo asquerosamente perverso. O tal vez detesto cualquier gesto que venga de este hijo de puta.

—Uno solo —miente, pero sé que no se lo traga. El viejo no se lo traga—. Él es Theo, viene de la costa, está de visita.

Ahora sí me doy vuelta y clavo mi furia en sus ojos.

«¿En serio? ¿Su primo? ¿Y qué? ¿Se supone que no tengo que romperle la nariz a este sorete? ¿Tengo que hacer de cuenta que el hematoma que madura en la cara de Bambi es producto de mi imaginación?»

—Un placer conocerte, Theo. —Derrocha formalidad, guardándose la mano.

Mi rostro sigue inmutable, inexpresivo.

—Nece… —Carraspea, como si buscara valentía en su voz—. ¿Necesitaba algo, Olivera?

«Sí, ¿qué mierda necesitaba esta vez, Olivera?»

—Me dijeron que te fuiste temprano de la empresa hoy. Creí que te sentías mal y pasé a corroborar cómo estabas.

—¿Se toma esta molestia con todos sus empleados? —escupo, disfrazando mi hostilidad—. Usted sí que es un buen jefe…

—Me gusta cuidar de mis empleados —dice, jugando con lo poco que queda de mi autocontrol.

—Estoy bien, Olivera. Por favor, no se preocupe —responde Bambi. El pánico en su voz me retuerce los nervios.

—Hoy olvidaste dejarme el contrato con la nueva agencia de marketing —comenta, pasando su maletín de una mano a otra—. ¿Puedes dármelo ahora? Quiero analizar los detalles de la nueva publicidad.

—Claro —se apresura a decir la morocha—. Theo, ¿puedes traerme la cartera del cuarto?

La observo, leo la súplica en sus ojos.

—Búscala, Bambi. —Vuelvo la vista al viejo—. Yo estoy esperando la pizza.

—¿Bambi? —pregunta, falsamente risueño.

—Un apelativo —escupo.

—De la infancia —agrega ella, antes de perderse puertas adentro.

El aire puede cortarse con tan solo una palabra.

Siento cómo me pican los dedos. Me ruegan, exigen que rompa hasta el último hueso que mantiene a este hijo de puta de pie.

—Se cortó la luz —dice.

—Qué observador…

—¡Aquí está! —Aparece agitada, fue cuestión de segundos.

—Perfecto. —Agarra el papel en cámara lenta, sin dejar de mirarla—. Buenas noches.

Comienza a alejarse, pero se detiene antes de subir a su auto importado.

—Espero que estés mejor del golpe —dice, señalándose el ojo—. Deberías tener más cuidado con las escaleras.

—Hijo de puta…

—Theo, por favor —susurra, enterrándome las uñas en el brazo—. Por favor, entremos. Por favor.

Las ruedas chillan mientras se aleja, llevándose todo mi buen humor.

—¡¿Tu primo?! —grito, cerrando la puerta con violencia—. ¿En serio? ¡¿En qué mierda estabas pensando?! ¿Es que no sabe que no tienes familia? ¿O sí? ¿O soy un estúpido que cree todas tus mentiras?

—Theo, escúchame…

—¡No! —Pateo un tarro de pintura, cerrado para mi suerte—. ¿Por qué no me dejaste cagarlo a trompadas? ¡¿Por qué no me dejaste amenazarlo?! ¡Podíamos haber zanjado este enfermizo tema de una puta vez! ¡Podría demostrarle que no estás sola!

—¡No entiendes! —grita y se agarra la cabeza—. ¡No es tan fácil! Lo pierdo todo. ¡¿Qué mierda sabes si es lo que quiero?! ¡¿Quién crees que eres para decidir por mí?!

—¡¿Quieres que te golpeen?! —Estallo, los nervios en la boca—. ¡¿Quieres que te siga usando como un trapo?! ¡¿Que decida cuándo dejarte tirada como si fueras una puta que no vale nada?!

Me arrepiento de mi crudeza apenas termino de escupir las últimas palabras.

—Perdón —susurro, pasándome las manos por la cara—. No quise… No quise llamarte así. Estoy muy nervioso por el llamado de Mía y ver a ese hijo de puta me sacó de quicio. Perdón. Vamos a…

Tres golpes firmes suenan en la madera. Mis ojos se desvían hacia la puerta, mis pies toman la iniciativa.

Abro.

Mía está parada en el umbral, lleva un bolso bastante grande sobre su hombro y lo que veo en su cara no me gusta nada.

Observo hacia atrás, alguien se acerca entre las sombras de la noche.

—Qué…

—Theo, necesito que estés tranquilo y me escuches. ¿Puede ser?

Su voz se vuelve muda cuando distingo la silueta que se para detrás de ella. Es Magui, la amiga de Valeria, y trae a una pequeñísima niña de la mano.

—Theo, ¿me escuchas? —Mía me cachetea la mejilla—. ¿Podemos pasar? Tenemos que hablar.

—¿Qué está pasando? —Apenas logro articular, intentando borrar los miles de escenarios que desfilan por mi mente—. ¿Qué hace ella aquí? Mía, ¿qué es esto? ¿Dónde está Valeria?

—Theo —susurra, buscando mi mirada—. Tengo que decirte algo y tienes que prometerme que vas a estar tranquilo, que vas a…

—¿Cuándo vas a dejar de tratarlo como si fuera una criatura inocente? —Dice Magui, dando un paso al frente, dejándome percibir el odio en su voz—. Es un hombre, y es hora de que empiece a hacerse cargo de sus errores.

—Magui, déjame a mí, por favor —murmura Mía, intentando calmarla.

—¿Por qué? —Dice con saña—. Vamos a hacerlo fácil. ¡Hola, Theo! ¿Cómo estás? ¡Tanto tiempo! ¿Qué tal la cárcel? ¿Hiciste amigos? Te presento a Cielo, tu hija.

CAPÍTULO 38

THEO

Mi mente emigra lejos, a una tierra desierta donde solo se escucha el eco de su voz.

«Te presento a Cielo, tu hija. Cielo, tu hija. Tu hija. Tu hija. Tu hija.»

—Magui, ¿qué te costaba dejarme a mí? —Sé que es Mía, sé que chilla, distingo su voz rebotando en algún lugar de este nuevo mundo.

«Cielo, tu hija. Tu hija. Tu hija.»

—Theo. —El viento tiene su voz y me acaricia el rostro tieso—. Ey, Theo, ¿me escuchas? ¿Estás bien? —Siento mi cuerpo aflojarse, pero sigo absorto en aquel lugar—. ¡¿Por qué tienes que ser tan bestia, Magalí?!

Un llanto agudo y precipitado me arrastra de nuevo a la realidad.

—¿Puedes no gritar? —dice Magui en voz baja, casi dulce—. Está alterada y la estás asustando.

Mis ojos siguen el llanto desesperado, me guían hasta la niña que llora en brazos de Magui, aferrándose a su cuello como si su vida dependiera de ello.

Mi mirada se pierde en su pequeña espalda, en el vestido azul que logro divisar a pesar de la oscuridad. Un minúsculo moño rojo sostiene parte de su cabello castaño y ondulado, que cae sobre sus hombros.

Mi corazón se agita dentro de mi caja torácica, ansiando ver su rostro.

—Theo, ¿podemos pasar? —Es Mía y casi susurra. Mis ojos viajan hasta ella—. Tenemos que hablar…

—Y la niña está helada —añade Magui, sosteniendo aquella pequeña cabeza, llenándola de calma.

Soy un robot, privado de razonamiento y emociones, mientras me muevo hacia un costado y libero la entrada.

Las mujeres se adentran en la casa de las sombras, y la puerta se cierra a mis espaldas.

—Theo…

La voz de Bambi acapara toda mi atención. Bambi. ¿Qué estará pensando de mí en este momento?

—Annelie, ¿cierto? —Mía se presenta. Mis ojos observan la

escena, abstraídos, perdidos—. Soy Mía, la mejor amiga de Theo. Es un placer conocerte.

—Igualmente —afirma Bambi con cortesía, pero no hay sonrisas, tampoco besos o apretones de mano.

Mía intenta presentar a Magui, pero retrocede sobre sus pasos en cuanto nota la oración vacía.

—Theo —Bambi se acerca, intenta hacer contacto con mi mirada ida—, voy a estar en la habitación. Hay más velas en el cajón. Si necesitas algo… Ya sabes.

No asiento. No hablo. Ni siquiera sé si respiro. Solo la miro, a ella, a todas.

Annelie se pierde por el pasillo cuando Mía se acerca y se para sobre las puntas de sus pies, hasta tener ambas manos sobre mis mejillas.

—¿Estás bien? —susurra, buscándome con ojos desesperados.

—¿Qué es esto, Mía? —Mi voz suena extraña, ajena, herida.

—Magui va a explicártelo todo, ¿sí? —Sus pulgares acarician mis pómulos, imitando la calidez de su voz.

—Cielo, ¿vas un ratito con la tía Mía? —pregunta Magui, con voz acaramelada, a la niña que baja de sus brazos.

La pequeña observa a Mía con desconfianza, aferrándose a la pierna de Magui. Me desespera no ver sus rasgos, no distinguir el color de sus ojos. Necesito luz, necesito su cara frente a la mía. Necesito verla. Ver si es… *ella*.

—Ve con la tía Mía, amor —insiste Magui, alentándola—. Vayan a buscar la muñeca que te regaló.

—¿Vamos a buscarla, Cielo? —Mía la seduce, agachándose, con la voz al borde de las lágrimas—. Podemos peinarla y cambiarle el vestido. También tengo caramelos en la cartera.

La niña observa a Magui por décima vez, quien asiente, y una sonrisa de leche aparece en su pequeño rostro, haciendo temblar la tierra bajo mis pies. Me apoyo contra la pared, luchando por recobrar la cordura.

—Theo, ¿dónde podemos hablar a solas?

Sigo la voz hasta llegar al rostro, casi iracundo, de la joven mujer.

—Cocina. —Trago la bolsa de clavos—. En la cocina.

Hay dos velas sobre la mesa, junto a una jarra con agua y dos vasos vacíos.

Intento bloquear las risitas que llegan desde el living, intento no pensar en Mía y la… niña. Intento desterrarlas de mi mente, tan solo por un segundo, y lograr posar toda mi aturdida atención en

Magui y lo que sea que tenga para decir.

—Ni siquiera sé por dónde empezar… —Deja escapar el aire de sus labios, luce cansada y sus ojos están hinchados. Sé que lloró.

—Valeria. —Mi voz se ahoga en su nombre—. ¿Dónde está Valeria?

—No —masculla, los dientes bien apretados y los ojos como espejos—. Vamos a empezar por Cielo. Ella es la prioridad en este momento, ella es la razón por la cual no estoy escupiéndote la cara. Así que vas a escucharme y vas a salir de tu egoísta estado de shock ahora mismo. Deja de fingir y hablemos de lo importante.

—¿Fingir? —Los pasos de la ira retumban, amenazando con ganarle la carrera a la desesperación—. Acabas de llegar y decirme que tengo una… Me dices que tengo una…

—…hija —completa por mí—. Tienes una hija, se llama Cielo y tiene casi tres años y medio. Su cumpleaños es el 7 de septiembre. Está completamente sana, es una niña inteligente y muy dulce, bastante sociable para su edad.

Sus ojos flamean más que las llamas de las velas.

—Cómo… ¿Cómo puede ser? —Intento ordenar las palabras, el caos que reina en mi cabeza—. Valeria nunca me dijo nada. Ella nunca…

—Se enteró después de tu condena, cuando ya habías sido trasladado al penal. Estaba de apenas cuatro semanas —baja la voz cuando las risas cesan en la habitación de al lado—. Su tía le ofreció la posibilidad de abortar, teniendo en cuenta que ustedes se habían peleado y tú estabas encerrado por cagarla más de lo que cualquiera de nosotros podría imaginar. Pero ella se negó. Estaba tan enamorada, que amaría cualquier cosa que viniera de ti. Inclusive un bebé, al que tendría que criar sola. Intenté convencerla de que deshacerse de ella era la mejor opción —dice, sus dedos intentando contener las lágrimas—. No me malinterpretes, amo a esa niña, pero sabía que Val no estaba preparada para afrontar esto sola. Sin padres, sin… ti. Ella, su tía y yo. Éramos buen equipo, pero a veces no era suficiente. No importó cuánto intenté convencerla, ella se enamoró de su panza desde la primera ecografía. No dejaba de mencionar a su madre, quien luchó sola para criarla y hacer de ella una mujer de bien. Ella haría lo mismo, era un tributo a esa mujer que se lo dio todo.

Hace una pausa implícitamente necesaria para los dos.

Siento que me ahogo en palabras que no digo, en sentimientos que no entiendo.

—Su embarazo tuvo muchos altibajos, anémicos especialmente,

Val estaba muy depresiva, angustiada. Sí, por ti. Tienes la culpa de eso y quiero que lo tengas bien presente. —Sirve dos vasos de agua, me acerca uno a pesar de su desprecio. Bebo desesperado—. Sin embargo, dio a luz a una niña sana en un día lluvioso de septiembre. Se enamoraron la una de la otra, así, a primera vista. —Bebe un sorbo abundante y se seca el rostro con la manga de su camiseta—. Cielo comenzó a crecer, rodeada de mujeres, sin ninguna figura masculina. Su tía y yo nos turnábamos para cuidarla mientras Val trabaja e intentaba rendir los exámenes de la universidad a distancia. Su tía falleció un año después de la llegada de Cielo, todo se complicó y la salud de Valeria comenzó a deteriorarse sin motivos aparentes. Siempre estaba pálida, cansada… Se la veía tan débil, cada vez más delgada, pescándose cualquier virus que anduviera dando vueltas, quejándose del dolor en sus piernas. Todos creíamos que simplemente estaba agotada. Era lógico, sola con un bebé, un trabajo de ocho horas al día y una carrera que intentaba alcanzar. ¿Quién no se vería como un fantasma con una vida así? Pero estábamos equivocados. Una tarde comenzó con falta de aire, creí que era un episodio de asma o algo así. La llevé al hospital y me quedé esperando en la sala con Cielo en los brazos. Valeria quedó internada, le hicieron estudios de todos los colores, intentando que alguno de ellos arrojara el maldito diagnóstico, que llegó, y me devastó. Cáncer, Leucemia. Su enemigo era su propia sangre. —Hace una pausa y me aferro a la mesa, a pesar de que estoy sentado, a pesar de que ya no puedo caer más bajo—. Fueron dos años de guerra, de batallas ganadas, hasta la última recaída. No pudo más, Theo, sin importar cuánto lo intentara —su voz se quiebra, el sollozo rompe en su garganta—. Lo intentaba por ella, por Cielo, por no dejarla sola. Pero ya no podía, ni siquiera podía cambiarla o alimentarla, los últimos meses no podía ni besarla, ni tocarla. Vivía con fiebre, con el barbijo puesto y miedo a acercarse a su propia hija. La enfermedad evolucionó de manera fatal, la consumió por completo. Le arrebató todo. —Entierra la cabeza entre sus manos, la angustia mueve sus hombros —. Ella venía teniendo una buena racha, Cielo pasaba bastante tiempo en una guardería y yo aproveché para hacer una pasantía corta en Estados Unidos. Estaba allí cuando me enteré de su última recaída, volví lo más rápido que pude, pero ya era tarde. No llegué. No llegué a despedirme, a decirle que no tenía de qué preocuparse, que iba a hacer exactamente todo lo que me pidió… No llegué.

Quiero gritar, pero no encuentro mi voz.

—Cuándo… —Las lágrimas caen, calientes y espesas, sobre mi

piel. Y no sé hace cuánto que no lloro, pero ya no puedo contenerlas, sería como tapar el sol con la mano—. ¿Cuándo fue?

—Una semana —susurra, vencida—. Solo una semana y ya no sé qué hacer.

—Estoy… —La angustia juega con mi pecho, cortando las rutas de oxígeno—. Mierda estoy tan… perdido. No sé qué… Por qué… ¿Por qué no vino a verme? ¿Por qué no me lo dijo? Yo podría…

—¿Podrías qué? —suelta, llena de desprecio—. Estabas en la cárcel, Theo. ¿Qué mierda ibas a hacer por ellas? Y sí, fue a verte una vez, y te recuerdo que no quisiste recibirla.

Cierro los ojos, el llanto es una mano firme que se cierra alrededor de mi garganta.

—Eso fue… Yo recién entraba al penal y no quería que me viera así… Habíamos peleado muy fuerte. Ella me había dicho que todo estaba perdido, que habíamos terminado, y yo había cometido la cagada más grande de mi vida. ¡Era un puto desastre! —grito.

—Tu hija está en la otra habitación, ¿podrías bajar la voz y cuidar tus palabras? —Me evapora con la mirada.

—Perdón… —Inhalo profundo, intento calmarme, intento vaciar de emociones mi pecho—. Tenía mucho que explicarle y no estaba listo. Estaba luchando por adaptarme, por sobrevivir, por pasar los días sin consumir nada más que agua, por entender qué mierda había hecho. No estaba listo… No pude mirarla a los ojos, Magui. No pude.

—Quiero que una cosa te quede bien clara, Theo. —Su mirada lluviosa es tan severa como su voz—. Eres un cobarde hijo de puta y no te tengo ni la más mínima lástima —susurra—. Si estoy aquí con tu hija, es porque estoy cumpliendo la voluntad de Valeria. ¿Está claro? Si fuera por mí, jamás te enterarías de la existencia de Cielo. Pero, lamentablemente, esa no es mi decisión.

—Su… ¿voluntad?

Agarra su cartera, que cuelga del respaldo de la silla, la abre y saca un sobre. Lo pone ante mis ojos.

—Valeria quería que Cielo tuviera a su padre, que tuviera todo lo que ella no pudo tener siendo niña. Creía que ustedes dos se merecían una oportunidad, que merecían conocerse el uno al otro, amarse. Después de todo lo que hiciste, lo que le hiciste… No te mereces esto y sé que voy a arrepentirme. —Desliza el papel hasta mis dedos—. Es para ti. No sé qué dice, pero sé que es una explicación a todo esto. Y espero que lo valores, porque fue lo último que escribió —murmura, parándose.

Acaricio el papel con mis dedos.

—¿A dónde vas? —Sueno asquerosamente atolondrado, aterrado.

—A seguir cumpliendo mi parte. —Se cuelga la cartera en el hombro—. Yo también tengo órdenes que seguir, aunque no me guste una mierda.

Mis piernas son gelatina cuando me levanto.

—Y… ¿Y la niña?

—Cie-lo —recalca—. Se llama Cielo y es tu hija, es hora de que empieces a acostumbrarte. Te dejo un bolso con sus cosas. Tiene que dormir temprano y mirar poca televisión, como mucho una hora diaria. Nada de dulces, ni de gaseosas. Hay bastantes pañales, aunque casi siempre avisa cuando quiere ir al baño, pero por las noches se le escapa. Cuando la bañes, que no le entre agua en el oído izquierdo, especialmente, tuvo Otitis el año pasado. Mía va explicarte el resto. Yo voy a estar en este hotel a tres cuadras del Centro Cívico, por si me necesitas. —Extiende la mano, dándome un papel con la dirección y el teléfono—. ¡Vamos, Theo! Reacciona —levanta la voz y agarro el papel—. Mañana te llamo, ya tengo tu teléfono.

Sale, dejándome solo en la cocina, a la luz de las velas y la incertidumbre.

Soy un ente sin vida, un caminante sin camino, perdido en esta vorágine sin destino.

—Theo… —susurra Mía.

—¿Qué voy a hacer? —Me dejo caer de rodillas, abatido, aturdido, sosteniendo el papel y mi corazón en las manos—. Siento que me ahogo, Mía. ¿Qué voy a hacer?

—Shhh… —Se arrodilla, su cuerpo me aprieta, me abraza, me contiene, intenta evitar que siga astillándome, rompiéndome—. Vamos a resolverlo juntos, no estás solo, jamás estarás solo. Te voy a ayudar en todo, ¿me escuchas? En todo. Lo vamos a hacer juntos, te lo prometo.

—No puedo ser padre —las palabras arden en mi boca, retumban en mi pecho—. Mía, no… —Mis pulmones se esconden, el aire es historia—. Soy un desastre. Tengo veintidós años y soy un desastre. No tengo nada, no tengo trabajo ni casa, acabo de salir de la puta cárcel, ni siquiera puedo hablar sin putear… No sé… ¡No sé nada de niños! Menos de niñas, cómo… Es demasiado pequeña, es diminuta, y yo... soy un bruto. No puedo. Soy una mierda, Mía. ¿Qué puedo darle?

—Shhh… —Sus dedos siguen intentando barrer mis lágrimas—. No grites, está durmiendo. Annelie le dejó su cama —susurra y

pienso en Bambi, por un instante la olvidé por completo, olvidé que estoy en su casa—. Es muy tarde, estás cansado y es mucho para asimilar. No lo fuerces, por favor, date tiempo. Todo se puede arreglar. Te voy a ayudar, te lo prometo. Es más, mañana mismo me pido el mes de vacaciones que me deben. Me lo tomo todo junto, me quedo con ustedes, yo la cuido mientras buscas trabajo y…

—Necesito verla. —Me levanto, no puedo escuchar una palabra más.

Entro en la habitación, la oscuridad me da la bienvenida. Avanzo con una vela entre las manos. Observo a través de la ventana, Bambi tiene los pies en el agua y luce pensativa mientras admira las ondas concéntricas que la lluvia dibuja sobre la piscina.

¿En qué momento empezó a llover?

Apoyo la vela en la mesa de luz con movimientos mudos, me agacho y contemplo a la dulce criatura que duerme entre sábanas negras.

Me tapo la boca con ambas manos, ahogando un sollozo bestial. Es como si estuviera viendo una réplica en miniatura de Valeria, a excepción de ese pequeño lunar en su mentón, exactamente igual mío.

Su nariz es un porotito respingado y diminuto entre sus mejillas mullidas y coloradas. Su boca es un corazón carnoso, perfecto… Las pestañas le caen como mariposas sobre los pómulos y ansío ver sus ojos, necesito ver cómo me miran, saber qué hay detrás de ellos. Llevo mis dedos hasta su cabello, pero me detengo antes de tocarla. No quiero asustarla, mucho menos despertarla. Entonces, me quedo así, frente a este ángel dormido que me pone de rodillas.

Mi cabeza no tiene lugar para más preguntas, en mi pecho no caben más sentimientos autodestructivos. Todo duele y no sé qué duele más, si haber perdido al amor de mi vida o conocer este pedacito de Cielo.

Me levanto, el mundo gira bajo mis pies. Estiro la manta, intentando cubrirla, cuando algo entre su ropa brilla a la luz de la vela.

Colgando de su cuello está el anillo de mi madre, ese que una noche puse en el dedo de Valeria, con un beso y mil promesas… rotas.

CAPÍTULO 39

ANNELIE

Mi casa es de todo menos mía esta noche.

Intento que mi mente viaje, intento callar las voces que gritan que saque a todos a patadas de mi living, a Theo de mi vida. Intento concentrarme en la lluvia, en las gotas gélidas y pesadas que caen sobre mi frente. Intento concentrarme en el sonido de los truenos que astillan el cielo, y no en el llanto ahogado de aquel hombre tatuado, ni en las risitas histéricas de la pequeña estrella de esta velada inesperada.

Es su hija. Solo me bastó una mirada, cinco segundos, para reconocer sus facciones en aquella cara diminuta y perfecta. No hay dudas, no me caben dudas. Es su sangre.

Me gustaría ser capaz de ponerle un nombre a lo que siento, o no sentir nada. Abortar esta sensación, arrancarla de cuajo. Estoy confundida de maneras en que nunca antes lo estuve, permitiéndome sentir la empatía más ridícula por alguien a quien apenas conozco. Y no quiero. No quiero llenar mi casa de extraños. No quiero sentir lástima por nadie, porque nadie sintió lástima por mí.

La puerta corrediza se abre, puedo escuchar sus pasos acercarse. Sigo contemplando la furia del cielo, desviviéndome por ignorar la picazón de mis dedos, la ansiedad que devora mis órganos, la realidad que me pide a gritos que me encierre en el baño y deje que el filo acaricie mi piel, que me mime; y así, tal vez, cuando la sangre pierda su camino, mi mente será paz.

No me hace falta verlo para saber que está a mi lado, puedo sentirlo, puedo sentir cómo sus pies erráticos remueven el agua. Está agitado, su respiración es casi animal.

—Felicidades, Papito…

—¿Qué mierda voy a hacer? —su voz suena rota, casi tanto como la mía.

—¿De verdad me lo estás preguntando a mí?

Su boca me devuelve silencio mientras lo observo de reojo, sintiendo la intensidad de la lluvia sobre mis hombros, la humedad de la ropa pegada a mi piel.

—No puede ser… —susurra y el cielo se parte en dos—. No entiendo cómo pudo pasar. Cómo…

—Es lo que pasa cuando tienes sexo sin protección. ¿El pequeño

Theo necesita que le explique cómo se hacen los bebés?

—No estás siendo de mucha ayuda, Bambi —murmura, derrotado.

—No se me dan bien estas… situaciones, ni los consejos.

—Eso explica por qué estás sola.

—Parece que nos vamos entendiendo…

—Quiero… —Carraspea, intentando recuperar el tono grave de su voz, que, al parecer, hoy seguirá siendo un hilo roto y agudo—. Quiero pedirte disculpas por esto, por invadirte así. Yo… no tenía idea, lo juro.

—*Invadir* es un buen término. —Tiro la cabeza hacia atrás, la lluvia, el agua, es lo único que me mantiene relativamente cuerda en este momento—. Te creo, el numerito que hiciste en el living fue muy convincente.

—Gracias por cederme un espacio para hablar en privado y por… prestarle tu cama —dice, sorbiéndose los mocos. Me irrita bastante verlo así, débil, patético, perdido.

—Puede que tenga el corazón frío, pero no soy un monstruo —aclaro—. Hasta esa bola de pelos tiene una cama…

—Tyson es un afortunado.

—Un afortunado con los días contados —recalco—. Sabes que no lo quiero aquí —añado, jurando llevarme a la tumba aquella caricia que puede que le haya dado a ese gato.

—Estoy… —Solloza y, de repente, quiero irme, quiero escapar a cualquier lugar—. Carajo, estoy tan perdido que no sé por dónde empezar.

—Yo empezaría por buscar un trabajo, urgente. —Chapoteo, la lluvia se debilita a cada palabra—. Y por darme un buen maratón de *Discovery Kids* para estar al día.

Bufa, ignorando mi exquisito sentido del humor.

—No sé una mierda sobre niños, Annelie. Yo no quería tener hijos. Mucho menos una niña. ¿Cómo voy a bañarla, a peinarla, a dormirla? Soy un completo desconocido ante sus ojos. Voy a ser un padre de mierda, ¿entiendes? Esa criatura se merece algo mejor.

—Estoy de acuerdo.

Mi honestidad brutal añade una gota a su tormenta.

—Este día es infinito —susurra—. Quisiera aspirar una buena línea y olvidarme de toda esta mierda. Un puto subidón y adiós a todo esto que me oprime el pecho. —Se despega la camiseta de la piel, una y otra vez, lleno de fastidio.

Diría que me preocupa el pensamiento que cruza su cabeza, pero preocupación es una palabra demasiado intensa, así que decido

sustituirla por asombro. Me asombra que anhele una línea, cuando afirma que ha estado limpio por años… Y me asombra aún más, sabiendo que su hija está bajo su mismo techo. *Mi* techo. Y me encuentro pensando que tal vez sí, sí será un padre de mierda.

—Pueden quedarse por unos días en la cabaña, hasta que consigas algo, como habíamos pactado antes de todo esto. Tú y tu hija —especifico—. Tu amiga no. Esto no es un hotel, es mi casa.

No tengo nada en contra de la tal Mía, de hecho está bastante buena y me gustó la forma en que manejó la situación. Pero hay una línea muy fina entre la bondad y el abuso, y no pienso permitir que el límite se borre.

—Lo entiendo —saca los pies del agua— y… agradezco que el arreglo siga en pie, a pesar de lo que pasó.

—Voy a decirlo una vez más. —Me concentro en su mirada gris, vacía—. No soy un monstruo, pero tampoco esperes panqueques para el desayuno.

Asiente con un gesto ausente.

—Te despejé el otro lado de la cama, puedes acostarte. —Noto cómo se esfuerza por permanecer sereno, atento.

—No voy a dormir —sentencio—. No tengo sueño y tengo mucho trabajo atrasado. Además, tan solo quedan unas horas antes de que me vaya a la oficina.

—No creo que nadie pueda dormir esta noche.

—Solo las consciencias tranquilas, y en esta casa hay una sola.

La lluvia ya es solo un vago recuerdo, efímero, como mi presencia en este mundo.

—Estoy aterrado —confiesa en un susurro.

—No conozco la historia completa, pero supongo que lo que sientes es lógico.

—¿Qué hay de lógico en los sentimientos?

—Personas… y sus actos.

Vuelve la vista a la piscina, sé que desearía poder hundirse para siempre en estas aguas.

—Ni siquiera yo conozco la historia completa…

—¿No te dio explicaciones suficientes la tal Mari?

—Magui —me corrige, chapoteo otro poco—. Algo… El resto de las explicaciones están aquí. —Sostiene un papel ligeramente arrugado entre sus dedos, una carta.

—¿No vas a leerla?

—Lo intenté antes de sentarme contigo… Pero soy un cobarde hijo de puta, no puedo.

—Voy a decirte algo que no pienso volver a repetir, Theo. —

Saco los pies del agua, los hundo en el pasto húmedo. Es una sensación que me encanta—. Esa criatura que duerme en mi cama, va a quererte. Va a confiar en ti rápidamente, porque sus ojos aún son inocentes. Va a verte como su héroe, sin importar cuántas veces la cagues, cuántas veces le des la espalda. Va a justificar todos tus errores, a ignorar tus defectos, porque eso es lo que hacen los niños, amar a quien no se lo merece. Entonces, será mejor que te pongas la capa y leas esa carta, así empiezas a ganarte el título de héroe, antes de que se dé cuenta de que estás roto.

Noto el impacto de mis palabras en el brillo de sus ojos y me alejo, dejando en cada paso un poco de esa niña que alguna vez fui. Esa, esa que creyó que su padre aún podía ser su héroe.

Theo,

Jamás pensé que sería tan difícil resumir cuatro años de mi vida, de tu ausencia, hasta que me propuse agarrar este lápiz y este papel.

Sabes que la escritura nunca fue mi fuerte, tampoco los rodeos ni las mentiras. Me gusta la honestidad, y estoy cansada y tengo poco tiempo, puedo sentirlo. Por eso, voy a ignorar todas las puteadas que tengo guardadas dentro de mi pecho y que llevan tu nombre. Voy a obviarlas, porque ya de nada sirven. Porque cuando leas esto, ya no sentiré nada. Todo el odio y el amor se habrán disipado en el aire, junto con los recuerdos.

Sé que debes estar confundido, lleno de preguntas y lamentos. Si todavía eres la persona que conocí, debes estar intentando ahogar el llanto con tus manos, con las dos, como si pudieras enterrar las emociones. Y porque sé que sí, que sigues siendo mi Theo, el Theo que lucha contra sus demonios, el Theo que ansía que lo quieran, que lo acepten, que lo perdonen, que la vida le muestre algo bueno, el Theo que amé y amo a pesar de todos sus errores, el Theo que esperé cada noche de mi vida, por eso, por ese Theo, hoy te entrego mi tesoro, mi Cielo. Mi cielo que tiene tus ojos, ¿ya te viste en ellos?

Tres años y medio viendo crecer un pedacito de mi amor por ti, por tu rebeldía y tus sueños, por tus errores y temores, por tus pérdidas y anhelos. Tres años y medio (casi), devorándome los sesos para saber qué era lo correcto.

Pisé siete veces la cárcel, no entré ninguna. Siete corajudas oportunidades de liberarme de esta angustia que me comió a paso lento. De gritar la verdad innegable, porque solo basta con mirar sus ojos… Pero no pude y, al día de hoy, no sé qué me dio más miedo. ¿Que la rechazaras? ¿Que me rechazaras? ¿Que ya no quedara ni la sombra del Theo que me acariciaba hasta quedarme dormida? ¿Que estuvieras muerto? ¿Que dudaras de su sangre? ¿Que Cielo supiera que su papá estaba preso? ¿O que se encariñara y lo extrañara cada día más?

Puedes tildarme de cobarde, pero te reto a ponerte en mis zapatos.

Dieciocho años, un bebé y una sombra en tu lugar.

Tuve suerte, tuve ayuda, y me sentí orgullosa con cada sonrisa de tu hija. Me sentí orgullosa pensando que faltaba menos, mucho menos, para que supieras de su existencia y volvieras a nosotras. Ilusa, tal vez.

Me encantaría hacerte una pregunta, me gustaría mucho más poder escuchar la respuesta. ¿Habrías vuelto, Theo? Si hubieras podido, al salir, ¿habrías vuelto a mí, a nosotras?

Supongo que ya es tarde para mí, pero tal vez no para Cielo.

Magui ya debe haberla dejado contigo, si estás leyendo esto.

Seguramente se encargó de recordarte cuánto te aborrece, entremedio de todo este cuento.

Estoy muriendo, Theo. Y solamente tengo un deseo. Un deseo que anhelo y creo que merezco, quiero a Cielo con su papá. Quiero que permitas que ella te demuestre por qué vale la pena vivir, quiero que te llene tanto de amor que el gozo ya no quepa en tu cuerpo, quiero que te robe sonrisas como a mí, que sus manitos calientes te acaricien las mejillas y el alma. Quiero que te haga feliz, y solo pido una cosa a cambio, cuídala, ámala como sé que me amaste a mí. Quédate para siempre a su lado, llénala de seguridad en sí misma, de sueños, de valores. Disfrútala y deja que te disfrute. Haz las paces con Magui, ella va a ayudarte tanto como lo haría yo.

Si todavía sigues siendo mi Theo, y me juego lo que me queda de vida a que sí, le vas a dar una oportunidad. Pero si sigues siendo el hijo de puta egocéntrico y drogadicto que el resto del mundo conoció, vas a ponerla en brazos de Magui y a cerrar la puerta. Pero si lo haces, Theo, no vuelvas a buscarla nunca más.

Confío en que sigo teniendo un lugar en tu corazón, en que sigues siendo el hombre dulce que aún puede tomar la decisión correcta.

Ella es tu salvación, tu redención, tu oportunidad para eximirte de culpas. Es tu pasaporte al Cielo.

Te amé y te extrañé siempre.

Valeria.

CAPÍTULO 40

THEO

El papel me grita y yo estoy sordo. Sus palabras bucean en aguas turbias, buscando un corazón que ya no tengo, que ha quedado sepultado bajo los besos que no le di, bajo las palabras que callé.

Mi cuerpo es un templo abandonado, privado de razonamiento y oxígeno, escondido entre las sombras de la noche. De esta noche.

La carta habla entre mis manos, y la cierro. La doblo en mil pedazos para callar su voz, porque cada palabra que releo es sal en mis heridas.

El pánico me inunda, me ahoga entre sus brazos. Y el miedo lastima más que una bala. Y el silencio es el arma más filosa sobre la piel.

Las palabras retumban por todo mi cuerpo, pero olvidé cómo susurrarlas.

Y así me quedo, sin más balas para esta guerra, absorbiendo mi derrota, sintiéndome ajeno, a esta casa, a mi voz, a ella…

«¿Habrías vuelto, Theo? Si hubieras podido, al salir, ¿habrías vuelto a mí, a nosotras?»

Jamás pude pensar en otra cosa que volver, a ella, a sus brazos, a su cuerpo cálido y pequeño debajo del mío, a la confianza que infundía su voz. En mis noches más oscuras, fue su puta sonrisa la que me mantuvo vivo.

Siento que floto mientras camino hacia a la habitación, vacío de lágrimas, de proyectos, de vida.

La puerta se abre con un pequeño quejido.

El ángel duerme y Mía lo protege… de mí.

—¿Estás bien? —susurra, acariciando el cabello ondulado de la niña.

Me siento en la punta de la cama, cuidando mis movimientos.

—¿La leíste? —pregunta, señalando con la cabeza la carta que aún llevo en la mano.

—Sí… —hablo bajo, tan bajo como mi tono de voz me lo permite—. Es una hoja y dolió más que una patada en los huevos.

—No puedo imaginar lo que estás sintiendo, Theo —susurra y yo intento dejar de sollozar como un maricón—. Pero tienes que estar tranquilo antes de tomar una decisión.

—¿Decisión?

Mía me observa entre las sombras que engullen la habitación.

—Aceptarla o renunciar a ella. —Suena simple en sus labios—. Magui lo dejó muy claro, Theo. Es demasiado pequeña, no va a permitir que sufra. O aceptas que eres su padre y aprendes a amarla, o las dejas ir para siempre. Es lo que Val quería, que tuvieras la decisión —deja de hablar cuando la pequeña se mueve, presa de los sueños—. Magui va a quedarse una semana aquí, en Bariloche, es el tiempo que tienes para pensarlo, para estar con ella. —La señala, aunque mis ojos ya la miraban embobados—. Sé que no será fácil, Theo. Sé que no querías hijos, que no estás preparado, pero tal vez sea un buen momento para dejar de mirar tu propio ombligo. Hay alguien que te necesita, hay alguien que depende de ti, alguien que te va a amar incondicionalmente, alguien que desconoce tus errores y te permitirá empezar de cero. —Mi mirada aturdida rebota de una a la otra—. Eres una hoja en blanco para ella, puedes llenarla con lo que quieras.

—No tengo con qué llenarla, Mía. ¿Qué es lo que no entiendes?

La vergüenza me retuerce el pecho, me arranca los ojos porque ni siquiera tengo permitido llorar. No lo merezco. No la merezco. No quiero corromper su alma con mi oscuridad. Sigo viendo la puta cara de mi madre, escuchando el llanto de mi hermano cada vez que cierro los ojos. ¿A quién quiero engañar? No soy fuerte, no puedo con esto.

—Te pido que no tomes una decisión precipitada, es algo que no tiene vuelta atrás.

—Lo sé.

—¿Annelie necesita la habitación? —pregunta, noto la incomodidad en su voz.

—No va a dormir, va a quedarse trabajando en la cocina. Se va temprano, dentro de pocas horas.

Mía asiente, incómoda.

—Parece amable.

—Repítelo después de hablar unas cuantas veces con ella… —Casi sonrío por primera vez desde que aparecí en este cuento—. Es amable —susurro—, solo está herida.

—Todos lo estamos un poco…

Guardo silencio, no pienso exponer las cicatrices de Bambi frente a otros ojos que no sean los míos.

—Puedo pedirle de nuevo la cabaña a mi papá —sugiere—. No puede negarse si tienes una niña, no va a dejarla en la…

—No, Mía. —Tengo el orgullo herido y se aferra a las paredes de mi garganta, intentando mantenerse de pie—. Tu papá ya hizo suficiente por mí, y así le pagué… Tú también, ni siquiera tendrías

que estar aquí. Pero te necesito más que nunca. Es una niña, Mía. Y yo soy hombre y soy un bruto. Tengo que aprender a… —La observo dormir, es un maldito ángel castaño—. Carajo, a todo. Tengo que a aprender a todo, si voy a estar con ella.

—Ser niña no es tan difícil como crees, Theo. —Sé que miente, sé que intenta llenarme de confianza—. Te voy a enseñar lo que necesites y voy a estar a tu lado. Es mi sobrina, ¿qué te hace pensar que voy a dejarla? Ya me pegué a ella como una garrapata. —Ríe suave, en su garganta vibra la paz. De repente, me encuentro deseando saber lo que se siente reír así.

—Sabes que siempre puedes volver a Gesell, con tu papá, ¿no? —Llena de palabras mi silencio.

—Salvador no es una opción, Mía. No lo fue nunca, ahora no hay diferencia.

—La diferencia está durmiendo a mi lado…

Aprieto los dientes, siento cómo mis hombros se vuelven piedra.

—Salvador no es una opción, Mía. No quiero volver a escuchar su puto nombre, ¿está claro?

—No va a ser tan fácil, él ya sabe de su nieta.

Se me cae el alma a los pies. ¿Él siempre lo supo?

—¿Qué?

—Antes de venir aquí, Magui pasó por tu casa pensando que al salir de la cárcel te quedaste en Gesell. Le contó todo a tu padre. Él se ofreció a traernos en auto, pero cuando me enteré lo convencí de que lo mejor sería que viniera yo en su lugar. —Escucho, respirando como una bestia otra vez—. Él va a querer formar parte de la vida de Cielo y lo sabes. Y no puedes negárselo.

—Sí que puedo, soy su padre. Puedo decidir lo que…

Dejo de hablar en cuanto asimilo lo que escupió mi boca.

—Sí, eres su padre, por eso tienes que desear que esté rodeada de personas que la quieran, Theo.

Cierro lo boca antes de soltar más estupideces.

—¿Por qué no duermes un rato? —susurra.

—¿Te parece que voy a poder pegar un ojo?

—Lo necesitas —dice, levantándose muy despacio.

—¿A dónde vas? —Es increíble lo rápido que mi voz pasa de ausente a desesperada.

—Voy pasar por el hotel donde está Magui, tengo algunas cosas que hablar con ella.

—¿Ahora? Es de madrugada.

—No pasa nada, son solo cinco cuadras y debe estar lleno de egresados por todos lados, es la época.

—¿Qué hago si se despierta? —pregunto, aterrado de tan solo imaginarlo.

—Vas a saber qué hacer, Theo, confía en tu instinto.

—¿Instinto? ¿De qué mierda estás hablando? No tengo instinto de nada.

—Acuéstate a su lado y descansa. Si se despierta, vas a saber qué hacer. Te lo prometo —dice y comienza a alejarse—. Vuelvo en un rato, no tardo.

Mía desaparece, llevándose mi hombría, dejándome como un pichoncito herido y asustado al lado del ángel dormido.

Lo pienso mil veces, finalmente me acuesto a su lado, de perfil, sintiendo el aire cálido que sale de su pequeña nariz. Su cuerpo diminuto me apabulla, llena mis venas de angustia, envuelve mis huesos en miedo. Luce frágil y perdida entre las sábanas, y siento pánico. Me aterra saber que esa carita ahora depende de mí.

Pienso en Valeria, sola y embarazada, joven y asustada. Pienso en mí, sobreviviendo entre las rejas, extrañándola con cada célula, pensando quién estaría besando su boca, sin imaginar que me llevaba dentro.

Una vez más, mis errores me lo arrebataron todo. Una vez más, la perdí por estar demasiado enfocado en mí, en mi odio hacia Salvador y hacia mí mismo, en lo que me convertí por las personas que perdí.

¿Voy a dejar que el miedo me arrebate el cielo?

La observo, tres años y su belleza ya te arrebata el aire.

La cabeza me va a mil por hora. Es una vorágine de pensamientos ridículos, de miedo anónimo, de curiosidad latente. Decido callarlos, concentrándome en la pequeña sonrisa que dibujan sus labios rosados. Algo en sus sueños parece resultar demasiado gracioso. La mueca me relaja y, sin darme cuenta, me pierdo en su reino.

Algo me cosquillea la nariz y los labios. Abro los ojos de golpe y dos piedras grises me observan a escasos centímetros de distancia. Grises, sus ojos son grises y me veo en ellos. Sus enormes pestañas aletean mientras sus manitos cálidas me aprietan las mejillas y recorren mi frente.

No me muevo, ni siquiera emito sonido. El pánico paraliza mi cuerpo mientras sus manos me tocan, me… conocen. La dejo, dejo que sus dedos se metan en mis ojos y en mis orejas. Dejo que me acaricie, perdida en su concentración, y me esfuerzo por mantener

las putas lágrimas dentro.

Sus manos abandonan mi piel. Abro los ojos, está mirándome de una forma que quema, arde.

—Hola —susurro, sin moverme—. Yo soy tu… Soy tu… Theo, soy Theo.

—Theo —repite con un hilito de voz y creo morir. Ahora, aquí mismo.

Y otra vez me lleno de preguntas. ¿Cuánto habla? ¿Qué le gusta? ¿Va al Jardín? ¿Es alérgica a algo?

—Mamá…

El corazón se atora en mi garganta. Me levanto demasiado rápido y solo consigo que se asuste y que sus labios comiencen a curvarse hacia abajo.

—¡¿Mía?! —grito y me arrepiento en cuanto empieza a llorar.

—¡Mamá! Mamaaaaaá.

Intenta pararse sobre la cama, pero su cuerpo se tambalea y cae hacia atrás sobre el colchón. Es un segundo, que ni siquiera sé si existió, y mis brazos la rodean. Su cuerpo se pierde en el mío, es diminuta y me aterra estar apretándola demasiado.

—No llores —susurro y comienzo a moverme por toda la habitación, sin saber lo que hago—. No llores, Cielo. —Acaricio su cabello suave mientras ahoga sus lágrimas en mi camiseta.

No se calma, y estoy empezando a entrar en calor.

«¿Qué hago? ¿Cómo mierda logro que deje de llorar? Cómo… ¿Cómo le explico que su mamá no va a volver?»

La cabeza de un oso de peluche sale de su bolso y acapara toda mi atención.

«Juguetes. Claro, juguetes. Todos los niños aman los juguetes, ¿no?»

Me agacho para agarrar el peluche mientras su llanto me rompe un tímpano y sus deditos se entierran en mi cuello.

—¡Mira! —exclamo, demasiado entusiasta, intentando que el oso la seduzca—. De… ¿De quién es este osito tan hermoso? ¿Y esa corbata que tiene? —sigo, estoy poniendo la voz más ridícula de la historia pero no me importa, porque parece que sus lágrimas se van secando—. ¿Es de Cielo o es de Theo? —Frunzo el ceño en una mueca exagerada, no sé qué carajo estoy haciendo, pero funciona. Funciona y eso es todo lo que me interesa.

—De Cielo —dice y me arrebata el juguete de la mano, antes de volver a colgarse de mi cuello como un mono.

Cierro los ojos, sintiendo sus brazos alrededor de mi cuello, su mejilla pegada a la mía y el puto oso aplastado entre nosotros. Y me dejo llevar, es un instante en que su pelo huele a frutilla y es todo lo

que soy capaz de sentir.

—¿Magui? —murmura, llevándose dos dedos a la boca, chupeteándolos sin compasión.

—¿Magui? —repito—. ¿Quieres que llamemos a Magui?

Tanteo mi bolsillo en busca del celular. No tengo batería, pero, gracias al cielo, parece que la puta luz ya volvió, dejando la oscura noche en el pasado. Hago malabares para enchufar el aparato y devolverlo a la vida.

—*Quero* leche —dice, pasándome los dedos baboseados por la cara. Cierro los ojos, inhalo profundo. No sé si reír o llorar. Tal vez me pongo a reír mientras lloro, ya puedo esperar cualquier cosa del cóctel que se bate en mi pecho.

—¿Leche? —Asiente con la cabecita y los dedos de nuevo en la boca—. Leche. Sí, claro, puedo darte leche. Puedo hacer eso.

Me paso la mano por el pelo mientras Cielo, el oso con corbata y yo nos dirigimos a la cocina.

Annelie no está, sé que no está porque es tarde y la casa está en completo silencio. Y no acudió a mi rescate cuando me puse a los gritos.

—Caca.

Mis pies echan raíces en el suelo.

—¿Qué?

Sus ojos grises se agradan mientras empieza a levantarse el vestido y algo me entibia el brazo.

—Qué…

—Caca —repite y me muestra su sonrisa de leche.

Vuelvo a la habitación casi trotando, Cielo ríe a carcajadas que me contagian y se filtran entre el pánico.

Llamo a Mía, el teléfono suena y suena, y Cielo ríe.

—Es muy divertido llenarme de caca, ¿no? —murmuro mientras se descostilla de la risa y el olor comienza a noquearme.

Corto y llamo otra vez. Mía atiende al segundo tono.

—Espero que estés a medio metro de esta casa o que me digas cómo mierda se cambia un puto pañal.

CAPÍTULO 41

THEO

—De adelante hacia atrás, ¿lo ves? Tienes que asegurarte de que no haya nada de caca en la vulva para evitar una infección.

Me suda la frente y creo que me bajó la presión.

—Ey, Theo, ¿estás bien? —dice Mía, enrollando el pañal sucio—. Estás pálido.

—Yo no puedo hacer eso. —Niego con la cabeza, alejándome, poniendo un muro entre los aceites, las toallitas, el talco, las indicaciones, las vulvas, la caca y la risa de Cielo.

—No es taaaaan difícil como parece. Además, Magui dice que está empezando a dejarlo, aunque la princesa se está tomando su tiempo. —Pasa una toallita húmeda por sus genitales, esquivando las patadas entusiastas de la niña—. Si logras que vaya al baño, limpiarla será mucho más fácil.

—¿No es tan difícil? ¡Tú porque tienes dos sobrinas!

—Ahora tengo tres. —Le sonríe con dulzura—. Cielo, si no te pongo pañal, ¿vas a avisar cuando quieras hacer pipí o caca? —le pregunta, sosteniendo una bombachita rosa en la mano.

La pequeña asiente varias veces y se estira para agarrar la bombacha, que Mía termina poniéndole antes de bajarle el vestido azul.

—¿Dónde está Magui? —hablo en voz baja, temiendo que el cielo rompa a llorar otra vez—. Hace un rato pidió por ella.

—Está viniendo. —Se acerca con el monito en brazos—. Me dijo que tenía que arreglar algunas cosas de la facultad, estuvo faltando mucho con todo lo que pasó…

—¿De qué hablaron? —curioseo mientras nos dirigimos como uno solo hacia la cocina.

—No es el mejor momento para hablar de eso. —Señala a Cielo con la cabeza, que nos mira con los ojos bien abiertos.

—*Quero* leche —dice, pasándose los pequeños puños por los ojos amanecidos.

—¿No le hiciste el desayuno todavía? —inquiere Mía, quitándole una pestaña del pómulo.

—Recién nos despertamos. Iba a hacérselo, ¡pero se cagó en mi brazo! —me defiendo.

—Theo, la boca —me censura y mascullo por lo bajo. ¿Ahora no puedo putear más?

—Theo, la bocaaaa —repite Cielo, llevándose las manitos a los labios.

La risotada de Mía pinta de otro color la estancia. Se escucha fuerte y viva y Cielo se une, y yo me siento tentado pero la preocupación pesa más.

«¿Va a repetir todo lo que digo? Estoy jodido.»

Abro la heladera, sintiéndome un poco incómodo por hurgar entre las cosas ajenas, y saco un poco de leche que pongo a calentar.

—¿Y Annelie?

—Debe estar trabajando, voy a mandarle un mensaje.

Busco el teléfono en el bolsillo de mi pantalón y escribo:

Buen día, Bambi. Te fuiste sin despertarme, quería que habláramos primero. Debes estar muy cansada, perdón. Por todo.

—¿No le molesta que estemos aquí? —pregunta, acomodando el moño que Cielo lleva en el cabello—. Quiero decir, aparecimos de golpe…

—De eso tenemos que hablar. —Busco una taza de plástico, pero todas son de vidrio. ¿Tomará en taza o en mamadera?—. Cielo y yo podemos quedarnos un tiempo, hasta que consiga trabajo y un lugar donde estar, pero…

—…yo no —me roba la frase—. Es lógico, Theo. No te preocupes, no pensaba mudarme a la casa de una desconocida. Voy a pedirme el mes de vacaciones y voy a quedarme en la cabaña de mi padre. Voy a cuidarla mientras tú buscas trabajo y vamos a arreglar todo esto.

Mía y su eterno optimismo.

—Hay algunos bares que abren a partir de las ocho de la noche. —Saco la leche del fuego—. Pensaba pasar hoy mismo para dejar currículums. Hay varios, hasta encontré uno que es enteramente de hielo.

—Lecheeeeeee. —Los ojitos grises parlotean impacientes.

—¿Sabes tomar en taza, Cielo? —pregunto, mostrándole una taza roja.

—Sí —dice, estirando los brazos para alcanzar la leche que aún no sirvo.

—Es de vidrio, Theo —observa Mía—. ¿No te fijaste si hay alguna taza o mamadera en su bolso?

—¡Mamadera no! Taza. —Niega con la cabeza y su cabello castaño se mueve de un lado a otro—. *Quero* taza.

—¿Te quedó claro? —Levanto una ceja y miro a Mía con una

sonrisa ancha, casi orgullosa—. Quiere taza. La mamadera es para niñas chiquitas y Cielo ya es grande… ¿O no, Cielo?

Asiente con la cabeza y poco a poco su ceño se descomprime, adoptando su cálida expresión natural.

Sirvo la leche en la taza roja y la acerco a sus manos. Mía se infarta cuando se la doy directamente a Cielo y no a ella primero.

—¡Tienes que probar que no esté demasiado caliente! —me reta y yo lo anoto mentalmente para la próxima. Y la lista va creciendo.

«Nota mental:

•Le gusta ese oso feo con corbata.

•Su pelo huele a shampoo de frutilla. Comprar shampoo de frutilla.

•Si pongo voz ridícula, se muere de risa –sirve para que deje de llorar.

•La vulva en la caca. Corrección: la caca en la vulva NO.

•Las tazas de vidrio NO.

•Probar la leche primero, puede estar demasiado caliente.»

—¿Me estás escuchando, Theo?

Levanto la vista y el bigote de leche de Cielo acapara toda mi atención.

—Perdón, me distraje. ¿Qué decías?

—Te dije que agarres las galletitas que están dentro de mi cartera. —Señala un pequeño bolso morado en la otra punta de la mesa—. Magui me dijo que son sus preferidas, las compré antes de venir. Pero no puede desayunar esto todas las mañanas. Hay que comprar cereales y fruta. Podemos ir al supermercado cuando Cielo termine de comer.

Asiento mientras saco un paquete de *Opera* de la cartera. Me lo quedo mirando como un imbécil.

—Sí, ya sé —dice, sacándome del trance—. Me pareció loquísimo que sus galletitas preferidas fueran también las tuyas. Supongo que no hace falta prueba de ADN.

—Jamás me haría una prueba de ADN. —Abro el paquete y lo pongo sobre la mesa—. Sé… Sé que es mía. Lo sé.

Mía sonríe como si hubiera dicho todo lo que quería escuchar.

El celular vibra sobre la mesada. Lo agarro, es un mensaje de Bambi.

Te dejé la llave de la cabaña arriba de la heladera. Puedes empezar a acondicionarla. Hay productos de limpieza bajo la mesada y sábanas y toallas limpias en mi habitación. Vuelvo a las tres.

Miro la hora, apenas son poco más de las diez de la mañana.

—Puedes… ¿Puedes cuidarla mientras hago unas cosas en la

cabaña del fondo? Tengo que acondicionarla para mí y para… —Me paso las manos por la cara. Necesito un café bien negro o una puta medida de vodka—. Cualquier cosa, estoy afuera.

El polvo me hace estornudar tres veces seguidas y deja una picazón asquerosa en mi nariz.

Creí que el lugar era una pocilga, no pude estar más equivocado. Hay madera nogal por todas partes, una pequeña cocina eléctrica junto a una mesita de pino y dos banquetas, una cama de una plaza debajo de la ventana, que da directo a la piscina de Bambi, y un pequeñísimo baño donde apenas entro parado. El polvo y el olor a humedad son el único manto sombrío que cubre este lugar. El resto es mejor de lo que podía imaginar.

Abro la ventana y la puerta, el aire, casi veraniego, se cuela como un torbellino cálido. Decido comenzar por limpiar el baño. El puto minúsculo baño, que me lleva mucho más tiempo de lo esperado.

Hice la cama, que me recordó al catre ruidoso en el que dormí los últimos cuatro años. Cambié las toallas y no pude evitar pensar en las duchas compartidas, en lo mucho que extrañé la palabra *intimidad*.

Para cuando termino de repasar hasta el último mueble, de sacar hasta la última mota de polvo, estoy completamente sudado.

—¿Haciendo de ama de casa?

Me doy vuelta cuando escucho su voz. Magui está en la puerta, apoyada contra el marco.

—Y después los machistas somos nosotros…

—¿Cómo pasó la noche? —pregunta, escaneando el lugar.

—Durmió como un bebé, literalmente. —Me limpio el sudor de la frente con la camiseta.

—¿Y tú?

—No tuve la misma suerte, pero dormí un poco.

—¿Lloró? —sigue con el interrogatorio, sin dar un paso más.

—Solo cuando se despertó y preguntó por su… —Trago el ovillo de angustia—. Por Valeria.

—¿Qué le dijiste?

—Nada, la distraje. ¿Qué se suponía que tenía que decirle? No sé qué es lo que sabe, lo que entiende.

Da un paso al frente, cruza el umbral y se sienta en la punta de la cama recién hecha.

—Sabe que su mamá se convirtió en un ángel y que la llamaron

del cielo porque allí necesitaban un corazón tan bueno como el suyo.

—¿Quién le dijo esa estupidez? —Frunzo el ceño y aprieto los puños.

—Yo. —Levanta una ceja—. ¿O preferías que le dijera que su mamá agonizó tres días hasta que dejó de respirar?

Lo siento. Siento el dolor apretándome la garganta, las lágrimas nublándome los ojos. Pero no quiero llorarla, no merezco el placer de desahogarme.

—¿Vas a pedir una prueba de paternidad? —inquiere, limpiándose la humedad de los ojos.

—No.

—¿Por qué?

La observo, está rota. Y pienso que, si no tuviéramos este odio mutuo, podríamos pegar nuestros pedazos juntos. Llorar una pérdida que nos une.

—No tengo dudas. Sé perfectamente qué clase de mujer es Valeria.

—Era… —corrige mi error, hundiéndome un poco más—. ¿Decidiste qué vas a hacer?

Una mariposa crece en mi estómago, sus alas se despliegan cosquilleándome el alma.

—Voy a quedarme con ella.

Sus ojos se agradan, aún emocionados, pero llenos de pánico.

—Valeria tenía razón, no eras tan hijo de puta como todos pensábamos. ¿Qué te hizo decidirte?

Lo medito en silencio.

—Su risa. —Le doy la espalda, ocultando mis putas emociones —. Nunca escuché nada que me diera tanta… paz.

—Bienvenido al mundo de Cielo.

Me seco los ojos antes de girar y volver a encontrarme con su afligido rostro.

—¿Ya le dijiste quién eras? —lo dice casi en un susurro.

—No. Lo intenté, pero… no pude.

Asiente con la cabeza mientras se levanta.

—Acompáñame.

Sale de la cabaña y la sigo, limpiándome el sudor de los brazos con una toalla.

Cielo está jugando con Mía sobre la alfombra, alejada de los tachos de pintura y las brochas, de la pared a medio pintar.

—Cielo, ven conmigo —dice Magui, arrodillándose.

La pequeña se levanta, tira la muñeca que sostenía y corre hacia

Magui, quien la recibe con los brazos abiertos.

—Arrodíllate, por favor —me pide, el pulso me va a estallar en las venas.

—Estoy jugando con Mía —Cielo le cuenta a su tía, ignorándome.

—Ya veo, Mía es muy buena, ¿no? —le pregunta y Cielo asiente con una sonrisa enorme, una de esas que te dejan sin aire—. Quiero contarte algo, amor —le dice, mirándome—. ¿Recuerdas que mamá te dijo que tu papá estaba perdido? —habla bajo, suave—. Bueno, ya encontró el camino de vuelta a ti. —Le sonríe y siento las lágrimas en la garganta—. Cielo, él es Theo, tu papá.

Sus ojos grises me miran como si no me hubieran visto antes, como si no hubiéramos pasado la mañana juntos. Ahí están, dos piedras enormes, llenas de emoción y dudas.

—¿Papá? —le pregunta, aferrándose a su cuerpo. Su vocecita es apenas un sueño.

—Sí, amor. —Le acaricia la espalda, llenándola de confianza—. Es papá y te encontró.

Quiero hablar, juro que quiero hablar. Quiero decir algo. Quiero decir mil cosas, pero la emoción de sus ojos se atascó en mi garganta, dejándome sin voz.

Mía solloza en una esquina y me sonríe cuando mis ojos piden su ayuda. Asiente con la cabeza, sorbiendo sus lágrimas.

—¿No le vas a dar un abrazo de bienvenida? —le pregunta Magui, palmeando su cola suavemente—. Viene desde muy lejos y te extrañó mucho.

Los ojos de Cielo se pierden en los míos mientras escucha las palabras dulces de su tía. El tiempo se espesa cuando su cuerpito comienza a caminar hacia mí y la tierra se sacude cuando sus brazos me rodean el cuello.

Soy un palacio de sensaciones. Soy lágrimas. Soy miedo. Soy amor. Soy esperanza.

¿Cómo pude sobrevivir sin esto?

Mis brazos la rodean, cubriéndola, creando una burbuja donde solo estamos los dos. Y aquí estoy, de rodillas, rendido ante esta miniatura que me sacudió por completo.

—Hola, Cielo —susurro, hundiendo la nariz en el rollito que forma su cuello.

—Hola, Papá.

Una palabra. Un mundo nuevo.

CAPÍTULO 42

THEO

Me gustaría saber cómo sucedió, qué tipo de polvos mágicos cayeron sobre mis brazos para domar a la pequeña fiera que gritó, corrió y saltó mientras reía a carcajada limpia por todo el parque de Bambi. Pero pasó, aquí está, dormida, acurrucada contra mi pecho mientras la rodeo con mis brazos. Mi nariz está hundida en su cabecita, en la frutilla que aún emana de su cabello.

¿Veinticuatro horas como padre y ya me tiene embobado? Sí.

¿Continúo cagado del miedo? Sí. A más no poder.

Abrazarla y sentir que hice esto toda mi vida, ¿es ridículo? Sí.

¿Quiero dar un paso atrás? No.

Hablé mucho con Magui hoy. Me hizo una lista de cosas que Cielo odia y otra con las que adora. Me dijo que iba a ingresar al jardín, pero, con todo lo sucedido, no pudo ser este año. No me saltó a la yugular cuando le recriminé que no me haya llamado antes, al contrario, me explicó con calma que sí llamó, pero terminaba cortando antes de hablar, simplemente por miedo a tirarme semejante bomba a través de un teléfono. Eso explica las llamadas de número desconocido de la última semana… Ojalá hubiera escuchado su voz, ojalá hubiera tenido más tiempo para asimilarlo todo.

Ella y Mía se fueron con la excusa de comprar alimentos para Cielo, pero sé que todo es un plan para dejarme a solas con ella, para que me las arregle, para que aflore *mi instinto*, como Mía no se cansó de repetirme.

¿Tendré instinto? ¿Todos nacemos con el chip programado para ser padres, para cuidar y amar a nuestros hijos?

Un golpeteo suave en la puerta de la cabaña me saca de mis pensamientos con sabor a frutilla.

Me levanto con Cielo en brazos, sus piernas cuelgan a los costados de mi cadera, y juro que pesa más de lo que aparenta.

La puerta se abre con un quejido que suplica un poco de aceite.

—Hola, Bambi —susurro—. No tienes que golpear, técnicamente estás en tu casa.

—Veo que ya se te da bien esto de ser papá —habla bajo y lo agradezco, aunque su comentario sea mordaz como siempre.

Me alejo de la puerta, ella entra y cierra muy despacio mientras deposito a Cielo en la pequeña cama y la rodeo de almohadas,

exactamente como Magui me indicó. Ya no es un bebé, a pesar de que para mi mente inexperta aún lo sea, pero suele moverse bastante mientras duerme y por nada del mundo quiero un chichón. No sé cómo reaccionar a eso, no estoy preparado.

—¿Cómo estás? —pregunto, comiéndomela con la mirada. Hoy va mucho más arreglada de lo normal y ese escote pide a gritos mis manos.

—Bien. —Se apoya contra la pequeña mesa de madera—. ¿Ya ideaste un plan de acción? —Señala a Cielo con la cabeza.

—Estoy en eso. —Me acerco como un depredador, no puedo evitarlo—. En un par de horas, cuando anochezca, voy a presentarme en algunos bares y probar suerte. Tal vez en un trabajo más informal mi pasado pese menos.

—Eso espero…

Luce extraña mientras su boca carnosa susurra las palabras. Luce lejos, mucho más lejos de lo normal, como si hubiera puesto una cerca eléctrica entre nosotros.

—¿Pasa algo? —Coloco un mechón de cabello detrás de su oreja y acaricio sus labios con mi pulgar, anhelándolos.

—No.

Esos ojos pardos esquivan mis balas.

—¿Cómo estás?

—Ya te dije que estoy bien —la hostilidad responde.

—Cuando te pregunto cómo estás, quiero una respuesta que no sea un monosílabo. Quiero saber qué sentiste hoy. ¿Estás cansada? ¿Feliz? ¿Abrumada? Habla conmigo, Bambi. Ansío escucharte.

—Supongo que no estoy acostumbrada a que alguien quiera saber qué fue de mi día…

—Nunca es tarde para empezar. —Ahueco su rostro entre mis manos—. Mírame a mí, hasta hace un día todo giraba alrededor de mi culo y ahora soy padre, y, creo, no lo estoy llevando tan mal.

—Es igual a ti —susurra mientras me acerco a su boca.

—Pobrecita, ojalá te equivoques.

Creo ver una débil sonrisa, pero me la como a besos torpes. Siento que pasó una eternidad desde el último beso, desde que su lengua envolvió la mía. Y simplemente lo necesitaba… Necesitaba la forma cárnica y dulce que Bambi tiene de besar.

—Está tu hija —murmura, separándose.

—Está durmiendo, y solo estoy dándote un beso, Ciervito —hablo sobre la piel de su mandíbula—. ¿Qué dijo tu jefe?

La poca calidez que mi boca se esmeró en conseguir, se vuelve hielo sobre sus labios.

—¿Qué?

—¿Pensabas que me iba a olvidar de que ese hijo de puta estuvo aquí anoche? —Niego con la cabeza. Mi nariz en su cuello, mis manos alrededor de su cintura—. Sé del trato que tienen, me lo contaste, ¿recuerdas? Y me vio. Y te aseguro que no se tragó eso de que soy tu primo, Bambi. ¿Me equivoco?

—Hoy no fue a la empresa —dice y sé que miente. Si el hijo de puta es tan controlador, ¿por qué dejaría pasar la oportunidad de reprenderla por cagarse en sus reglas?

—No te creo —susurro.

—No es mi problema —masculla el Cazador.

Atrapo su labio inferior entre mis dientes, lo torturo un poco antes succionarlo para siempre.

—¿Por qué me besas? —pregunta, devolviéndome el beso.

—¿Eh? —Frunzo el ceño y sonrío, agachándome demasiado para llegar a su cuello.

—¿Por qué? ¿Qué ganas con un beso?

—¿Qué es esa pregunta, Bambi? ¿Desde cuándo un beso tiene que explicarse? —El misterio en su mirada es salvaje y me devora—. Me gusta tu boca, me gusta cómo besas, me gusta lo que siento cuando te beso. Punto. ¿Es un crimen? —Sonrío de costado—. Porque puedes llevarme esposado, no opondré resistencia.

—Los besos son… son algo muy personal.

¿Qué tiene esta mujer con lo *personal*?

—Tener sexo es muy personal, bañarnos juntos es muy personal, vernos casi las veinticuatro horas del día es muy personal. ¿No te parece que un beso es lo de menos?

Intento interpretar lo que calla su mirada, pero no puedo. Sabe esconder las emociones como nadie.

—¿No te gustan mis besos? —Busco sus ojos, pero me los niega.

—No es eso…

—Entonces, ¿qué es?

Mi teléfono suena y me desvivo por atenderlo antes de que Cielo se despierte.

—¿Hola?

—Hola, hijo.

Mi sangre comienza a hervir. Me repito que no volveré a atender sin mirar quién llama.

—¿Qué quieres? —escupo.

Bambi sale, dejándome solo con la pequeña bella durmiente y la asquerosa voz del hombre que me engendró.

—Los dos sabemos muy bien por qué te llamo, Theo. Quiero que

hablemos de mi nieta.

Aprieto los puños, pretendiendo que encierro su garganta, que hago desaparecer ese falso tono autoritario que solía usar para reprenderme y satisfacer a su esposa de plástico.

—Qué rápido te adjudicas los títulos…

—Quiero conocerla, Theo. —Lo escucho, la mandíbula apretada y los ojos fijos en el ángel castaño—. Quiero formar parte de su vida, quiero asegurarme de que tiene todo lo que necesita, de que eres capaz de cuidarla.

—¿Qué te hace pensar que no puedo cuidarla? ¿Eh? —Intento dominar el tono de mi puta voz—. ¿Resulta que ahora eres el padre del año y me quieres dar clases?

—Sé que no terminamos bien la última vez que nos vimos y me…

—No me interesa escucharte, Salvador —lo interrumpo, Cielo se mueve.

—Me vas a escuchar igual. ¡Estás loco si piensas que voy a dejar que andes jugando al papá con una criatura de tres años! Acabas de salir de la cárcel y eres un bueno para nada sin rumbo. ¿Qué piensas darle? ¿Eh? ¿Qué hay de su educación, su cobertura médica, su atención y cariño? Necesitas mi ayuda, Theo. La quieras o no.

Sus palabras abren una grieta en mi pecho, metiéndose una a una.

—Si crees que voy a dejar a esa criatura contigo y sin supervisión, estás loco… ¿Me escuchaste, Theo?

Observo su inocencia dormida y una corriente eléctrica vibra en mis huesos.

—Una casa no es un hogar. Un buen pasar económico no te hace buen padre. —La rabia clava sus uñas en mi garganta—. Los dos tenemos mucho que aprender, Salvador.

Corto. Su voz ya no se escucha, pero sus palabras hacen eco en cada esquina de mi mente.

La noche va comiéndose las montañas, exhalando aire fresco y puro entre bocado y bocado.

Yo sigo caminando, pateando piedras por el camino empinado, buscando dentro de algún bar la solución a mi caos. Esta vez no son tragos, no. No es el alcohol que me abrasa la garganta lo que me quema esta noche, es la impotencia, es el asco que me genera el rechazo de una sociedad que se dedica a crear monstruos como yo.

Entro al tercer bar. Dicen que la tercera es la vencida, ¿no? Con esa gota de esperanza sobre un océano de desolación, buceo entre borrachos, acercándome a la barra.

Una pelirroja, tan natural como sus implantes de ciento veinte, me sonríe desde el otro lado del mostrador.

—¿Qué te sirvo? —pregunta. El coqueteo se huele en el aire, sin sutilezas.

—En realidad, nada. —Le regalo mi mejor sonrisa, esa que hace que le tiemblen las piernas—. Pero podrías ayudarme en algo.

—Escucho. —Suena demasiado interesada.

—¿De casualidad están necesitando empleados? —Apoyo mi currículum sobre la barra—. Podría dejarte mi…

—Bombón, somos un país en crisis en este momento. Nos sobran empleados…

Ahí está la hoja filosa del rechazo, abriéndome la piel.

—Puedo… —Me paso la mano por la nuca—. ¿Puedo dejártelo igual? Tal vez para cuando las cosas mejoren…

—Ese optimismo es atractivo. —Sirve una medida de licor y la desliza por la barra hasta el borracho decrépito de la punta—. Y tu metro noventa también. —Se muerde el labio, sus ojos derraman seducción—. ¿Di en el blanco?

En otro momento de mi vida, contestaría a ese comentario con otro que hiciera que terminámaros encerrados en el baño en su horario de descanso. Pero ahora mismo solo tengo energía para pensar en Cielo. Ella y sus peluches tontos, su ropa coqueta, su comida sana y todo el resto de la mierda que tengo que comprar a partir de ahora.

Le sonrío, ahorrándome saliva, y doy media vuelta hacia el vacío.

La ciudad parece otra, ya casi no quedan transeúntes en sus calles. Es día de semana y la gente está presa de su rutina sosa y necesaria.

Costeo la ruta empinada, bajando al centro de la localidad.

La gravilla resuena a mis espaldas. No hace falta que gire, no necesito verlo, sé que hay alguien a mis espaldas. Sé lo que se siente que te respiren en la nuca, tuve cuatro años de entrenamiento.

Giro sobre mi centro, preparado para lo que sea.

Dos tipos aparecen en mi campo de visión. Me igualan en tamaño y, casi, en musculatura. Me observan con detenimiento, como si fuera un espécimen de circo, mientras cuchichean entre ellos. No dan un paso al frente, solo me observan.

—Si están planeando robarme, eligieron un mal objetivo —digo,

abriendo los brazos—. No tengo dónde caerme muerto. Si quieren pelear, eligieron un muy mal día… Hoy estoy más loco de lo normal.

El pelado montañoso se acerca.

El pulso se me acelera y mis nudillos se vuelven blancos, alertas. Sin embargo, contra todo pronóstico, me da una tarjeta.

—No entiendo, ¿qué mierda es esto?

Doy vuelta el papel, mirándolos de reojo, un número de celular es lo único que se lee.

—Buscabas trabajo hoy en el bar, ¿no? —dice la cabeza brillante y yo asiento con la mirada en modo asesino, solo por precaución—. Bueno, ahí lo tienes.

—La chica del bar dijo que no estaban necesitando personal —recalco, la tarjeta todavía en mis manos.

—Ella no, pero nosotros sí —dice el otro, el moreno con un pie en su quinta década—. Permíteme presentarme, no sé dónde quedaron mis modales hoy… Soy Giménez, organizo peleas —dice, como si fuera ayudante del Papa y como si Giménez fuera su verdadero nombre—. Un gigante lleno de tatuajes y exconvicto es justo lo que necesito para esta noche.

Mi sangre se enfría, se espesa, empieza a correr más lento.

—¿Exconvicto?

—Sé reconocer a mis hermanos cuando los veo… —Sonríe, mostrando orgulloso una hilera de caros dientes blancos—. El encierro deja marcas en el paso del hombre.

Mis palabras se resisten, intentan no ahogarse en el aturdimiento.

—¿Cuánto hay?

—Veo que ya tengo tu atención. —Da otro paso al frente—. El pozo se abrió hace…—mira su ostentoso reloj— dos horas, y va en siete mil para el que no caiga dormido.

El número me seca la garganta.

—¿Siete mil?

— ¿Te gusta la cifra?

La verdadera lucha se desata en mi cabeza. Pienso en mi abogado, pienso en las putas reglas, pienso en Mía y casi puedo ver la decepción en sus ojos.

—¿Estás adentro o no, Titán?

Cielo y sus peluches.

Cielo y su ropa linda.

Cielo y sus ojos grandes.

Cielo y su voz al decir *papá*.

—Estoy adentro.

CAPÍTULO 43

ANNELIE

La vida de Theo dio un giro de ciento ochenta grados desde que lo conocí. La mía sigue siendo igual de sosa y fría, estática y retorcida. Yo sigo aquí, dejando que las raíces negras trepen por mis piernas, observando desde el infierno cómo todos los camaleones cambian su color, adaptándose a la vida, mientras mi mente y mi cuerpo siguen enamorándose de este infinito bucle de autodestrucción.

Theo salió hace algunas horas, conservando en sus ojos el brillo furioso que una llamada telefónica despertó. No sé con quién hablaba, pero no parecía ser su persona favorita en el mundo.

Sé que fue a buscar trabajo, al menos, eso es lo que me dijo. Sé que su hija está con la tal Mía en una cabaña cerca del centro.

Pienso si hago bien, dejándolos estar aquí, metiéndolos en mi cajita de cristal. No es que disfrute su compañía, no, me gusta mi soledad, ya bastante ruido hacen las voces en mi cabeza. Pero soy consciente de que le debo, al menos, un favor. Y me interesa saldarlo, odio las deudas.

El piso de mi living, a medio terminar, está tan frío como mi pecho. *Bach* no suena hoy, *Lord Huron* tampoco, ni siquiera *Wait by the River*, ese lento que bailamos juntos, ese que no deja de sonar en mi cabeza. Los acrílicos tampoco manchan la tela, porque hoy no soy un lienzo en blanco. Hoy soy un agujero negro dispuesto a engullir todo a su paso.

Cierro los ojos, aún siento sus manos alrededor de mi garganta, las paredes de la oficina cerrándose, comiéndome.

—¿Crees que soy estúpido? —susurró cerca de mi oído mientras sus dedos se cerraban en torno a mi garganta—. ¿Tu primo? ¿De verdad me crees tan imbécil, Annelie?

Quise cerrar los ojos, pero las puntas de mis pies dejaron de tocar el suelo, obligándome a absorber la furia en su mirada.

Pánico debería tener un nuevo significado a partir de sus ojos.

—Lo… —intento que mi voz se escuche, pero apenas respiro—. Lo ju… —Su mano sigue destruyéndome, sé que voy a desmayarme pronto —. Lo juro, Olivera. Es mi primo.

—Conozco cada nombre de tu retorcida familia, ¿lo olvidas? —Miro de reojo la puerta, deseando que alguien entre sin golpear—. Me lo contaste cuando eras una adolescente arrastrada y necesitada.

—Por fa… —Me atraganto con mis propias sílabas—. Por favor.

—Sé que te acostaste con él. ¿O me equivoco? —susurra sobre la piel de mi mandíbula dormida—. Fue él el del mensajito en el papel, ¿no es así? ¿Cómo decía? "Fuiste el mejor polvo en mucho tiempo…" ¿Algo así?

—Por fa… —Mis dedos se clavan en sus manos intentando separarlas de mi cuello, pero son fuertes. Siempre fueron más fuertes que las mías—. Por favor, no… no respiro.

—Si no respiraras, no estarías hablando… —Sus labios besan mi frente, su mano sigue desgarrándome el cuello—. ¿Ves? Puedo manejar la cantidad de oxígeno que entra en tus pulmones, ¿lo ves? ¿Lo sientes? Tu vida es mía. No lo pierdas de vista.

Sus manos desaparecen, mi garganta deja de ser esclava cuando su figura corpulenta atraviesa la puerta y mi cuerpo se desploma sobre el escritorio.

Un golpe en la puerta me arrastra del infierno.

Es tarde, ¿será Theo?

Los golpes continúan, impacientes.

«Tengo que pedirle que arregle ese timbre de mierda.»

Abro la puerta y la mirada indescifrable de Luca me atraviesa como un puñal embebido en alcohol.

—¿Qué mierda estás haciendo en mi casa?

Una sonrisa cínica sombrea su anguloso rostro.

—¿Estás sola? ¿O alguno de los imbéciles que pagan para que te abras de piernas está semidesnudo por ahí?

El tono de su voz no va con su sonrisa y eso me hiela la sangre.

—¿Y a ti qué carajo te importa? —Me envalentono a decir—. ¿Qué te hace pensar que puedes venir y tocar mi puerta?

Echa un vistazo hacia el interior, intento bloquear su visión pero fracaso al ser demasiado pequeña.

—¿Todo normal estos días?

La pregunta me saca de balance.

—Qué… —El miedo se percibe en mi voz y me odio un poco más—. ¿Qué mierda quieres decir? Vete, Luca. Desaparece antes de que se me acabe la paciencia y llame a la policía.

—¿A la policía? —Sus labios se curvan un poco más, ampliando esa sonrisa que alguna vez encontré atractiva—. ¿Por pasar a ver a una buena amiga?

—¿Amiga? —Mi lengua escupe fuego—. Me estás acosando, Luca. ¿De qué amistad estás hablando? Los comentarios en la oficina, las miraditas cargadas de odio, insistir todos los días para subirte al puto ascensor conmigo, escoltarme hasta mi auto. ¿Crees

que soy estúpida? Sé lo que estás haciendo.

—¿Sí? —Da un paso al frente—. ¿Y qué es lo que hago?

—Acosarme. —Aprieto la puerta de madera, intentando cerrarla con disimulo.

—Yo creí que te estaba cortejando… Y tú no me estás devolviendo el detalle.

—No me das miedo, Luca —miento, sintiendo cómo mis huesos se vuelven gelatina—. Esa sonrisa cínica no me mueve un pelo, así que relájate. Estás queriendo jugar con la persona que inventó el juego…

Sonríe. No, se echa a reír a carcajadas. Y su risa se transforma en pánico que me abraza.

—Vete, Luca… Lo digo muy en serio.

—Me tomé el trabajo de venir hasta aquí para ver cómo estabas, ¿y no me vas a invitar a pasar?

Las sirenas estallan, mi mente está alerta pero mi cuerpo sigue dormido.

—Gracias —dice, empujando la puerta.

Su hombro choca contra el mío, haciéndome trastabillar. Cierra la puerta y apoya su espalda en ella, mirándome de pies a cabeza. Y lo sé. Sé lo que va a pasar.

—Qué linda estás hoy…

—Vete antes de que empiece a gritar —advierto, exigiéndole a mi cuerpo que dé un paso atrás.

—El rojo te queda tan sexy, es tu mejor color…

—Voy a gritar —digo, alzando un poco la voz.

—Esa es la idea, Ann. —Se muerde el labio inferior—. Pero todavía tenemos demasiada ropa puesta.

Miro a mi alrededor, mi living vacío, y pienso en Theo. Pienso en cuánto quisiera que estuviera aquí en este momento, que entrara por esa puerta y le rompiera el cuello a este hijo de puta retorcido.

—Te extraño. —Un paso al frente, mis piernas se adormecen—. Estoy cansado de mirarte en la oficina… De ver cómo caminas, moviendo el culo para volverme loco. —Otro paso, me tiemblan las manos—. ¿Piensas que no me doy cuenta de que lo haces a propósito? ¿De que quieres llamar mi atención? ¿De que me ignoras porque es parte de tu jueguito de seducción? Sé que estás suplicándome que te toque de nuevo, Ann. Y voy a concederte el deseo.

—Estás loco…

El pánico se apodera de mi voz, su sonrisa arde.

—Sí, me vuelves loco… Eres hermosa.

El tiempo se ralentiza cuando lo veo acortar la distancia que nos separa. Mis piernas giran antes de que pueda procesarlo, le doy la espalda mientras intento correr hacia la cocina. Y ese, ese estúpido movimiento, es primer error.

Su pecho se pega a mi espalda, sus brazos me encierran, me absorben.

—Suéltame. —Forcejeo y me aprieta con más fuerza—. ¡Suéltame ahora, Luca!

Apoya su entrepierna contra mí y comienza a restregarse mientras pataleo.

«—Así solo estás gastando toda tu energía —dijo en tono jocoso—. Así no vas a soltarte, Bambi. Estoy dominando tu cuerpo, puedo hacerte lo que quiera.

Puedo hacerte lo que quiera. Lo que quiera…»

—No dejé de pensar en la noche que estuvimos juntos. —Su nariz se hunde en mi cuello mientras mi pecho se infla—. La recuerdo cada día. Me hechizaste, Ann… Estoy condenado a ponerle tu cara a cualquier mujer con la que me acueste.

«—¿Qué haces para ponérmelo difícil? Primero, enroscas tu pie alrededor de mi tobillo. Esto impide que yo pueda caminar con tu cuerpo a cuestas, porque estás dominando mi pierna. Ahora, hay que intentar zafarse. ¿Cómo lo hacíamos?»

—Sueño cada noche con volver a sentirte debajo de mí, tan suave…

«—Intento llevar todo mi peso hacia abajo, agachándome, y te golpeo con la cola hacia atrás. Mientras este movimiento te desestabiliza, te agarro del tobillo y tiro hacia arriba, haciéndote caer.»

—Sigo pensando que somos perfectos juntos. —Sus brazos me rodean con fuerza mientras aprieta su erección contra mí. Yo aflojo mi cuerpo, no emito sonido—. Puedo darte mucho más de lo que Olivera podrá darte jamás. Puedo…

Flexiono las rodillas y lo golpeo con la cola. Es un nanosegundo, su cuerpo pierde balance mientras mi mano se aferra a su tobillo derecho y tira hacia arriba.

Cae. Luca cae. Exactamente como lo hizo Theo todas y cada una de las veces que practicamos los movimientos aquella tarde.

Estoy a punto de echar a correr hacia la cocina, cuando alguien golpea la puerta con fuerza.

—¡Ya voy! —grito—. ¡Estoy aquí, ya voy!

Corro hacia la puerta y la abro con desesperación. Los ojos de Mía se agrandan antes de mirar rápidamente al interior.

—Mía —susurro. Jamás me sentí tan feliz de ver a una extraña.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras salgo a la vereda, alejándome todo lo posible de la puerta.

Luca sale, sonriendo y caminando a paso lento, como si nada hubiera pasado entre esas cuatro paredes.

—Te veo mañana en la oficina, Ann. —Me guiña un ojo—. No te olvides de lo que hablamos.

Su cuerpo se aleja y el mío es una hoja que arrastra el viento.

—¿Quién es ese? —pregunta Mía, agarrándome suavemente del brazo—. ¿Estás bien? Estás como un fantasma.

—Estoy bien. —Mi pecho sube y baja, diciendo lo contrario—. Theo no está.

—¿No? —Se rasca la cabeza, parece frustrada—. Llevo más de una hora llamándolo, creí que tal vez estaba contigo…

—Fue a buscar trabajo —explico, acercándome a la puerta.

—Sí, pero salió hace cinco horas. ¿No es demasiado tiempo para dejar sus datos en un par de bares? —Detecto la preocupación en su tono de voz—. Iba a pasar a buscar a Cielo a las diez, ya son la una de la madrugada. Tuve que dejarla con Magui para venir hasta aquí.

—Tal vez se quedó a tomar un trago…

—Eso es justamente lo que me preocupa, que pierda de vista el objetivo.

No digo nada. Honestamente, en este momento me importa una mierda si Theo está ahogándose en alcohol en alguna barra mugrienta. Solo puedo pensar en la sonrisa desquiciada de Luca.

—¿Me llamas si aparece por aquí?

Asiento con la cabeza, abrazándome.

—¿Estás segura de que estás bien? —Su mirada intenta leerme, pero no soy un libro abierto. Mis páginas ni siquiera están escritas.

—Sí, estoy bien. —La saliva es ácido y me abrasa la garganta—. Le digo que te avise cuando llegue.

—Gracias.

Sé que no me cree, sé que sabe que algo pasa. Pero se va, porque eso hacen todos, porque es más fácil hacer la vista gorda.

Cuando la puerta se cierra, todo lo que escucho es el pulso detrás de mis oídos, la vida amplificándose, el miedo y el dolor clavando sus garras en mis huesos, reclamándome. Todo se vuelve oscuro, y la salida fácil brilla con luces de neón. Está ahí, adentro del cajón. Es tan simple como abrirlo.

Una línea de polvos mágicos y el calor del filo de una navaja.

CAPÍTULO 44

THEO

Un desarmadero de autos al costado de la ruta, ese es el ring esta noche. Sin protector bucal, sin guantes, sin precalentamiento, sin alguien que cuente los asaltos, solo ese tipo morocho con cara de *rottweiler* y yo.

No hay altavoces ni mujeres semidesnudas como imaginaba, solo un selecto grupo de trajeados que se mezcla entre los obesos barbudos sedientos de sangre.

—¿Estás listo, Titán? —El brazo de Giménez pesa sobre mis hombros.

Titán, ese soy esta noche…

—Te toca con Rabioso —dice el pelado, cuyo nombre no fui capaz de retener, señalando al moreno que me observa desde la otra punta del círculo que la misma gente formó—. Esto es el mejor con el mejor. Él viene saliendo invicto desde hace tres noches seguidas.

—¿Cómo saben que soy el mejor? —Lo observo de reojo y entiendo por qué *Rabioso* le queda tan bien—. Todavía no me vieron pelear. ¿Por qué me ponen con él?

—Necesitamos carne fresca —dice el pelado—. Hay que avivar el espectáculo.

—Además, no necesito verte pelear para saber lo que puedes dar. Lo supe desde que te vi entrar al bar —agrega Giménez, apretándome el hombro—. Vienes del agujero. Si pudiste pelear por tu vida, podrás pelear por un buen fajo de billetes.

Miro al público que nos encierra mientras sus palabras se funden con el vitoreo frenético de las voces. Voces cargadas de ansiedad visceral.

Cierro los ojos, es solo un instante en el que intento abstraerme, concentrarme en ese par de ojos iguales a los míos, en esa sonrisa igual a la de Valeria. Me digo que lo hago por ellas, que este es el empujón que necesito para saltar al vacío, para llegar al cielo.

—¿Te estás arrepintiendo? —El pelado intenta picarme.

—Arrepentido vas a estar tú, si apostaste por el moreno.

Me sonríe con arrogancia alcoholizada y me palmea el hombro. ¿Qué mierda tienen todos con mis hombros hoy?

Rabioso ya está sin camiseta y mueve orgulloso sus tetas.

¿Cree que esos son pectorales? Me saco la remera y mis tatuajes acaparan todas las miradas. Las luces amarillentas de los autos

tornean mis músculos y ese morocho se reduce a polvo al lado de mi metro noventa cubierto de tinta.

Giménez se para en el centro del círculo y levanta un brazo, los gritos enmudecen de inmediato.

—Último espectáculo de la noche. —Sonríe, señalando al moreno—. Rabioso contra Titán, nuestra nueva mascota. Espero hayan hecho sus apuestas, señoritas.

El pelado me empuja al centro cuando Giménez se hace a un lado. Quiero darme vuelta y romperle el cráneo contra el asfalto por empujarme así; tal vez hasta le encuentre pelo adentro. Pero tengo un problema con rabia del que ocuparme primero.

El selecto público vuelve a aclamar lo que es suyo, el sudor y la sangre fresca.

¿Qué tan morbosa puede ser la especie humana?

—Me encantan las putitas nuevas. —Sonríe Rabioso, mostrándome su boca destruida.

Las palabras me transportan en el tiempo, me encierran.

«—Miren a la putita nueva —sigo separando la ropa sucia de la limpia, ignorando el comentario, pensando en las palabras de mi abogado: No pelees, Theo. Solo no pelees—, con esa carita de modelito y los ojitos claros.

Todos me miran, pero cada uno continúa con su tarea impuesta. Limpiar, cocinar, lavar la ropa, anotar los turnos en las pizarras. La cárcel funciona gracias a nosotros, de nosotros depende nuestra puta supervivencia en este agujero.

—¿Estás sordita?

Un cachetazo en la nuca y mi autocontrol estalla.

Me doy vuelta al tiempo que ensarto mi puño en su nariz. La sangre comienza a brotar a borbotones y en cuestión de segundos tengo a tres tipos intentando sacarme las tripas por la boca.

Mi estómago se retuerce bajo las patadas anónimas, pero me levanto. La adrenalina burbujea en mi sangre, el cuerpo me tiembla como si me hubiera dado un subidón de coca de los malos, pero sigo de pie, tengo algo que demostrar.»

Los gritos llegan después del golpe, golpe que no veo hasta que saboreo la sangre de mi labio partido. Fue un gancho bien puesto y me agarró con la guardia baja, cosa que no puede volver a repetirse.

Escupo. Me toma unos segundos reaccionar y contraatacar, pero logro marearlo con una serie de golpes mixtos.

Me siento endemoniado, extasiado, libre.

Se cubre. Se cubre muy bien y sabe balancear su cuerpo. Pero los recuerdos solo me avivan el puño y, de repente, estoy sediento

de sangre. Quiero rojo. Quiero verlo todo rojo.

Giramos en círculos, mi puño se enamora de su mandíbula y los rectos no dejan de ir y venir. Los abucheos ensordecen. Creo que lo tengo, que el moreno Rabioso ya está domado y no es más que un cachorrito asustado, y empiezo a relajarme porque resultó más fácil de lo creía. Pero, entonces, un rodillazo me saca el aire del pecho.

Los gritos estallan como fuegos artificiales, las chapas de los autos fantasmas cantan y mis pulmones piden auxilio.

—Hijo… ¡Hijo… de… puta! —me saco las palabras una a una.

—Vale todo, putita. —La rabia del morocho se vuelve sonrisa escarlata.

—¡Arriba, Titán! —Giménez grita, debe haber apostada una buena por mí—. Como en el agujero, ¡vamos! ¡Usa la imaginación!

La furia me inunda mientras me recompongo. Mi pecho se infla, llenándose de odio. Quiero concentrarme. Necesito concentrarme.

Cielo. Sus ojos. Valeria. Su sonrisa. Bambi. Su casa. Mía. Su corazón.

Me abrazo al morocho hasta que ambos caemos al suelo. Un movimiento estudiado y estoy sentado a horcajadas sobre su cuerpo sudado, tatuando golpes en su rostro amoratado. Me duelen los brazos de tanto golpear y siento que por mis venas corre plomo, líquido y espeso.

—¿Así que se vale todo? —Lo que alguna vez fue su nariz suena bajo mis dedos—. No vuelvas a tocarme, hijo de puta.

Su cabeza rebota sobre el hormigón, el sonido es exquisito, delirante. Rebota una vez, dos, tres veces, y el silencio es absoluto.

Me levanto, mi respiración animal y mis nudillos abiertos llenan el vacío. El piso tiembla y tengo la vista borrosa. Me limpio la sangre de la boca mientras decenas de ojos me observan bien abiertos.

—¡Y ahí está Titán! —La voz del pelado estalla—. ¡El nuevo campeón de la noche!

La adrenalina me consume a cada a paso. No importa lo lejos que esté, no importa que el fajo de billetes esté repartido entre mis bolsillos, no importa que mis manos y mi boca hayan dejado de sangrar, tampoco que la euforia visceral haya cesado, aún estoy como si hubiera esnifado tres líneas seguidas. Y me siento en el puto cielo. Y eso es lo que más me aterra.

Entro a un supermercado de esos que atienden las veinticuatro horas. El pánico se refleja en los ojos del cajero, un tipo no mucho

mayor que yo. Para tranquilizarlo lo saludo amablemente, escondiendo las manos heridas.

Compro galletitas Opera para Cielo. Docenas de paquetes. También un peluche gigante, el más grande de la vidriera. Es un oso rosado con tutú de arcoíris. ¿Un oso con tutú? ¿Quién diseña los juguetes ahora? Pobres niños.

El cajero se infarta cuando meto la mano en el bolsillo, pero todo el color vuelve a su rostro cuando pago y pongo mi culo fuera de su tienda.

Con un peluche gay y galletitas suficientes para sobrevivir a un apocalipsis zombie, avanzo a paso eufórico hasta la casa de Bambi.

Una cuadra me separa de la fachada de la casona que me acobija por estos días. Decido llamar a Mía, a pesar de que preferiría que me arrancaran las uñas de los pies con una tenaza antes que escuchar su voz aguda gritándome por desaparecer así.

—¡¿Dónde mierda estás?!

Bingo, su voz angelical.

—Es largo de contar, pero estoy bien. Te lo aseguro. Y estoy sobrio, lo digo antes de que lo preguntes.

Procesa la información en silencio.

—Te fuiste hace horas, Theo. Muchísimas horas.

—Estuve buscando trabajo y lo conseguí, ¿no es eso lo que importa?

—¿Conseguiste trabajo? —Suena escéptica, y hace bien.

—Sí, en un bar —miento—. Tuve que empezar esta misma noche —miento, miento.

—¿Sirviendo copas? —pregunta en un susurro.

—De seguridad —miento, eso va a explicar mi labio partido y los nudillos deshechos.

—Theo, no…

—¿Cielo duerme? —la interrumpo—. Lamento no haber podido pasar a buscarla como dije. Apenas amanezca paso por ella. ¿Está bien?

—Sí, está bien. Duerme como un ángel y comió todo el puré de zapallo que le serví. La que no está bien es Annelie, creo.

La adrenalina prende fuego todo a su paso.

—¿Cómo?

—No sé… Pasé por su casa buscándote, salió muy alterada, asustada y agitada. El cuerpo le temblaba y estaba pálida. Me dijo que no habías vuelto. Pero lo extraño fue que un tipo salió de su casa, detrás de ella. Él también parecía… alterado.

Las alarmas se disparan, freno mis pasos.

«Su jefe.»

—¿Cómo era?

—Joven y alto, delgado.

«No, su jefe no.»

—¿Te dijo algo más? —Retomo la marcha a paso desesperado.

—No… —Suena afligida—. Insistí, pero ella sostenía que todo estaba bien. No lo sé, Theo… No parecía que estuviera bien.

—Te llamo después.

Corto y busco en mis bolsillos las llaves que Bambi me dio. Abro la puerta con desesperación, pero no estoy preparado para lo que me recibe.

Una botella de licor está hecha añicos sobre el piso, al lado de una bolsita de coca. El polvo blanco se derrama sobre la alfombra, llamándome.

Tyson duerme en su camita, ajeno al caos que lo rodea.

—¡Bambi!

Tiro el oso de peluche y las galletas al suelo, antes de comenzar a recorrer las habitaciones.

—¡Bambi! —grito, saliendo de la cocina vacía.

No está en la pileta y tampoco en el dormitorio.

«¿Se habrá ido? ¿Qué pasó? ¿Quién estuvo en esta casa?»

Un gimoteo agudo rebota en las paredes del pasillo. Camino, perdiéndome en la oscuridad, hasta llegar a la puerta semiabierta del baño.

La abro.

La imagen me golpea.

Mi garganta se seca.

El pulso estalla detrás de mis oídos.

Y Bambi solloza allí, en el suelo, con las piernas cubiertas de sangre.

CAPÍTULO 45

THEO

La vida es roja y se escapa de su cuerpo. El mío es frío e inerte como el mármol mientras mis ojos pasean por sus heridas.

La sangre me paraliza. La sangre está en todos lados. Como aquella vez, en la cara de mamá y en el torso de Felipe. Y yo estoy mirando cómo la vida se escapa, como aquella vez.

La navaja cae de su mano escarlata, el sonido hace que mi mente despierte del letargo.

—Qué… —Mis manos tocan mi cabeza, bajan hasta mis labios. No soy yo, son mis manos. Yo estoy en otro lado, lejos. Muy lejos—. ¿Qué hiciste, Bambi?

Mis rodillas, temerosas y vencidas, caen a su lado. Mis manos flotan en el aire sin saber qué hacer primero.

—Mierda, Bambi, ¡¿qué hiciste?!

Mis ojos bucean en los cortes que surcan la piel de sus piernas hasta que mi cerebro reacciona. Agarro una toalla y comienzo a apretarla sobre su piel.

—¡¿Por qué, Annelie?! —Busco su mirada, que solo me devuelve el vacío que unas cuantas líneas de polvos mágicos pueden crear—. ¡¿Qué mierda estás haciendo?!

La toalla blanca comienza a llenarse de rosas.

—Bambi, ¿me escuchas? —Le toco la mejilla mientras limpio sus piernas. Una y otra vez la tela arrastra sus lágrimas rojas.

Ríe. Su risa comienza a llenar el minúsculo espacio. Es frenética, y no la entiendo.

—¿De qué mierda estás riéndote? —Mis manos tiemblan sobre sus piernas—. ¿Qué te hiciste?

Muevo la cabeza como si pudiera alejar su risa. Mis dedos son rápidos sobre su piel, entonces lo veo. Los cortes no son profundos, es que son muchos, esa es la razón del manto rojo que la cubre. Las heridas van desde el comienzo de sus muslos hasta la rodilla. Pero no va a desangrarse, no va a morir. No hoy. No si la detengo. No si la vendo ya mismo.

—Vas a estar bien, Bambi —susurro, pasándole la mano por la frente transpirada—. Te lo prometo.

Su mirada no me encuentra, su boca sigue de fiesta, riendo sobre chistes que solo suenan en su cabeza.

Abro el botiquín de un manotazo, tiro todo hasta encontrar un

rollo de gasa. Comienzo a envolver su pierna. Vueltas y vueltas de tela que se torna rosada. Corto el material con los dedos y lo anudo con fuerza.

Me siento cansado, derrotado, herido de formas inenarrables.

¿Qué pasó mientras no estuve? ¿Qué mierda quiso hacer esta mujer?

—No es divertido, Señor… —Su voz me espabila—. Basta, por favor.

Acaricio su rostro húmedo, pero da vuelta la cabeza.

—Caín tiene que hacer la tarea, por favor, tengo que ayudarlo —murmura con los ojos entreabiertos.

¿Otra vez Caín? ¿Por qué susurra su nombre en momentos de inconsciencia?

—¿Bambi? ¿Qué pasa?

—No quiero ir al sótano, Señor —susurra y un hilo de baba cae por sus carnosos labios—. Bajé ayer y todavía me duele.

Mis pulmones se paralizan.

—Que… ¿Qué te duele, Bambi?

—No, ¡no! —Niega con la cabeza e intenta levantarse, pero su cuerpo le falla—. Caín no, Señor. Por favor, por favor. ¡Caín no, Señor! ¡Caín no! No, no, no, no, no.

Mis brazos la atrapan y la levanto. La llevo con cuidado hasta la habitación mientras su cabeza sigue negando y su boca balbucea cosas que no entiendo.

—Tranquila, Bambi. —Beso su frente, que hierve bajo mis labios. ¿Tendrá fiebre?—. Vas a descansar y mañana todo será diferente. Te lo prometo.

—¿Por qué… papá no me quiere, mamá? —Balbucea con voz ronca—. Me porto mejor que mis hermanos y siempre hago todo lo que él dice…

La rabia surca mis pensamientos. No sé qué le hizo esa familia adoptiva, pero me gustaría encontrarlos y devolverles el daño con creces.

La deposito entre las sábanas negras, que la engullen como si la oscuridad la reclamara. Chequeo sus piernas una vez más, la sangre ya no gotea, el vendaje aplica la presión necesaria.

Camino por la habitación en penumbras, intentando ser racional, tomar la decisión correcta. Pero ¿qué fue esto? ¿Quiso quitarse la vida? ¿Estaba probando sus límites? ¿Es solo un perverso juego?

El rumbo de esta historia depende de mis decisiones y no sé qué mierda se supone que debo hacer. Si llamo a una ambulancia, va a

odiarme para el resto de su vida. Si no lo hago, puede que me arrepienta tarde o temprano.

¿Puedo vivir con tremendo cargo de consciencia? No. Ya tengo demasiado con esas dos miradas que me perforan hasta el tuétano cada vez que cierro los ojos.

Le echo otro vistazo antes de ir a la cocina. El corazón se acuesta en mi garganta mientras marco el 911, pero mis dedos sueltan el teléfono antes de llamar.

No puedo. No puedo hacerlo. No sé si es correcto. No sé si tengo autoridad suficiente como para decidir por ella, a pesar de que parece no poder cuidar de sí misma.

Tal vez… puedo esperar hasta mañana, cuando esté sobria y podamos hablar. Tal vez, puedo convencerla de que pida ayuda. Suplicarle, si es necesario. O llevarla a rastras. Puedo mostrarle que voy a estar para ella, como ella está para mí. Porque somos amigos y de eso se trata la amistad, de estar, de sentirse menos solo.

Vuelvo a la habitación y me recuesto a su lado. Su frente pasó de ser verano a invierno y la sangre sigue dentro de su cuerpo. Su respiración es armoniosa y sus ojos duermen. Le acaricio los brazos antes de taparla con cuidado.

Es preciosa, pero está tan rota. Y sería un imbécil al pensar que puedo arreglarla, si solo ella conoce dónde va cada pedazo.

CAPÍTULO 46

ANNELIE

Alguien discute. Alguien está muy enojado y me pregunto por qué estoy soñando esto. ¿Qué importa si mi living es un desastre, si hay coca por todos lados? Es mía, es mío. Hago lo que se me da la puta gana con mi vida, mi coca y mi living.

Pero discuten. Y las voces se escuchan cada vez más fuerte. ¿De dónde vienen? ¿Por qué me arde todo el cuerpo como si estuviera bajo el sol?

—¡Estoy harta, Theo! ¡Harta! Encima tienes el labio partido y… ¡mírate los nudillos! —La voz furiosa hace eco dentro de mi cabeza y quiero despertar antes de quedarme sorda.

—Mía, baja la voz, por favor. —Un segundo tono, ronco y masculino, se une a la fiesta. ¿Y ahora quién? ¡Este es mi sueño!—. Annelie está descansando y estás asustando a Cielo. Yo puedo explicarlo todo, si dejas de gritar.

—¡No debí traerla! Soy una imbécil por creer en ti… No puedo creer que estés haciendo esta mierda otra vez. ¡Pensé que estabas empezando a sentar cabeza! ¡Tienes una hija! Por el amor de Dios, ya no eres un pendejo caprichoso…

Mis ojos se abren, amoldándose a la luz que amenaza con cegarlos.

—¡No es mía! —La voz de Theo estalla. ¿Qué está pasando?—. Te lo dije mil veces, Mía. Esa bolsa no me pertenece. Estoy limpio hace años, ¿puedes creerme de una puta vez?

—Cuida la boca, está tu hija.

—¡Pero si estabas gritando guarradas hasta hace un segundo!

Mis brazos se sienten ligeros como plumas cuando intento incorporarme. Mi mente es un rompecabezas.

—No pienso dejar a la nena en esta mugre. Arregla este caos y después ven a buscarla. No me obligues a hablar con tu padre, Theo, porque voy a hacerlo si me obligas. ¿Escuchaste? Voy a elegirla a ella, si me pones entre la espada y la pared.

Un portazo. Mi puerta. Y los gritos cesan.

Corro la sábana, dispuesta a levantarme, y el aire se extingue en la habitación. Tengo las piernas vendadas hasta la rodilla, la sangre seca decora la tela.

Solo puedo pensar en una cosa: no recuerdo haberme hecho esto. Los cortes sí, las vendas no. Entonces…

—Buen día.

Su voz es un bálsamo en mis oídos.

—No voy a preguntarte cómo te sientes, porque no puedes sentirte bien después de lo de anoche —dice, acercándose con un vaso de jugo de naranja entre las manos.

Miro mis muslos, lo miro a él. La pregunta flota entre los dos.

—¿No esperabas que permitiera que te desangraras en ese baño? —Se sienta a mi lado, observa mis piernas—. ¿No?

Hay algo en su expresión que no me gusta. Sé que está intentando ser amable, pero su voz esconde algo…

—¿Qué hora es? —susurro, mi voz casi no parece mía.

—¿Qué importa? No vas a ir a ninguna parte hoy. —Me da el jugo, lo agarro. Su mangoneo no me gusta.

—¿Qué hora es? —insisto, a sabiendas de que ya tendría que estar en la oficina.

—Las dos de la tarde.

Carajo. Ya está, falté. Aunque, pensándolo bien, aún necesito saber cómo voy a encarar lo del hijo de puta de Luca, así que el tiempo me viene bien.

Bebo como si recién hubiera vuelto del desierto.

—Sabes que tenemos que hablar, ¿no?

Lo miro de reojo, los labios aún pegados al vaso.

—No voy a dejar pasar esto, Bambi —insiste—. Vas a darme explicaciones y voy a ayudarte a resolver esta mierda.

—¿Por qué Mía gritaba? —Desvió el tema—. ¿Pasó algo con Cielo?

Esa niña tiene un nombre demasiado dulce, me da arcadas.

—Gritaba porque vino a traerme a la nena y vio el living lleno de coca y pedazos de vidrio. Por supuesto, creyó que era mía. Ya sabes cómo es… “Hazte la fama y échate a dormir”. ¿Vas a contarme qué pasó anoche? Sé que alguien estuvo aquí.

Asiento, aunque dejé de escucharlo después de la palabra *coca*. Mi hermoso elixir en polvo.

—¿Por qué tienes el labio partido? —le pregunto, pasando mi pulgar por su boca, retirándolo en cuanto noto que no sé por qué mierda hice eso.

—¿Por qué tienes las piernas cortadas? —Acaricia mi vendaje, devolviéndome el gesto.

—Es una historia muy larga y no se me da bien contarla.

Intento arreglarme el nido de pájaros que sé que tengo en el pelo. Pero la fiera solo puede ser domada con una ducha, que sería tocar el cielo con las manos ahora mismo.

—Quiero escucharla, Bambi —presiona. Theo siempre presiona—. Ya conozco el final, ahora quiero saber por qué.

—¿Por qué? Porque puedo, así de simple. Me libera, me da control, me hace bien.

Su cara es un poema.

—¿Bien? Te encontré semiinconsciente en el baño, Annelie. ¿Cómo eso puede hacerte bien?

—No lo entiendes.

—No. Por eso estoy pidiéndote que me lo expliques y, te lo juro, estoy poniendo todo de mí para ser abierto pero…

—Lo tengo controlado, Theo. —Pongo el freno antes de que lleguemos demasiado lejos—. Sé lo que hago, tengo práctica. No es la primera vez. No tienes de qué preocuparte, tampoco es para tanto.

—¿Tampoco es para tanto? —Su ceño se comprime y una sombra cruza su mirada gris—. ¿Te estás escuchando? Estuve a nada de llamar a una ambulancia, ¡pensé que querías matarte!

No sé qué me sorprende más, si el hecho de que haya pensado en llamar a emergencias o que no lo haya hecho. Mi teoría se confirma con cada segundo, soy prescindible en este mundo.

Me río, aunque no tengo ganas.

—Theo, si quisiera acabar con mi vida no lo haría con unos tajos superficiales. Llegar a las arterias no es tan sencillo como parece, requiere más presión y precisión en los cortes. No iba a desangrarme en ese baño…

Sus ojos están húmedos. ¿Va a llorar? ¿Va a llorar por mí?

—Cuando hablas así, desconozco a mi Ciervito de ojos pardos. ¿Dónde está mi Bambi?

—Nunca fui tu Bambi, no perdiste nada.

Se levanta y se arrodilla ante mí.

—¿Qué mierda estás haciendo?

—Demostrarte que sí se puede confiar en los demás. —Agarra mis manos y las sostiene entre las suyas—. Sí tengo familia. Tenía una hermosa familia, mamá, papá y un hermano menor que lo era todo para mí. Las cosas empezaron a pudrirse cuando encontré a mi papá con su secretaria, engañando a mi madre. Fue difícil mantener la boca cerrada y aprender a convivir con el odio, pero lo hice. Lo hice por ella. Pensé que así la estaba cuidando, pero no pude estar más equivocado. La vi marchitarse, perder el brillo en sus ojos, la calidez en sus manos. Y un día… —Toma una bocanada de aire, lo observo con el pecho duro—. Un día me lo arrebataron todo. Tenía catorce años, estábamos en el banco y hubo asalto. Me separé de

ellos un instante para ir a buscar unas canicas de Felipe, mi hermano, entonces sucedió. —Sorbe sus lágrimas, aprieta mis manos—. No recuerdo nada más que gritos, la sangre en la cabeza de mi madre y en el pecho de mi hermano. Sé que me quedé ahí, escondido detrás de una columna, viendo cómo la vida se escurría de sus cuerpos. Eso es todo lo que recuerdo, ni siquiera sé qué paso después. Y con después me refiero a meses. Meses enteros de vivir en una nube oscura. Estrés postraumático, eso se comió los últimos años de mi vida.

Besa mis manos, sus lágrimas me mojan la piel. Está arrodillado ante mí, suplicándome que me abra, predicando con el ejemplo.

—Mi papá se encargó de que tuviera asistencia psiquiátrica, de que saliéramos adelante, pero nunca pude dejar de culparlo. De odiarlo. Me encerré en una burbuja de autodestrucción y me encargué de seducir a la muerte día a día. Me convertí en un adolescente estúpido y rencoroso, lleno de odio y soledad. Hice las cosas mal. Hice las cosas muy mal por no querer hablar, por no confiar en nadie.

—¿Por qué odias a tu papá? —susurro sin saber muy bien por qué.

—Porque fue su culpa. —Sus ojos son humo, gris y espeso—. Él tenía que ir al banco a depositar esa mierda de cheques. Él. Pero prefirió quedarse en la oficina con la puta de su secretaria. Entonces, llamó a mi madre y ella le dijo que se encargaría… Tendría que haber sido él. Él tendría que estar muerto.

Es retorcido, pero me alegra saber que ambos deseamos a nuestros padres varios metros bajo tierra.

—Lamento que hayas tenido que pasar por algo así —digo con la voz herida y la piel de gallina.

—Sé que algún día voy a superarlo, al menos aprenderé a vivir con el dolor —su voz se quiebra otro poco—. Tú también puedes, Bambi. Solo tienes que pedir ayuda, por favor. —Sigue observándome con ojos vidriosos—. Así, de rodillas, te lo estoy suplicando, Annelie. Pide ayuda profesional, sácate toda la mierda que te oprime el pecho. ¿No quieres contarme nada de Caín, de tu mamá, de tus otros hermanos, del *Señor*? —Intento que la sorpresa no perturbe mi expresión. ¿Cómo carajo sabe todo eso?—. Perfecto, no lo hagas. No me lo cuentes a mí, pero cuéntaselo a alguien.

—No… No tengo nada que contar.

—Tienes una boca tan linda, pero llena de mentiras…

Sus ojos me reclaman, me exigen, me presionan.

—Aprecio que te hayas desahogado conmigo, de verdad, pero…

—Vamos, Bambi. —Me aprieta las manos, se acerca un poco más—. Eres pinceles y desastres, Bach y vida sobre el lienzo. ¿Qué esperas? ¿Qué esperas para mostrar tus alas? No te encariñes con la oscuridad, no es tu lugar.

—Eres bueno con las palabras, Theo.

—Déjame ayudarte, Bambi. Déjame devolverte un poco de lo que estás haciendo por mí.

Niego con la cabeza, suelto sus manos.

—Yo no estoy haciendo nada.

—Te equivocas tanto… —Ahueca mi rostro entre sus manos ásperas, sus nudillos heridos me acarician—. Me diste amistad cuando no tenía nada más que a Mía y estaba solo en una nueva ciudad. Me diste un hogar cuando no tenía dónde dormir, cobijaste a mi hija y me ayudaste a pararme, a intentar empezar de nuevo. ¿No ves el bien que haces, aún con ese carácter de mierda? ¿No ves lo necesaria que eres para este mundo? Déjame ayudarte.

—No puedes ayudarme. —Lo penetro con mis ojos—. Nadie puede ayudarme.

—No estoy de acuerdo con eso. —Acaricia mi mejilla antes de llevarse la mano al bolsillo del pantalón y sacar un papel—. Me tomé el atrevimiento de hacer esto. Lo hice pensando en ti, en ayudarte. No me odies, por favor.

Pone el papel en mis manos, sin dejar de mirarme a los ojos. Lo abro y leo:

Turno: Martes a las 17 hrs.

Doctora Mara Ciciliani –Licenciada en Psicología.

—Tiene un consultorio privado en el centro, puedo acompañarte si quieres.

El corazón me rebota en el pecho.

—Qué… Cómo…

—Si no te sientes cómoda con ella, podemos buscar a otro profesional. Yo voy contigo, hasta entraríamos juntos si así lo quisieras o la doctora lo permitiera.

La rabia se apodera de mis huesos, me consume, y lo veo todo negro.

—Tú… ¿Quién mierda crees que eres? —Ladeo la cabeza, el papel se arruga en mi mano—. ¿Piensas que porque me acosté contigo un par de veces y te di techo por lástima, tienes algún derecho sobre mí? Estamos jugando a los amiguitos, Theo, no te confundas. No me importas, ni tú ni tu hija. No quiero tu amistad. No quiero tu lástima. Quiero que consigas un trabajo y te vayas de mi puta casa.

Ahí está, la desilusión brillando en su mirada. Y aquí estoy yo, nutriéndome de ella.

CAPÍTULO 47

THEO

Hace una semana que su voz me tiene a dieta. Un educado *hola* cada vez que cruzo la puerta y me pierdo en el parque. Quiero presionar, pero una especie de aura oscura la rodea, diciéndome cuán inteligente sería tragarme las palabras.

Así merodeo por su casa desde hace siete días, como un fantasma. Uno muy servicial, por cierto, ya que terminó de pintar el living y arreglar los muebles rotos, cortó el pasto y limpió la piscina. Todo le salió de maravilla, excepto cuidar del ciervito herido.

Me mantuve al margen, dándole todo el espacio posible, teniendo en cuenta que, prácticamente, invadí su lugar. Lo hice porque mi curiosidad me infundió cierta tranquilidad. No pude evitarlo, llamé al consultorio de la doctora Ciciliani. Su asistente me confirmó que Bambi asistió a la cita. Bueno, Bambi no, Annelie.

No sé bien qué pensar, qué decir, qué hacer… Quiero creer que estoy haciendo bien al no asfixiarla a preguntas, pero es difícil saberlo con alguien tan inexpresivo como el Cazador.

Porque Bambi no apareció esta semana, no.

"…y me atrevo a suponer que el hombre será finalmente conocido como una mera comunidad de habitantes múltiples, incongruentes e independientes." Dijo Jekyll alguna vez, exorcizando sus demonios sobre el papel. Y ya lo creo. La mujer que me acobija es el vivo ejemplo.

¿Cuántas personalidades encierra su cuerpo? ¿Cuántas voces encierra su mente? Está Annelie, está Bambi, está el Cazador. ¿Cuántas facetas desconozco? ¿Llegaré algún día a conocer todos los gritos que habitan su cabeza?

La siento lejos, tanto que su imagen se desdibuja. Y sus palabras… Esas palabras malditas y heridas están tatuadas en mi mente. Son ácido en mis oídos.

Ella sabe lastimar, nació del dolor.

—Papá Theo.

Su voz me arrastra.

Cielo suelta a Tyson, que intentaba escurrirse de su brazo. El pobre gato está harto de recibir sus atenciones.

—Papá Theo, upa. —Su vocecita somnolienta viene a cosquillearme el cuello.

Papá Theo, dice, como si tuviera muchos papás y yo fuera el favorito. No puedo evitar reír cada vez que me llama así.

—¿Qué pasa, terremoto? —La abrazo fuerte mientras se cuelga de mí como un monito asustado—. ¿Ya te cansaste de dibujar?

Asiente, soltando los tres crayones que apretaba entre los dedos.

—Tengo sueño. —Restriega su cara contra mi pecho.

—Tengo que llevarte con la tía Mía —murmuro, acariciando su pequeña espalda, relajándome más que ella—. Solo un ratito, ¿sí?

No puedo faltar a la pelea de esta noche. Es la cuarta de esta semana y me mantengo invicto. Eso hace que las apuestas estén por las nubes y mis putos bolsillos a reventar. Si gano, me mudo con Cielo a un departamentito cerca del centro. Giménez me hizo el contacto directo con el dueño, lo cual me soluciona el gravísimo problema que representa no tener garantía propietaria que juegue a mi favor. Pero… favor con favor se paga, así que, aquí estoy, pensando en la pelea de esta noche, aún con los nudillos rotos y un moretón que se come mis costillas.

—¿Cielo?

Ladeo la cabeza, su boquita abierta babea sobre mi camiseta, sus pestañas caen dormidas sobre sus pómulos. Supongo que Mía tendrá que mover las piernas.

Mis caricias caminan por su espalda. Me gusta cuando duerme así, aferrada a mí como si me conociera desde el inicio de su corta vida, como si confiara lo suficiente para entregarme sus sueños.

Le beso la cabeza, inhalo la frutilla y estiro la mano sobre la mesa. Agarro el celular y escribo a Magui, quien volvió a Gesell por unos días, después de horas y horas de excesivas amenazas disfrazadas de recomendaciones.

Bañada, alimentada y dormida. La fiera está domada, nada de qué preocuparse.

Le doy *enviar* y pienso que algún día me va a tocar, voy a tener que bañarla yo. Mía no va a estar y no sé cómo mierda me voy a arreglar. Voy a tener que elegirle la ropa y peinarla, y va a ser un desastre, lo sé. Pobre ángel.

El teléfono comienza a vibrar apenas lo apoyo sobre la madera. Ignoro la llamada de Salvador, es la cuarta en lo que va del día, y me levanto para iniciar la misión imposible: acostar a la enana.

El círculo está armado, las voces se hacen escuchar, los billetes pasan de mano en mano, los faroles de los autos juegan con las sombras y la lluvia será testigo del puño que se alzará invicto esta

noche.

La mano de Giménez intenta tocar las nubes, los gritos enmudecen, en mi mente no suena nada. Nada más que la voz de Cielo.

«Papá Theo»

El primer golpe nace de la impotencia e impacta de lleno contra la boca del tatuado. Sí, ya perdí la exclusividad.

La sangre brota a borbotones de su labio y mi cabeza solo reproduce una escena:

Bambi. Bambi y sus piernas heridas. Bambi jugando con la muerte.

El vitoreo me aturde y trato con todas mis fuerzas de pensar en Cielo. Cielo y Valeria, ellas son la razón de esto, mi absolución, mi oportunidad.

El segundo golpe no llega a destino y terminamos abrazados, furia con furia, midiendo el diámetro del puto círculo. Su puño se encariñó con mi costilla. Los golpes son secos y apenas puedo respirar. Me hago de goma para enganchar mi tobillo a su pierna y ambos caemos sobre la gravilla. Mis pulmones se aferran a la vida mientras me siento a horcajadas del gigante. Es mi momento de brillar, este espectáculo no se suspende por lluvia.

Las gargantas estallan cuando comienzo a dar mi mejor performance. Su cabeza rebota contra el asfalto. El ruido me excita más que una línea, desearía poder grabarlo.

¿Enfermo? Sí. Cada uno tiene su morbo…

Mis nudillos se deshacen cuando el pelado dice basta. La marioneta de Giménez me levanta el puño, coronándome otra noche más.

Los billetes son de todos los colores y llenan mis bolsillos.

Los gritos, la plata fácil, la sangre… Algo se regocija dentro de mí, extasiado, y puede que lo esté disfrutando más de lo debido.

La lluvia lava mis heridas. Mi mirada bucea entre la multitud, y un par de ojos encienden una llama bajo mis pies.

Allí, de pie, encarnando al diablo, mi padre me condena sin parpadear.

CAPÍTULO 48

THEO

Lo veo abrirse paso entre la multitud que se disipa. El tiempo se ralentiza mientras la furia en sus ojos me perfora y mi cuerpo vapuleado se deja apabullar.

—Qué…

Su mirada es ácido burbujeante.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —Su voz suena a victoria. Apuesto a que está disfrutando esto—. Eso mismo me gustaría preguntarte, Theo. ¿Qué estás haciendo aquí?

Me limpio la sangre del labio con el dorso de la mano. Va a necesitar sutura si no lo dejo cicatrizar de una buena vez.

—Ey, Titán. —Giménez se acerca y me toca el puto hombro—. ¿Aguantas otra mañana o necesitas descansar?

Mi mirada oscila entre la ira en los ojos de mi padre y la ambición en los de Giménez.

—Te llamo —suelto secamente.

Parece que el viejo percibe lo pesado que está el aire, porque se va sin abrir la boca.

—¿Qué mierda estás haciendo aquí? —escupo.

—¿Aquí en Bariloche o aquí en tu *trabajo*?

No me gusta el sarcasmo en su voz, quiero arrancarle las cuerdas vocales con los dedos.

—¿Me seguiste?

Inspecciono alrededor, el círculo ya casi no existe.

—Estaba a punto de bajar del taxi cuando te vi salir de la casa de esa mujer que te está hospedando. Sí, te seguí. ¡Y menos mal que lo hice! ¿En qué estabas pensando? ¿En serio, Theo? ¿Peleas ilegales? ¡Otra vez! ¡¿Qué sigue?! ¿Algunas picadas para completar la noche?

Cierro los ojos, absorbiendo su descarga, sintiendo cómo mis nudillos palpitan, suplican.

—Baja la voz.

—¿Que baje la voz? —Ríe sin ganas, la lluvia aplastando su cabello—. ¡Te voy a gritar todo lo que quiera porque eres mi hijo y la estás cagando otra vez!

—¿Tu hijo? —escupo saliva rosada hacia un costado—. Perdiste el título de padre hace mucho tiempo…

—¿Y qué me dices del tuyo? —Empuja mi pecho hacia atrás.

Aprieto los puños, intentando contenerme—. ¿Te crees el padre ideal, dejando a tu hija con Mía cada noche para dejar inconsciente a un tipo por unos billetes? ¿Volviendo a la vieja vida? Qué piensas que…

—¡Estoy haciendo lo que puedo! —Soy dinamita—. Lo hago por ella, para poder darle lo que necesita. Soy un exconvicto intentando empezar de nuevo, con la sociedad dándome la espalda. ¿Crees que es fácil vivir atado a tu pasado? —Me acerco tanto que nuestras narices casi se rozan—. Te invito a calzarte mis zapatos e intentar dar dos pasos. Después, júzgame.

—Lo intenté todo contigo, Theo. Todo. —Sus fosas nasales se agrandan, sé que va a estallar—. El padre comprensivo, el permisivo, el estricto… Ya estoy cansado de nadar contra la corriente. No estoy acá por ti, vine por mi nieta.

—No la metas en esto, ¡no tienes ningún derecho!

—Ese es justamente el punto. —No da un paso en falso, la lluvia ni siquiera lo inmuta. Jamás lo vi tan firme—. Tengo más derecho que tú. ¿Sabes por qué? Porque eres un exconvicto volviendo a las andadas. ¿Qué piensas que dirían el juez y tu abogado si supieran lo que estás haciendo ahora mismo? Una llamada, Theo, una sola, y me quedo con la niña para siempre.

Mi pecho se endurece.

—No eres capaz…

—No me pongas a prueba, Theo.

Mis ojos se achinan, la lluvia no da tregua.

—¿Me estás amenazando?

Su mirada redefine *desafío*.

—Por esa criatura soy capaz de cualquier cosa. No pienso dejarla a la deriva.

—¡Estoy cuidando de ella! ¡Estoy amoldándome a la situación lo mejor que puedo!

Echa un vistazo alrededor, no queda nada más que un par de borrachos demasiado interesados en la discusión.

—Estás tocando fondo otra vez, y no me importa si ahora es por una buena causa. No voy a permitir que cuides de una niña cuando ni siquiera puedes cuidar de ti mismo.

—Es mi hija, no vas a separarme de ella.

—Voy a hacerlo, si no estás a la altura de la situación.

Doy un paso atrás, las ganas de cruzarle la cara son instintivas.

—Esto… —Intento secarme el rostro, pero estoy mojado de pies a cabeza—. Esto es provisional, es un empujón. No pensaba seguir haciéndolo —miento—. Lo vi como una oportunidad para juntar

plata e irme a vivir con Cielo. Los dos solos, sin invadir ninguna casa, como corresponde.

—¿Un empujón? ¡Un empujón es pedir ayuda! Esto es retroceder años.

—¡Ya está! —Abro los brazos, exasperado—. Está hecho, ya peleé más de una vez, ya gané, ya tengo los bolsillos llenos. ¡Ya la cagué! ¿Qué ganas con todo este circo? ¿Qué mierda quieres?

—Darte una vía de escape. —Su voz rebota en mi cabeza atontada—. O vienes conmigo a Gesell y empiezas a trabajar de verdad y a encaminar tu vida, o ya mismo te denuncio en la comisaría más cercana y me llevo a Cielo.

«Me llevo a Cielo. Me llevo a Cielo. Me llevo a Cielo.»

Mi mente queda atrapada en un bucle oscuro, donde solo se repite su voz.

—Prefiero estar muerto antes que volver a Gesell contigo.

Asiente y clava la mirada en la gravilla húmeda.

—No me equivoqué, tu ombligo sigue siendo tu prioridad.

—Eso es mentira.

Saca el celular de su bolsillo y comienza a toquetear la pantalla.

—¿Qué estás haciendo? —El pánico resuena en mi voz.

—Llamando a Mía para que junte todas las cosas de Cielo.

—¡No vas a llevártela!

Ni siquiera lo pienso. Mi cuerpo sigue sus propias reglas cuando mi puño se estrella contra su mandíbula. La estabilidad abandona a mi padre, dejándolo caer sobre un charco.

—Excelente, Theo. —Se ataja la boca como si fuera a caérsele y habla con una calma que me destroza los nervios—. Sigue pegándome así tengo otro motivo para denunciarte. Vamos…

—No vas a llevártela… —insisto, alejándome—. ¡No vas a llevártela! —grito y echo a correr.

Entro como un loco, tropezándome con cada mueble, desesperado por cruzar ese parque, por llegar a ella. Ni siquiera me molesto en no hacer ruido para evitar que Bambi se despierte. Mis pasos resuenan con torpeza.

La puerta de la cabaña se abre de un golpe y Mía salta sobre su asiento, mirándome horrorizada.

—Theo… Que… ¿Qué pasó?

No tengo oídos para su voz. Avanzo hasta la cama donde duerme el ángel. La levanto, me siento y la abrazo con fuerza, pegándola a mi camiseta mojada, dejando que las gotas que

resbalan por mi nariz cubran su cabeza.

Cielo se mueve entre mis brazos, pero no la suelto. No hasta que empieza a llorar.

—¡¿Qué estás haciendo?! —Mía me la arrebata de los brazos—. ¿Te volviste loco?

Busca una toalla y comienza a secarla. Cielo llora, restregándose los ojitos adormilados, odiándome en silencio.

—¿Qué le pasó a tus manos? —Me mira de reojo—. ¿Otra vez? ¿De verdad piensas que me creo lo del bar?

—Va a llevársela —susurro, abstraído.

—¿Eh? ¿De qué estás hablando? Theo, estás… ¿Estás drogado?

Deja la toalla sobre la mesa y comienza a acariciar la espalda de Cielo, intentando devolverla a sus sueños.

—De Salvador.

—¿Ya está aquí?

Alzo la mirada y la clavo en sus ojos.

—¿Lo sabías? ¿Sabías que iba a venir?

—Te estuve llamando toda la noche para avisarte —chilla, aunque pretende susurrar—. Me llamó hace algunas horas, pidiéndome la dirección de la casa donde estabas quedando.

—¿Por qué carajo se la diste?

—¿Me estás jodiendo? —Señala el cuerpito de Cielo—. Porque es tu padre y su abuelo. ¿Cómo voy a negársela?, si solo quiere ayudar…

—No quiere ayudar, quiere quitármela.

—Él jamás haría algo así…

—O me voy a Gesell con él o se la lleva.

—No puede llevársela, Theo. —Apoya la palma de su mano en la nuca de la niña y la mece—. Eres su papá, no puede sacártela sin motivos.

—Tiene motivos.

La derrota baila en mi lengua.

—¿Qué mierda hiciste?

Su rostro está pálido.

—Estuve participando de unas peleas… por dinero.

Espero los gritos, el reproche, hasta empujones. Pero nada llega, solo la decepción en su mirada.

El silencio es tan oscuro como la noche, hasta que su voz lo rompe.

—Levántate —me ordena—. Tengo que acostarla.

Me pongo de pie, dejando la humedad de mi cuerpo en la punta de la cama.

—Mía… Mía, lo hice por ella —comienzo a excusarme. No puedo soportar su indiferencia—. Necesitaba el dinero para empezar de nuevo. No es fácil conseguir trabajo con mis antecedentes. ¡Nadie quiere a un asesino en su empresa!

—Cállate.

Su mirada es fuego. Fuego que está dispuesto a arrasar con todo a su paso. Jamás la vi así. Jamás su boca estuvo cansada de luchar conmigo.

—Mía… —La persigo por la diminuta habitación—. Era temporal, iba a dejarlo esta misma noche. Ya tengo la plata para mudarme a un departamento en el centro.

—Estoy cansada, Theo. Ábreme la puerta, por favor.

No me mira, no me discute. Esto es grave.

—Mía…

—Por favor.

Asiento con la cabeza y cruzamos el parque sin mirarnos. Desaparece tras la puerta, perdiéndose en la noche, alejándose de mí.

Sé que Cielo está durmiendo sola en la cabaña, pero necesito echarle un vistazo a Bambi para asegurarme de que al menos ella está bien. Si está despierta, tal vez podamos hablar de toda esta mierda.

Camino por el pasillo a oscuras, abro lentamente la puerta de su habitación. Me asomo sin hacer ruido. La cama está perfectamente hecha y vacía. Bambi no está.

Es la madrugada de un día de semana. ¿Qué carajo hace afuera?

Mi cabeza empieza a maquinar.

«¿Dónde está? ¿Con quién está? ¿Le habrá pasado algo?»

De repente, imaginarla con otro tipo me sabe mal en la boca.

Busco su contacto y la llamo mientras cruzo el parque otra vez. El contestador salta de inmediato. Tiene el puto celular apagado.

El silencio me absorbe cuando entro a la cabaña.

Cielo duerme llena de paz, acurrucada contra el oso gigante que le compré con sangre.

Tyson logró subirse a los pies de la cama y me observa como si supiera que está usurpando mi lugar.

Pocas veces me sentí tan derrotado, sin munición para ganar la batalla.

Me siento en el piso, el pantalón se me pega al cuerpo. Tengo hambre y necesito una ducha caliente. Una mente nueva.

Mi teléfono vibra. Es un mensaje de Salvador.

O vuelves conmigo a Gesell mañana por la tarde, o me llevo

a Cielo. Tienes esta noche para pensarlo.

Quiero lo mejor para ustedes, aunque no lo creas.

Siento el tic tac del reloj en mi cabeza. Hoy, como en el agujero, los segundos son de plastilina.

El sol brilla con furia en lo alto, ya no quedan rastros del berrinche de ayer.

Camino a paso rápido hasta la recepción de la fábrica de chocolates. Bambi no apareció por su casa y no atendió el teléfono, que hoy sí sonó. Sé que tiene que estar aquí, no falta al trabajo ni aunque se esté muriendo.

Me anuncio a la secretaria y me ruega que espere hasta que la señorita Amat se desocupe. Genial, al menos sé que está adentro de esa puta oficina.

Espero bastante cerca de la puerta, invasivo como siempre.

La cabeza me va a explotar, pasé una noche de mierda. Pero la decisión ya está tomada. Me voy. Me voy a Gesell con Salvador. Y sí, se me retuercen las entrañas. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer? No puedo permitir que se la lleve, que me separe de ella, que le enseñe a odiarme.

Es mi dignidad o ese par de ojos iguales a los míos. No hay qué pensar.

—Basta…

El sonido de su voz llega como si la oyera desde el final de un túnel.

Me acerco un poco más a la puerta.

—¿Por qué lo haces tan difícil? —Una voz masculina se suma a la fiesta. ¿Es su jefe?

—Te dije que… —Me acerco tanto que pego la oreja a la madera —. Te dije que me sueltes, Luca.

Mi mente viaja hasta aquella noche de lluvia cuando oí su voz por primera vez, suplicando exactamente como lo hace ahora.

Abro la puerta con tanta brutalidad, que la madera rebota contra la pared.

Luca tiene a Bambi acorralada contra el escritorio y sus manos le rodean la garganta.

Me enceguezco.

Es un instante donde no veo, no escucho, no siento nada más que mis puños deshaciéndose sobre su cara.

CAPÍTULO 49

ANNELIE

Por primera vez en mis veintiséis gélidos inviernos, creí ver luz al final del túnel.

Corté en pedacitos la rabia y la mastiqué despacio, tragándola, animándome a desafiar mis propios límites.

Me detuve y observé, de pie frente al consultorio de la loca que disfruta escuchar el dolor ajeno, esa otra puerta, esa otra vía de escape. Y me pregunté:

¿Qué esperaría Theo de mí? ¿Qué esperaría cualquiera de mí, ahora mismo? Si fuera un asqueroso personaje de novela, ¿qué esperarían los lectores? ¿Cuál sería mi reacción lógica? ¿Huir? ¿Encerrarme en el baño y mutilar mis recuerdos? ¿Sí? ¿Sería esa? Entonces, pienso hacer todo lo contrario.

Entré. Crucé la puerta y mis límites. Me senté en un mullido sofá y me deleité con la adrenalina y el goloso juego de analizar aquella mente que pretendería entenderme.

Me presenté como la persona más pulcra y correcta de este siniestro mundo. Sonreí con amabilidad y elogié los títulos y libros que llenaban el vacío de su alma. Nunca vestí mejor mi máscara, nunca fui más Annelie Amat que aquella tarde. Respondí todas sus preguntas banales sin apretar los puños, con los hombros relajados y la mente en blanco. Pero todo juego llega a su fin, la campana sonó cuando sus labios modularon la palabra *padres*. Y ahí volvió Bambi, el querido ciervito de Theo, ese animalito acostumbrado a los golpes.

Ahí escapé, como hago siempre. ¿Qué puedo decir? Aprendí a sentirme cómoda en la oscuridad.

Para contrarrestar la dosis de vulnerabilidad, tuve que desaparecer. Llenarme de polvos mágicos y acostarme con el primer imbécil con hoyuelos pícaros y brazos definidos que se me cruzara. Y este tenía tatuajes. Y mi mente fracturada no pudo evitar pensar en Theo. Y me odié por eso. Sí, un poco más.

Me armé de valor y volví a la oficina, a enfrentar la mirada cínica de Luca, después de días de fingir estar enferma y desaparecer de mi casa durante el horario laboral para evitar a Theo.

Ahora aquí estoy, de vuelta en el túnel, a oscuras. Donde todo lo que siento es odio y todo lo que veo es rojo, como la sangre que

brota a borbotones de, lo que alguna vez fue, la nariz de Luca.

—¡Hijo de puta! —La voz de Theo hace eco dentro de mi pecho angustiado—. ¿Qué mierda estabas haciendo? —Sus manos se aferran a la camisa de Luca, zamarreándolo, haciendo rebotar su cabeza contra la alfombra de la oficina—. ¿No te bastó con la advertencia de aquella noche? ¡¿Eh?! ¿Tengo que enseñarte a tratar a las mujeres?

No digo nada, a pesar de que en mi boca rebalsan las palabras. No pienso pedirle que lo suelte. Si es por mí, puede matarlo a golpes delante de mis ojos. Es egoísta, pero estoy demasiado herida para aceptarlo.

Los nudillos de Theo están abiertos. La sangre emana de sus manos, es un río tranquilo, de un bellísimo escarlata. Los sonidos se bloquean, me concentro en esa textura espesa y ansío poder tocarla.

—¡¿Qué está pasando aquí?! —Los gritos llegan desde el pasillo.

Otro golpe, otro latido desaforado, otro pitido en los oídos, otras voces y Olivera se une a la fiesta.

—Qué… —Mi jefe mira la escena, absorto—. ¡¿Qué significa esto, Amat?!

Theo se levanta, cubierto de sangre ajena, dejando en el piso el cuerpo vapuleado y jadeante de Luca.

—¡¿Qué es esto?! ¿Luca? —Olivera lanza llamas por la boca—. ¡Llamen a una ambulancia!

—¡Buenísimo! —Theo se limpia la sangre de su labio abierto con el antebrazo—. ¡Llegó el pederasta! ¡Ya estamos todos!

El color abandona el rostro de Olivera. Su piel es un lienzo en blanco, que Theo piensa colorear.

—¿Qué dijiste? —Su mirada se clava en mí—. ¿Qué le pasa a su primo, señorita Amat?

La carcajada desquiciada de Theo añade una grieta al suelo. Vamos a caer. Vamos a caer todos.

—¿Su primo? —Se acerca a paso desafiante y lo agarra de las solapas del traje—. Soy su novio. —El pulso me estalla en los oídos mientras el rostro de Olivera se enciende—. Y sé todo lo que le hiciste, viejo sucio. Enfermo pederasta. No pienso permitir que vuelvas a ponerle un dedo encima.

—No sé de qué estás hablando. —Forcejea, pero no tiene chances—. Te sugiero que me sueltes antes de que venga la policía.

—¿La policía? —repite Theo, aplastándolo contra la pared—. Estupendo, tengo mucho que contarle. Por ejemplo, que tu pasatiempo consiste en comprar la virginidad de menores, someterlas psicológicamente, golpearlas…

—¡No sé de qué estás hablando!

—Te gusta, ¿no? —Lo aprieta un poco más. La secretaria mira horrorizada, no sé en qué momento llegó—. Tener el control, dominar, sentirte superior.

—¡Llama a seguridad, Marisa! —insiste Olivera, con la voz estrangulada.

—No vas a llamar a nadie, los dos sabemos que no te conviene.

—Theo, ya está bien —digo, rescatando mi voz de algún lugar.

Me observa de reojo, apenas puedo reconocer su mirada gris bajo toda esa furia.

—Agarra todas tus cosas, Bambi. Nos vamos.

Tardo un segundo en reaccionar, agarrar la cartera, el celular y mi abrigo. Camino costeando a Luca, quien sigue quejándose en el piso, balbuceando insultos ahogados en sangre.

Marisa me observa, estupefacta y pálida, su mirada es una pregunta.

Theo suelta a mi jefe, quien comienza a arreglarse la corbata como si no hubiera pasado nada.

—Sal, Bambi. —Me señala la puerta con la cabeza.

Aprieto la cartera y el saco contra mi pecho y comienzo a caminar. Theo me sigue, puedo sentirlo.

—¡Estás despedida, Annelie! No quiero que vuelvas a pisar esta empresa.

Me detengo, ni siquiera salí de la oficina. Giro lentamente cuando escucho el golpe, seguido de los gritos histéricos de Marisa.

Olivera está sobre mi escritorio, agarrándose la nariz con ambas manos.

—¿Despedida? —Theo enrosca su corbata y tira de ella hasta tenerlo cerca—. Renuncia. Ella renuncia. Ya no tienes el control, hijo de puta. Se acabó el juego.

Mi mente se transporta, echa raíces en un lugar donde lo único que existe es su sangre. Ya no es mi cuerpo el que llora. Ahora es él quien sangra.

Una mano se posa en mi cintura y me saca de aquella habitación. El tiempo se ralentiza mientras caminamos por el pasillo, entre las miradas curiosas de los empleados y los gritos amortiguados.

Todo es de un rojo silencioso hasta que llego a casa.

—¿Estás bien? —pregunta cuando cierra la puerta.

Apoyo la cartera y el abrigo en el sofá. Mis ojos repasan el living nuevo y me pregunto si debería agradecerle por el esfuerzo, pero luego recuerdo que está viviendo en mi casa y me lo debe.

—Bambi, ¿estás bien? —Sus manos ahuecan mi rostro, obligándome a mirarlo, y bajan hasta acariciar mi cuello—. ¿Llegó a lastimarte?

Niego con la cabeza. Miento. Tengo sus palabras tatuadas en la mente. Sus manos, en el cuerpo.

—¿Por qué dijiste que eras mi novio? No somos nada.

Sus pulgares trazan círculos en mis pómulos.

—Quería que supiera que no estás sola, que te cuido.

Algo se acomoda en mi vientre, es cálido y se siente… bien, pero decido hacer oídos sordos.

—¿Qué hacías en la empresa? —pregunto, soltándome.

Se toca el labio partido con el pulgar. No sé en qué consiste su trabajo, pero no parece nada bueno.

—Necesitaba hablar contigo. —Se aleja unos pasos, toma asiento en la punta del sillón.

—¿No podías esperar hasta que llegara a casa? —pregunto, sentándome en el otro extremo.

—Era… urgente. —Ladea la cabeza. Sus ojos intentan leerme, pero ellos y yo no hablamos el mismo idioma—. Anoche no dormiste aquí.

Alzo la vista, la clavo en su boca y asciendo hasta su gris.

—¿Me estás controlando?

—Hace una semana que no me hablas, está claro que no. Lo sé porque te busqué para contarte algo y me encontré con tu cama vacía.

—¿De qué tenemos que hablar? —La curiosidad pica. Un poco.

—¿Dónde estuviste anoche?

La pregunta me sacude.

—Eso no te incumbe. ¿De qué querías hablar?

—Bambi, estoy preocupado por ti. Para ser sincero, demasiado.

—Estuve acostándome con un tipo que conocí en el casino —escupo, las manos aún me tiemblan y las retuerzo sobre mi regazo.

La expresión en su rostro cambia, luce… ¿perdido?, ¿herido?

—¿Qué? —presiono—. ¿Me vas a decir que estás celoso?

—¿Y si te dijera que sí?

Su respuesta es una soga alrededor del cuello. Y me gusta. Tal vez demasiado.

—¿Qué es lo que querías decirme, Theo? —cambio de tema. No pienso tener ese tipo de conversación. Nunca.

—Tengo que volver a Gesell —dice, la vista fija en la pared.

—Está bien. ¿Cuándo te vas?

—Esta tarde.

—¿Cuándo vuelves?

—No sé si voy a volver.

Sus palabras tiran de la soga, raspan mi piel, se roban el oxígeno.

—Salvador me amenazó con sacarme a Cielo, si no regreso a Gesell y encamino mi vida a su manera.

Trago duro. No es saliva, son clavos.

—¿Salvador?

—Mi padre.

Ah, su padre, el adultero al que desea muerto.

—¿Cuándo llamó? —pregunto, estrangulando a un almohadón.

—Está en la cabaña, apareció sin avisar.

Genial, más gente invadiendo mi casa. Aplausos para mí.

—¿No le gusta tu nuevo trabajo en el bar?

—No trabajo en el bar. —Nuestros ojos se encuentran, hablamos sin palabras. Entre mentirosos no hace falta la verdad.

—¿El viejo Theo está de vuelta?

—Tal vez nunca se fue…

—¿Qué hiciste?

—Estuve peleando por dinero.

—Eso explica muchas cosas…

Asiente. Nos damos un minuto de tregua. No sé bien cómo debería sentirme al respecto.

—Salvador apareció en la pelea, me siguió. Sabe que la estoy cagando. Me amenazó con denunciarme a la policía y sacarme a Cielo, si no vuelvo a Gesell hoy mismo.

—Supongo que ya armaste las valijas.

—No había mucho para pensar…

Su voz es ácido.

—Llévate a la bola de pulgas.

No quiero a ese gato. No quiero nada que me recuerde el paso de este imbécil por mi vida. Que se vaya. Que se lleve todo. Que me deje atrás como el animal herido al que se le da la espalda. A fin de cuentas, no esperaba nada más.

—¿A Tyson?

—Sí.

—Cielo va a estar feliz con la idea, se encariñó muchísimo.

—Perfecto.

—¿Y tú?

Su voz suena profunda, su mirada luce cansada.

—¿Yo qué?

—¿Vienes conmigo?

Dos palabras. Una invitación. Una caricia en la herida.

—Ir… —Me obligo a enderezar los hombros, a dejar de parecer tan vulnerable—. ¿Ir contigo?

—A Gesell —repite, acercándose para agarrar mis manos—. A empezar de cero, a alejarte de toda la mierda que te rodea, que te ata a este lugar.

—¿Te volviste loco?

—¿Qué te lo impide? Aquí no tienes nada, Bambi. Estás sola y, gracias a que perdí la paciencia, no tienes trabajo. Y que quede claro, no me arrepiento. Necesitabas irte de ese puto lugar, así como tienes que irte de esta ciudad.

—¿Te estás escuchando?

—Sí, y no escucho nada más que lógica. —Me aprieta las manos otro poco. De repente está demasiado sentimental. ¿Qué le pasa?—. Puedes empezar de nuevo allí. Nadie te conoce, nadie te juzga ni te controla. No vas a recibir más mensajes acosadores, ese hijo de puta de Luca no volverá a hablarte y tampoco tendrás que volver a verle la cara al pederasta de Olivera.

—Deja de llamarlo así. Fue mi decisión.

—Deja de defenderlo, Bambi. —Su pulgar me acaricia la mejilla—. Por favor, abre los ojos. ¿Qué estás dispuesta a hacer por libertad?

CAPÍTULO 50

THEO

Los bolsos están hechos, todos estamos listos.

—¿Crees que el gato estará bien? —pregunta Salvador, sosteniendo la caja que compramos para transportarlo.

—Se llama Tyson. Y sí, es un vuelo de apenas dos horas y media.

—Papá Theo, ¿y Tutú? —Cielo pregunta por el asqueroso oso rosa que le regalé. Ni siquiera medio dormida pierde de vista al animal de felpa.

—Ya está en el auto de Sal… —Trago mis palabras, me recuerdo que no debo crearle más confusión a esa cabecita—. Está en el auto del abuelo. Ahora te lleva con él, ¿sí?

La pequeña asiente, tocándose los botones de la chaquetita de jean que le puso Mía.

—¿No nos olvidamos de nada? —pregunta Mía, colocándose la cartera al hombro.

—Ya está todo en el auto —digo, por enésima vez.

Todos nos miramos, el silencio se torna espeso y el momento no podría ser más incómodo.

—Gracias por todo, Annelie. —Mía la saluda con un abrazo, que la morocha no devuelve—. Fue un placer conocerte. Espero verte pronto por la costa.

Bambi asiente, inexpresiva.

—¿Vamos a buscar a Tutú, Cielo? —Mía estira la mano hacia la miniatura de ojos grises, que me observa como si esperara mi permiso.

—Ve con la tía Mía, enana. —Le acaricio el cabello fino y peinado—. Tutú debe estar extrañándote allá solito.

Las piernitas de Cielo echan a correr, toma la mano de Mía y ambas salen. Salvador me mira, impaciente.

—Necesito un momento a solas con Annelie, puedes salir. —Señalo la puerta con cara de *vuelves a mirarme así y te voy a dar motivos para hacerme una denuncia*.

—Hasta luego, Annelie. Que sigas bien.

El viejo se despide muy educado y la puerta se cierra.

El peso de la situación cae sobre mis hombros.

Mis pies avanzan solos, acorralando al ciervito entre mi pecho y la pared. Sus ojos pardos gritan fuerte, los oigo.

—Ven conmigo, Bambi. —Deslizo los pulgares por sus pómulos

—. Por favor.

—Gesell no es mi lugar.

—Tampoco es el mío. —Acaricio sus labios carnosos—. No quiero irme, no quiero dejarte aquí. No me obligues a elegir, Bambi.

—No hay nada qué elegir, ya sabes dónde está tu vida.

—¿Y la tuya? ¿Dónde está tu vida, Annelie?

Es una batalla. Es una guerra de miradas ardientes, anhelantes, perdidas.

—Ven conmigo —susurro cerca de su boca, lo suficiente como para que ansíe mis labios tanto como yo anhelo los suyos—. Podemos hacer esto juntos, sin ataduras, sin etiquetas, solo… juntos.

—Este es mi lugar —insiste en voz baja.

—No me hagas esto, Bambi. —Apoyo mi frente en la suya, respiro el aire cálido que exhala su boca—. No quiero dejarte sola.

—Voy a estar bien.

Busco sus ojos.

—Pero podrías estar mejor conmigo. Yo puedo ayudarte a salir de aquí. —Mi pulgar acaricia su sien—. Podemos ayudarnos mutuamente, tenemos otra oportunidad. Podemos hacer las cosas bien, tener una vida de verdad.

Sus ojos vacilan, es un instante de esperanza que sus labios degüellan sin piedad.

—Vas a perder el vuelo.

Cierro los ojos.

¿Por qué me jode tanto? ¿Por qué, de repente, me siento tan atado a este lugar? ¿Por qué mierda me molesta dejarla atrás?

Ignoro la presión que siento en el pecho y pego mi boca a la suya. Nuestros labios susurran, se gritan, se odian, se quieren, se reclaman todo aquello nunca antes dicho, se roban algún secreto…

Mis brazos se aferran a su cintura y los suyos a mis bíceps. Mi cuerpo quiere poseer el suyo, separar toda distancia hasta fundirse piel con piel.

Bambi profundiza el beso, llevando sus manos a mi nuca. No quiere que me vaya, puedo leer la súplica en su lengua.

Su boca sabe a infierno, pero siempre me gustó quemarme.

Su fachada sucumbe a mis labios, y me aseguro de dejar mi huella antes de partir.

El aire escasea entre nuestras bocas, solo existe lugar para las palabras mudas.

Me separo, estoy agitado como un loco. Me acerco al sofá, que logré reparar, agarro mi vieja campera de cuero y abro la puerta.

—¿Esto es todo? —Su voz frena mis pasos—. ¿Este es el final de Bambi y el Sapo?

Doy media vuelta, le sonrío a su mirada aturdida.

—El mundo está hecho de historias, la nuestra no puede ser solo una más…

CAPÍTULO 51

THEO

Con cada escalón estoy un paso más cerca del averno.

Quiero ignorar el latir desbocado de mi corazón, el pitido familiar en mis oídos, el ovillo de recuerdos en la garganta. Lo intento, pero las emociones están al acecho y hoy soy presa fácil.

—Está todo donde lo dejaste —dice Salvador, abriendo la puerta de mi antigua habitación. Esa que no piso desde hace más de cuatro años. Esa que dejé sin saber que no volvería, que mi vida cambiaría para siempre.

Entro. El cuerpo se me congela y no es por el frío, no, son los recuerdos. Demasiados y muy vivos.

Todo sigue igual. Exactamente como lo explicó su boca, todo sigue donde lo dejé. Ahí están los *posters* de mis bandas preferidas de Rock, ahí está mi computadora, la bolsa de box aún cuelga del techo, los guantes siguen tirados sobre el escritorio. Todo está intacto, como si fuera un museo, como si el tiempo no hubiera pasado. Todo sigue igual, pero yo ya no soy el mismo.

—Puedo preparar el cuarto de Tobías para Cielo, si quieres —ofrece mi padre, apoyado contra el marco de la puerta—. Él no va a regresar por una buena temporada, parece que hay más que negocios en Europa… Conoció a una chica —aclara, como si fuera incapaz de captar la indirecta.

—Cielo duerme conmigo —zanjo el tema sin sutilezas ni agradecimientos.

—Me cuesta creer lo rápido que se acostumbró a ti. Es una niña muy cariñosa.

—Ni siquiera tiene cuatro años, Salvador. —Acaricio la espalda de Cielo, que duerme abrazada a mí—. Ellos no son como nosotros. Ellos confían rápido, no hay espacio para dudas, no hay resentimiento, solo… ven lo bueno. Además, soy todo lo que tiene ahora.

—¿Vas a volver a decirme *papá* alguna vez?

Desvío la mirada, las paredes son demasiado azules. Me absorben. Todo en esta casa me absorbe.

—Tengo que acostar a Cielo y estoy cansado, Salvador. Cierra la puerta al salir.

Le doy la espalda. Corro el acolchado de mi antigua cama de una plaza y acuesto al ángel castaño. Apenas percibe que ya no está

en mis brazos, el viaje la dejó exhausta. Se la pasó con la nariz pegada a la ventanilla, saltando sobre mis piernas y hablando casi a los gritos. La tapo y me siento en la punta, observándola, perdida en sus sueños. Escucho a Tyson ronronear y lloriquear abajo, en el living, y pienso que debe sentirse tan perdido como yo.

Me saco las zapatillas, la campera de cuero y el pantalón. Busco un short en mi bolso y me lo pongo antes de meterme a la cama. El espacio escasea, apenas cabemos los dos. Abrazo a Cielo, su espaldita caliente me acaricia el pecho. Entierro la nariz en su pelo, me concentro en el aroma a frutilla de su shampoo y aprieto los ojos, deseando perderme rápido en la inconsciencia y olvidar que estoy atado a los recuerdos.

El café me calienta la garganta, el silencio me enfría la mente.

Son las seis de la mañana, la casa está muda y Cielo duerme abrazada a mi reemplazo, Tutú. No tengo sueño, pero odio despertarme tan temprano. Tengo una puta alarma metida en la piel. Me pregunto si algún día podré dejar atrás las costumbres del penal.

—No te recordaba madrugador.

Su voz suena a mis espaldas, desearía haber disfrutado más del silencio.

—Cuatro años es mucho tiempo —suelto, llevándome la infusión a los labios.

—Toda una vida. —Saca una taza del mueble y se sirve café—. La de Cielo, por ejemplo. A propósito, tenemos que hablar de su educación. Me gustaría que fuera al jardín de mi escuela, es la mejor institución de Gesell.

—Es muy temprano para conversar.

Atino a levantarme del taburete, pero su voz me sienta otra vez.

—También tenemos que hablar del trabajo.

—No hace falta, hoy mismo pienso salir a buscar algo. No quiero quedarme bajo este techo mucho más.

—No tienes que salir a buscar nada. —Apoya la taza sobre el desayunador, se sienta. Su mirada es compasiva y eso alza mis murallas—. Tengo un puesto para ti en la empresa.

—Ni en broma.

Me levanto, el banco hace más ruido del que esperaba.

—Theo, ¿puedes escucharme y actuar como un adulto?

Aprieto los puños, cierro los ojos, la imagen de la última conversación que mantuvimos en esta cocina viene a mi mente y

ansío saber cómo acabará esta.

—En la empresa necesitamos un cadete —explica, sorbiendo café—. Alguien que saque fotocopias, que lleve paquetes y papeles de un piso a otro, que prepare café…

Alzo una ceja. ¿Este viejo me está jodiendo?

—¿Necesitas que sea tu mucama?

—Cadete, Theo. Es un trabajo mucho más digno que andar matándose a trompadas por unos billetes cada noche.

—No me interesa trabajar en la empresa de Isabella —escupo, no pienso rebajarme a ese nivel.

—Es mi empresa también, y estamos creciendo mucho. Tal vez, en un tiempo, hasta podrías irte a Europa con tu hermano.

—Tobías no es mi hermano. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

—Te guste o no, Theo, es mi hijo.

—Con otra mujer.

—Sigue siendo tu hermano…

—Gracias por la oferta, pero no la acepto.

Doy media vuelta por tercera vez.

—Apenas se despierte Cielo vamos a comprar un traje y varias camisas. La empresa tiene un código de vestimenta y rige para todos los empleados.

Giro, la sangre hierve dentro de mi cuerpo.

—¿No me escuchaste?

—Sí, pero no me importa. Lo único que me importa es la nena que duerme en tu habitación. —Anota algo en su clásica agenda negra—. Y si fueras un adulto responsable, ella también sería tu prioridad.

—Ella *es* mi prioridad. ¿Por qué crees que estoy aquí viéndote la cara?

—Demuéstralo, entonces.

Cinco putas horas después, estoy dentro de un cubículo probándome trajes. Si esto no es amor, no sé qué lo es.

—¿El traje es muy necesario? —pregunto, desabrochando la infinita cantidad de botones de esta ridícula y costosa camisa.

—Ya negociamos lo de la corbata, Theo. Así que, sí, es necesario. —Lo escucho y agradezco a la cortina que nos separa, porque estoy a una palabra de armar un show en este lugar.

—¡Pero voy a sacar fotocopias!

—Tenemos una imagen que mantener, Theo. La vestimenta es

importante en el ámbito en que nos movemos.

Maldito él y su asquerosa empresa de publicidad.

—Papá Theo, *teno* hambre.

—Ya voy, enana. —Lucho con el pantalón de vestir negro—. Vamos a comer la hamburguesa más grande del mundo, te lo prometo.

—¡Sí! —Su voz chillona me hace sonreír.

—¿Hamburguesa, Theo? —Ahí está el aguafiestas.

—Tiene tres años, déjala vivir…

Escucho cómo resopla, absolutamente en desacuerdo con mi método —*no método*— de crianza. Soy nuevo en esto y estoy haciendo mi mejor esfuerzo, merezco un poco de crédito.

—¡Hamburguesa! ¡Hamburguesa! —Cielo sigue cantando.

Me subo el pantalón y busco mi celular en el bolsillo. Tecleo un mensaje para Bambi antes de salir:

Estoy extrañando el sur mucho antes de lo que esperaba.

Cielo tiene todo el rostro lleno de Kétchup. Todo. Y agradezco que Salvador no esté para echarme en cara el desastre que soy.

—Papá Theo, ¿Tutú puede comer papas fritas?

El oso rosa, que supera su tamaño, está sentado a su lado.

—No, enana. —Me limpio la boca y hago un bollo con la servilleta—. No puede comer papas fritas.

—¿Por qué? —murmura, intentando atrapar el sorbete con sus labios, sosteniendo el gigante vaso con demasiada fuerza.

—Porque este oso es alérgico a las papas fritas.

—¿Alérgico? —Su pequeño ceño se frunce mientras bebe.

—Sí, alérgico. Significa que le salen ronchas asquerosas por todo el cuerpo.

Su boquita deja de sorber, sus ojos se agrandan.

—¿Yo soy alérgica, papá Theo?

—No, enana. —Agarro una servilleta y comienzo a limpiar el kétchup de su nariz—. Ya comiste papas y sigues igual de hermosa, no eres alérgica.

Me dedica una sonrisa de leche bien ancha.

—¿Mamá es alérgica?

Mis dedos se detienen. Sus ojos grises esperan, grandes y brillosos, palabras que no escapan de mi boca.

No puedo estar más incómodo, y no solo porque estoy vestido

como un muñequito de torta, tampoco porque anoche apenas dormí, sino porque mi mente solo puede pensar en dos cosas:

Bambi no respondió mi mensaje anoche, tampoco mis llamadas.

Mía está cuidando a Cielo, quien lloró mares cuando me fui esta mañana.

Recojo las fotocopias calientes y las llevo al segundo piso. Es mi primer día como cadete en esta empresa de burgueses y ya quiero renunciar.

¿De verdad la gente toma tanto café? ¿Las mujeres son adictas al edulcorante o algo así? ¿Cuántas fotocopias tienen que hacer al día? ¿Tanto papel en pleno siglo XXI?

—Theo, ¿puedes avisarle a tu papá que Tobías lo necesita en videoconferencia en diez minutos?

—¿Dónde están sus secretarias? —Apoyo los papeles sobre el escritorio de Rocío, la gerente—. Apuesto a que sigue teniendo más de una, como en los viejos tiempos…

—Theo, eres el cadete. ¿Sabes lo que significa eso?

—¿Que me van a usar sin piedad, hasta para fregar el baño?

Agarra unas cuantas carpetas, el café que le traje hace diez minutos, y me guiña un ojo.

—Ya nos vamos entendiendo.

Salgo detrás de su culo espectacular, buceo entre la gente hasta llegar a la oficina de Salvador. Entro sin golpear, claro está.

—Theo, te pedí que golpearas la próxima vez.

Iba a replicar, pero el cabello platinado y perfectamente peinado de Isabella me robó las palabras.

—Theo… —La muñeca inflable se levanta de su asiento y se acerca lentamente hacia mí—. Estás… distinto.

Se sostiene sobre las puntas de sus pies, sus brazos me rodean y me quedo de piedra.

«¿Qué mierda es esto? ¿Por qué me está abrazando?»

—Es bueno volver a verte —dice con voz dulce, para nada parecida al graznido agudo que solía tener—. Sé que fueron tiempos difíciles, pero hoy el sol brilla para ti.

Ya está bien. Basta. ¿Qué mierda pasó? ¿La lobotomizaron en mi ausencia?

Su abrazo desaparece sutilmente, dejando una estela de confusión.

—Me alegra que estés en la empresa, fue una buena decisión. —Su mano acaricia mi mejilla recién afeitada, mi boca sigue estupefacta—. Ya estoy deseando conocer a tu hija, me dijeron que es muy hermosa.

—Theo, ¿estás bien? —pregunta mi padre, levantándose.

Su cabello es el mismo, su silueta y su atuendo también. Físicamente es la misma mujer fría y plástica que odié años atrás. Y que me odió.

—Necesito un poco de aire. Me tomo el descanso.

Salgo, desabrochándome los primeros botones de la camisa blanca mientras mi otra mano busca el paquete de cigarros en el bolsillo del pantalón. Hace días que no fumo, y quería dejar de hacerlo por Cielo, pero esta locura amerita un poco de nicotina.

Me siento en un escalón de la ostentosa fachada, enciendo el cigarro y cierro los ojos. El aire cálido me golpea la frente, saboreo en mis labios el mar.

¿Qué está pasando? ¿Qué es esta ansiedad que siento? Que me come, lento, muy lento.

Sostengo el cigarro entre los labios, busco el celular y marco el número de Bambi. Lo llevo a mi oído para escuchar, otra vez, como suena y suena…

Corto cuando salta el contestador automático.

Dejo escapar el humo, que forma espirales de vida que se pierden en el viento.

Tecleo:

El Sapo necesita escuchar tu voz.

CAPÍTULO 52

ANNELIE

Soy una bomba, estoy llena de recuerdos y la mecha está encendida.

Cuatro días. Noventa y seis horas. Cinco mil setecientos sesenta minutos de agonía y polvos mágicos.

Mi cuerpo se siente lánguido, como si lo que me hace humana me hubiese abandonado, como si fuera un mero recipiente vacío.

El techo nunca pareció tan alto, lejano.

Las paredes nunca fueron tan oscuras, jamás se achicaron tanto.

El silencio nunca estuvo tan filoso, jamás fue tan peligroso.

La soledad nunca supo tan amarga, tan insípida, como un puñado de café que perdió su aroma.

Y acá habito, existo pero no soy, entre la basura que me rodea, intentando llenar mis pulmones de oxígeno, aferrándome a la vida sin conocer su sentido.

Y lo siento, jamás tomé mejor decisión. Lo siento.

Y entre polvos mágicos, silencio y recuerdos, lo entiendo.

Hoy es uno de esos días en que quiero abrirme el pecho al medio y arrancarme el corazón, porque no sentir es mejor que sentir esto.

Y la línea roja que camina por mi piel me lo susurra:

No hay que estar muerto para sentirse en el infierno, basta con ser prisionero de tu propia mente.

CAPÍTULO 53

THEO

—¡Otra! *Porfi*. ¡Otra!

—Dijiste una sola, Cielo, ¡y ya tengo cinco uñas pintadas!

Su risa es escandalosa y azucarada, no puedo evitar que me contagie y ambos reímos mientras me secuestra otro dedo.

—Es la última —sentencio, pero sé que esta enana con dientes de leche es la que manda—. Ya es tarde y hay que bañarse. Mañana temprano viene a buscarte la tía Mía, así papá va a trabajar.

—¿Por qué? —pregunta, muy concentrada, pintándome la uña y el dedo de un asqueroso rosa chillón.

—Porque hay que comprar muchas cosas, enana. Hay que trabajar para poder comprarlas.

—¿Qué cosas? —dice, dando una segunda temblorosa capa de esmalte. El olor me está matando.

—Galletitas Opera, algunos hermanitos de Tutú, vestidos…

—¿De princesas? —interrumpe, con los ojos bien abiertos.

—De princesas que se portan bien y no le pintan las uñas a sus papás.

—¡Yo quiero vestidos!

—Bueno, entonces a bañarse y a dormir.

Me levanto, con las uñas pintadas como Miss Universo, y la tomo en brazos. Subimos las escaleras en silencio, Salvador se quedó dormido en su extravagante sofá. Aún no me acostumbro a vivir bajo sus reglas, necesito conseguir mi propio lugar cuanto antes.

—No *quero* con la tía Mía.

—¿Por qué? —La siento en el baño y comienzo a desvestirla—. La tía Mía es muy divertida, te encanta jugar con ella. Además, la tía Magui está ocupada estudiando mucho, no puede cuidarte esta semana.

—*Quero* con Papá Theo.

Su brazos, gorditos, efusivos y asfixiantes, se enroscan en mi cuello. Me abraza con fuerza y se me pega como una garrapata.

—Tengo que trabajar, enana. —Beso el rollito que se forma en su cuello—. Pero te prometo que el sábado vamos a la playa.

—¡Sí!

Me aprieta con más fuerza, un par de besos demasiado sonoros, y empieza la misión imposible: meter el Cielo en el agua.

—¿Le secaste bien los oídos?

—Sí, Mía. Por enésima vez, sí. —Sostengo el teléfono entre mi oreja y mi hombro mientras me sirvo café, es la segunda taza en media hora—. Hago todo lo que me dijiste. Le seco bien los oídos, le limpio con cuidado la vulva y todas esas cosas raras que tienen ustedes.

—Te iba decir una guarangada, pero me voy a ahorrar el comentario para pasar a lo importante. ¿Respondió?

—No. No responde los mensajes y tampoco las llamadas. Voy a explotar en cualquier momento.

—Tal vez está enojada porque te fuiste…

—Pasaron dos semanas, Mía, y no me atendió ni una sola vez. Además, la invité a venir conmigo, ¿por qué iba a enojarse? Ella no quiso.

En silencio revuelvo el café, soy un robot con la vida programada.

—¿Qué estás pensando? Puedo escuchar el ruido que hace tu cabeza.

—Que algo está mal. Ella… no estaba precisamente bien cuando me fui. Estoy preocupado, Mía.

—¿Qué quieres hacer? —La escucho, el café siempre me queda amargo.

—Necesito ir. Una escapada, ir y venir en el mismo día.

—¿Y qué vas a hacer con Cielo y con el trabajo? A Salvador no le va a gustar nada, Theo.

—Ayer era mi día libre y tuve que cubrir al imbécil que se enfermó. Me llevé a Cielo a la empresa, llevé papeles y cafés de un lado a otro con la nena a upa. Me lo debe. Me debe un día. Podría tomármelo mañana.

—¿Y Cielo? No puedes llevarla. No vas a hacer que pase por todo el estrés del viaje solo por un día.

Lo pienso mientras me muerdo las uñas pintadas. Necesito ir. No puedo seguir así, ignorando lo que pasa.

—¿Puede quedarse contigo? Sé que es demasiado, Mía. Sé que estoy abusando…, pero necesito ir. *Necesito* verla. Me siento raro, algo no está bien. No tendría que haberla dejado allí... sola.

Silencio.

Un suspiro.

—Está bien. Está bien. —Suena cansada, y sé que no está bien. Le ocupé todas sus vacaciones con mi drama—. ¿Cómo vas a ir?

—En avión es lo más rápido, aunque es un gasto de puta madre…

—¿Es muy necesario, Theo?

—No puedo ignorar el hecho de que no responde, Mía. No estaba bien cuando me fui… Ella me ayudó, a su manera me tendió una mano. Tengo que devolverle el favor.

—Fíjate si consigues un vuelo. Paso mañana bien temprano a buscar a Cielo.

Una ridícula y exuberante suma de dinero y dos horas y media de vuelo después, estoy aterrizando en San Carlos de Bariloche. Aún no amanece, logré convencer a Mía para que fuera a casa de Salvador a las dos de la mañana. Esa mujer merece un altar, y pienso hacérselo.

La brisa fresca del sur me recibe cuando salgo del aeropuerto, y no puedo evitar sentirme como en casa. Y asusta. Asusta hasta la mierda.

Le envío un mensaje a Mía para avisarle que llegué bien y decirle que mantenga los chocolates fuera de la vista de Cielo, no quiero otro ataque al hígado como el de la semana pasada.

Emprendo el mismo camino que inicié aquella vez, perdido en la negrura de la noche, citándome a ciegas con la libertad, sin saber que el destino me haría cruzar con una mirada aún más perdida que la mía. Esta vez soy más inteligente y decido parar un taxi.

Nos perdemos en la calle empinada mientras mi mente lucha por ponerse en blanco. Necesito olvidar los gritos de Salvador, repetirme que Cielo está en buenas manos y que volveré a verla en cuestión de horas. Y que estoy cerca. Muy cerca de Bambi.

La ansiedad me consume cuando diviso su casa, majestuosa entre las demás. Me encuentro trotando sin pretenderlo, pegando mi dedo al timbre cuando aterrizo en su entrada.

Golpeo la puerta con fuerza y paciencia invisible, pero el silencio es lo único que suena.

Busco en mi bolsillo y la siento, suplicándome que la use. Saco la llave que me dio aquella vez, en un absoluto acto de confianza desinteresada, y la uso. Abro, lo que veo me noquea.

Annelie está en el piso, en ropa interior y rodeada de basura, el cabello le cubre la mitad de la cara y no se mueve. En su piel hay heridas nuevas que me aprietan la garganta.

Mi cuerpo actúa sin esperar las órdenes de una mente atontada. Me arrodillo a su lado, mis dedos se desesperan por encontrar su

rostro. El pulso cansado bajo su mandíbula me devuelve la cordura.

—Carajo, Bambi —susurro, sentándome a su lado—. Casi me matas de un puto infarto. —Acaricio su mejilla pálida—. ¿Bambi? Despierta, vamos. —La levanto hasta que su espalda se apoya en mi pecho.

—Qué… —su voz suena como un quejido débil y borracho.

—¿Qué mierda tomaste, Annelie? —La sacudo, enterrando mis dedos en sus mejillas. Su boca apesta a alcohol y la casa, a mugre. Apenas se puede respirar—. ¿Me escuchas, Bambi? ¿Qué tomaste?

Sus ojos son una línea confundida, pero aun así intentan mirarme.

—¿Theo? —Su mano quiere llegar a mí—. ¿Estás aquí?

—Estoy aquí, Bambi. —Beso su frente helada, apretando su menudo cuerpo entre mis brazos—. ¿Qué tomaste? ¿Mezclaste coca con algo?

Las hendijas pardas me observan en silencio, hasta que en su boca estalla la risa.

—Ey, Bambi. —Aprieto su rostro, su carnosa boca resalta entre mis dedos—. ¿Qué mezclaste?

—¿Eres la policía? —Otra carcajada que rebota en mi cabeza—. ¿Estoy en problemas, Oficial?

Miro alrededor, la mesita ratona es una fiesta. Hay una línea a medio dibujar, cigarros y una botella de vodka de los buenos.

—Solo estoy borrrrrracha, detective.

—Vamos. —Me levanto e intento hacer lo mismo con su cuerpo de gelatina.

—¿A dónde? —susurra, pasándose las manos por la boca, limpiándose un hilo de baba.

—A bañarte. ¿Tienes idea del olor que tienes? Apestas a alcohol, Annelie. Y esta casa es una mugre, apenas puedo respirar. Ni siquiera sacaste la caja sanitaria de Tyson…

Me cargo su peso al hombro y cruzo el pasillo hasta llegar al baño. Abro la canilla y dejo que la bañera se llene mientras ella sigue riendo, en su mundo.

—¿De qué te ríes? —pregunto, sacándome la campera—. ¿Te viste en el espejo? Yo no me reiría, si tuviera ese aspecto de mierda. ¿En qué estabas pensando? ¿No vas a parar hasta que te dé un coma alcohólico o te quedes dura por una puta sobredosis?

—Por qué… —Cierra los ojos, se apoya contra la pared—. ¿Por qué volviste?

—Por ti. —El vapor comienza a empañar las paredes, a cubrir los espejos—. Pasé dos semanas enteras escribiéndote, llamándote.

¿No podías contestar al menos una vez?

—¿Por mí?

Su boca está entreabierta, sus ojos verdosos lucen perdidos.

—Sí, por ti. —Extiendo la mano—. Ven, vamos a bañarte a ver si se te pasa un poco el pedo.

Su cuerpo se tambalea de camino al mío. La guio hasta la bañera y mete los pies en el agua.

—Siéntate.

—¿Me amas?

Sus palabras se roban mi aliento. Ahí, parada, con los pies en el agua y la cabeza en cualquier lado, me pregunta si la amo.

—Bambi, siéntate, por favor.

—¿Me amas? —repite, y sus ojos acarician los míos—. ¿Por eso volviste por mí?

Se me seca la garganta. El vapor y sus palabras nublan mi mente.

—Estás borracha, Annelie.

—Necesito… Necesito saberlo.

Su mirada es una súplica, un grito ahogado en busca de honestidad.

—No, Bambi. Pero te quiero muchísimo. —Tomo su rostro entre mis manos, acaricio la fragilidad de su piel—. Ambos tenemos mucho que sanar, mucho que perdonar. Tenemos que dejar de odiar nuestras propias caras antes de amar la de alguien más. Y no llegué a eso todavía, y tú tampoco. Pero me importas y te quiero, ¿me escuchas?

Hay algo en sus ojos que me grita, pero no hablo su mismo idioma.

—¿Puedes… abrazarme?

Asiento, suelto su rostro y comienzo a desvestirme. El agua me congela las piernas cuando me reúno con su cuerpo y lo cubro con mis brazos.

Nos quedamos así, abrazados en silencio, compartiendo el caos de nuestras cabezas.

—Tienes que sentarte y bañarte —susurro, acariciando su espalda.

—Sigues enamorado de ella, ¿no? —murmura su boca sobre mi pecho—. De la mamá de Cielo.

—Bambi, no es momento para hablar de esto. Ahora necesito que te bañes. Toda esta mierda se acabó, vas a venir conmigo aunque tenga que llevarte a la fuerza.

Su boca borracha busca la mía y mi lengua cede al primer baile.

—No me importa si tapas su nombre con mi boca, siempre me conformé con las sobras del amor.

Su confesión es un ladrillo en cada hombro.

—No tapo su nombre, Bambi. —Levanto su mentón, obligándola a mirarme—. No puede taparse con ninguna boca. Pero quiero que sepas que, cada vez que te beso, solo pienso en ti.

CAPÍTULO 54

THEO

—Esto es prácticamente un secuestro. ¿Debería gritar?

Mis dedos están entrelazados con los suyos, fríos y delgados, y así avanzamos entre la gente que espera su vuelo.

—Puedes gritar todo lo que quieras. Ya te lo dije, te voy a llevar conmigo aunque tenga que ir caminando y con tu peso al hombro.

—¿Estás consciente de la ridícula cantidad de dinero que gastaste en ese par de pasajes de último momento? —pregunta, tirando de su pequeña valija, intentando igualarme el paso.

—Considéralo un pago por el alquiler de la cabaña.

—¿No tendría que haber sido yo quien eligiera cómo gastarlo, entonces?

No va a ponérmelo fácil. Lo tengo muy claro, va a ser un puto grano en el culo durante todo el viaje.

—Si hubiéramos esperado uno o dos días, habría salido más barato… Sigo pensando que es ridículo, más teniendo en cuenta que no quiero ir.

Freno. Me doy vuelta y sujeto su rostro entre mis manos. Sus ojos pardos aún lucen cansados y hay vestigios de resaca que ocho horas de sueño no lograron derrotar.

—Tengo una hija que atender ahora, Bambi. No puedo ausentarme mucho más. —Acaricio sus mejillas coloradas y calientes, preguntándome si se sentirá bien—. No estoy obligándote a vivir conmigo, quiero que lo tomes como unas vacaciones. Esto va a durar el tiempo que quieras. Puedes quedarte dos días, una semana, meses o años. No voy a obligarte a nada que no quieras hacer. —Beso su boca, mis dedos se entierran en su nuca—. ¿Entendido?

Su mirada sigue perdida, no sé si quiero saber dónde.

—Tengo que conseguir un… trabajo nuevo. —Se rasca la cabeza, el gesto la hace parecer aún más frágil, más pequeña—. No sé cómo… No sé…

—Ya habrá tiempo para preocuparse por eso, ¿sí? —Le acomodo el pelo detrás de las orejas, la ducha se lo dejó suave y brilloso—. Te pido que lo tomes como unas vacaciones, que no pienses en nada más que en disfrutar, despejarte, alejarte de toda la mierda.

—¿Dónde voy a quedarme? ¿Hiciste reserva en algún hotel?

—¿Hotel? —Niego con la cabeza—. Vas a quedarte en mi casa,

Bambi. En la casa de Salvador —corrijo, ya no es mi hogar—. Hay habitaciones de sobra.

Lo digo con absoluta certeza, aunque no tengo ni puta idea de cómo voy a hacer para convencerlo.

Annelie durmió las dos horas y media de viaje, y yo pude disfrutar de su semblante tranquilo y atarle los brazos a la ansiedad.

Estoy nervioso por la reacción de Salvador, sé que no va a ser buena. Y también sé que Bambi lo sabe, porque apenas me dirigió la palabra desde que subimos al taxi.

La noche cae sobre nosotros, los segundos se disfrazan de horas, y solo puedo pensar en una cosa: necesito llegar, necesito abrazar a Cielo y mirar esas mierdas de princesas hasta quedarnos dormidos.

Jamás pensé que podría llegar a sentirme tan vacío alejándome de esa enana. Jamás creí posible sentir esta clase de amor visceral, innato.

Después de los cuarenta y cinco minutos más espesos de mi vida, estamos parados frente a la ostentosa casa de mi padre.

—Así que eras el típico pendejo malcriado y con un papito forrado.

El comentario me da gracia, pero de inmediato me remonta a tiempos que ansío quemar.

—¿Estás bien? —le pregunto, buscando sus dedos, haciendo que se pierdan entre los míos.

—¿En qué momento te volviste tan blandito? —Me pincha, recuperando poco a poco su fachada impenetrable.

—Supongo que me pueden los animales, en especial los ciervitos. ¿No te lo dije?

Está ahí, pero se muerde el labio para privarme de su sonrisa.

—Vamos.

Abro la puerta y la oscuridad me absorbe, solo una pequeñísima luz se filtra desde la cocina. Camino hacia ella con Bambi pisándome los talones.

—Eres libre, rubia —le digo a Mía, que ojea revistas con una taza de café en los labios.

Alza la vista, me clava esos bellos ojos cansados.

—Ya era hora —se queja, pero me sonríe—. Apenas pude entretener a Cielo, no paró de preguntar por *Papá Theo* ni un segundo.

No puedo evitar sonreír orgulloso. Me quiere. Ese ángel castaño me quiere y apenas me conoce.

—¿Cómo estás, Annelie? —pregunta Mía, intentando mirar a través de mi espalda—. Es bueno tenerte por aquí. ¿Ya conocías Gesell?

—No. —Bambi se acerca de a poco. No sonríe, pero su voz suena afable—. Solo conozco Río Negro y el centro de Buenos Aires.

—Theo te la mostrará toda —dice, y no puedo evitar sonreír con picardía—. La costa —aclara, poniéndose colorada.

—Voy a mostrarle mucho más que la costa —suelto, haciéndome el interesante.

—Theo, evítame el vómito, por favor. —Mía se tapa la cara—. Además, con esas uñas pintadas no te queda el papel del *sex symbol.*

—Cuando tengas una hija de casi cuatro años, hablamos —suelto, mirándome las uñas—. Estoy hablando de Gesell, de las playas, los boliches… Malpensada. Después la mente pervertida es la mía…

Annelie está como un fantasma, pálida y ajena a la conversación.

—¿Salvador duerme? —pregunto, robándole un sorbo de café.

—Salió. —Intenta recuperar su taza—. Dijo que volvería tarde.

Miro el reloj que cuelga de la pared, son casi las doce de la noche. No entiendo ni dónde estoy parado, fue un día agotador.

—¿Estuvo muy en modo Salvador?

—Despotricó un rato después de que te fueras, pero se calmó cuando Cielo empezó a llorar.

Se me anuda la garganta al pensar en mi Cielo angustiada.

—¿Lloró mucho?

—Nada que un helado no pueda solucionar. —Logra arrebatarme la taza—. Ya está durmiendo como un angelito.

—Gracias por cuidarla todo el día, Mía. —Me acerco como el cargoso que soy y la abrazo hasta asfixiarla—. Te prometo que voy a recompensártelo, ¿sí?

—Un día de Spa o una entrada para *Coldplay* sería una buena recompensa. Digo, por si no se te ocurre nada mejor…

—Eres una niñera bastante cara, rubia. —La apretujo un poco más, siempre se deja—. ¿Te acompaño a casa?

—Vine en auto, Theo.

—Cierto. —Me separo, le despeino un poco el pelo—. Ya no sé ni en qué día vivo.

—Eso es porque tienes que descansar. —Se levanta, agarra la cartera y la cuelga en su hombro—. Los dos. —Le sonríe al ciervito con amabilidad. Mía es pura sonrisa, ¿ya lo dije?

—Vamos, te acompaño al auto.

—Nos vemos pronto, Annelie. —Le besa la mejilla y la apretuja un poco, Bambi apenas se inmuta—. Disfruta la playa.

Mía sale de la cocina y yo le beso la frente a Bambi antes de seguirla.

—No hace falta que me expliques nada, Blas, te leo y tengo una gran imaginación —dice, abriendo la puerta del conductor.

—Creo que es peor de lo que te imaginas…

—Entonces tienes un trabajo más duro por delante. Ve, dale a esa mujer lo que necesita.

Se sienta, tira la cartera en cualquier lado y enciende el motor.

—Me gustaría saber qué es lo que necesita.

—Está claro como el agua, Theo… —Enchufa su teléfono, una de esas bandas *indie* que tanto le gustan comienza a sonar—. Amor. Annelie necesita sentirse importante, protegida, querida. Y no, no me hace falta conocerla. Solo me bastó mirarla. ¿No te diste cuenta del vacío en sus ojos?

Y la puerta se cierra, el auto se aleja, y yo sigo pensando en esos ojos pardos. Vacíos.

La oscuridad me engulle y no diviso a Bambi por la sala. Camino medio a ciegas hasta la cocina y la encuentro sentada en el piso, acariciando a Tyson.

—¿Estoy teniendo visiones o realmente estás acariciando al gato? —pregunto, parándome frente a ellos.

Los ojos pardos me niegan su color.

—Excepto hayas robado y probado mi bolsita del cajón, estás viendo bien…

—Sabía que te gustaba ese gato.

—No me gusta —dice, soltándolo y poniéndose de pie—. Solamente lo vi muy… solo.

Intento ignorar la angustia que encierran sus palabras.

—Subamos, Bambi. —Extiendo la mano, espero a que la agarre —. Necesitamos descansar.

Los escalones no se sienten una trampa mortal esta vez.

—Espérame un momento —dejo su valija en el pasillo—, tengo que ver cómo está Cielo.

La morocha asiente y yo entro a mi habitación. Camino sobre algodones hasta llegar a mi cama, donde el angelito castaño duerme abrazando bien fuerte a Tutú. Acaricio ese cabello fino y suave, beso su frente, la tapo bien y aseguro la ventana antes de salir.

—¿Todo bien? —pregunta el ciervito cuando cierro la puerta de mi cuarto.

—Duerme profundamente, por suerte. —Agarro su valija y

avanzo por el pasillo—. Vamos.

El cuarto de Tobías está impecable, como imaginé. La cama de dos plazas tiene más almohadones de los que podría necesitar una familia entera.

—Puedes sentirte como en casa —digo, dejando sus cosas a un costado de la puerta—. El baño está por ahí —señalo la otra puerta blanca, a la izquierda— y los controles de la tele y el aire acondicionado deberían estar en algún cajón.

«¿Por qué este imbécil tiene una habitación tan grande? ¿Para qué necesita tantas cajoneras?»

—Estos… ¿Estos son tu hermano y tu mamá? —habla bajo, sosteniendo una fotografía enmarcada.

Me acerco, pego mi pecho a su espalda y le quito la foto de las manos.

—No —digo, apoyando el mentón en su hombro—. Este es Tobías y ella es Isabella, la esposa de mi padre. Exesposa —corrijo.

—¿Él es tu hermanastro, entonces?

Dejo la foto sobre la mesita de luz.

—No, en realidad es hijo de mi padre.

—Entonces es tu hermano…

—No es Felipe. Felipe es mi único hermano. —Beso su cuello—. Y ya no quiero hablar de este imbécil, no lo soporto. —Doy vuelta la foto, no quiero ver su estúpida sonrisa de niño prodigio.

—Este es su cuarto —afirma, dejándome abrazarla por detrás.

—Este es *tu* cuarto mientras estés aquí. —Otro beso y su piel se eriza—. Conmigo.

Levanto su camiseta y acaricio la piel de su abdomen mientras beso su nuca.

—No hace falta que hagas este teatro, si lo que quieres es que nos acostemos.

Separo mis labios de su piel lentamente.

—¿Teatro?

—Los besos y… todo eso.

Vuelvo a pegar mi boca a su cuello, subo dejando besos en su piel hasta llegar a su oído, y susurro:

—¿Y si lo que quiero es mimarte?

—No seas ridículo.

—A mí no me parece tan ridículo. —Deslizo mis dedos por su brazo, ascendiendo y descendiendo—. ¿Y si le preguntamos a tu piel?

—Theo…

—Shhh —interrumpo el discurso del Cazador—. Déjame, por

favor. Lo necesito tanto como tú.

No me manda a la mierda, lo tomo como un *está bien*.

Mis dedos buscan su camiseta, la levantan hasta que abandona su cuerpo. El mismo destino le toca a su corpiño rojo de encaje, ese que me volvió loco en cuestión de segundos. Agarro su cabello largo y oscuro como los ojos de la noche, lo coloco sobre su hombro, dejando su espalda y su vulnerabilidad al descubierto. Me arrodillo, beso su cadera, su cintura, y me tomo todo el tiempo que no tenemos cuando apoyo mis labios en su cruz. Y ahí estoy, besando su tristeza, acariciando sus miedos.

—Te quiero —susurro sobre su piel, arrodillado ante su dolor.

Su voz llega un minuto después.

—Nadie me quiere.

—Me llamo Theo, no Nadie.

Mi boca asciende por su cicatriz, besando cada línea, cada protuberancia, procurando que sienta un cosquilleo aún donde su piel está dormida.

—Siempre quise ser invisible.

Absorbo la confesión, la hago mía.

—Tienes mucho que la gente merece ver, Bambi. ¿Para qué ocultarte?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—De perderme un poco más.

—El que no arriesga, no gana.

—Ya es tarde.

—¿Para qué?

—Para todo.

—Hay algo para lo que todavía tenemos tiempo —susurro, levantándome.

—¿Para qué? —Ladea la cabeza, entregándome su cuello.

—Para besarte de la cabeza hasta los pies.

La rodeo como un animal que acecha a su presa, antes de enterrar mis dedos en su cintura y levantarla. Sus piernas se enroscan en mis caderas y así avanzamos hasta la cama. La dejo caer de espaldas, el cabello negro juega con las blancas curvas de su torso. Esta criatura herida tiene una belleza demencial.

Mi peso recae sobre el suyo mientras mi lengua bucea en su boca. Todos los nervios de mi cuerpo están expuestos y el deseo por la carne se agita en mi interior.

—Eres una de las mujeres más preciosas que vi en mi vida, ¿te lo dije alguna vez?

Su aliento es cálido, su boca reposa en mi mandíbula.

—¿Qué estás haciendo? —El invierno se abre paso en su mirada—. No necesito que me digas estas cosas.

—Pero yo quiero decirlas. —Me pierdo en su cuello, en su sabor a Bambi—. ¿Ahora vas a censurar mi boca?

—Estás esforzándote demasiado por algo que tendrás de todas maneras. —Sus piernas se aferran a mis caderas, acercándome a su cuerpo—. Yo lo quiero tanto como tú. Terminemos con la charla, poeta.

Levanto la cabeza, alejo el cabello de su mirada.

—Bambi, ¿podemos jugar a algo?

—No me va la onda Christian Grey…

—Iba a proponer algo mucho menos sádico, morocha.

—Escucho…

—Exacto. —Agarro su rostro con mi mano, mis dedos se entierran en sus mejillas y su boca resalta exigiendo las atenciones de mi lengua—. Cierra esa preciosa boca y escucha lo que te hago sentir.

El deseo carnal se abre paso entre nosotros, irrefrenable y hambriento. La ropa desaparece, las pieles brillan y sus jadeos mueren en mi boca.

Mis manos aprietan sus muñecas, sus piernas me aprisionan y con cada vaivén lo entiendo más; quizá esto nos haya unido. Sí, el deseo insaciable por la carne. Pero tal vez haya algo más profundo, como el odio implacable que cada uno de nosotros siente por su propio rostro.

CAPÍTULO 55

THEO

—Cielo, si no te quedas quieta, esta trenza va a ser un asco —digo, luchando con su cabello ondulado.

«¿Por qué cruzar tres mechones parece tan simple, excepto cuando lo haces?»

—Me manché —murmura, dejando la chocolatada sobre la mesa.

—¿Qué? —Sostengo el final de la trenza con los dedos mientras examino su ropa—. Era el último vestido limpio, enana.

Cielo se encoge de hombros, mordisqueando una oblea como un ratón.

—Vamos a cambiarte antes de que venga la tía Magui.

Subimos a mi habitación. Cielo sigue comiendo galletitas mientras yo busco alguna blusita que combine con la pollerita floreada.

«Me la paso hablando en diminutivo y buscando ropa que combine. ¿En qué momento pasó esto?»

Dos golpes secos suenan en la puerta antes de abrirse.

—Tenemos que hablar —dice Salvador. Tiene unas ojeras negrísimas debajo de su mirada de perro rabioso.

—Estoy ocupado. —Comienzo a vestir de nuevo a Cielo, intentando no deshacer el prototipo de peinado que logré después de media hora de insultos silenciosos.

—Es urgente.

Suspiro dramáticamente.

—¿Qué pasa?

—La mujer que duerme en el cuarto de tu hermano, eso pasa.

Cierra la puerta con tanto brío que el cuerpito de la enana se encoge.

—Uy —dice y se tapa la boca con las manos.

—Parece que el abuelo está enojado…

—Baja la voz, no quiero que se despierte con tus gritos.

—¿No quieres que se despierte? ¿Qué es esto? ¡¿Un hotel?!

—Te lo voy a repetir por última vez, Salvador. —Lo apunto con el índice como si fuera una pistola—. Me arrastraste, me separaste

de ella cuando me necesitaba, así que lo menos que puedes hacer es dejar que se quede aquí unos días.

—No vas a volver a hacer lo que quieras en esta casa. ¡Ya no eres un adolescente, Theo!

—No lo entiendes, ¿no? —Me acerco demasiado, estoy perdiendo la paciencia—. Si por mí fuera, no pondría un puto pie en esta casa. Estaría en el sur, con mi hija y con la mujer que duerme arriba. ¿Sabes por qué? Porque fue la única que confió lo suficiente en mí como para darme la mano, aún sin conocerme. —Ladeo la cabeza— ¿Qué hiciste por mí desde que dejé esta casa para pudrirme en una celda?

—¡Estoy intentando remediarlo! Nunca me dejaste explicarme… Yo quería verte, pero…

—No me importa. —Levanto la mano, frenando sus palabras vacías—. No me importa nada de lo que tengas para decir, solo quiero que me dejes en paz. Estoy viviendo bajo tus putas reglas, ¿no estás contento ya? —Sus hombros caen, el fuego en su mirada se extingue—. Déjame disfrutar de mi hija, intentar ser para ella todo lo que tú no fuiste para mí.

—Theo…

—No me interesa, Salvador —digo, subiendo la escalera.

—Te… Te necesito en la empresa.

—Es sábado —escupo, ni siquiera me doy vuelta—. Quedamos en que trabajaba de lunes a viernes, ¿o de eso también te olvidaste?

Termino subiendo los escalones de dos en dos, ansiando poner una cerca eléctrica entre ese hijo de puta y yo.

Lo único que nos une es sangre y, a veces, la sangre no tira tan fuerte.

Abro la puerta del cuarto de Tobías, las sábanas blancas se enroscan en el cuerpo desnudo y dormido de Bambi.

Me siento en la cama, que se hunde con mi peso, y acaricio la piel de su hombro al descubierto. Sus ojos se abren, aún perdidos en el sueño, y le sonrío como si estuviéramos en el paraíso y no quemándonos en nuestro propio infierno.

—Buen día, Bella durmiente. ¿Cambiamos de cuento?

—Qué… —Sus dedos alejan el cabello de su rostro—. ¿Qué hora es?

—Son las tres de la tarde, Bambi. ¿Cómo te sientes?

—¿Qué?

—Que cómo te sientes…

—¿Las tres de la tarde?

Se incorpora aturdida, aferrándose a la sábana que cubre su

pecho abundante.

—Estás de vacaciones, puedes despertarte a la hora que se te cante. ¿Entendido?

—Se me parte la cabeza —murmura, apretándose las sienes.

—Eso es porque no estás acostumbrada a dormir tanto. —Busco sus dedos, siempre fríos, juego con ellos—. En cuanto te levantes y comas algo, pasará.

—¿Y tú? —susurra, mirándome con los ojos hinchados—. ¿Fuiste a trabajar?

—No trabajo los fines de semana, menos teniendo a una invitada tan especial. —Levanto una ceja antes de mordisquear sus dedos—. ¿Estás lista?

Su ceño se frunce desconcertado.

—¿Para qué?

—Para hoy. —Chupo su dedo antes de dejarlo en paz—. Vamos a divertirnos a lo grande. Cámbiate, salimos apenas estés lista.

—¿Y tu hija?

—Cielo está con Magui. —Me levanto—. Se queda a dormir con ella dos sábados al mes, fue el arreglo. —Le robo un beso a su boca—. Espero que tengas bikini, Bambi, o tendrás que nadar desnuda… —digo antes de salir.

El sol acaricia su piel húmeda, la arena se pega a su cuerpo como lo hacen mis besos a su boca.

—¿Estás bien? —pregunto, acariciando su espalda por debajo de la camiseta. No quiso sacársela para evitar las miradas inquisitivas de la gente, y debo reconocer que me molestó más de lo que esperaba. Su cuerpo es hermoso, no debería avergonzarse, todos tenemos heridas de guerra.

—¿Vas a dejar de preguntármelo cada cinco minutos?

Abre un ojo, el atardecer juega con el verde pardo de su mirada.

—Quiero saber qué hay en tu cabeza.

—Créeme, no sabes lo que estás pidiendo.

Decido no echar más leña al fuego. No quiero arruinar la tarde, no cuando lo está pasando tan bien.

—¿Nunca pensaste en quitarte la cicatriz? —Recorro la piel herida con la punta de los dedos—. Un buen cirujano plástico podría borrarla.

No dice nada y me siento en la obligación de agregar:

—No me malinterpretes, lo digo porque sé que te aflige más de lo que te gusta reconocer.

—¿De qué sirve borrar las marcas de mi piel, si no puedo borrarlas de mi cabeza?

Y ahí está el ciervito, siempre con las palabras justas.

—*Touché*.

—Aunque las borre, aunque no las vea, siempre estarán aquí. —Se toca la cabeza con el índice, antes de hundir la cara entre los brazos.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Vas a hacerlo aunque diga que no…

—Cierto. ¿Cómo te está yendo con la doctora Ciciliani?

El viento pelea con su pelo ondulado por el mar.

—Se supone que la terapia es confidencial… —dice, saliendo de su escondite.

—Solo quiero saber si estás cómoda, si… sigues yendo.

—No tienes de qué preocuparte, Theo. Tomé la decisión que debería haber tomado hace muchísimo tiempo. Sé que ahora voy a estar bien.

Me alegra saber que está viendo a la psicóloga y que tomó la decisión de aceptar la ayuda, de intentar salir adelante.

—Solo quiero que estés bien, Bambi. —Acomodo el cabello detrás de su oreja, mis dedos acarician su perfil—. Mereces paz.

—Tendré paz.

—¿Qué quieres hacer? —pregunto, acercándome—. Algo que siempre quisiste hacer pero nunca hiciste, algo reprimido, alguna tentación, fantasía, lo que sea.

Mis palabras seducen su mirada, que brilla de excitación.

—Sentir… adrenalina —dice, casi como si estuviera saboreando la epinefrina—. Mucha adrenalina, que me haga vibrar el cuerpo entero. Que me haga sentir… viva.

—¿Adrenalina? —Me incorporo un poco, apoyando un codo en la arena—. Estás con el tipo correcto, muñeca.

Me levanto, agarro el celular y comienzo a caminar. Sé que es una locura, sé que no quiero volver a verlo, pero también sé que puedo darle a Bambi justo lo que quiere, lo que necesita.

El teléfono suena, su voz aparece al segundo tono.

—Hola.

—Estuve pensando y creo que es un buen momento para cobrarme la que me hiciste pasar en la cabaña —digo—. ¿No te parece?

—Theo —habla demasiado fuerte. ¿Tan temprano y ya está puesto?—. Qué… ¿Qué necesitas?

—Una moto, la menos pesada que tengas.

—No estoy entendiendo. ¿Cómo carajo te la llevo al sur?

—Estoy en Gesell. —Ojeo el culo de Bambi, que a lo lejos es igual de perfecto que de cerca, dorado y lleno de arena. Un regalo del cielo—. Llévala al descampado donde nos juntábamos a tomar. Te la devuelvo en un par de horas.

—Eh…

—Es lo único que puedes hacer para enmendar una de las tantas cagadas que te mandaste conmigo, Alejo.

—Dalo por hecho, hermano.

Entierro los pies en la arena caliente, acercándome a Bambi.

—¿Ya está hecho? —Escucho que dice a quién sea que esté hablando por teléfono con ella—. Perfecto, gracias por todo. Nos mantenemos en contacto. —Cuelga educadamente.

—¿Qué está hecho? —pregunto, tirándome a su lado.

—¿Qué vamos a hacer? —cambia hábilmente de tema.

—Es una sorpresa —le robo un pico— y te va a encantar.

—Si doy un paso más, me van a salir ampollas. —Se queja mientras caminamos entre la nada—. Está por anochecer y tuve suficiente de la costa por un día, quiero volver.

—¿Puedes dejar de quejarte? —Tiro de su mano un poco más.

—¡Estamos caminando desde hace más de una hora!

—¿Sí? —Frunzo el ceño y la pego a mis costillas—. Estuve tan concentrado contando todas tus quejas que el tiempo pasó volando…

—Aquí no hay nada —suena exasperada—. ¿Qué vamos a hacer, Theo?

—Eso. —Señalo la moto que se ve a lo lejos, al lado del cuerpo flacucho de Alejo—. ¿Querías adrenalina, Bambi? Vamos a volar.

Sus pies dejan de avanzar, su mano aprieta mis dedos.

—No puedes manejar —dice, sin despegar sus ojos de la moto.

—Yo no —acerco mi boca a su oído—, pero tú sí.

Alejo me tira las llaves apenas me ve llegar.

—Hola, soy Alejo —se presenta, comiéndose con los ojos a la morocha.

—No te gastes, está conmigo —digo, agarrando el casco que descansa sobre el asiento—. Te la devuelvo en algunas horas.

—Cuídamela, Theo, no es mía —dice, encendiéndose un cigarro.

—Desaparece, Alejo. —Le saco el pie a la moto.

El flaco se aleja, mirándonos de reojo.

—¿Y ese era…? —El ciervito se acerca.

—Un imbécil que me debe más de un favor —decido optar por la historia corta—. Siéntate, Bambi. —Palmeo el asiento y me hace caso—. ¿Manejaste una moto alguna vez?

—¿Un ciclomotor cuenta? —pregunta, observándola, acariciándola.

Sonrío y me muerdo el labio inferior para evitar comérmela aquí mismo.

—¿Te dije lo sexy que estás arriba de esta cosa? —Me robo otro beso—. Bueno, es una moto liviana así que no vas a tener problemas para dominarla. Yo voy atrás y te ayudo, si es necesario.

—¿Estás seguro?

—¿Quién es esta mujer tan insegura? ¿Dónde está mi Cazador?

Me siento detrás de su cuerpo y le paso el casco.

—Póntelo.

—¿Y tú? —pregunta, agarrándolo.

—Hay uno solo, Bambi, y tiene tu nombre.

—¿A dónde? —Lo inspecciona y yo me parto de la risa.

—Aquí. —Ahueco su rostro entre mis manos y devoro su boca con un beso profundo—. Póntelo y llévame a volar.

Annelie se pone el casco y enciende la moto, que ronronea entrando en calor.

—Es un descampado, Bambi. —Señalo el horizonte, apoyando el mentón en su hombro—. De ese costado hay una ruta —apunto a la puesta de sol—, trata de no acercarte mucho. Eso es todo, no hay peligro. Eres libre.

Me abrazo a su pequeño cuerpo y rezo en silencio para que no nos matemos.

Bambi arranca, despacio y segura, como si estuviéramos yendo por una calle transitada y no por un lugar desierto.

—Bambi.

—¿Qué? ¿Estoy haciendo algo mal?

—¿No querías adrenalina? Mi abuela subiría más de ciento veinte, si estuviera viva. —Acaricio sus piernas—. Acelera, Bambi. Ahora.

Mis plegarias son escuchadas y la velocidad aumenta. El viento me pega en la cara y, por primera vez en mucho tiempo, me siento… libre.

—¿Te gusta? —grito, acompañando con el cuerpo cada curva.

—¡Me encanta! —Su voz suena eufórica, es la primera vez que la escucho tan… viva.

Ríe y sencillamente me deleita.

—¿Qué quieres hacer? —pregunto, incitándola a liberarse.

—Quiero… ¡Quiero gritar!

Aprieto su cintura, pegándome todo lo posible a su cuerpo.

—¿Quieres gritar? Grita. ¿Quieres cantar? Canta. Haz lo que mierda quieras hacer, porque para eso estás viva.

Los dedos de Bambi aceleran y su boca estalla. Grita. Grita con furia, con miedo, con euforia, con pasión, hasta que llegan las lágrimas y la moto se detiene.

Bajo, intentando recuperar el equilibrio, y le saco el casco.

—¿Estás bien? —pregunto, barriendo sus lágrimas con mis pulgares.

Sus ojos son un mar de emociones y sé que está conteniendo algo que está a punto de estallar.

—Yo… —Agarra mis manos, que descansan en su rostro húmedo —. Gracias.

—No tienes que agradecerme nada, Bambi. —Pego mi boca a su frente—. Quiero que te desates, quiero que hagas lo primero que se te pase por la cabeza… Quiero que seas libre.

—Quiero… —Busca mi mirada, sus ojos están enloquecidos—. Quiero bailar. Quiero ir a un lugar donde la música esté muy alta y quiero… bailar.

—¿Bailar? —Tomo su mano y dejo un beso en el dorso—. Sus deseos son órdenes, Su Majestad.

CAPÍTULO 56

ANNELIE

Aún puedo sentir la euforia estallando en mi garganta, la electricidad recorriendo mi cuerpo. Las ruedas quedaron atrás, ahora avanzamos a pie, pero la adrenalina se rehúsa a soltarme.

—Te voy a llevar a uno de los mejores boliches de Gesell —me dice, entrelazando sus dedos con los míos. Es algo que no dejó de hacer desde que me secuestró y me subió a ese avión. Es algo que dejo que haga y no sé por qué.

—¿Tengo algo de ropa apropiada para ese lugar, lacayo?

—Le armé la valija con mis propias manos, mi reina. —Sonríe, haciendo resaltar ese hoyuelo pícaro que jamás admitiré que me enloquece—. Me aseguré de poner las prendas más sensuales.

—Creo que me da miedo abrir mi valija.

—¿Tardas mucho en arreglarte? —Busca las llaves mientras nos acercamos a su casa de nene bien.

—No pienso hacer nada más que cambiarme —respondo, ignorando la incomodidad que me produce estar en su casa. A su padre no le hago gracia.

—Mejor, porque estás preciosa. —Se acerca a mi boca y me besa con hambre. No dejó de besarme así desde que llegamos, ayer por la noche—. Me gusta cómo te dejó el pelo el mar.

—¿Entramos? —pregunto, buscando un espacio para respirar.

—Entramos.

El living está oscuro, la luz azulada del televisor es lo único que brilla e intento que no afloren los recuerdos. El papá de Theo está sentado en el sofá, mirando una película.

—Theo —dice, y detengo mis pasos—. ¿Hablaste con Cielo?

—Sí, está en el cine con Magui. Hoy le toca quedarse a dormir con ella.

Ladea la cabeza para observarme. No le gusto, y no lo culpo.

—La cena está en la heladera.

—Voy a salir —dice Theo, agarrándome de la mano, encaminándonos hacia la escalera.

—Theo, no te metas en problemas —le advierte, como si fuera un adolescente, antes de volver a concentrarse en la película.

Subimos en silencio, mi mano en su mano.

—Me ducho en cinco minutos y estoy listo. —Me da un pico lento—. Cúmpleme el sueño, Bambi, póntelo.

Frunzo el ceño.

—¿Eh?

Me guiña un ojo y se pierde en su habitación. Yo entro al cuarto del tal Tobías. Me gusta, es ordenado y armonioso. El tipo está bueno, aunque no tanto como Theo. No tiene ese aire desafiante, esa mirada curtida.

Abro la valija y lo entiendo todo.

—Cúmpleme el sueño, Bambi, póntelo —dijo.

El vestido cortísimo color champagne, que usé aquella noche en el casino, está perfectamente doblado encima de una pila de ropa. Lo acaricio, recordando lo poderosa que me sentí aquella velada, haciendo lo que nadie esperaba, desafiando mis propios límites.

«Las niñas usan vestidos. Sube y ponte un puto vestido.»

Puedo hacerlo una vez más. Puedo jugar con el demonio esta noche.

El vestido acaricia mis curvas y me hace sentir desnuda. Despeino un poco más las ondas que el mar dejó en mi cabello y me aplico un labial color carne, que hace resaltar mi boca. Busco en la valija algún calzado que pueda acompañar el look y me sorprendo al encontrar mi par de *stilettos* negros.

¿Por qué el Sapo tiene que ser tan servicial?

Cuando salgo al pasillo estoy nerviosa y me rebano los sesos intentando comprender por qué.

Es Theo. Voy a salir con él. Voy a bailar. Voy a emborracharme hasta olvidar quién soy. Eso es todo. Es otra noche más.

La puerta de su habitación se abre y su cuerpo trabajado modela una camisa blanca entalladísima.

—Carajo, Bambi. —Su mirada hambrienta me come de un solo bocado—. Ese vestido lleva escrito *problemas*.

—Te recuerdo que fue idea tuya —digo mientras la garganta se me seca.

—Y no se me pudo ocurrir nada mejor. —Se acerca, su nariz comienza a jugar con la mía. Cierro los ojos. ¿Por qué tiene que oler tan bien?—. Apuesto una hora, máximo.

—¿A qué? —Me dejo sedar por ese maldito perfume… ¿Qué mierda me está pasando?

—A lo que te va a durar puesto ese vestido.

Me arrepiento apenas piso el lugar.

La música está tan alta que retumba dentro de mi pecho, los tipos no dejan de desnudarme con la mirada y el calor hace que el

pelo se me pegue a la espalda.

No necesitamos hacer fila, Theo solo tuvo que acercarse al gigante de seguridad y chocar su puño contra el suyo, como si los cuatro años de encierro y ausencia no hubieran existido. Y ahora su mano abierta se aferra a mi cintura, su pecho está pegado al mío y su boca me susurra cochinadas mientras bailamos Salsa. Y, de repente, me olvido de que ya no quiero estar aquí. Y me gusta. Y me sorprende moviéndose mejor de lo que yo podría hacerlo jamás. Y no quiero que me suelte nunca. Y está bien. Y está mal. Y no me entiendo.

Me hace girar, pegando mi espalda a su pecho.

—Voy a tener que partirle la cara a medio boliche, Bambi —susurra a mi oído cuando la música cambia de ritmo.

—¿De qué estás hablando? —Estoy agitada y sedienta.

—De ese vestido. —Una mano aprieta mi vientre, la otra sube por mi pierna—. ¿Eres consciente de lo que estás provocando, morocha?

—Soy consciente de que te gusta. —Levanto los brazos, acaricio su nuca.

—Más de lo que mi cuerpo puede soportar.

Sus manos descienden por mi vientre, el calor de su pecho acaricia mi espalda desnuda, la oscuridad es cómplice del deseo y la música, testigo presencial de los hechos.

—¿Me permites hacer algo tremendamente cavernícola? —dice, girándome para ahuecar mi rostro entre sus manos grandes y callosas.

—¿Voy a arrepentirme?

—Para nada, hasta te va a gustar. —Se muerde el labio, sus pulgares acarician mi cuello.

Asiento y su boca me consume. Me besa como si estuviéramos solos en el mundo, como si la ropa no separara nuestros cuerpos, como si el tiempo no existiera, como si el oxígeno no fuera a detenernos…

Está dando un show, me está marcando.

—Ahora sí. —Succiona y tortura mi labio inferior antes de soltarlo—. Todos saben que eres mía esta noche.

—Muy caballeroso de su parte, Blas. —Sonrío como una idiota en su boca.

—¿Qué puedo decir? No sé comportarme de otra manera en presencia de belleza como la suya, señorita Amat.

Pasa el pulgar por mi boca, lo dejo jugar. No me canso. Sabe bien dónde está la mecha y cómo encenderla sin fuego.

—Me muero de sed, voy a buscarme otro vodka.

—Bambi. —Sus dedos se aferran a mi brazo, deteniéndome—. Basta de vodka. —Acerca su mano a mi mejilla otra vez, las luces juegan con el gris de su mirada—. Basta de alcohol, basta de cualquier estímulo externo. Quiero demostrarte que puedes olvidarte de todo sin consumir nada. Puedes divertirte y sentir el calor de un shot sin tomarlo. ¿Me dejas?

La siento. La necesidad, la ansiedad, están ahí, acechando, esperando a que caiga en sus brazos. Pero degollando mis propios límites asiento, quedando a merced de su voluntad.

Theo sonríe, me roba un pico travieso y desaparece camino a la barra. Cuando su cuerpo se desdibuja fijo la vista en el tumulto que me rodea. Todos se mueven al compás de la música que sabe a sexo. El ritmo se mete por los poros de mi piel, me hace cerrar los ojos y mover las caderas. Siento el calor, siento el vestido pegándose a mis curvas, siento el poder de estar haciendo lo que nadie espera, lo que yo no espero. Mi mano juega con mi pelo, la melodía se tatúa en mi cabeza mientras entro en un trance de seducción conmigo misma. Me siento fuerte, viva, boyante.

—Eres electricidad, Bambi —escucho su voz cerca de mi oído—. Eres electricidad acariciándome los huesos.

Abro los ojos, me muerdo el labio sintiéndome una deidad todopoderosa, bailando ante su mirada libidinosa.

Todo es surrealista, excitante, vibrante, hasta que la música cambia y un balde de agua gélida cae sobre mi cabeza.

Wait by the River comienza a sonar. Nuestra canción. Nuestro lento.

Los recuerdos desfilan por mi cabeza.

Él. La pintura. Las risas. La oscuridad. Su voz. La música. Su cuerpo. Sus labios. Sus pies llevando a los míos. La intimidad. La paz.

—Somos obra del destino, Bambi. ¿Todavía te quedan dudas?

Busca una esquina donde apoyar la gaseosa que aún no pude beber.

—¿Podemos irnos? —pregunto, sintiéndome aturdida.

—Baila este lento conmigo, y te llevo a donde quieras.

Su mano busca la mía, su cuerpo se pega al mío, sus pies nos llevan otra vez…

I will wait by the river
In the light of the moon
At the edge of the city
I will wait for you

Mi espalda tiene alas, su boca sabe a verdad y la distancia es solo una palabra.

If I can't change the weather
Maybe I can change your mind
If we can't be together
What's the point of life

Me ahogo en la ternura de su tacto. No pido auxilio, no lo necesito. Puedo morir en sus brazos.

Baby, I didn't mean the things I said
I don't honestly wish you were dead
I'm a fool; I'm just a man
If I only could hold you again

Me dejo arrastrar por la vorágine. Y ahí está, la piedra cubierta de tatuajes que se interpuso en mi camino, invitándome a creer en el amor.

Sus pasos se detienen, su boca sigue en mi cuello, la música cambia una vez más.

—¿Estás bien? —susurra, mi piel lee sus labios.

—Necesito… silencio. —Me aferro a sus brazos—. Quiero silencio.

Las olas rompen contra la orilla, mojándome los pies. El mar es un monstruo oscuro y despiadado que se alimenta de besos, lágrimas y risas.

El silencio es demasiado dulce a su lado, las estrellas hablan por nosotros.

El viento salado me enfría la piel y se pelea con mi pelo.

Inhalo profundo, me levanto y me saco el vestido.

—Bambi, ¿qué haces? —Theo mira hacia todos lados, pero la playa está vacía. Solo hay una pareja a menos de medio kilómetro de distancia, probablemente, jugando mucho más sucio que yo.

Me meto al agua, desnuda. Libre.

—¿Bambi? —Se levanta, acercándose completamente vestido—. ¿Estás loca? Esta no es una playa nudista.

—Creí que eras más audaz, Blas… ¿Qué pasa? —El agua me llega al cuello—. ¿Es demasiado para ti?

—¿Me estás desafiando?

Levanto una ceja y doy media vuelta, nadando hacia adentro. El agua se agita y algo me arrastra, pero no es la corriente.

—Me encanta que me desafíen, Bambi. —Sus manos se aferran a mis pechos, sus labios se pegan a mi hombro—. No sé decir que no…

Giro, abrazo sus caderas con mis piernas y me cuelgo de su cuello. Hace frío, el agua está helada y ruego que ninguna familia haya salido a dar un paseo nocturno por la playa.

—¿Estás bien? —pregunta por décima vez en lo que va de la noche.

—Estoy… abrumada —susurro, sintiendo sus brazos alrededor de mi cintura, su boca en mi mentón.

—¿Hay forma de que eso pueda ser bueno?

—En realidad… sí.

Su mirada se oscurece, mimetizándose con la noche, devorándome hasta los huesos.

—Quédate conmigo, Bambi. Salgamos de la mierda juntos.

—No puedo.

Su mano sujeta mi mentón, obligándome a mirarlo.

—Puedes hacer lo que quieras, escribes tu historia.

—Es más fuerte que yo.

—¿Qué?

—El pasado.

—No. —Sujeta mi rostro con fuerza—. La gente que te lastimó no te define, lo que te define es lo que haces con el dolor que te causaron.

—Serías un buen poeta, Blas. —Acaricio su mejilla con mi nariz—. Pero las palabras son solo eso, palabras.

—Cuéntame un secreto, Bambi —susurra mientras el agua nos arruga la piel—. Cuéntame algo que pese mucho, algo que te quite el sueño. Dámelo a mí, yo lo guardo.

Mi garganta es un nido de abejas en guerra.

—¿Por qué?

—Porque la oscuridad asusta menos si vamos de la mano.

Cierro los ojos, la batalla se desata en mi pecho.

—Mi… Mi papá me…. —Está ahí, está arañando mi garganta—. Mi papá me…

—Por favor, no, Bambi. —Aprieta su frente contra la mía, el agua nos engulle un poco más—. No me digas *eso*, porque voy a matarlo.

—No. No es… *eso*. —Los recuerdos se sacuden dentro de mi pecho, se aferran a los barrotes de la jaula como si estuviera exorcizándolos—. Él… me obligaba a hacer cosas. Mirar cosas. Cosas que ningún niño debería ver. Él hacía… Él…

—Está bien, Bambi. —Sus brazos vuelven a rodearme con fuerza —. No hace falta que sigas, si no estás cómoda. Tenemos tiempo.

¿No es eso lo que pensamos todos, cada vez que dejamos algo por hacer?

—Quiero hacerlo, pero no puedo —confieso—. No quiero escucharlo salir de mi boca.

—Está bien. —Acaricia mi pelo mojado—. ¿Podemos hacer un trato?

La oscuridad no logra robarse el brillo híbrido de su mirada.

—¿Cuál?

—Cada vez que sientas que el mundo te queda demasiado grande, vas a intentar contarme un secreto. ¿Hecho?

Aquí, en el medio de un mar de aguas turbias, el Sapo de mi cuento. Lo beso, y no espero que se convierta en príncipe, solo espero que sus brazos me sostengan un poco más.

—¿Puedes abrazarme esta noche?

CAPÍTULO 57

ANNELIE

Su cuerpo desnudo y caliente duerme abrazado al mío. Su respiración es cálida y armoniosa; la mía está siendo torturada por sus palabras.

—¿Y si lo intentamos? —susurró, hundiéndose en mi carne.

—¿Qué? —musité, vagando por la dulce inconsciencia de la libido.

—Ser felices.

Callé, como lo hizo él luego de caer rendido entre mis brazos.

Los ojos bien abiertos, la boca seca, la mente aturdida. Así estoy desde que acabamos de jugar con nuestros cuerpos.

¿Qué hago aquí? ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy haciéndole? ¿Qué va a pasar dentro de unas horas, cuando su hija llegue? ¿Vamos a jugar a la casita? ¿Por qué me gusta probar el dulce que no podré comer?

Tengo que seguir adelante. Ya di el primer paso. No puedo detenerme ahora.

Levanto su brazo de mi abdomen y me pongo de pie con sigilo. Admiro su piel cubierta de tinta y me pierdo en los dibujos intrínsecos, antes de buscar mi ropa por el suelo de la habitación. Me visto y meto todas mis cosas en la valija, procurando no hacer ruido. Enciendo la pantalla de mi celular, son las cuatro de la mañana. Respiro profundo, guardándome el oxígeno que necesitaré para cruzar esa puerta.

Las puntas de mis dedos pican, exigiendo acariciar su piel. Quiero hacerlo. Quiero tocarlo una vez más. Una última vez. Sin embargo, no lo hago. Me reprendo a mí misma. Me aborrezco por sentir.

¿Qué soy? ¿En qué me convertí?

Lo observo una vez más, mi puño se cierra en torno a la valija, susurro una despedida y dejo la noche atrás.

Desciendo las escaleras con pasos mudos, pero un Salvador en pijamas me intercepta.

—¿Escapando? —dice, se acerca un vaso de agua a la boca.

—Tengo que volver al trabajo —miento, ya no tengo trabajo. Ni siquiera eso pude salvar.

—¿De madrugada?

—No conseguí otro pasaje —miento. Miento. Miento.

—¿Por qué no te acompaña mi hijo?

Lo miro fijo, se parece tanto a Theo que me da escalofríos.

—Los dos sabemos lo que estoy haciendo, señor Blas. ¿Podría hacerme el favor de no despertar a Theo? No quiero hacer las cosas aún más difíciles.

Sé que va a decir que sí, porque no le gusto. Mejor lejos que desnuda entre los brazos de su hijo.

—Ve con cuidado —dice, haciéndose a un lado.

Asiento y salgo, agradeciendo en silencio su gesto apático.

El amanecer me encuentra arriba de un micro, huyendo de mí misma, torturándome en silencio con el sonido de su voz al hablar, ese que he grabado para siempre en mi cabeza.

Y los recuerdos también se unen a la fiesta, como era de esperar, se acercan a la hoguera para ver arder hasta el último vestigio de mi cordura.

Y como aquella vez, hoy, diez años después, vuelvo a huir de mí misma.

Y tal vez el dolor no tiene la culpa, la tengo yo.

Y tal vez el problema no son los demás, soy yo.

Y tal vez el mundo no conspira en mi contra, soy yo.

Y tal vez, solo tal vez, el comodín está en mi bolsillo y digo basta.

La cabeza apoyada en la ventanilla, la vida corriendo demasiado rápido, mi boca muda y mi mente no tanto, el pecho duro y cansado, las heridas tibias.

Y ahí, en medio del caos, una llamada telefónica.

—Te lo voy a decir por última vez, Luca. —cierro un puño, me entierro las uñas—. Si no dejas de llamarme, voy a denunciarte a la policía.

—¿Amaneciste de mal humor, amor? —Su voz suena asquerosamente empalagosa—. Qué suerte que tengo la solución, apuesto a que esto te va a alegrar el día.

—No me interesa nada de lo que tengas para decirme —escupo con rabia—. Solo quiero que me dejes en paz, enfermo.

—¿Estás segura? ¿No quieres saber por qué tu papá te elegía siempre para ir al sótano? ¿No quieres saber por qué eres tan especial, Ann?

Mi sangre es hielo. Mis huesos son fuego. Mi pulso no existe.

—Qué…

—Tengo las respuestas a todas tus preguntas, amor. Te espero

mañana por la noche para cenar. Te envío la dirección del restaurante. ¡Te va a encantar! Está en el barrio donde crecí, al que prometí llevarte. ¿Recuerdas? ¡Ah! Y ponte un lindo vestido, Ann. Porque las niñas usan vestidos.

CAPÍTULO 58

ANNELIE

El vestido negro se camufla con la noche y mis pensamientos mientras avanzo a paso inestable hacia el ostentoso restaurante.

Una granada rueda por mi pecho, mis pasos retumban dentro de mi cabeza.

Soy un ente jugando entre los vivos, buscando respuestas.

—Señorita, ¿puedo ayudarla?

Mis ojos están fijos en el hombre de traje negro, lo miro, aunque no lo observo.

—Mi nombre es… Annelie Amat.

—Un momento. —Chequea la lista que sostiene con sus delicadas manos—. Acompáñeme, señorita Amat. La están esperando.

Con cada paso que me acerca a él me nace otra espina. Hoy soy un rosa, hermosa, perfecta, frágil y peligrosa.

Silencio la llamada de Theo, es la décima en menos de dos horas. No dejó de llamarme desde que me fui. No atendí ninguna de las veces.

El mozo corre la silla forrada en tono escarlata, indicándome que tome asiento. Le agradezco con un gesto inconsciente de cabeza y fijo la atención en mi anfitrión. Sus ojos brillan extasiados y viste demasiado elegante.

—Al fin me aceptas una segunda cita. —Me sonríe con retorcida adoración.

—¿Qué sabes? —saco el seguro y disparo directo al blanco.

—Pedí tu comida favorita —ordena los, ya perfectamente ordenados, cubiertos—, ravioles de verdura con salsa filetto.

Tengo un agujero negro en el pecho y engulle todo a su alrededor.

—¿Cómo sabes que es mi comida preferida? —Las uñas arden en mis palmas debajo de la mesa—. Yo nunca te lo dije. ¿A qué mierda estás jugando, Luca?

—Sé todo sobre ti, mi amor. —Sonríe como si estuviera en otro mundo, uno idílico, perfecto—. Eres mi razón de vivir.

Siento el calor de la fogata bajo mis pies, amenazando con reducirme a cenizas.

—Qué… —La voz me falla y deja en evidencia el exilio de mi cordura—. ¿Qué tienes para decir?

—Estás preciosa esta noche, amor. —Extiende su mano, intentando llegar a mi brazo, pero me muevo reacia.

—Esto no es un juego, Luca. —Lo incinero con la mirada—. Vas a decirme qué mierda sabes antes de que empiece a los gritos.

—¿Vas a gritar? —Ladea la cabeza y se muerde el voluptuoso labio inferior, adoptando una expresión casi inofensiva—. ¿Por qué? ¿Porque estás con tu pareja en uno de los restaurantes más sofisticados de la ciudad? ¿Porque acabo de ordenar tu plato favorito? ¿Porque estoy tratándote como a una princesa?

—¿Pareja? —El pulso me estalla detrás de los oídos—. Estás mucho más enfermo de lo creí.

Tomo un sorbo de agua y dejo la copa sobre la mesa, entonces sus dedos se cierran alrededor de mi muñeca.

—Deberías ser más amable conmigo, amor. —Aprieta tan fuerte que quema—. ¿No ves cuánto me estoy esforzando para que tengamos la cita perfecta?

El esbelto mozo nos interrumpe justo a tiempo, dejando un humeante plato de pastas delante de mis ojos.

Mi comida favorita de la infancia. La que hacía mi madre los domingos al volver de la iglesia, cuando las cosas aún no sangraban tanto.

Luca me sirve vino antes de cortar el primer trozo de su carne asada. Lo veo masticar casi con erotismo.

—¿No vas a probarlos? —Señala mi plato con un elegante movimiento de muñeca.

—Ya estoy harta de esta farsa. —Descruzo las piernas, arrugo el final de mi vestido—. O me dices para qué mierda me citaste o me voy, ahora.

—Ni los golpes, ni el hambre, ni el encierro, ni los juegos, nada. Nada fue capaz de enseñarte educación, modales… —Lleva sus labios a la copa, saborea eternamente aquel elixir rojizo—. Tu padre no hizo un buen trabajo, después de todo.

Sus palabras agarrotan mi cuerpo, uno a uno mis músculos se vuelven piedra.

—¿Quién eres? —Apoyo el puño sobre la mesa, aunque pretendo esconder su temblor—. ¿Con quién mierda hablaste? ¿Qué quieres?

—Preciosa, solo quiero ayudarte. —Sus dedos se acercan a mi mano, la acarician—. Asegurarme de que superes esto, de que no estés sola, de que digieras bien la información. Quiero acompañarte en este momento de tu vida, porque eso hacen las personas que se aman…

—De qué… —Alejo la mano, la garganta se me cierra un poco

más—. ¿De qué momento estamos hablando? ¿De qué información?

—Si comes, respondo a todas tus preguntas. —Se inclina hacia adelante, acaricia mi pómulo y mi piel pierde vida—. No quiero que se te enfríe, amor.

Es un segundo en el que me pierdo en un bosque de palabras.

Golpes. Encierro. Padre. Información. Respondo. Amor. Momento. Digerir.

Mis dedos erráticos se aferran al tenedor, apuñalo un raviol y lo llevo a mi boca. La ricota y las verduras se fusionan sin sabor sobre mi lengua. Todos los sonidos enmudecen, todos los sabores y olores se pulverizan con cada latir de mi desbocado corazón.

—Estás un poco pálida —escucho su voz, la vista fija en la salsa roja como mi sangre—. Deberías beber un poco de vino.

—¿Por qué? —susurro.

—Porque el vino…

—¿Por qué soy especial? —lo interrumpo.

—¿De verdad nunca te diste cuenta? —Apoya los cubiertos, el ruido me obliga a levantar la mirada—. ¿Nunca lo sentiste?

—¿Podrías… ser más explícito?

—Piensa, Ann, hay indicios. —El tenedor vuelve a enterrarse en la carne jugosa—. Tus hermanos: Caín, Abel, Elías. Todos nombres bíblicos. Una exigencia natural de tu padre, Tadeo, un fanático religioso. Un hipócrita que arderá en el infierno, tarde o temprano.

—¿Qué mierda tienen que ver los putos nombres de mis hermanos? —Saboreo una infancia adulterada.

—Amor, ¿esa es forma de hablar en un lugar tan bonito como este? —Chasquea la lengua, niega con la cabeza—. Probemos otra vez.

La paciencia es solo un recuerdo en esta cacería de brujas.

—Qué… ¿Qué tienen que ver los nombres?

Me sonríe como si fuera un cachorrito que aprendió el truco y ahora está listo para recibir un hueso.

—¿Todavía no te das cuenta? Todos nombres bíblicos, menos el tuyo. Tadeo no eligió tu nombre, tu madre lo hizo.

La cabeza me da vueltas. ¿Por qué sabe más de mi familia que yo?

—¿Y?

—Profundicemos un poco más. —Limpia su boca con la servilleta y prosigue—. ¿Recuerdas cómo te decía tu padre?

Estoy destrozando mis dedos debajo de la mesa.

—No lo recuerdo —miento.

—Mientes. —Juega con su copa, me observa a través del vino—.

Engendro —casi susurra, poniéndome la piel de gallina—. ¿Qué es un engendro, Ann?

—No entiendo a qué viene…

—Engendro: ser vivo con aspecto físico anormal y deforme —cita como si estuviera leyendo—. ¿Por qué un padre consideraría a su única hija un engendro?

—Porque es un enfermo hijo de puta. —Aprieto mis dedos, amenazando con fracturarlos.

—Sí, y porque su sangre no corre por tus venas.

¿Alguien lo escucha? El pitido estridente. ¿O solo suena en mi cabeza?

—Tadeo no es tu padre, amor —cambia la voz, adoptando un tono dulce—. Eres un engendro, porque eres producto de una aventura de tu madre. ¿Lo ves más claro ahora? —dice mientras mi mente flota en algún lugar—. Él te hizo objeto de su enfermiza rabia, porque era fácil y más cristiano que derramar su propia sangre.

—No… —Me muerdo la lengua dormida—. Él también lastimaba a mis hermanos. Estás mintiendo.

—¿De verdad lo olvidaste, Ann? —su voz suena compasiva—. ¿Él obligaba a tus hermanos a cortarse y sangrar ante sus ojos? ¿Los encerraba en el sótano por siete días y los obligaba a rezar el Ave María en voz alta, solo por poner los cubiertos del lado incorrecto? —dice, jugando con la vajilla—. ¿Les cortaba el pelo cuando más lindo lo tenían? ¿Les decía cómo debían vestirse? ¿Los obligaba a mirar cómo todos abrían sus regalos en navidad, cuando ellos no recibían ninguno?

Los recuerdos estallan en mi cabeza, arden en mi pecho y son polvo en mi garganta.

—Estás… mintiendo.

—No, amor, no estoy mintiendo. Puedes preguntarle a Caín, si quieres. O a cualquiera de tus hermanos, todos lo saben…

—¿Por qué conoces a Caín? ¡¿Por qué mierda sabes todo esto?! —mascullo, los dientes tan apretados que siento cómo se astillan.

Luca mira hacia los costados, simulando una bonita y romántica conversación.

—Ya te lo dije, amor, eres mi razón de ser. Quiero saberlo todo sobre ti, eso nos vuelve más unidos, afianza nuestra relación.

—¿De qué relación estás hablando? Estás enfermo, Luca. Muy enfermo. Cómo… ¿Cómo mierda sabes todo esto?

Se echa hacia atrás, reposando en el respaldo con aire casual.

—Un día me crucé con tu hermano cuando salía de tu oficina.

Supe que era tu hermano al instante, su mirada quemaba igual que la tuya. Rasgo de mamá, supongo.

Mi corazón se detiene a medio latido.

—¿Qué le hiciste?

—Ayudarlo. —Se encoge de hombros, despreocupado—. Nos ayudamos mutuamente, diría yo. Él necesitaba dinero. Bastante. Era urgente, los billetes o su cabeza. Parece que andaba metido en un buen lío. Yo necesitaba información, cualquier cosa que me acercara a ti. Es fácil manejar a un adicto, no me costó mucho dibujar una suma para que soltara la lengua. Unas cuantas horas después, lo sabía todo; pero tú seguías tan lejos, amor… —Niega con la cabeza, una sonrisa asquerosa en su boca—. Creí que podía acercarme si me necesitabas, si te sentías protegida conmigo. Te asusté, pero no salió como esperaba, y lo culpo al imbécil con tatuajes por eso. Tengo pensando encargarme de él más tarde, ahora mi prioridad eres tú.

«Te asusté, pero no salió como esperaba.»

—¿Fuiste tú? Los e-mails, las cartas, las llamadas, los destrozos en mi casa… ¿Fuiste tú?

—Yo fui la cabeza, no la mano operante. —Sonríe con petulancia—. Brillante, ¿no?

—Estás enfermo, Luca. —Mis manos tiemblan, mis ojos desorbitados miran alrededor—. Muy enfermo.

—Estoy enamorado, Ann. —Acaricia una de las rosas del pequeño centro de mesa—. Se hacen muchas locuras por amor. ¿Nunca lo escuchaste? Todo lo que quería era que sintieras la necesidad de recurrir a mí, de refugiarte en mis brazos. Estabas tan sola, era sencillamente perfecto…

—¿Por qué… me lo estás contando ahora? No tiene sentido.

—Porque no quiero más secretos entre nosotros. No ahora que estamos tan unidos. Voy a ayudarte a recuperarte de este golpe, a procesar la verdad. Vamos a superarlos juntos, amor.

—Necesito… Necesito ir al baño. —Me levanto, pero clava sus garras en mi brazo.

—Si no quieres hacerme enojar, ni se te ocurra abandonarme en plena cena —la amenaza se viste de advertencia—. No puedes escapar de nuestra primera cita oficial.

Me suelta. Titubeo unos instantes, me arreglo el vestido y mis piernas gelatinosas comienzan a andar. Sé que sus ojos están clavados en mi espalda cuando entro al baño. Me observo en el espejo.

¿Quién soy? ¿Qué soy?

«Su sangre no corre por tus venas. Tadeo no es tu padre. Engendro. Eres producto de una aventura de tu madre.»

¿Esto es real? ¿Viví veintiséis años en una mentira? Soporté golpes, hambre, miedo, humillación y soledad, ¿por culpa del silencio de mi madre? Permití que ese hombre vulnerara mi cuerpo y mi alma de formas inenarrables, creyendo que tenía derecho sobre mí por ser mi padre, ¿y ni siquiera lleva mi sangre?

Me dejé romper, me perdí, me prostituí, me levanté, me caí, me desangré, me cosí, me herí una y mil veces por una… mentira. Sufrí más de la mitad de mi vida por un asqueroso y retorcido engaño.

En mi pecho se abre un hueco frío y oscuro.

La verdad es una mano que se cierra alrededor de mi garganta.

La ausencia de cordura arde más que una puñalada.

Mi cabeza estalla y mis pies arrancan.

Salgo detrás de un grupo de mujeres cincuentonas, utilizando sus voluminosos cuerpos para cubrir mi sombra. Deambulo entre los mozos como una bella dama, pura y viva, hasta que mis manos tropiezan con la puerta y comienzo a correr hasta el estacionamiento.

Mi auto está frío y huele a muerte. Huele a mí. El motor ruge cuando lo enciendo y llora, acompañando a mis lágrimas.

Esparzo todo el contenido de la cartera sobre mi cama, mi pulsera brilla mientras busco mi documento entre papeles y maquillaje. Lo encuentro y lo guardo en el bolsillo de mi pantalón. El buzo cubre mi torso, la capucha esconde mi cabeza y mi mirada ausente. El pequeñísimo bolso está preparado y el fajo de billetes apenas cabe en el sobre.

La casa está en penumbras, como mi alma. Mis dedos casi tocan el metal frío del picaporte, pero el golpe los apabulla.

—Te perdiste el postre, amor —dice, después de tres golpes secos en la puerta—. ¿Por qué tuviste que arruinarlo? Era la noche perfecta…

El corazón me late con tanta brutalidad, que me atormenta que pueda escucharlo.

—¡Te pedí que no me dejarás solo! —Es furia—. ¿Quién se va así de su primera cita oficial?

Otro golpe, mis ojos se cierran con fuerza.

—Sé que estás ahí, amor —suaviza su voz—. Sé que es demasiado para asimilar, por eso quería ser yo quien te lo contara. Podemos superarlo juntos, solo tienes que abrirme la puerta y

dejarme abrazarte.

Las lágrimas calientan mis ojos.

—Es el destino, Ann. Tenemos que estar juntos. —Otro golpe, uno más—. ¿Amor? Sé que estás ahí…

Una hora de oscuridad, lágrimas, golpes y miedo.

Ahora, la ruta, la verdad y yo.

CAPÍTULO 59

THEO

—¿En qué andas? —pregunto, perdido en el castillo deforme que construye Cielo a un metro de mi pierna.

—¿Eh? —la voz de Mía se funde con el romper de las olas. El mar está picado hoy.

—Estás… rara. —Sigo observando cómo las manitos gorditas de la enana se hunden en la arena húmeda—. Te conozco más de lo que me conozco a mí mismo, Mía. Sé que me estás ocultando algo.

Se pone unas gafas oscuras, negándome la mirada. Su cabello rubio brilla más que el sol y su piel ya está demasiado dorada.

—Todavía no es… nada. —Se baja las tiritas de la bikini para broncearse mejor—. Por eso no te lo conté.

—¿Todavía? —Sonrío de costado, untándome más protector solar—. ¿Con quién te estás acostando?

—No puedes ser más bruto, ¿no? —Señala a Cielo, que sigue perdida en su mundo de castillos y dragones.

—No escucha y tampoco entiende…

—Conocí a alguien hace algunos meses por una… aplicación de citas.

—¿Me estás jodiendo?

Se encoge de hombros, tantea su bolso en busca del asqueroso aceite que usa para freírse bajo el sol.

—¿Qué tiene?

—¿Y si era un psicópata?

—Theo, estamos en pleno siglo XXI. Todo el mundo usa esas aplicaciones para conocer gente y, casi todos, son conscientes del riesgo de citarse con un desconocido.

—*Okay*, no dije nada… —Me dejo caer sobre la toalla—. ¿Está buena?

—No vamos a compartirla, Theo. No soy como tus antiguos amigos.

No puedo evitar la risa.

—¿Me la vas a presentar por lo menos?

—Cuando sepa hacia dónde va la cosa, sí…

—Así que mi peque tiene novia…

—No escuchaste ni una sola palabra de lo que dije, ¿no? —suena histérica, pero sonríe—. ¿Cómo están las cosas con tu papá? ¿Están mejorando su relación?

—Si decir *buen día* y *buenas noches* es tener una relación, entonces sí, estamos mejorando.

—Theo, tienes que intentarlo —insiste, picándome con su índice flacucho—. Cielo necesita toda la unión y el cariño posible, tienes que darle el ejemplo. Además… todos merecen una segunda oportunidad, Theo. Ni siquiera escuchaste lo que tenía para decir…

Sé que tiene razón. Sé que Mía siempre tiene la puta razón. Pero la herida sigue tan abierta, tan rodeada por el egoísmo, que apenas puedo pensar en cerrarla.

—¿Vienes a cenar con nosotros? —Desvío la conversación, un clásico de los Blas—. Cielo quiere ir a la pizzería con el castillo inflable. Ayer perdió una muñeca en el pelotero, me tuve que meter entre los críos de dos años. ¿Sabes lo humillante que fue eso?

Mía se parte de la risa, haciendo que Cielo ría también. Es un instante de sol, calidez, aire salado, húmedo y paz adulterada.

—¿No te llamó? —pregunta, metiendo el dedo en la llaga sin querer.

Cierro los ojos, la boca carnosa de Bambi se dibuja en mi mente.

¿Por qué se fue, así, en el medio de la noche? ¿Qué hice mal?, si saqué a relucir mi mejor versión. ¿Por qué se sigue alejando de mí cuando solo quiero presenciar cómo pega sus pedazos rotos?

—Tres días, unas… cien llamadas, unos… cincuenta mensajes y nada. —Me paso las manos por la cabeza, Cielo sigue cantando su versión de *La casa de Mickey Mouse*—. Quiero entender qué pasó, Mía… Qué hice mal.

—Theo, Annelie es… volátil. Con lo poquísimo que la conozco lo puedo afirmar, es volátil, impulsiva y rencorosa. Esa forma de mirarte, como si estuviera perforándote el alma solo por… existir. Esa mujer no está bien, Blas.

—Ya lo sé, por eso quiero ayudarla. Es difícil de explicarlo, hay… cierta conexión entre nosotros. Nos entendemos, a nuestra manera. Los dos estamos jodidos.

—Tú no. —Señala a Cielo—. Tú ya tienes tu redención. Allí, haciendo castillos de arena, está la forma de eximirte de todas tus culpas.

—No lo sé, Mía…

—Papá Theo, *teno* hambre.

«Teno hambre. Quero caca. ¿Y Tutú? ¿Vamos a ver Miky Maus?» Las expresiones más usadas por la mini Val.

—Vamos a comer la pizza más grasosa de la historia, enana.

Cielo apura la pizza para meterse al pelotero. Le digo un sinfín de veces que se va a atragantar, pero me sonríe con la boca llena de salsa y mozzarella. Le limpio la nariz y el mentón por tercera vez, hago un bollo con la servilleta y mi celular comienza a vibrar.

Bambi brilla en la pantalla.

—Es Bambi. —Me quedo tildado unos segundos, mirando el teléfono.

—Es Bambi —repite Cielo y sorbe gaseosa con demasiada fuerza.

Atiendo.

—Bambi, por fin te dignas a aparecer.

—¿Theo?

Mi nombre suena en la voz de un hombre, y hasta el último músculo de mi cuerpo se pone alerta.

—¿Quién habla? ¿Dónde mierda está Annelie?

Los ojos de Mía se agradan y Cielo se tapa la boca porque dije una palabra prohibida.

—Soy… Caín, el hermano de Annelie. —La sangre es fuego derritiendo mis venas—. ¿Quién eres?

—Soy su amigo. —Aprieto el tenedor tan fuerte, que estoy a punto de doblarlo—. ¿Por qué tienes su teléfono? ¿Dónde está ella?

—Estoy… en su casa. Encontré la puerta sin llave y la habitación revuelta, el celular estaba sobre la cama. —Me levanto, la adrenalina estalla como fuegos artificiales dentro de mi cuerpo—. No sabía a quién llamar, solo tiene el número de la fábrica y el tuyo. Yo…

—Para. —Cierro los ojos, trato de ordenar las ideas—. ¿Qué haces en su casa? Annelie no ve a su familia adoptiva desde hace muchísimos años. Ella escapó de ustedes, ella…

—¿Familia adoptiva? —me interrumpe, su voz suena errática, asustada—. Soy su hermano de sangre. Escúchame, Theo, necesito tu ayuda. Creo que la cagué y que Ann… —tose y distingo un escupitajo— puede estar en problemas.

—¿Qué mierda le hiciste? —escupo, levantando la voz. La gente me mira y Cielo se asusta.

—Yo… Yo le conté algunas cosas a un tipo, un tal Luca, un amigo suyo. Fui un imbécil, pero necesitaba la plata y…

—¿A Luca? —Comienzo a caminar hacia la salida—. Ese tipo no es su amigo, es un enfermo que la acosa. ¿Qué mierda hiciste? ¿Qué le dijiste?

—Yo… le conté cosas sobre nuestra familia. Cosas que nadie sabe, cosas que ni siquiera Ann debería saber. La cagué, hermano —la desesperación se filtra en su voz—. Vine a buscarla para

explicarle lo que hice, para pedirle… perdón. ¡La puta madre! La cagué y ya es muy tarde. El tipo no sabe dónde está, fui a buscarlo a la oficina cuando no la encontré en casa. Dice que cenó con ella anoche o antenoche, no recuerdo bien, pero no volvió a verla. ¡Y se lo contó todo! Hijo de puta, se lo contó todo.

—¿Qué? —Camino de una punta a la otra, mirando de reojo hacia el interior del local—. ¡¿Qué mierda le contó?!

—Que mi padre no es su padre.

—No… estoy entendiendo. ¿Qué tan mal podría tomárselo Annelie?

—¿Me estás jodiendo? ¿Ella no te contó nada sobre nosotros, sobre Tadeo?

La ansiedad me oprime las sienes.

—¿Tadeo?

—¡Me dijiste que eran amigos! ¿Por qué no sabes una mierda?

—¡Te digo que somos amigos! Annelie es un poco… reservada. ¿Dónde mierda puede estar?

—Eso es lo que me preocupa, que sé exactamente dónde puede estar. Si sigue siendo la persona con la crecí, está en Buenos Aires, en la casa de mis padres.

—¡Entonces llama a tu puta casa y que nos digan cómo está! Puedo ir a buscarla, puedo…

—No estás entendiendo —masculla encima de mi voz—. Si Annelie está en esa casa, esto es el final.

CAPÍTULO 60

ANNELIE

Fue un viaje largo, sin luz al final del túnel. Estoy cansada, la cordura la perdí hace un número par de kilómetros. Y se siente bien. Se siente… correcto.

Dejo la lapicera sobre el asiento del copiloto, doblo el papel en tantas partes como es posible. Partes perfectas, simétricas, opuestas a las mías.

Bajo del auto, asegurarlo pasó a ser una necesidad secundaria. Camino lento, estirando el tiempo, casi disfrutando de los retorcidos segundos que me acercan a ese lugar. A *este* lugar. Tengo electricidad en las venas. Tengo una espina más, ahora soy de *metal*, ahora soy más fuerte que la adolescente que cruzó esta puerta una noche de año nuevo con sabor a viejo.

Tres golpes autoritarios azotan la madera. Espero, sintiendo el calor derretir mi cuerpo. La capucha del buzo me protege la cabeza, esconde mis pensamientos.

La puerta se abre, el mismo aroma rancio que alimentó mi infancia me bloquea los sentidos, me llama, me grita desde la oscuridad del interior.

—¿Sí?

Su voz está tan muerta como antes, su piel un tono más gris y arrugado y su cabello es casi una historia. Está delgado y encorvado, sus huesos resaltan por donde se lo mire. Luce… débil. Y eso aumenta mi sed.

—¿Ya te olvidaste de mí?

Sus ojos gastados me observan con atención, dibujando cada uno de mis rasgos.

—¿Está Sara? —pregunto, siguiéndole la corriente.

—Sara —grita, la baba le recorre la barba amarillenta—, te busca una señorita.

Sonrío, demencialmente extasiada ante lo onírico de la situación. Es mejor que en mis fantasías más curiosas…

—¡Ya voy! —La voz de mi madre suena lejana—. Tadeo, te dije que no abrieras la puer…

Sus ojos cansados están cosidos a los míos. Me observa como si fuera producto de su imaginación, como si fuese a desvanecerme con la brisa.

—Ann… —Se lleva las manos callosas a la boca—. ¿Eres tú?

—Al menos mi propia sangre me reconoce…

Su rostro palidece, sus manos se aferran al delantal raído. El mismo delantal que la vi planchar y doblar con esmero una infinidad de veces.

—¿Ya es la hora? —pregunta mi padre, el hombre al que siempre llamé *Señor*, ignorándome por completo.

—No, Tadeo. —Mi madre lo agarra del brazo, metiéndolo en el interior de la casa—. El programa empieza a las cuatro, falta. Siéntate en el sillón, ahora te llevo leche caliente.

El viejo decrepito me mira una vez más, antes de alejarse a paso inestable.

—¿De verdad diez años me cambiaron tanto? —Me saco la capucha. El cabello negro me enmarca los ojos rojos e hinchados por el puño de las lágrimas.

—¿Qué haces aquí? —Se toca la garganta como si le doliera hablar.

—¿Eso es lo primero que se te ocurre preguntar después de una década sin saber nada de tu hija?

Me sostiene la mirada unos segundos más antes de desviarla al interior, donde el televisor comenzó a sonar a un volumen altísimo.

—¿Qué? —insisto—. ¿No me vas a invitar a pasar? Si están Elías y los gemelos, hasta podríamos sentarnos todos a la mesa como en los viejos tiempos…

Su cuerpo dubitativo se hace a un lado, y vuelvo a poner un pie en el infierno.

La casa está igual de fría que cuando mi sangre dibujaba siluetas en el piso. Igual de oscura, igual de mohosa, igual de… vacía. Las ventanas están cerradas, el aire sigue siendo asfixiante. Mi padre está sentado en mismo sofá mugriento, la luz azulada de la pantalla ilumina su calvicie.

Aprieto los puños, me entierro las uñas en las palmas, me obligo a salir de ese lugar donde suelo esconderme.

—¿Quieres un té?

Giro la cabeza, mi madre se apoya en el marco de la puerta de la cocina.

—Quiero respuestas.

—¿A qué? —Detecto la ansiedad bailando en su voz.

Sonrío. Algo se abre paso en mi garganta y, de repente, estoy tentada. Mi risa rebota por las paredes de esta vieja casa, mezclándose con el llanto que ha quedado atrapado en cada esquina.

—Tengo muchas preguntas, mamá… —Agarro una silla y me

siento, en el medio de la sala, con un demonio a cada lado—. Podrías empezar contándome qué fue de mis hermanos… ¿Se juntan a cenar como una familia feliz los domingos?

Mi madre retuerce un repasador viejo, mi padre sigue ajeno a la conversación.

—Elías se casó y se fue a vivir a Mendoza hace tres años. —Toma asiento, conservando una distancia prudente con el fantasma de su hija—. Caín… No lo veo hace meses, está metido en esa porquería que lo consume.

—Las drogas —le pongo nombre a la porquería—. Tu hijo se droga. ¿Qué mierda esperabas después de la infancia que le diste? ¿Un empresario exitoso? ¿Un médico reconocido?

Sus ojos se humedecen y mi corazón se agita extasiado dentro de su jaula.

—¿Y Abel? —pregunto, cruzándome de piernas—. Déjame adivinar… Tiene un prostíbulo. No, ¡no! Está preso…

—Está muerto.

Las raíces negras trepan por mis piernas, paralizándome.

—Lo mataron hace cuatro años en una pelea callejera —su voz rompe el silencio—. Estaba defendiendo a Caín.

El aire sabe a metal, como la sangre que saboreo en mi lengua cada vez que me la muerdo.

—¿Qué le pasa a él? —Señalo con la cabeza al viejo que dormita en el sofá—. ¿Por qué finge que no me conoce? ¿Por qué no lo hizo cuando me arrastraba de los pelos y me dejaba caer por las escaleras del sótano?

—Él no… —Vuelve a tocarse la garganta—. Él no finge, tiene Alzheimer.

—¿Demencia? —Sonrío mientras niego con la cabeza—. ¿De verdad no pudiste inventar nada mejor?

—No estoy inventando nada, hija. —Posa la vista en su regazo, se retuerce las manos—. Se lo diagnosticaron después de la muerte de Abel. Es una enfermedad degenerativa, así que no lo lleva muy bien.

—¿Me estás diciendo que no me recuerda? —La ira burbujea en mi interior—. ¿Este hijo de puta no recuerda nada de lo que me hizo? ¿De lo que te hizo a ti? ¿A mis hermanos?

Los ojos de mi madre se cierran con fuerza.

—Hay momentos en los que está más lúcido, pero… es probable que no recuerde nada. A veces ni siquiera me reconoce, ni siquiera sabe cómo se llama.

—¡Estás mintiendo! —Me levanto y tiro la silla—. Este hijo de

puta puede olvidar, ¿y yo no?

—Annelie —se levanta, alza las manos en señal de paz—, por favor, no grites porque se altera muchísimo.

—¡¿Qué no grite?! —Me pican las puntas de los dedos y el pulso me va a estallar—. ¿Crees que me voy a tragar esta mentira?

—No es mentira, Annelie…

—¿Ah, no? ¿No es mentira? ¿Es tan verdadero como que soy su puta hija? ¡¿Eh?! ¿No tienes nada para decir, mamá?

—¿De qué estás hablando? Cómo…

—¿De qué estoy hablando? —El cuerpo entero me tiembla de rabia—. De cómo te revolcaste con un cualquiera y me mentiste acerca de mi identidad. De cómo me hiciste creer que este hijo de puta era mi padre. ¡De cómo permitiste que hiciera conmigo lo que le diera puta gana! —Se abraza a sí misma, apoyándose contra la pared—. Años de abuso, mamá. Noches enteras sin poder dormir sobre mi espalda por los putos golpes que esa basura me daba. Y tú… ¿Tú qué hacías? Llorar como una imbécil por cada rincón de este agujero, viendo cómo ese hombre nos rompía.

Tadeo empieza a gritar, tapándose los oídos.

—Basta, Annelie, por favor…

—¡¿Qué hacías, mamá?! ¡¿Qué hacías para impedir que tocara a Caín?! ¡¿Qué hacías para impedir que echara a Elías con tan solo quince años?! ¡Dime qué mierda hiciste!

—Sara. Sara. Sara. Sara. —La voz de mi padre se oye por encima de mis gritos.

Giro la cabeza lentamente, soy el puto demonio ardiendo en mi propia llama. Me acerco, arrodillándome a sus pies.

—Déjalo, Annelie, por favor…

—Hola, papito. —Apoyo las manos en sus rodillas huesudas—. ¿No te acuerdas de mí? Tu nena *especial*…

—Sa… Sara. Sara. Sara. —Su cuerpo se encoge.

—Sara no, Annelie. —Mis dedos aprietan sus mejillas, obligándolo a observarme—. ¿No se acuerda de mí, *Señor*? —Su mirada parda es el reflejo de mis ojos vacíos—. ¿Qué necesita para que le refresque la memoria? ¡¿Eh?! ¿Necesita que bajemos juntos al sótano? ¿Me desnudo para que me saque algunas fotos? ¿Quiere quemarme con el cigarrillo entre las piernas otra vez? ¡¿Eh?! —Mis dedos se entierran en su piel, su boca podrida resalta—. ¿Qué mierda necesitas para recordar, hijo de puta? Porque yo no voy a ser la única que duerma con los recuerdos.

Mi madre comienza a sollozar.

—Por favor, está enfermo… —susurra entre lágrimas.

—Sí, está enfermo desde que nació. —Lo agarro de la nuca y tiro su cabeza hacia atrás—. Deja de mentir, basura. Sé que estás ahí, sé que recuerdas todo. Cada golpe, cada palabra, cada foto, cada video…

—Sara… —Tadeo comienza a llorar, cerrando con fuerza los ojos—. Sara… Sara…

Mi madre se abalanza sobre mí, ambas caemos al suelo y nos revolcamos como animales que pelean por un pedazo de carne.

—¡¿Por qué mierda lo defiendes?! Después de todo lo que nos hizo… ¿Por qué sigues defendiéndolo?

—¡Porque lo amo! —vocifera entre lágrimas, intentando levantarse—. Sé que no es perfecto, pero lo amo… Siempre lo amé, inclusive cuando me equivoqué y lo engañé.

Me levanto, me seco las lágrimas con el buzo.

—¿Cómo puedes amarlo, después de lo que nos hizo? ¿Cómo puedes quererlo más que a tus propios hijos? ¡¿Qué clase de monstruo eres?!

—No puedo evitarlo… ¡Nunca quise que las cosas fueran así!

Mi pecho sube y baja, soy un animal que se abalanza otra vez sobre su presa.

—¡Déjalo! —La escucho gritar a mis espaldas.

—¡Vamos! —Cacheteo la mejilla sin afeitar de mi padre—. ¡Pídeme perdón, hijo de puta!

Mi madre vuelve a aferrarse a mi cintura, pero mi codo impacta contra su rostro y veo su cuerpo desplomarse otra vez.

Es un segundo, uno ácido y espeso, y mi veintidós abandona mi cintura. El pulso no me tiembla, el cañón apunta a su cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —susurra con voz rota, limpiándose la sangre del labio partido.

—Me vuelves a tocar, y te dejo sin rodillas.

—Ann…

—¡Cállate!

Mi grito retumba en cada esquina, el cuerpo de mi madre se hace una bolita.

Me acerco a Tadeo, que sigue inmóvil sobre el sillón, abrazándose a sí mismo y balbuceando el nombre de mi madre.

—Señor, ¿tiene ganas de que juguemos? —Abro el tambor, la bala brilla, giro el cilindro, sus ojos se agrandan—. Ruleta rusa, como en los viejos tiempos.

—Annelie, ¡basta, por favor! —La voz torturada de mi madre suplica.

Apunto en su dirección.

—Te mueves, y te dejo sin piernas.

—Por favor, hija… —Se ahoga con sus propias lágrimas—. Te lo suplico, está enfermo.

—Primero el hombre de la casa, ¿no? —Apoyo el cañón en su frente—. Como en los viejos tiempos, papi. Que decida el azar…

—Sara… Sara…

Aprieto el gatillo.

Mi madre se desgarra la garganta.

Los ojos de Tadeo siguen en su lugar. Una mancha comienza a extenderse por su pierna, el olor a pis llega segundos después.

—¿Qué se siente mearse del miedo? ¿Eh? —Le escupo la cara—. ¿Qué se siente saber que tu vida depende de la voluntad de otro?

—¡Basta, Annelie! Por favor… Dios te está mirando. Vengarte no te lleva a nada, odiarlo no vuelve el tiempo atrás.

—¿De verdad? ¿Me vas a hablar de Dios? ¡¿Dónde mierda estaba tu puto Dios cuando este hijo de puta me quemaba la espalda con una cruz de hierro?! —Aprieto el cañón en su frente mientras se babosea y balbucea incoherencias—. ¿Por qué tu iglesia dice que odiar está mal? Si es lo único que se siente correcto cuando te abrieron el pecho al medio. ¿Por qué tanta hipocresía? ¿Por qué negar que le deseamos el mal a alguien? ¿Por qué ocultar que ansiamos que el karma se haga cargo de algunos?

—Sara…

El arma se entierra en su frente, sus ojos desorbitados me miran, buscan algo que no existe.

—Por favor, Annelie… Te lo suplico, déjalo.

Me pierdo en la desesperación que inunda los ojos de mi padre.

—¿Quieres clemencia? —susurro, mis dedos se aferran al metal—. Es una lástima que no la hayas tenido conmigo. —Su cuerpo tiembla, su boca sigue balbuceando—. ¿Sabes qué? El karma existe. El karma soy yo.

Un estruendo ensordecedor, un perfecto agujero entre sus ojos y las cortinas, que ya no son blancas.

CAPÍTULO 61

ANNELIE

Estoy hipnotizada por el sedoso tono escarlata que se desliza entremedio de los ojos sin vida de mi padre.

Los gritos le desgarran la garganta a mi madre y hacen eco en mi cabeza mientras mi pulgar acaricia esa frente, pálida y arrugada, hundiéndose en la sangre espesa y caliente.

—No, no, no, no, no, ¡no!

Sus palabras no tienen forma dentro de mi cabeza, todo lo que soy capaz de sentir es la vida abandonando ese cuerpo… Mi sueño hecho realidad.

—¡¿Qué hiciste?! —Su voz es apenas un hilo deshilachado—. Dios…

Mi índice se embebe en su esencia y dibuja con ella una cruz en su frente.

—¿Quién está marcado ahora? —susurro.

Abro el tambor, acaricio las balas que me quedan antes de colocarlas.

La puerta se abre de golpe, mi cuerpo sale del trance.

—¿Bambi?

La voz de Theo llega desde el final del túnel, uno que debo recorrer sola. Su pecho sube y baja, está agitado y mal vestido. Su mirada desorbitada está absorta en el revolver que empuña mi mano izquierda.

—Bambi, ¿qué hiciste?

—Justicia —susurro, observándolo sin pestañear, mientras mis ojos se llenan de lágrimas.

—Bambi… —Da un paso al frente, pero el cañón apunta directo a su pecho.

—No des un paso más. —El pulso me tiembla mientras apunto a su sublime corazón.

—Dios mío… Tadeo… —balbucea aquella voz femenina, intentando arrastrarse para llegar a él.

—¡Ni lo pienses! —grito, sin dejar de apuntarle a Theo—. No lo vas a tocar, vas a mirar cómo se endurece sin poder evitarlo. ¡Así como yo miré cómo se robaba mi inocencia sin poder hacer nada!

—Bambi… —su voz suena suave, armoniosa, pero sus manos tiemblan cuando las alza para terminar esta guerra—. Bambi, escúchame. —Me sonríe, ese hoyuelo que tanto me gusta se sienta

en su mejilla derecha—. Ya está, ya terminó todo. Dame el arma, por favor.

—¡No te acerques! —Empuño el revolver con las dos manos, separando las piernas, balanceando mi cuerpo exactamente como me enseñó Olivera al cumplir los dieciocho—. ¿Qué mierda haces acá?

—Vine por ti. —Se lleva la mano al pecho, al punto justo donde el cañón apunta—. Vine a buscarte, Bambi. Vine por ti porque te quiero.

—¡Cállate! —Me aprieto la frente con una mano, ansiando que desaparezca aquel pitido estridente.

La puerta cruje, el padre de Theo aparece en la entrada.

—¡Te dije que no entraras! —masculla el tatuado con los dientes bien apretados.

Los ojos de Salvador son el rostro del pánico cuando divisa el arma que apunta directo al pecho de su hijo.

—Qué… —Su mirada pasa de mí al cuerpo que se pudre a mi derecha—. Dios mío.

—Bambi, vamos… —Extiende su mano. Mi madre sigue ahogándose en lágrimas, de rodillas en el suelo—. Dame el arma, preciosa. Vamos a casa.

Salvador intenta acercarse, pero Theo lo agarra del brazo.

—¿A casa? —La risa explota en mi garganta—. Este agujero es mi casa. Te presento a mi mamá, Sara. —Señalo con la cabeza a la mujer en estado de shock—. Este es mi papá, Tadeo. —Ladeo la cabeza hacia mi derecha—. Es una lástima que no puedas conocer su asquerosa voz.

—Bambi, por favor… —Vuelve a levantar las manos, buscando paz en este infierno—. Ya está, ya terminó todo. Eres libre.

—¿Libre? —Sonrío, las lágrimas ya no tienen sabor—. Nunca fui libre, Theo. Sigo encerrada aquí —el cañón golpea suavemente mi sien, antes de volver a su pecho—, con los recuerdos.

—Bambi…

—¿Te acuerdas de lo que me pediste aquella noche en la playa, adentro del mar? —Sonrío ante la simple belleza de un recuerdo blanco en un bosque negro—. Que te contara un secreto cuando el mundo pesara demasiado…

—Sí, Bambi, cuéntame un secreto —susurra, y su pie pretende engañarme.

—No te acerques, no me obligues… —Sacudo la cabeza. ¿Por qué no se callan? ¿Por qué nunca me dejan en paz?—. Siempre quise contarte quién soy —susurro, las lágrimas nublan mi mirada.

Salvador es una estatua a un costado de Theo, mi madre está perdida en su cabeza—, pero temía que te alejaras al saber lo jodida que estoy.

—No voy a alejarme, Bambi —habla bajo, también hay lágrimas en sus ojos. No se mueve, entendió cómo serán las cosas esta calurosa tarde—. Estamos juntos.

—Soy Annelie Amat, tengo veintiséis años y no sé cuál es mi color favorito. Siempre quise ser bailarina, que un público extasiado me aplaudiera de pie, tener las zapatillas de ballet más lindas del mundo —mi voz se rompe, mis dedos acarician el frío y húmedo metal—. Me encantaba crear mundos en mi cabeza, pasarme noches enteras imaginando con la nariz pegada a esa ventana… Hasta que una madrugada él me eligió. —Miro de reojo a mi padre, el hilo de sangre le recorre el cuello. Sus ojos, vacíos y abiertos, son un cuento que no olvidaré jamás—. Me eligió como su nena especial. Bajamos tomados de la mano al sótano, con la promesa de una noche a pura diversión. Pero no estábamos solos, dos hombres amigos de papá esperaban sentados. No entendí por qué debía sacarme el camisón, no hacía calor, era invierno. Tenía frío y el piso estaba mojado. Pero las órdenes del Señor no podían desobedecerse, ¿no, papi? —Su boca no me responde. ¿Justo ahora decide callarse?

—Bambi…

—Esa noche me sacaron fotos para una obra de ballet, pero nunca supe si fui la elegida… Desde ese día mi cabeza dejó de imaginar escenarios, teatros repletos. Desde ese día solo pensé en la próxima sesión. Pensé que iba a volver a imaginar cuando Caín fue el elegido. Pero entonces tuve que destaparle latas de cerveza mientras mis hermanos pequeños se batían a duelo. Se para cuando se ve sangre. ¿No es así, papá? *Solo la sangre puede detenerlo*. Y ese fue solo el comienzo, cada día sería más oscuro, cada amanecer traería más golpes, más desnudos, más palabras hirientes, más tirones de pelo, más noches de insomnio en el sótano, más hambre, más… odio.

—Annelie —susurra, limpiándose las lágrimas con el puño—, puedo ayudarte. Tienes mi palabra, Bambi. Puedo hacer cualquier cosa que necesites…

La desesperación se apoderó de su voz, y hoy lo veo más claro que nunca. El alma de Theo es noble. Y esa es su libertad.

—Eres tan bueno, Theo. —Mi lengua lame el llanto salado de mi boca—. Lo supe desde aquella noche, cuando nos conocimos, cuando no hiciste la vista gorda, cuando me ayudaste…

—Siempre te voy a ayudar…

—No mereces el sufrimiento que te oprime el pecho, no mereces tener pesadillas, sentirte vacío… —Mi mirada se posa en Salvador, cuyos ojos desorbitados están fijos en los míos—. Yo puedo ayudarte, puedo… hacer justicia por ti. Puedo liberarte. Puedo hacer que él pague por lo que te hizo, por sacarte a tu mamá y a tu hermano.

—No, Bambi. —Levanta las manos—. No necesitas liberarme, ya soy libre. ¿Me ves? —Sonríe con dulzura—. Estoy bien, ya no sufro.

—¡Sí sufres! —El grito me astilla la garganta—. Dijiste que él debía haber muerto en lugar de ellos. —Mi arma apunta a Salvador, que observa a su hijo con la mirada perdida—. Yo puedo arreglarlo. Puedo hacer justicia por ti, Theo. Por ti, por tu mamá y por Felipe.

—Bambi… —Intenta acercarse, el cañón vuelve a su pecho—. Por favor, escúchame. Dame el arma, dejemos todo esto atrás. Volvamos a la playa, volvamos a bailar salsa, a reírnos tirados sobre la arena, a pelear por Tyson, pintemos otra vez tu casa, escuchemos a Bach…

—Es tarde para Bambi.

—Nunca es tarde para mi ciervito.

Sus ojos grises brillan sobre su rostro pálido. Es una mirada que jamás olvidaré.

—Este es mi regalo, Theo. Esta es mi forma de devolverte todo lo que hiciste por mí.

Apunto al pecho de Salvador y disparo.

Pero el que sangra no es el padre, es el hijo.

CAPÍTULO 62

THEO

El ardor trepa por mi hombro, extendiéndose al resto de mi brazo. Una aureola roja se come mi camiseta blanca.

—¡Hijo! —Una mano se apoya en mi mejilla, la otra intenta contener la sangre que emana con violencia—. ¿Estás bien? Dios mío… ¿Theo?

—Estoy bien —jadeo, mi palma hace presión contra el agujero que se abrió en mi piel.

—¡Estás loca! —Salvador estalla—. ¡Mira lo que hiciste! ¡Casi lo matas!

—¡No se acerque! —Annelie grita. Sus ojos se cierran con fuerza un instante, como si estuviera luchando contra sus demonios—. Theo. —Su mirada se inunda, su pecho sube y baja en un movimiento bestial, pero sus manos no se alejan del gatillo—. Yo no… Yo no quise lastimarte. ¡¿Por qué tuviste que ponerte en el medio?! ¡Te estaba haciendo un regalo! ¡Estaba liberándote! ¡Él se lo merece igual que se lo merecía mi papá!

—Estoy bien, Bambi —hablo bajo, intento tranquilizarla, intento ignorar el hormigueo que se extiende hasta la punta de mis dedos.

—¡No estás bien! Estás… sangrando. Estás sangrando por mi culpa.

Comienza a golpearse la sien con la culata del veintidós.

—¡Basta! —suplico con el corazón en la garganta. Nunca sentí tanto miedo en mi vida. Ni siquiera aquella vez, ni siquiera en la puta cárcel…—. Por favor, Bambi, dame el arma.

—Lo lastimé. Lo lastimé. Lo lastimé —repite, un golpe a su cabeza por cada palabra.

—No es nada, amor. —Obligo a mi cuerpo a mantenerse erguido—. ¿Lo ves? Ni siquiera me duele. —Sonrío, ignorando la punzada que abrasa mi pecho—. Voy a ir al médico, me curarán y volveremos juntos a casa. ¿Sí? —susurro, sabiendo que no será tan fácil.

—Yo no quería, Theo —repite, moviéndose de un lado a otro, sin dejar de apuntar—. No quería lastimarte. No quería. ¡No quería! Yo… te quiero.

—Yo también te quiero, Bambi. —La desesperación se apodera de cada cuerda, de cada tono de mi voz—. Por eso vine a buscarte. Por eso vas a darme el arma y vamos a irnos juntos.

—¡No te acerques! —me grita, tiene la mirada desencajada y las manos temblorosas—. Yo no quise… No quise. No quise —murmura, apuntando a su madre, a Salvador y a mí, como si jugara al ta te ti.

—Lo sé, amor. Sé que no quisiste lastimarme. Todo está bien, no es nada, ni siquiera duele. —Siento cómo mi piel se prende fuego, me estoy quemando vivo—. Preciosa, por favor, estoy suplicándotelo, ven conmigo. —Extiendo la mano, estoy rezando y siempre me creí ateo—. Vamos a la cabaña, vamos a la pileta, vamos a meter la cabeza debajo del agua por un rato, como te gusta hacer. No estamos tan lejos. Vamos a dejar de escuchar voces y gritos, vamos a alejarnos del caos. ¿Quieres? Vamos a buscar silencio, Bambi.

—Silencio…

—Sí, silencio. Yo puedo darte silencio, Bambi.

—Nadie puede darme silencio.

—Yo puedo.

Sus ojos pardos están llenos de lágrimas; sus manos, bañadas en sangre ajena.

—Estoy rota.

—No estás rota, Bambi. —Niego con la cabeza, enterrando la palma de mi mano en mi hombro—. Solo estás herida.

—¡Theo, tengo que llamar a la ambulancia! Te vas a desangrar, hijo.

—¡No te muevas! —el grito de la morocha retumba en cada esquina de la casa.

—Salvador, guarda ese teléfono. Ahora —mascullo, esperando que comprenda la desesperación en mi mirada.

Mi padre obedece, dejándose caer sobre sus rodillas, abatido, preso del pánico.

—¿Me dejas darte un abrazo, Bambi? —Mi corazón salta dentro de su jaula—. Por favor…

Veo la duda reflejada en la humedad de sus ojos. Está ahí. Sé que quiere soltar ese revolver y correr hacia mis brazos.

—Vamos, preciosa, déjame abrazarte fuerte. Necesitas un abrazo.

—Necesito libertad.

—Ya eres libre. —Señalo el cuerpo sin vida de su padre, mi estómago se revuelve—. Ese hijo de puta ya no puede lastimarte nunca más. ¿Me escuchas? Eres libre.

Mete una mano en el bolsillo de su pantalón, todo mi cuerpo se tensiona. Saca un cuadradito blanco, que se mancha con la sangre

de sus dedos. Parece papel. Da un paso al frente y lo tira en mi dirección.

—Agárralo —ordena, apuntándome al pecho.

Hago lo que dice, estiro mi mano hasta que toca el papel.

—Guárdalo en tu bolsillo. —Apunta a mi pantalón.

—Bambi…

—¡Guárdalo! —el grito va acompañado de un sollozo histérico.

Sigo las órdenes. Ignoro el dolor, la angustia, y lo guardo en mi bolsillo.

—Gracias —murmura.

—Bambi, podemos…

—Durante años me pregunté qué era la libertad —me interrumpe, sus pies no quieren quedarse quietos, sus manos no pueden dejar de temblar—. Hoy lo descubrí. —Mira el cadáver de su padre, vuelve a posar sus ojos en mí. Las lágrimas le cubren las mejillas, pero me regala una sonrisa—. Es esto.

El tiempo se ralentiza.

Escucho cada latido de mi corazón detrás de mis oídos.

Mi garganta se seca.

Mi cuerpo se desvive por alcanzarla, pero el arma está en su cabeza.

El estruendo me deja sordo.

Querido Sapo,

¿Alguna vez sentiste que te asfixias, pero el aire baila en tus pulmones?

Así me siento ahora, sentada sobre el capó de mi auto, con un café amargo entre los dedos.

¿Por qué estamos aquí? Aparecemos en el mundo, un punto ínfimo en el espacio al que llamamos hogar. Nos dicen que debemos vivir, pero el cómo es la primera piedra en el zapato. Y empieza el juego. Si tuviste suerte la cigüeña te deja caer en una cuna de algodones con aroma a jazmín. Si no, te tira sobre la basura o te hace rodar sobre el suelo de un sótano húmedo.

¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Por qué a mí? ¿Por qué nadie supo quererme bien? ¿Por qué no pude ser una niña como Cielo? ¿Por qué no hubo osos de peluche, trenzas y vestidos lindos para mí? ¿Por qué dejé de soñar? ¿Por qué mi vida entera es una mentira? ¿Por qué su sangre no es mi sangre? ¿Por qué mis hermanos no me buscan? ¿Por qué no me extrañan? ¿Por qué estamos tan rotos? ¿Por qué mi madre lo eligió a él antes que a mí? Una y otra vez. Noche tras noche.

¿Por qué para todos soy especial?, si yo me siento tan vacía…

Las preguntas gritan en mi cabeza, exigen respuestas que no tengo.

Aquí, en el medio de la ruta y esta noche llena de estrellas, no estoy triste, solo estoy cansada. Cansada de respirar, cansada de la gente que dice que no odies, que seas positivo, que sigas adelante, que el pasado no te define.

¿Dónde está la fórmula? Llevo buscándola toda la vida.

Estoy llena de rencor. Esa es una verdad que mi piel grita tan fuerte que no puedo ignorarla.

¿Alguien puede juzgarme?

Estoy rota. Y las almas rotas se unen, lo supe aquella noche cuando te conocí. Bajaste a mi infierno cuantas veces hizo falta, y lo caminamos juntos. Ardiste a mi lado, y eso es lo más parecido al amor que experimenté.

Conocí la risa una tarde, entre Bach, brochazos de pintura y manos juguetonas.

Me sentí segura entre tus brazos, en la oscuridad, siguiendo el ritmo experto de tus tontos pies. Aunque no quise admitirlo, ni antes ni ahora…

Fui libre aquel atardecer, sobre esas dos ruedas, desafiando las reglas con el viento en la cara y tus manos en mi cintura.

Estuve en paz una noche. En paz con mi cabeza y con mis demonios, sobre la arena y tu pecho caliente. Esa noche lo entendí. Cómo nos

mirábamos, eso explicaba todo…

Ese día fue un regalo que atesoro en mi podrido corazón. Ese día que me preguntaste qué quería hacer, que vivimos mil locuras en veinticuatro horas, que sentí el sol, el agua, el viento, la adrenalina, el sudor… Ese día, Theo, me sentí más viva que en los últimos veinte años.

Entonces lo vi tan claro… Fue un viaje largo, sin luz al final del túnel. Estoy cansada, la cordura la perdí hace un número par de kilómetros. Y se siente bien. Se siente… correcto. No es un impulso, es el final de un cuento. Un cuento macabro sin héroes, solo villanos.

Hoy, aquí, a pocos kilómetros de mis miedos, sé que estoy haciendo lo correcto. Soy el punto final de mi historia.

En agradecimiento a tu amistad, te regalo lo único que conseguí en la vida. Mi casa es tuya, Theo. Todo está arreglado, ya está hecho. Llama a mi abogado, Miguel Cáceres, apenas leas esto. (Su teléfono está en mi agenda, sobre el vinilo de Bach) Él sabrá qué hacer.

Solo quiero pedirte algo, no la vendas. Tienes que hacer de esas paredes un hogar para Cielo. Dale la infancia que yo no tuve. Que llene la piscina de amigos, que llene la habitación de risas y cuentos antes de dormir. Barre las lágrimas, píntala de colores. Que sea paz, que sea un lugar seguro. Un refugio donde siempre volver.

El aire está distinto esta noche. ¿Será porque estoy a punto de ser libre?

La libertad tiene mil colores, mil sabores, mil olores, mil sonidos. Para mí es roja, sabe a metal, es música clásica y no huele a vida. Libertad es una palabra, un solo vocablo que puede significar un sinfín de cosas.

¿Qué significa para ti?

Con cariño, tal vez retorcido y malhumorado

Bambi.

EPÍLOGO

Siete años después

Cambiamos a medida que se nos
incrustan en los huesos vestigios del pasado
Cambiamos cuando lo que nos pasa
nos arrolla de tal manera que la metamorfosis
es inevitable
Cambiamos construyendo corazas
derribando barreras
y a veces cambiamos hasta convertirnos
en la peor versión de nosotros mismos
Cuando estamos tan rotos que somos
incapaces de creer que aún
tenemos aire que respirar o un abrazo que dar
O cuando el mundo es tan oscuro
que sientes que te asfixias
Pero nuestros mundos juntos hacían
la oscuridad más hermosa que jamás vi
y aunque se oiga como si fuera un loco…
pues lo estoy
porque no conocí un amor que me hiciera
tan fuerte y tan débil a partes iguales
porque cada vez que ella quería alejarme
yo me sentía más cerca
porque cuando yo hundía todo mi dolor
en ella
ella, toda marchita, se revelaba
de sus fantasmas, dejando el más dulce
elixir
sobre mi cuerpo
Yo no sé si ella es el amor de mi vida
si tal cosa existe
o si solo me volví adicto al contorno
de sus labios –y aunque existiera
nunca alcanzaría para cobijarnos a ambos-
La única cosa que sé con certeza
porque me pica en la piel
porque pulula hondo dentro de mí

es que nunca una lluvia
ni un fuego
nunca una deidad
ni siquiera mil demonios
pudieron redimirnos
como nosotros lo hicimos.

La aspereza de mi voz se evapora en el aire, el silencio es absoluto.

Varios pares de ojos me observan atentos. Veo emociones reprimidas en algunos, indiferencia en otros.

—Profesor Blas, ¿quién es el autor del poema?

—¿A quién mierda le importa?

Sigo la voz. El señor Peralta, dieciséis años de pura pólvora en el bolsillo de la sociedad.

—Si le importa a uno, es suficiente. —Ignora la autoridad que he logrado ganarme en este lugar, y vuelve a hacerse el dormido—. Autora —me dirijo a Agostini, el único interesado en la clase de hoy —. Su nombre es Juliana Del Pópolo, escritora mendocina. —Apoyo el libro en mi descascarado escritorio—. Puedes buscar más de ella cuando habiliten la biblioteca. —Miro mi reloj de muñeca, faltan menos de diez minutos para que el celador los lleve al comedor—. Hay demasiada literatura de calidad en nuestro país, es una lástima que se valore tan poco.

—Me cuesta encontrar eso del… del… yo poético —la voz de Méndez, el menor del grupo, está cambiando—. Es demasiado difícil.

—¿Por qué consideran que, a veces, el yo poético o yo lírico es difícil de encontrar? ¿Por qué una voz es difícil de escuchar?

Me apoyo en el viejo pizarrón, observo a mi clase cada vez más vacía.

—Porque es algo completamente subjetivo. —Agostini está en lo correcto—. A veces hay muchas voces, muchas emociones, muchas ideas juntas… Es difícil sacar un tema central, porque no precisamente tiene que haber solo uno.

—Correcto. Analicemos un poco el yo lírico de estas letras. ¿Qué sentimientos o conceptos distinguen?

Algunas miradas vuelven a los libros, donados por la gente que aún cree que somos historias. Que hay algo por salvar. Que no se puede educar sin tocar el corazón del alumno.

—El peso del pasado. —Peralta se mueve incómodo en su pupitre. Sé que el pasado pesa sobre sus hombros. Pero… ¿quién

está libre de fantasmas?

—El fracaso —la voz pastosa de Romero suena fuerte.

—El amor, aunque a veces no tan… sano —susurra una voz al fondo del galpón y mis ojos se cierran. El pulso me juega una carrera porque, aún hoy, después de tanto tiempo, no puedo dejar de pensar en Bambi. Bambi y su retorcida forma de amar.

Asiento, ahogo la angustia que siempre encuentra dónde y cómo aflorar, y prosigo con la clase.

—El yo poético, en este caso, se manifiesta como la reflexión de un hombre que se muestra tan roto como entero. Es experiencia, es sufrimiento, es recuerdos, es sabiduría. Porque del dolor se aprende, aunque no siempre se renace. —Cierro los ojos, grave error. La sangre de Bambi rodea sus cabellos, se escurre por su oreja—. También nos habla de un amor. —Sus ojos pardos brillan para mí—. Un amor que, tal vez, no se da en su formato clásico. Pero un amor que es fuego, un amor que pica, un amor que redime. *Exime.*

—Qué roto se debe estar para escribir así.

Alzo la vista, el comentario de Agostini me da vueltas en la cabeza.

—Todos estamos un poco rotos, todos tenemos una grieta. Quien se crea perfecto tiene la mayor de las heridas, está ciego.

El silencio invita a pensar. Les doy un minuto. Me doy un minuto. Un minuto para arrancar su mirada de mi mente, su voz de mis oídos, su calor de mi pecho.

¿Que el tiempo lo cura todo? Necesito otra dosis, que esta vez sean décadas.

—El trabajo final para esta materia será cavar en lo más profundo de sus mentes, de sus almas —continúo, entregándoles un cuaderno virgen a cada uno—. ¿Qué les gusta? ¿Qué disfrutan? ¿Qué les hace feliz? ¿Cuándo fueron felices? ¿Fueron felices? ¿Qué odian del mundo? ¿Por qué están enojados? ¿Qué les duele? ¿Qué extrañan? ¿Qué sienten? ¿Creen que es justo que estén aquí? ¿A quién aman? ¿Qué los hace humanos? ¿Se sienten verdaderamente humanos? Quiero que encuentren respuestas a esas preguntas. Quiero que escriban en el formato que deseen, una página o cientos de ellas, no me importa. Aquí están seguros. Aquí son libres.

—¿Libres? —La risa de Peralta despierta a un par de dormidos —. ¿Usted no ve dónde trabaja, *Profesor* Blas?

—La libertad va más allá de cuatro paredes, más allá del mundo. La libertad está en tu cabeza.

La chicharra suena a un volumen altísimo, como cada día. Las rejas se abren, los celadores forman a los adolescentes en una línea

recta antes de abrir las puertas del comedor.

Aquí se les dice cuándo comer, cuándo higienizarse, cuándo dormir, cuándo estudiar, cuándo sentir, cuándo extrañar, cuándo reír, cuándo llorar. Aquí intentan despojarte de todo lo que te hace humano, convertirte en animal. Aquí no se reeduca, aquí se reforma, que es muy distinto…

Junto mis pocas pertenencias, apoyo mi pulgar en el lector de huellas y salgo. Abandono este lugar que me abrió las puertas hace un año, siendo un recién recibido profesor de Letras con un currículum manchado con sangre.

El reformatorio de menores queda atrás con cada paso que se entierra en la nieve. El invierno no perdona en el sur, tampoco los recuerdos.

El camino a casa es blanco y extenso, me invita a dialogar con el Theo que tanto en común tenía con aquellos adolescentes, a agradecer lo que se tiene, a sentir que estamos vivos.

El calor del hogar me abre la puerta. El aire huele a seguridad, a paz.

—¿Cielo? Llegó papá. ¿Dónde está mi abrazo?

El salón está vacío. Apoyo la mochila y el abrigo en el sofá y camino hacia la cocina. Me detengo en el último lienzo que pintó Bambi, ese que ahora está colgado en la pared de su casa, sobre su adorado tocadiscos; ese que Cielo y yo usamos los viernes a la noche cuando la música suena altísima y bailamos mientras comemos pizza con la mano y damos vueltas en círculos hasta reír o vomitar. Así de loca resultó la paternidad. Así de cálido resultó este frío hogar.

—¿Margarita? —La niñera de la castaña revoltosa tampoco responde—. ¡¿Cielo?! Podrías venir a recibir a papá, enana del infierno.

El silencio es extraño y comienza a ponerme nervioso. El gordo y vago de Tyson duerme sobre la mesa ratona.

—¿Cielo? ¿Margarita?

Abro las puertas de la cocina y las voces estallan.

—¡Sorpresa! —gritan todos al unísono.

Cielo viste un precioso vestido de invierno color bordó y luce un peinado trabajado que, claramente, no es obra mía. Mis trenzas siguen siendo un desastre.

—Feliz cumple, papá Theo —susurra y sus brazos me rodean el cuello.

Hundo la nariz en su cabello, inhalo profundo, cierro los ojos, controlo las lágrimas. Sabe que me derrite que me llame así. También sabe que me entristeció cuando dejó de hacerlo.

¿Por qué los hijos tienen que crecer? ¿Por qué no puede ser mi enana de tres años para siempre?

—Te amo, preciosa. —Un beso a su mejilla sedosa—. ¿Qué es todo esto?

—¡Sorpresa! —grita Mía, abriéndose paso—. Idea mía. Soy genial, ya lo sé.

Un abrazo de esos que duran años, callan y dicen mucho.

—Te extrañé —susurro antes de soltarla.

—También yo, imbécil. —Me cachetea la mejilla antes de abrazarme de nuevo—. A ver si me llamas más seguido.

—Hablamos dos veces por semana y nos escribimos todos los días.

—¡No es suficiente!

Sonrío mientras observo la particularmente colorida decoración de mi cocina.

—¡Tuvo ayuda! —grita Paloma, la novia de Mía, acercándose.

Nos abrazamos fuerte. ¿Cómo pudo ser tan fácil quererla? ¿Cómo algunas personas se meten tan rápido en nuestras vidas? Cómo buscan su lugar, cómo escarban hasta encontrar dónde quedarse para siempre…

—Gracias.

Su mirada azul resplandece, y entiendo por qué Mía anda de su mano.

—Feliz cumpleaños, hijo.

El abrazo de Salvador me reconstruye otro poco. Lleva haciéndolo desde *ese* día. Ese día que, a su manera, nos unió para siempre.

¿Es loco decir que todo el odio que cultivé por su sombra ahora no es más que risas en una videollamada o tranquilidad cuando veo a Cielo bajo sus brazos?

—Gracias, papá.

Una sonrisa genuina y rebosante de emociones sin nombre, pero correctas, curva sus labios.

—Feliz cumpleaños, Theo.

La voz de Tobías me endurece el pecho. No esperaba escucharla, no esperaba verlo.

¿Soy un hombre libre de rencor? No. Aún lucho cada día por aceptar su sangre como mi sangre. Aún tengo mucho que aprender.

Me dejo abrazar, aunque no lo siento.

—Gracias —murmuro, aceptando la botella de vino añejo que me regala. Se nota que no me conoce, porque hubiera preferido una cerveza o un buen whisky.

—Mi madre te manda saludos, a ti y a Cielo. —Acaricia la cabeza de mi hija, quien apenas conoce, pero igual adora, al tío Tobías.

—Gracias.

—¡Estoy preparando café y vamos a cortar la torta! —grita Mía, adueñándose de la cocina como solo ella sabe hacerlo.

—Yo… necesito un minuto para cambiarme —me excuso para escabullirme en mi habitación.

Cierro la puerta detrás de mí, apoyo la espalda. Mi mirada pasea por cada rincón, se detiene en cada objeto. Está todo exactamente como lo dejó. No hay muebles nuevos, no cambié el color de las paredes, no toqué los cuadros ni las cortinas. Dejé su esencia y fui cuidándola, conservándola.

Me saco la camisa blanca, hago un bollo y la tiro en el cesto para la ropa sucia. La cicatriz blancuzca de mi hombro me recuerda que estoy marcado por la vida. Por ella. Acaricio la piel dormida, solo basta con cerrar los ojos un instante para volver al pasado.

Su cuerpo desvaneciéndose en el aire, la sangre rodeando su cabeza, sus ojos perdiendo el brillo, mi mente emigrando lejos. Sirenas, esposas, declaraciones, horas y más horas. Puertas abiertas, de vuelta a la vida. La vida sin ella. La vida que me regaló.

Abro el cajón de las remeras, tomo una y también aquel papel que guardo entre mis pertenencias. Me siento en la punta de la cama, el bullicio de la cocina pasa a un segundo plano cuando lo abro.

Estoy rota. Y las almas rotas se unen, lo supe aquella noche cuando te conocí. Bajaste a mi infierno cuantas veces hizo falta, y lo caminamos juntos. Ardiste a mi lado, y eso es lo más parecido al amor que experimenté.

Acaricio su letra, sus palabras. Me gustaría no haber olvidado el sonido de su voz…

Conocí la risa una tarde, entre Bach, brochazos de pintura y manos juguetonas.

Mis ojos se cierran, un brochazo de pintura atraviesa el rostro de Bambi y mi corazón.

Me sentí segura entre tus brazos, en la oscuridad, siguiendo el ritmo experto de tus tontos pies. Aunque no quise admitirlo, ni antes ni ahora…

No hay luz, ni en la sala ni en mi mente. La música es lenta y

suena asquerosa, pero su cuerpo es cálido y pequeño contra el mío. Y todo es ridículamente perfecto.

Fui libre aquel atardecer, sobre esas dos ruedas, desafiando las reglas con el viento en la cara y tus manos en mi cintura.

Acaricio el papel, quisiera volver a escuchar sus gritos, sentir su euforia, el viento pegándome en la cara, mis brazos alrededor de su cintura…

Estuve en paz una noche. En paz con mi cabeza y con mis demonios, sobre la arena y tu pecho caliente. Esa noche lo entendí. Cómo nos mirábamos, eso explicaba todo…

Se habían acabado las palabras y los pasos de baile. Solo quedaba el silencio y su mirada pacífica, que lo decía todo.

Tienes que hacer de esas paredes un hogar para Cielo. Dale la infancia que yo no tuve. Que llene la piscina de amigos, que llene la habitación de risas y cuentos antes de dormir. Barre las lágrimas, píntala de colores. Que sea paz, que sea un lugar seguro. Un refugio donde siempre volver.

Cumplí. Cielo es feliz aquí en el sur, vive llena de paz, amigos y colores. Este no es solo su lugar seguro, también es el mío. Pero no fue tan fácil entenderlo. No fue fácil entender que hay personas que llegan a tu vida para quedarse, otras que vienen a marcarte a fuego y perderse en la oscuridad. Y ahí está Bambi, con el alma rota y su extraña manera de amar, con su fortaleza disfrazada de vulnerabilidad, con sus cicatrices, sus oleos y su música clásica, la bandera blanca de la paz para el caos en su cabeza. Ahí está, marcándome a fuego, llevándome a la cornisa, empujándome hasta hacerme caer y vencer mis miedos. Ahí está ella, mi destino, liberándose de su cruz y dejándome su marca.

Y lloré. Lloré hasta sentirme vacío, aliviado, cansado. Como cuando gritas tanto que ya no tiene sentido, y las lágrimas perdieron sabor.

Y aún sigo luchando, intentando aceptar que las personas mueren, que se llevan consigo palabras que no pronunciaremos jamás. Que hay millones de *Bambi* que se pudrirán en mi boca.

Me levanto, doblo el papel gastado en tantas partes como resulta posible y lo guardo en mi bolsillo. Sé que voy a necesitarlo el resto del día. Sé que hoy, en especial, la quiero conmigo.

Me pongo una camiseta negra mientras me acerco a la ventana.

¿Cuántas veces creí verla allí, por la noche, con los pies metidos en el agua y la mirada en el cielo estrellado? ¿Cuántas? Ya perdí la cuenta… ¿Cuántas noches de carne y cariño sobre esta misma cama? ¿Cuántas preguntas? ¿Cuántos secretos? ¿Cuántas mentiras?

¿Cuántas lágrimas? ¿Cuánta risa?

¿Soy un imbécil si digo que aún duele? ¿Dejará de doler alguna vez?

El pasto está cubierto de nieve, la piscina lleva meses vacía, el sol sigue escondido entre las nubes.

Cierro la puerta de la habitación, me pierdo en la oscuridad del pasillo siguiendo las risas de las personas que amo.

—¡Ahí está el cumpleañero! —Mía pone una torta inmensa, llena de velitas, delante de mis ojos—. Estaba a punto de ir a buscarte.

Sonrío antes de besarle la mejilla y dejar mis labios sobre su piel un buen rato. No solo porque la extrañé más de lo que admitiré, sino porque disfruto poniendo celosa a su novia.

—Gracias —susurro cerca de su oído—. Sabes que no sé qué haría sin ti.

—No quiero saberlo. —Me sonríe—. Nunca vamos a necesitar saberlo.

Apoya la torta sobre la mesa y comienza a encender las jodidas veintinueve velitas azules.

Cielo se pega a mi costado, abrazándome con fuerza. Y así se soporta un poco más el hecho de no saber qué mierda hacer mientras te cantan el puto Feliz cumpleaños.

—¡No te olvides de los deseos! —grita Mía mientras acerco mi boca al fuego.

Cierro los ojos.

«El mundo está hecho de historias —le dije—, la nuestra no puede ser solo una más.»

Las voces de mi familia, sus risas, los brazos de mi hija rodeándome la cintura, la calidez de un hogar y ese *algo* dentro de mi pecho que se agita.

Soplo, el viento se lleva mi deseo.

Volver a encontrarte, en una lágrima o una risa. Llena de paz, llena de ti.

Libre.

PLAYLIST

Wait by the River —*Lord Huron*

Georgia —*Vance Joy*

Scary Love —*The Neighbourhood*

Do I Wanna Know? —*Arctic Monkeys*

Fix You —*Coldplay*

Problems —*Lil Peep*

Nothing´s Gonna Hurt You Baby —*Cigarettes After Sex*

Wish You Were Here —*Pink Floyd*

Vos Mi Voz —*Renacer Del Tiempo*

Twisted —*Two Feet*

Cello Suite No. 1 —*Bach*

Nota de la autora

Buscar luz entre tanta oscuridad fue difícil, pero aquello tan sublime y complejo llamado *amor* mueve montañas, construye puentes, cose heridas y abraza miedos. Aquello llamado *amor* se mete hasta en las pieles más muertas, despierta hasta a los corazones más oscuros.

Vestir la piel de estos personajes no fue fácil, sentir sus gritos en la garganta me cambió de formas inexplicables. Me sacudió. Hizo estallar mi burbuja. Esa que todos tenemos, esa donde nos refugiamos cuando la verdad arde demasiado. Pero sangrar estas letras era un mal necesario, porque el amor no siempre es idílico, porque todos tenemos fantasmas, porque cargamos culpas siendo inocentes, porque del dolor se aprende pero no siempre se renace.

Porque ¿quién puede decir *basta*, si no es uno mismo?

Porque ¿quién se atreve a llamarte *débil* sin mirar el mundo a través de tus ojos?

Porque ¿quién dijo que estoy perdido?

Porque ¿quién se olvidó de amarme?

Porque Annelie y Theo esperan en cada esquina del mundo.

Porque todos merecían conocer su historia.

Porque somos caos, amor, ideas, gustos, llanto y risa.

Porque no hay fórmula que nos enseñe a vivir, a gestionar el dolor.

Porque cada uno es su propio maestro.

Porque no hay cobardes, solo almas incomprendidas.

Porque la gente que te lastimó no te define, lo que te define es lo que hacés con el dolor que te causaron.

CONTENIDO

DEDICATORIA
ANNELIE
THEO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
CAPÍTULO 55
CAPÍTULO 56
CAPÍTULO 57
CAPÍTULO 58
CAPÍTULO 59
CAPÍTULO 60
CAPÍTULO 61
CAPÍTULO 62
EPÍLOGO
PLAYLIST
Nota de la autora